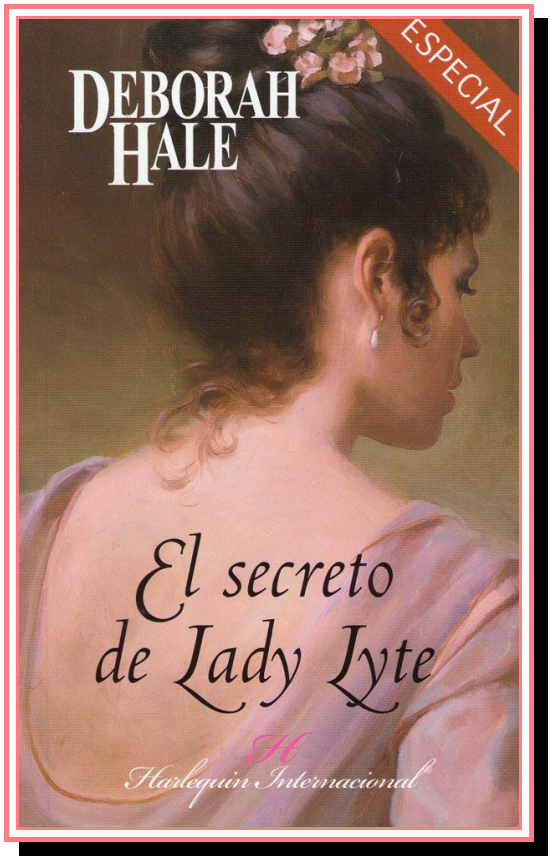
El secreto de Lady Lyte

Deborah Hale



El secreto de Lady Lyte (2006)
Título Original: Lady Lyte's little secret (2003)
Serie: 3º Hermanos GreenWood
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Internacional 362
Género: Histórico
Protagonistas: Hawthorn "Thorn" Greenwood y Felicity Lyte

Argumento:

¿Cómo podía decirle a su amante que estaba a punto de ser padre?

Felicity Lyte estaba en un dilema; sabía que si le decía a Hawthorn Greenwood que estaba embarazada no dudaría en ofrecerle matrimonio, a pesar de su apurada situación económica. Pero ella jamás podría aceptar tal oferta, pues el único motivo por el que se casaría con él sería por amor…

Thorn Greenwood no había pretendido más que tener un idílico romance con lady Lyte… pero había encontrado a su alma gemela. Fue entonces cuando Felicity puso un repentino fin a la relación. Lo que había sido algo muy placentero se convirtió en absoluta frialdad…

Para Graham McDonald, ingeniero nuclear, escalador, respuesta a las plegarias de cualquier damisela y tan adorado por sus hermanas como Thorn Greenwood.

¡Nadie merece un final feliz tanto como tú, grandullón!

Capítulo 1

Bath, Inglaterra. Mayo de 1815

—¡Felicity!

Su nombre, gritado por una voz de hombre desde el recibidor de su casa de Bath, despertó a lady Felicity Lyte de un inquieto duermevela.

Debía de ser más de medianoche. ¿Qué podía estar haciendo Thorn allí a hora tan intempestiva?

El señor Hawthorn Greenwood no era, ciertamente, una visita poco frecuente en el número diez de Royal Crescent a aquellas horas de la noche. Muy al contrario. Apenas dos días antes, a esa misma hora, se hallaba caldeando tranquilamente la cama junto a ella sin saber que sus días como amantes estaban contados.

Hasta el instante en que Felicity despertó, no había tenido comunicación alguna con él acerca de la educada nota con la que había puesto fin a su discreto devaneo amoroso.

A lo lejos, Thorn volvió a gritar su nombre.

Felicity oyó el golpeteo de sus pasos en las escaleras. Con el corazón en un puño, apartó las mantas y echó mano de su bata.

Nunca había oído a Thorn Greenwood levantar la voz, ni moverse salvo con paso comedido y suave. El estruendo que acompañó su llegada asustó a Felicity un poco… y la inquietó enormemente.

Debía de estar hecho una furia, pensó mientras se metía las mangas y trataba de atarse a tientas el cinturón de la bata. ¿Se habría armado de valor en el bar de algún establecimiento elegante para acudir luego allí con intención de suplicarle que volviera a aceptarlo? ¿Para exigirle quizá que le explicara los motivos por los que lo había rechazado tan bruscamente?

La idea de que pudiera importarle a Thorn hasta el punto de que acudiera a ella con súplicas o exigencias produjo en Felicity una sensación de mareo no del todo desagradable. Como si contemplara un paisaje de sobrecogedora belleza desde una altura alarmante.

Por más que lo deseara, no podía permitirse el lujo de prolongar su deliciosa aventura con Thorn Greenwood. Ni se atrevía a confesarle el verdadero motivo de su conducta.

Cruzó a toda prisa su amplia alcoba y abrió la puerta en el instante en que Thorn se detenía bruscamente ante ella. Felicity, que esperaba toparse con el desagradable olor del alcohol, tan familiar a su olfato en vida de su difunto marido, se sorprendió al no percibir nada parecido.

Al leve fulgor de la lámpara del rellano, Thorn parecía trastornado hasta un grado que Felicity asociaba con la ingestión inmoderada de alcohol. Llevaba el gabán desabrochado, la cabeza descubierta y el pelo negro revuelto, ya fuera por el viento o

por las prisas. Sus ojos, por lo común de mirada serena y firme y del color pardo de la tierra recién arada, despedían chispas de pedernal.

Al levantar la mirada hacia él y ver sus anchos hombros y su musculoso torso cerniéndose sobre ella, Felicity tuvo que acorazarse contra la intensa atracción que amenazaba con lanzarla en sus brazos.

Si Thorn hubiera acudido a ella en cualquier otro momento, en cualquier otro lugar… Y no allí, de madrugada, en el umbral de la habitación donde habían hecho el amor tantas veces. Y, sin embargo, no las suficientes. Si contenían el aliento y aguzaban el oído, quizá oyeran el canto de sirena de su lecho, llamándolos.

El recuerdo sensorial de las caricias firmes pero tiernas de Thorn caldeó su piel. Las delicadas puntas de sus senos se apretaron contra el camisón y la bata, incitando a los labios de Thorn. La dulce hendidura de entre sus muslos ardió lista para otro delicioso encuentro.

Si Thorn Greenwood caía de rodillas y le suplicaba una noche más, si apretaba su rostro contra su pecho y sus largas y hábiles manos acunaban su espalda, ningún poder sobre la tierra, y menos aún su escindida voluntad, podría obligar a los labios de Felicity a pronunciar una negativa.

—¿Está Ivy aquí? —preguntó él.

Aquellas palabras parecieron tan contrarias a cuanto esperaba que Felicity tuvo que hacer un esfuerzo para entenderlas.

—¿Ivy? ¿Tu… hermana?

—Claro que mi hermana —el tono brusco de Thorn rozó ásperamente su pasión enardecida como la mejilla hirsuta de un hombre rozaría la tierna carne de su cuello desnudo—. ¿O es que crees que he venido a estas horas porque me ha poseído una súbita pasión por la horticultura?

El frágil anhelo de Felicity se hizo añicos partiéndose en agudas astillas de hielo.

—¿Qué crees qué podría estar haciendo la tonta de su hermana en mi casa en plena noche? Si se trata de un pretexto para entrar aquí avasallando y despertarme de un profundo sueño, lo lamentará usted, señor Greenwood, se lo aseguro.

—Sepa usted, lady Lyte, que únicamente la defensa de la virtud y el buen nombre de mi hermana podría haberme inducido a cruzar la puerta de una casa en la que ya no soy bienvenido.

A pesar de la penumbra, Felicity vio que los músculos de su recia mandíbula se tensaban.

—En cuanto a la razón por la que Ivy pudiera hallarse bajo su techo, sugiero que le formule esa pregunta al sinvergüenza de su sobrino.

Cada palabra que salía de su boca vertía agua fría sobre la piel sofocada de Felicity. Ya era bastante que Thorn Greenwood se presentara allí a aquellas horas de la noche, despertando en ella toda clase de absurdos anhelos sólo para hacerlos pedazos después. Pero insultar al sobrino de su difunto marido, un joven al que

Felicity quería como al hijo que nunca había esperado tener, era un acto de desfachatez que no podía consentir.

—Se lo ruego, señor Greenwood, refrene su lengua. Sé de pocos jóvenes que merezcan menos que Oliver Armitage ser tachados de sinvergüenzas. ¿Qué se supone que ha hecho mi sobrino para comprometer el buen nombre de su hermana que no haya podido hacer ella con toda facilidad? Le doy mi palabra de que nunca he conocido a una muchacha más atolondrada.

Eso no era cierto, le reprochó su conciencia a Felicity. En las pocas ocasiones en que había visto a la hermana pequeña de Thorn en la ciudad, se había sentido cautivada por el carácter dulce y alegre de la muchacha, tan distinto al talante grave y apacible de su hermano. A pesar de su diferencia de edad, era de público conocimiento que congeniaban y que lady Lyte sentía debilidad por la señorita Greenwood.

Felicity hizo oídos sordos a su mala conciencia. La acusación infundada de Thorn en contra de Oliver requería idéntica respuesta. Ninguna ofensa dirigida a él podía zaherir a Thorn ni la mitad que una ofensa dirigida contra su querida hermana.

Thorn abrió y cerró las manos como si apenas pudiera refrenar el impulso de agarrarla de los brazos y zarandearla hasta que le castañetearan los dientes. O quizá de atraerla hacia sí y besarla hasta que le cedieran las rodillas. Con sólo pensarlo, Felicity se sintió un poco aturdida.

—Además —añadió—, dudo incluso de que Oliver conozca a tu hermana. No hay en todo Bath un joven menos ansioso de aventurarse en la ciudad.

Y no porque su solícita tía no le hubiera animado a ello a menudo. Dos semanas atrás, ella misma habría puesto por las nubes a una criatura tan vivaz como Ivy Greenwood delante de su sobrino con tal de apartarlo de sus libros y su laboratorio.

Por suerte, no lo había hecho. Un escalofrío la recorrió. Una posible unión entre Oliver e Ivy la habría vinculado inextricablemente a la familia Greenwood, cuando lo que necesitaba era alejarse todo lo posible de Thorn.

Las palabras que él le lanzó un instante después sirvieron de eco a sus temores más íntimos.

—Tengo razones para creer que tu sobrino y mi hermana han huido a Gretna Green.

Felicity Lyte no soportaba a las mujeres que se desmayaban. Consideraba aquello una muestra banal de afectación. Lo último que quería era que la impresión producida por las palabras de Thorn la hiciera caer en sus brazos. Pero todo comenzó a girar a su alrededor como una peonza, y de pronto se encontró sin elección.

—¡Felicity!

Rompiendo su promesa de no volver a cruzar el umbral de la habitación de Felicity, Thorn levantó en brazos a su antigua amante y la llevó a la cama.

Al depositarla sobre las sábanas revueltas, su fragancia a agua de rosas fue envolviéndolo poco a poco y atrayéndolo hacia ella. Le costó un ímprobo esfuerzo refrenar el deseo de deleitarse en un último beso. La última vez que la había besado no era consciente de que sería, en efecto, la última vez.

Por un instante, la pasión por Felicity borró de su cabeza todo pensamiento, e incluso disipó la preocupación por su hermana que lo había llevado hasta allí. La melena castaña y enredada de Felicity, derramada sobre la almohada, incitaba a sus manos a tocarla. Dudaba que pudiera cansarse de su sutil perfume aunque se tumbara sobre ella e inhalara hasta que le diera vueltas la cabeza.

Debía haberse dado cuenta en el instante en que aquella bella y deseada criatura lo invitó a su cama de que Felicity Lyte estaba cometiendo un estúpido error. ¿Qué podía ver un diamante tan puro como ella en un tipo tan respetable y aburrido como él? Un hombre de inteligencia despierta, pero a duras penas brillante, y sin pretensiones de ingeniosidad ni de encanto. Un hombre que, pese a ser apuesto, se hallaba muy lejos de ser un adonis. Un hombre con responsabilidades familiares y obligaciones financieras, que no podía sepultarla en regalos ni pedir honorablemente su mano.

Con todo, Felicity Lyte lo había elegido a él. Y, por primera vez en su aburrida y formal existencia, Hawthorn Greenwood había hecho algo poco respetable. Algo furtivo. Algo escandaloso. Algo tan maravilloso que apenas podía creer que estuviera sucediéndole a él.

Felicity Lyte le había ofrecido en bandeja la fruta prohibida. Y, mientras se reprendía por ello, Thorn se había dado cuenta de que, lejos de saciarse, su apetito aumentaba sin cesar. De mutuo acuerdo, su aventura debía durar únicamente lo que durara aquella temporada en Bath. Pero, cuando todavía le quedaban por delante unas cuantas semanas de dicha, Thorn había recibido una seca nota de Felicity poniendo fin a su relación.

Tal y como debía haber esperado, Felicity se había cansado de él. Había encontrado, quizá, un sustituto de más calidad.

Thorn paseó la mirada por la habitación envuelta en sombras y comprobó con alivio que, al menos esa noche, Felicity estaba durmiendo sola.

Sacudió la cabeza con energía para disipar sus deseos egoístas. Ciertamente, se había enfurecido porque ella lo hubiera despachado con semejante indiferencia. Y también se sentía dolido, más valía reconocerlo cuanto antes. Aun así, eso no le daba derecho a irrumpir en su casa a hora tan intempestiva, ni a causarle un desmayo.

—¿Felicity? —susurró dulcemente mientras le apretaba la mano—. Despierta, por favor. Siento haberte dado así la noticia. Debí comprender que sería una terrible impresión para ti.

Una oleada de angustia se apoderó de él al ver que ella no volvía en sí de inmediato. Tocó la base de su garganta para buscarle el pulso.

—¿Thorn? —Felicity parpadeó. Dijo su nombre con la peculiar suavidad del cariño mientras sus labios se curvaban a medias en una sonrisa aturdida, inquisitiva y confiada—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy, querido?

A Thorn le dio un vuelco el corazón. ¿Habría malinterpretado su carta? ¿Podía ella desearlo todavía, aunque fuera sólo por unas semanas más? La sola posibilidad de que eso fuera cierto lo llenó de gozo, y esa precaria sensación de alegría le causó inquietud.

¿Qué terrible poder sobre su felicidad le había concedido a aquella mujer?

Como si quisiera hacerle una demostración, lady Lyte abrió de par en par sus luminosos ojos verdes y un leve temblor de aversión la recorrió por entero. Se apartó sobresaltada de él.

—¿Qué haces tú aquí?

Si lo hubiera abofeteado, no le habría hecho más daño del que le hizo el tono gélido y acerado de su voz. Thorn dio un respingo y se irguió.

Ella tomó aire bruscamente y Thorn comprendió que acababa de recordar por qué estaba allí.

Sus siguientes palabras lo reafirmaron en esa idea.

—¿Oliver y tu hermana? ¿Han huido a Gretna? ¿Estás seguro?

Felicity se levantó lentamente hasta quedar sentada al borde de la cama. Thorn se mordió la lengua para no advertirle que tuviera cuidado. A fin de cuentas, si ella quería arriesgarse a desmayarse de nuevo, no era asunto suyo.

—Si estuviera seguro, no estaría perdiendo el tiempo aquí, lady Lyte. Estaría camino de Bristol para intentar alcanzarlos antes de que cometan una estupidez.

—Debe de haber un error —el tono dubitativo de Felicity desmentía sus palabras—. Desayuné con Oliver esta mañana. Y no parecía tener intenciones de escaparse.

Se levantó tambaleándose y, aunque Thorn deseaba mantener los brazos pegados a los costados, como si tuviera voluntad propia uno de ellos se estiró para sujetar a Felicity.

Thorn Greenwood siempre se había enorgullecido de conocerse a sí mismo y de actuar con firmeza y conforme a decisiones cuidadosamente meditadas. Poco acostumbrado a sentirse dividido, seguía sin gustarle aquella sensación.

Hubiera querido que no le gustara que Felicity Lyte se aferrara a su brazo.

—Espero que tengas razón respecto a tu sobrino.

Thorn ignoraba si lo decía sinceramente. Si descubrían a Oliver Armitage en su cama, solo, o en su estudio a la luz de una lámpara de aceite, la desaparición de Ivy tomaría un cariz mucho más siniestro.

—¿Me harías al menos el favor de comprobar que está en casa?

—Muy bien —Felicity apartó la mano de su brazo—. Lo que sea con tal de que te vayas cuanto antes.

Pasó a su lado, dirigiéndose a la puerta, y Thorn la siguió, listo para recogerla si volvía a desmayarse.

Pero Felicity no se desmayó. Por el contrario, sus pasos parecieron cobrar fuerza a medida que avanzaba por el pasillo.

—Miraré primero en su estudio —dijo por encima del hombro al detenerse ante una puerta situada al final del amplio corredor—. A menudo se olvida de la hora cuando está enfrascado en su trabajo —llamó suavemente a la puerta y pronunció el nombre de su sobrino, pero no recibió respuesta—. ¿Oliver? —giró el picaporte y abrió la puerta el ancho de una rendija—. ¿Estás ahí?

De la habitación salía el olor mohoso de los libros viejos, mezclado con el leve hedor de las soluciones químicas. Pero dentro todo estaba a oscuras y en silencio. Oliver Armitage no contestó a la llamada de su tía.

—Se habrá ido a la cama a una hora decente, para variar —una nota de incertidumbre se filtró en su voz —se dirigió a la puerta que había enfrente del estudio, tocó con más fuerza y llamó a su sobrino en tono imperioso—. ¡Oliver, despierta! Es urgente que hable contigo —no hubo respuesta—. Estará profundamente dormido.

Thorn se preguntó si lo decía para tranquilizarse o para debilitar su convicción, cada vez más fuerte, de que tenía razón desde el principio.

Lady Lyte abrió la puerta de la habitación.

—Oliver, disculpa que te despierte, querido, pero el señor Greenwood ha venido con la más ridícula…

El resto de la frase se evaporó entre las sombras de la habitación desierta. La lámpara del pasillo reveló las siluetas de los muebles. Entre ellos, una cama sin deshacer.

—Puede que haya salido, después de todo —sugirió Felicity.

—Puede.

Un destello blanco sobre la colcha oscura de la cama llamó la atención de Thorn. Pasó junto a Felicity. Recogió una hoja de papel pulcramente doblada y sellada con lacre. La acercó al fino haz de luz que entraba por la puerta abierta y aguzó la vista para descifrar las dos palabras escritas al dorso.

Luego le acercó el papel a Felicity.

—Es para ti.

Capítulo 2

Felicity procuró que no le temblara la mano al recoger la nota que le había dejado Oliver.

—¿Harías el favor de acercarme una luz? —le preguntó a Thorn.

Fuera lo que fuese lo que contenía aquella nota, no tenía intención de regresar a su alcoba para leerla. Ciertamente, no en compañía de Thorn Greenwood.

Aquel lugar estaba repleto hasta el techo del recuerdo vivido y embriagador de las noches que habían pasado juntos. Lo último que quería recordar en ese instante era la forma ardiente y delicada con que Thorn le hacía el amor y su propia respuesta a sus caricias.

Siempre solícito, Thorn salió al pasillo y regresó llevando una lámpara.

El grosor y la textura del papel que sostenía en la mano le recordó a Felicity la nota que le había escrito unos días antes. Los remordimientos por tener que ponerle fin prematuramente a su aventura habían afilado sus palabras. No había pretendido herirlo, pero tampoco quería que alentara la falsa esperanza de que podía cambiar de parecer.

Temía capitular si Thorn le imploraba con sus ojos castaños y firmes y su hermoso y serio semblante. Las consecuencias serían nefastas.

—¿Y bien? —la apremió él con la mirada fija en el papel—. ¿Vas a abrirla o no?

—Desde luego —Felicity intentó concentrarse y rompió el lacre con dedos temblorosos—. No me agobies.

De momento, los acontecimientos habían confirmado la absurda sospecha de Thorn. Aun así, Felicity albergaba la vana esperanza de que la nota de Oliver no dijera lo que se temía.

Que ella supiera, su sobrino apenas conocía a Ivy Greenwood. Y, aunque la conociera bien y la amara profundamente, un hombre de ciencia como él carecía del temperamento fogoso que lo habría impulsado a huir a Gretna Green poseído por un arrebato.

Claro, que Ivy Greenwood era tan impulsiva que en ese aspecto, se bastaba por los dos, y poseía además una alegre belleza capaz de hacer un tonto de la mayor lumbrera.

Felicity sintió que se encogía por dentro mientras se obligaba a leer lo que había escrito Oliver. Thorn mantenía la lámpara en alto y miraba por encima de su hombro. El cálido cosquilleo de su aliento le hacía casi imposible concentrarse en descifrar la letra apresurada y picuda del joven científico.

—Querida tía Felicity —leyó Thorn en voz alta—, cuando leas esto, estaré en camino hacia Escocia, donde tengo intención de casarme con la señorita Ivy Greenwood. Dado que la señorita Greenwood es menor de edad para dar su

consentimiento y temía que su hermano no aprobara el enlace… —Thorn masculló en voz baja—. Qué razón tenías, muchacho —luego prosiguió leyendo.

—… Hemos decidido escaparnos. Sé el mucho cariño que le tienes a mi futura esposa, y confío por ello en que nos desearás toda la felicidad del mundo. Estamos deseando establecernos contigo en cuanto volvamos. Siempre tu afectuoso sobrino, Oliver Armitage.

Thorn fue bajando poco a poco la mano con que sostenía la lámpara. Al mismo tiempo, la mano con la que Felicity sujetaba el papel se aflojó.

Guardaron silencio un momento, mientras la indiscutible verdad batallaba con la tenaz incredulidad de Felicity.

—Pe…pero esto es un disparate —dijo ella cuando recuperó el habla—. No puedo imaginar dos personas peor emparejadas que mi sobrino y tu hermana. ¿Qué se les habrá metido en la cabeza a esos dos majaderos?

Mientras hablaba, se volvió hacia Thorn. Al ver lo cerca que estaba, sofocó un leve gemido de sorpresa y dio un paso atrás. No le temía miedo, pero la asustaba el intenso efecto que surtía sobre ella. Sus dedos ansiaban acariciar sus suaves patillas en aquel gesto habitual que era su señal para retirarse a la cama.

Había sido su señal, se recordó, cerrando las manos para refrenarse.

Tal vez la expresión anhelante de sus ojos delató su deseo apenas refrenado, pues Thorn bajó la voz hasta convertirla en el susurro dulce e íntimo del amor.

—Yo te diré qué se les ha metido en la cabeza a esos majaderos, Felicity —deslizó la mirada sobre su rostro como una tierna caricia—. La misma locura que a veces aflige a corazones más viejos y sabios.

—¿No te referirás a nosotros? —Felicity soltó una risa forzada—. Yo, por mi parte, supere hace años la edad de la discreción y estoy curada de esas románticas ilusiones de chiquilla. Y tú eres el hombre menos inclinado hacia la locura o hacia cualquier otro exceso que hay en aquí y quizás en toda Inglaterra.

El muy sensato, formal, honesto y respetarle Hawthorn Greenwood. Felicity lo sabía, pues había sopesado todas aquellas aburridas virtudes antes de elegirlo como amante. No había querido un compañero más romántico o caprichoso, más proclive a imaginarse enamorado de ella. Fuera lo que fuese lo que significaba eso.

Thorn no pareció tan complacido por sus palabras como debería haberlo estado un hombre prudente. Sus cejas negras y pobladas se fruncieron y su boca ancha y generosa se tensó. Felicity se estremeció al ver una sombra de angustia en sus candidos ojos.

—Te aburría.

—¡No seas bobo! —su voz sonó un poco hueca incluso a sus propios oídos.

Thorn no la aburría, se dijo. Pero tampoco había logrado sorprenderla. Hasta esa noche.

—Soy incapaz de ser un bobo —repuso él tan seriamente que podía haber resultado cómico.

Pero Felicity no se sentía inclinada a la risa.

—Haces que parezca un crimen —le dijo en tono de reproche—. Y no lo es. Ya hay demasiados bobos en este mundo, y nos crean infinitos problemas a las personas sensatas como nosotros. Esos dos jovenzuelos, por ejemplo. El modo en que has irrumpido aquí esta noche me lleva a creer que apruebas tan poco como yo su absurda conducta.

—Desde luego que sí —Thorn pareció ofendido porque lo dudara siquiera—. Mi hermana es demasiado joven para decidir sobre un asunto tan importante como el matrimonio.

Ivy Greenwood no podía tener más de dieciocho años, se dijo Felicity. La misma edad a la que ella se había embarcado en su desastroso matrimonio.

Thorn sacudió la cabeza.

—Y, como tú misma has dicho, no hacen buena pareja —levantó los ojos al cielo—. Mi hermana, casada con un científico. Ivy es muy dulce y buena —añadió—, pero es más bien…

—¿Impulsiva? —sugirió Felicity—. ¿Voluble?

Thorn pareció aprestarse a llevarle la contra pero al fin se encogió de hombros.

—Probablemente tienes razón. Supongo que se le habrá metido en la cabeza que escaparse es muy romántico. Pero ha visto tan poco mundo… ¿Cómo puede saber que el joven Armitage es el hombre con el que quiere pasar las próximas dos semanas, cuando más el resto de su vida?

—Sí, ¿cómo? —Felicity exhaló un suspiro de alivio. Al menos, Thorn y ella estaban de acuerdo en lo tocante a aquella situación. Tenían idénticas razones para desear que su sobrino no se casara con la hermana de él.

O casi idénticas.

Ella tenía una más de la cual Thorn no debía enterarse bajo ningún concepto. La misma razón por la que había puesto fin a su aventura antes de tiempo, a pesar de que le habría gustado prolongarla hasta el último segundo de la temporada e incluso retomarla de nuevo al año siguiente.

Ahora eso ya nunca ocurriría.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —Thorn se maldecía por haberle preguntado si la aburría. ¿Qué podía haber más aburrido que un amante rechazado que se negaba a retirarse con discreción?—. Tenemos que alcanzarlos, hacerles entrar en razón y traerlos a casa.

Una expresión de desánimo empañó los ojos luminosos de Felicity. Luego respiró hondo y cuadró los hombros.

—Muy bien. Meteré un par de cosas en una maleta y partiré esta misma noche. No pueden llevarnos más de doce horas de delantera. Seguramente los alcanzaré antes de que lleguen a Gloucester.

Se dirigió a la puerta. Con su virginal bata blanca y el pelo negro cayéndole sobre los hombros, parecía no mucho mayor que Ivy.

—No seas ridícula —Thorn la agarró de la muñeca. Parecía muy frágil entre sus dedos—. Una mujer sola no puede cruzar toda Inglaterra.

Ella apartó la mano y lo miró con enojo.

—No voy a ir sola. Llevaré mi carruaje de viaje, con un conductor experto y al menos un lacayo.

Como si eso zanjara la cuestión, salió del cuarto de su sobrino y echó a andar hacia el suyo. Thorn la siguió.

—Además —ella miró hacia atrás—, no creo que tenga que seguirlos hasta Escocia. Sabe Dios en qué coche irán. En uno de alquiler, seguramente. Con un poco de suerte, los alcanzaré mañana mismo. Así podré devolverte a Ivy sana y salva pasado mañana.

Se detuvo en la puerta de su habitación y le tendió la mano. Thorn se preguntó por un instante si pretendía que se inclinara para besársela. Luego comprendió que le estaba pidiendo la lámpara.

Él la retuvo tercamente.

—¿De veras crees que puedes salir tras ellos, alcanzarlos y traer a Ivy de vuelta a Bath? ¿Y si se han parado en una posada para cambiar de monturas y los dejas atrás sin darte cuenta?

La expresión que cruzó la cara de Felicity convenció a Thorn de que no había tomado en cuenta aquella posibilidad, ni muchas otras. A decir verdad, él había tenido mucho más tiempo para pensar y hacer planes desde que había descubierto que Ivy no estaba en sus modestas Habitaciones de alquiler, situadas en una parte menos distinguida de la ciudad.

—Preguntaré por ellos cada vez que me pare a descansar o a cambiar de caballos. No creo que sea tan difícil seguir su rastro. Y, aunque tuviera que seguirlos hasta Gretna, lo haría. Ahora, haz el favor de darme la lámpara para que pueda vestirme y hacer la maleta —luego, como si se lo pensara mejor, añadió—. Te agradecería que despertaras a mi cochero y al lacayo y los informaras de la urgencia de mi partida.

—No, Felicity. No puedo permitirlo —Thorn apartó la lámpara de ella cuando hizo amago de agarrarla—. Será un viaje difícil. Quizás incluso peligroso.

Los ojos de Felicity brillaron como un par de topacios finamente labrados.

—Usted no es mi guardián, señor Greenwood. Y aunque ha compartido mi cama, tampoco es mi marido. Si decido irme, no tiene autoridad alguna para impedírmelo.

¡Qué mujer tan terca! ¿Acaso tenía que restregarle por la cara al mismo tiempo su rechazo y su superioridad social? Thorn luchó por sofocar su ira. Felicity se lo tendría bien merecido si la dejaba emprender aquella locura.

Pero, para su sorpresa, ella lo agarró de la mano y suavizó la voz.

—Creía que estábamos de acuerdo en que había que detener a Ivy y Oliver. ¿Por qué discutimos, entonces? ¿Qué otra alternativa nos queda?

¿Acaso no era obvio? Thorn luchó contra el efecto embriagador de su contacto.

—Iré yo, naturalmente. Puedo avanzar más rápido a caballo. Si es necesario, cabalgaré a campo través para alcanzarlos.

Felicity pareció pensarse al menos un momento su ofrecimiento. Aunque le dolía que ni siquiera se le hubiera ocurrido que él pudiera tomar cartas en el asunto, Thorn procuró ordenar sus argumentos.

—Puedo hacer preguntas a los posaderos, a los aduaneros y a cualquier otra persona que una dama vacilaría en formular —notó que la estaba convenciendo—. Cuando los alcance —prosiguió—, como tutor de mi hermana tengo autoridad para obligarla a regresar a casa conmigo. Tú no tienes semejante autoridad ni sobre ella ni sobre tu sobrino. Por eso y por las demás razones que he mencionado, soy el más indicado para ir tras ellos. Sólo…

—¿Sí?

Thorn habría preferido cortarse la lengua antes que admitir aquello, sobre todo ante ella. Mientras sus mejillas enrojecían, bajó la lámpara para que Felicity no le viera la cara.

—No dispongo de los medios que tuve en otro tiempo —aunque hacía acopio de dignidad, Thorn no podía mirar a la cara a una de las mujeres más ricas de Inglaterra mientras intentaba no tartamudear.

Nunca habían hablado de la tremenda disparidad de sus fortunas. En realidad, nunca habían hablado largo y tendido sobre ningún asunto, salvo de los más banales. Aun así, ella debía saber que su familia se hallaba en la ruina.

Sus modestas habitaciones en la parte baja de la colina debían haber sido una clave en una ciudad en la que el precio del alojamiento crecía en proporción directa con la altura del vecindario. Sus ropas, bien cortadas pero pasadas de moda desde hacía varios años, lo delataban fácilmente. Y el hecho de que no dispusiera de carruaje debería haber confirmado cualquier sospecha.

Con toda probabilidad, Felicity estaba al tanto de su situación antes de proponerle que fueran amantes. Un hombre más rico quizá se hubiera sentido ofendido.

—Mi padre dejó deudas considerables cuando murió, hace unos años. Estoy intentando saldarlas y confío en volver a ver a mi familia en buena situación algún día —Thorn parecía hablarle a la jamba de la puerta, varios centímetros por encima de la cabeza de Felicity—. En este momento, sin embargo, ando escaso de dinero contante y sonante. Dado que a los dos nos interesa impedir la boda de tu sobrino y

mi hermana, sugiero que aunemos nuestras fuerzas. Si tú sufragas el viaje, yo te ahorraré la molestia de emprenderlo yendo en tu lugar.

En algún momento durante su parlamento, Felicity le había soltado la mano. Thorn se mantuvo muy erguido mientras aguardaba su respuesta. No se atrevía aún a mirarla a los ojos, no fuera a ser que viera en ellos una neblina de lástima.

Los segundos pasaron, tensos como la cuerda de un violín, hasta el punto de que Thorn empezó a temer que algo se rompiera.

Y así fue.

De repente, Felicity agarró la lámpara y de un tirón se la quitó de la mano. Luego entró corriendo en su habitación y cerró la puerta.

Antes de que Thorn pudiera reaccionar, echó el cerrojo.

—¡Felicity! —Thorn aporreó la puerta—. ¿Qué significa esto?

La voz de Felicity le llegó fría y serena.

—Creía que era obvio, sir. Lo lamento, pero he de declinar su oferta.

Thorn oyó pasos sigilosos y susurros en el piso de abajo. Quizá algún fornido lacayo llegara en cualquier momento para echarlo de la casa.

Dejó de llamar y bajó la voz.

—¿No has escuchado ni una sola palabra de lo que te he dicho?

—Lo he escuchado y lo he sopesado todo, y he tomado una decisión —contestó ella—. Agradezco tu ofrecimiento de ir en mi lugar, pero prefiero emprender yo misma el viaje. Estoy segura de que exageras la dificultad que representa.

—En absoluto. A decir verdad…

—¡Señor Greenwood, por favor! —dijo Felicity con impaciencia—, he tomado una decisión y no voy a cambiar de idea. El tiempo es esencial, y aún tengo que hacer algunos preparativos.

«Y no quiero que me estorbes». Felicity no lo dijo en voz alta, pero aquellas palabras quedaron le todas formas suspendidas en el aire, tan palpables como el olor a pegamento que despedía el taller de un sombrerero.

—Te ruego preserves tu dignidad y la mía marchándote discretamente. De lo contrario, me veré obligada a llamar a mis sirvientes para que te muestren la salida.

Dentro de su habitación, Felicity aguzó el oído para escuchar la respuesta de Thorn mientras guardaba algunas ropas en la maleta.

Las razones de Thorn para salir en pos de Oliver e Ivy en lugar de ella eran de los más convincentes. Ella había estado a punto de rendirse a su lógica. Pero una última consideración la había inducido a rehusar.

Thorn Greenwood era demasiado blando de corazón, y sus razones para impedir aquel matrimonio eran mucho menos apremiantes que las suyas.

¿Y si, tras alcanzar a los jóvenes amantes, éstos lo convencían de que estaban realmente enamorados y de que comprendían plenamente las consecuencias de sus actos? Como si pudieran comprenderlas.

Seguramente, Thorn daría marcha atrás, les otorgaría su bendición y hasta acompañaría a la novia hasta el altar. Luego volverían los tres a Bath y le presentarían su boda como un hecho consumado. ¿Y qué haría entonces ella?

Felicity comprimió el pequeño montón de ropa y cerró la maleta.

Thorn tenía autoridad legal sobre su hermana, pero ella tenía sobre Oliver la autoridad que le daba el dinero, y no dudaría en ejercerla llegado el caso. Aquel incidente le hacía pensar en una partida de naipes en la que las apuestas fueran muy altas. Una partida en la que ella llevaba las de perder.

Del otro lado de la puerta no le llegaba ningún sonido.

—Thorn, ¿estás ahí?

Un momento de vacilación.

—Sí.

Tenía una voz tan bonita… Ni demasiado aguda, ni demasiado grave. De una resonancia fina e intensa. Felicity iba a echarla de menos.

—¿Has oído lo que he dicho?

—Sí.

Tenía que vestirse, pero por alguna razón no se atrevía a desnudarse mientras Thorn estuviera tan a mano. Ni siquiera habiendo entre ellos una sólida puerta.

—Adiós, entonces. Prometo devolverte a Ivy sana y salva en cuanto pueda.

—Ya que estás empeñada en ir, Felicity, ¿podrías al menos llevarme contigo?

Por suerte, había una puerta cerrada entre ellos. Si hubiera tenido que mirarlo a los ojos, sus labios traicioneros quizá hubieran dado otra respuesta.

—No, Thorn.

—Soy consciente de que resulta embarazoso, dadas las circunstancias, pero los dos somos personas civilizadas. Sin duda podremos viajar juntos un día o dos sin…

Felicity asió el cordón de la campanilla y tiró enérgicamente.

—Lo que propone es impensable, señor Greenwood. Ahora, por favor, váyase.

Oyó unos pasos que se acercaban rápidamente por el pasillo y luego la voz de Thorn.

—Está bien. Me voy.

Felicity no sabía si aquellas palabras se dirigían a los sirvientes o a ella.

Mientras esperaba a que se apagaran los ruidos del pasillo, se sentó ante su tocador y empezó a peinarse. Bajo el cepillo había un rectángulo de tela blanca y almidonada, pulcramente doblado.

La corbata de Thorn.

A Felicity le temblaron los dedos al tocar la tela. Una de sus doncellas debía de haberla encontrado mientras limpiaba la habitación.

Aquélla era la primera vez que Thorn se dejaba allí algo que delatara su presencia. En los primeros días de su relación, él solía desvestirse lentamente. Felicity, que tenía muchas menos prendas de las que despojarse, se había deleitado contemplándolo mientras se quitaba la ropa.

Con el paso del tiempo, se habían vuelto cada vez más ansiosos, y el hecho de ayudarse el uno al otro a desnudarse se había convertido en un delicioso preludio al acto amoroso.

Felicity se pasó la corbata por la mejilla y sintió su olor, leve y masculino, a jabón y almizcle. Sus ojos se empañaron. Dejó caer la corbata y se pasó la manga de la bata por la cara. Entre tanto, se reprendía por haberse vuelto una tonta sentimental.

Aquél no era momento para añorar a Thorn Greenwood. Si debía rendirse a aquella flaqueza, tendría que esperar hasta más tarde, cuando no resultara tan inconveniente. De momento, la necesidad exigía que actuara con decisión y mantuviera la cabeza fría.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

Felicity se sobresaltó.

—Señor Greenwood —dijo levantando la voz—, ¿he de decirle a mi mayordomo que llame a los gendarmes y presentar una denuncia contra usted?

—El caballero se ha ido, señora —dijo con voz chillona Hetty, su doncella—. Se fue muy tranquilo. He visto luz debajo de la puerta y quería saber si me necesitaba la señora.

Felicity se levantó y abrió la puerta.

—Gracias, Hetty, me vendría bien un poco de ayuda. Supongo que con tanto alboroto se habrá despertado toda la casa. ¿Podrías avisar a Ned y al señor Hixon de que tengan listo el carruaje grande y se preparen para viajar al norte? Quiero salir dentro de una hora.

La muchacha la miró con ojos saltones.

—¿Estará fuera mucho tiempo, señora? ¿Quiere que le haga la maleta? ¿Me preparo para acompañarla?

Felicity se quedó pensando un momento.

—Creo que… no.

Si hubiera sido Alice, su doncella durante ocho años, habría aceptado el ofrecimiento. Pero Alice había dejado su empleo para casarse con un próspero carnicero, y Felicity había tenido que contentarse con Hetty, una muchacha bien dispuesta pero algo charlatana.

A ratos, podía resultar graciosa, pero estar encerrada en un carruaje durante horas con ella no tenía ningún atractivo para lady Lyte. Prefería quedarse a solas con sus pensamientos y sus planes para el futuro.

Además…

—No creo que esté fuera mucho tiempo. Un día o dos, como mucho, espero. Creo que podré arreglármelas sin doncella.

Una expresión de alivio suavizó el semblante de la muchacha mientras sofocaba un bostezo.

—Si está segura, señora, iré a darle el recado a Ned y al señor Hixon.

Hizo una reverencia y echó a andar por el pasillo. Pero antes de que Felicity pudiera cerrar la puerta, se giró de nuevo.

—¿Quiere que le diga a la cocinera que le prepare una taza de té antes de que se vaya, señora? ¿O que le prepare una cesta con un tentempié para el camino?

A Felicity se le revolvió el estómago con sólo oír hablar de comida.

—Para los hombres —ordenó—. No para mí.

Cerró la puerta, se inclinó sobre el lavabo y vomitó en la jofaina hasta que no pudo más.

Exhausta, mojó el pico de una toalla en el jarro de agua y se dejó caer en la silla que había delante del tocador. Mientras se humedecía las mejillas, contempló con desaliento y asombro su pálido rostro en el espejo.

Tras doce años de matrimonio sin hijos, la Providencia le había gastado una buena broma. Sus reglas, meticulosamente regulares, habían cesado de repente, y todas las mañanas se despertaba con ganas de vomitar. Antes de que concluyera el verano, su vientre habría empezado a hincharse.

Thorn Greenwood, aquel hombre infinitamente generoso, le había concedido su deseo más ansiado. Un deseo de cuya realización había desesperado hacía tiempo.

Un hijo.

Pero, al hacerlo, también la había obligado a arrojarlo fuera de su vida.

Capítulo 3

Si creía que podía librarse de él tan fácilmente, lady Lyte estaba muy equivocada.

Mientras rodeaba el Circus, Thorn Greenwood miraba enojado las ventanas en sombras de la New Assembly, ya desiertas de bailarines. Tras el varapalo que había recibido su orgullo hacía dos días, sentía la tentación de maldecir el lugar donde había visto por primera vez a su caprichosa amante.

¿Dónde estarían su hermana y él, se preguntaba, si no hubiera consentido que Ivy lo convenciera para acudir al primer baile de la temporada?

Si un hada se hubiera materializado ante él y le hubiera ofrecido la posibilidad de dar marcha atrás y volver a vivir de otro modo los dos meses precedentes, no estaba seguro de si habría aceptado o rehusado el ofrecimiento.

Cierto, aquello había complicado enormemente su vida y había acabado con una agria nota. Pero, mientras había durado, su aventura con Felicity Lyte había sido muy dulce.

—Deja ya eso, hombre —masculló para sí mismo. Tenía que pensar en su viaje rumbo a Escocia.

Se había alejado de Royal Crescent a toda prisa, preso de la indignación, y aminoró el paso. Una suave brisa veraniega subía por las hermosas colinas de Bath desde el río Avon; llevaba los aromas de los guisos que exhalaban por sus ventanas las cocinas de las casas elegantes, y arrastraba la música y las risas de las fiestas privadas que iban tocando a su fin. Aquel ambiente de alegría y despreocupación parecía mofarse de él.

Como se resistía a lamentarse, contempló el problema con la misma determinación con que se había propuesto remediar los infortunios de su familia. Si uno pensaba lo suficiente y jamás descartaba una posible solución por ardua o penosa que fuera, casi cualquier dilema podía solventarse. Él tenía más experiencia que la mayoría de los hombres de su edad y posición en lo que se refería a extraer algún beneficio de las más sombrías perspectivas.

Mientras bajaba por Gay Street y enfilaba George Street, iba rumiando deliberada y metódicamente el problema. Tomaba una por una cada posible solución, la sopesaba, descartaba las impracticables y así sucesivamente.

Le quedaban aún un par de objetos de valor de los que podía deshacerse para sufragar su viaje, aunque la mayoría de ellos tenían para él un valor sentimental mucho más alto de lo que valdrían en oro para cualquier comprador. Mientras sus pasos resonaban en el empedrado de Milsome Street, abandonó la idea. Las casas de empeño estarían cerradas. Si conseguía levantar de la cama a algún prestamista, lo más probable era que se negara a cooperar.

La razón le aconsejaba que se fuera a casa, reuniera sus cosas, durmiera lo que pudiera y se dispusiera a partir a la mañana siguiente. Pero la idea de que Ivy y el

joven Armitage siguieran avanzando lo espoleaba a actuar de inmediato, al igual que la perspectiva de que Felicity viajara por caminos desiertos y oscuros en un hermoso carruaje, pero con la única compañía de un viejo cochero y un lacayo imberbe.

Se detuvo a contemplar otra alternativa.

—Claro —se echó a reír para sí mismo cuando al fin dio con la solución.

Quizás anduviera escaso de dinero, pero seguía siendo rico en lo más preciado que podía tener un hombre: amigos. Si pudiera mandar recado a su cuñado… Merritt Temple tenía caballos, carruajes y fondos que pondría a su disposición en un abrir y cerrar de ojos. Pero, por desgracia, su casa de campo estaba varios kilómetros en dirección este. Si se desviaba hasta allí, perdería aún más tiempo que si esperaba a que abrieran las casas de empeño.

Sin duda debía de tener algún amigo en Bath al que poder recurrir.

¡Weston St. Just! Si alguien le debía ayuda en aquel brete, era el hombre que le había presentado a lady Lyte. Su paso volvió a ganar firmeza y velocidad.

Como se hallaba cerca de sus habitaciones, se pasó por allí un momento para escribir una nota a su casero avisándole de que Ivy y él habían tenido que salir de la ciudad y quizá tardaran varios días en regresar. Cuando volvió a salir a la oscura quietud de las calles, puso rumbo al sur, hacia Sydney Gardens. St. James tenía alquiladas unas elegantes habitaciones por allí cerca.

No le preocupaba despertar a su antiguo condiscípulo a aquella hora. Lo que le inquietaba era, por el contrario, que, siendo un noctámbulo impenitente, Weston St. Just tardara aún varias horas en regresar a casa. Por suerte, ardía una luz en la ventana del cuarto de estar y un joven lacayo se apresuró a contestar a su llamada.

Cuando el muchacho lo condujo ante la presencia de su amigo, St. Just pareció levemente sorprendido de verlo. Y quizá también algo divertido.

—¿Qué ocurre, Greenwood? ¿Ya te ha puesto de patitas en la calle la hermosa lady Lyte?

—Me sorprende que no te lo haya dicho —Thorn conocía muy bien el insaciable apetito de habladurías de St. Just—. Me despidió hace dos días.

—¡La muy desvergonzada! —St. Just le indicó con un gesto que se sentara—. Aunque, a decir verdad, te envidio las pocas semanas que has pasado con ella —St. Just levantó una copa llena de líquido ambarino y señaló con la cabeza una mesita sobre la que había un decantador y varias copas—. ¿Quieres ahogar tus penas?

Tras su turbador encuentro con Felicity, Thorn sintió la tentación de hacerlo. Pero sacudió la cabeza.

—No me atrevo.

St. Just le lanzó una mirada indulgente.

—Naturalmente. Tú nunca ahogas tus penas en alcohol, ni huyes de ellas, ni te comportas como un cobarde, ¿no es así? Siempre las miras de frente y arremetes contra ellas.

—Qué aburrido, ¿verdad? —Thorn se preguntó cómo era posible que hubieran seguido siendo amigos todos aquellos años, teniendo temperamentos tan contrarios.

Felicity habría hecho mejor tomando a St. Just por amante, en vez de usarlo únicamente como intermediario para acercarse a él. Además de la belleza clásica de una estatua griega, Weston St. Just era tan galante que las mujeres acudían a él como las abejas a una flor alta y fragante.

—¿Aburrido? Muy al contrario, querido amigo —St. Just se recostó en el sillón y bebió de su copa—. Yo me canso pronto de todo el mundo porque la mayoría de las personas son como yo: hipócritas, indolentes y egoístas. Los tipos como tú sois la sal de la tierra. Nunca dejáis de asombrarme. Vivo pendiente del momento en que os salís de vuestro recto y angosto camino y os precipitáis en una orgía de debilidad.

—Yo creía haberlo hecho ya.

—¿Con lady Lyte, quieres decir? —St. Just se encogió de hombros—. Eso no ha sido más que un pequeño tropiezo que me ha mantenido con el alma en vilo durante un tiempo, pero todo el asunto ha sido demasiado discreto como para manchar tu honor. Ahora, dime, ¿qué te trae por aquí a estas horas? En el noventa y nueve por ciento de los hombres, sería capaz de adivinarlo de inmediato, pero tú nunca dejas de sorprenderme.

—Es mi hermana, Ivy. Se ha escapado con el joven Armitage, el sobrino de lady Lyte.

—¿De veras? Santo Dios —St. Just se sentó un poco más derecho y en sus lánguidos ojos brilló algo parecido al interés—. Ojalá tuviera yo una hermanita díscola que me mantuviera ocupado intentando sacarla de apuros.

—Te prestaría a la mía —gruñó Thorn—, pero no me fío de ti.

Le explicó el aprieto en que se hallaba. Cómo había insistido Felicity en salir en persecución de los jóvenes amantes sin él. Su desesperada necesidad de procurarse un buen caballo y algún dinero para sufragar el viaje.

Cada vez que se sentía a punto de enojarse con St. Just por la ironía con que contemplaba el caso, Thorn hacía lo posible por disimular. Si quería ponerse en camino esa misma noche, St. Just era el único que podía prestarle ayuda.

—Supongo que esperas que mantenga este encantador asuntillo en secreto, ahora que me lo has confiado —St. Just apuró su copa y se levantó algo tambaleante.

Thorn se puso de pie de un salto.

—No me serviría de gran cosa traer a Ivy de vuelta sólo para ver arruinada su reputación porque se haya corrido la voz. Si fuera así me vería obligado a casarla con Armitage para salvar su honor. A pesar de tu gusto por las habladurías, Wes, siempre has sido un buen amigo en momentos críticos. ¿Qué me dices? ¿Puedo contar con tu discreción y tu ayuda?

St. Just levantó la mano.

—En cuanto a lo primero, lo juro por mi dudoso honor. En cuanto a lo segundo —les dio la vuelta a sus bolsillos—, he tenido una noche horrible en el casino. No voy

a decirte cuánto he perdido o te echarías las manos a la cabeza. Lo suficiente, me temo, como para no poder prestarte ni un penique hasta que pueda ver a mi banquero mañana.

—¡Maldita sea! —apenas había dicho esto cuando Thorn comenzó de nuevo a devanarse los sesos en busca de alguien que pudiera ayudarlo.

Weston St. Just juntó las puntas de los dedos.

—A menos que…

—¿A menos que? —preguntó Thorn. Aquella expresión tenía un sonido esperanzador, pero el tono en que la pronunció su amigo le causó cierta inquietud.

—¿Llevas algo de valor encima? —St. Just lanzó una mirada al sello de Thorn, como si intentara calcular cuánto valía.

—Esto —Thorn giró el sello sobre su dedo, sensación que siempre le había parecido extrañamente reconfortante—. Y el reloj de oro de mi padre. Pero no sirve de nada. Ya lo he pensado. Las casas de empeño no abren hasta mañana.

—No me refiero a que empeñes tus cosas, viejo amigo —St. Just se desperezó como si acabara de despertarse de una refrescante noche de sueño—. Pero ¿qué te parecería apostarlas? —Thorn abrió la boca para protestar, pero su anfitrión lo cortó en seco—. Una buena mano en la partida de la que me he ido, y tendrías suficiente para ir a Gretna y volver. Tres manos buenas, y seguramente podrías hace un viaje por toda Europa —empujó suavemente a Thorn hacia la puerta del cuarto de estar.

—Yo nunca he sido jugador —se quejó Thorn—. Todo el mundo lo sabe.

En cierto sentido, su relación con Felicity Lyte había sido como marcarse un farol. Se había repartido a sí mismo las cartas creyendo que no tenía nada que perder y sí mucho que ganar. Después, cuando era ya demasiado tarde, se había dado cuenta de que había apostado en la creencia de que podía irse a la cama con una mujer sin enamorarse de ella.

Lo que estaba en juego era su corazón. Y lo había perdido.

Weston St. Just se detuvo en la puerta y miró a su amigo.

—Puedes esforzarte cuanto quieras por nadar y guardar la ropa, amigo mío, pero la vida es una apuesta, lo mires por donde lo mires. Puedes quedarte aquí esta noche, si quieres, y despertarme a cualquier hora intempestiva de la mañana para ir a ver a mi banquero. O, si estás decidido a ponerte en camino antes de que amanezca, puedes venir conmigo y apostar a los naipes esas cosas de incalculable valor para ti. ¿Qué decides?

Thorn luchó por tomar una determinación mientras frotaba la cara de su sello. El reloj era tan viejo que no tenía minutero, de modo que sólo podía usarse cuando no se tenía prisa. El sello era aún más viejo. Ambos habían pasado de padres a hijos a través del linaje de los Greenwood hasta llegar a él.

La idea de empeñar el reloj y el anillo le causaba leves reparos, a pesar de que podía recuperarlos a la primera oportunidad. Correr el riesgo de perderlos para siempre…

Naturalmente, seguiría siendo el cabeza de familia aun sin las insignias ancestrales de su autoridad. Pero, por alguna razón, en su fuero interno, sentía lo contrario.

La razón le aseguraba a Felicity que estaba actuando de la única forma sensata. Su corazón le advertía de lo contrario, pero había aprendido hacía mucho tiempo a desconfiar de aquel caprichoso órgano. Incluso cuando su cochero estaba de acuerdo con él.

—¿Está segura de que este viaje no puede esperar a mañana, señora? —el señor Hixon intentó en vano sofocar con su manaza el bostezo que amenazaba con partir su cara en dos.

—Lamento haber tenido que sacarlo de la cama a estas horas de la noche —dijo Felicity en tono amable pero firme, y tuvo que resistir las ganas de bostezar mientras Hetty la ayudaba a ponerse la capa.

Las noches podían ser gélidas incluso en mayo, sobre todo cuando se pasaban varias horas sentado en un carruaje sin calefacción.

—Me temo que esto no puede esperar. ¿Está listo para el carruaje?

—Sí, señora —el cochero hizo girar entre las manos su anticuado tricornio mientras señalaba con la cabeza la puerta—. ¿Adonde vamos, si no le importa que se lo pregunte?

—Espero estar en Tewkesbury mañana por la noche —Felicity hizo un cálculo rápido, adivinando a qué hora podían haber salido de Bath Oliver y la señorita Greenwood.

Rezaba para que su sobrino hubiera alquilado un coche de posta en lugar de viajar en diligencia o, peor aún, en el Correo Real.

—Espero que no tengamos que aventurarnos más allá.

El cochero asintió con la cabeza mientras su ansiedad por ponerse en camino batallaba con su cansancio.

—Por lo menos hace buen tiempo y hay luna —abrió la puerta y la sujetó para que Felicity saliera a la calle iluminada por la luna—. Lo bueno que tiene salir a estas horas es que habremos atravesado Bristol antes de que se llenen los caminos por culpa del mercado. Si nos damos prisa, tal vez logremos llegar a desayunar al King's Arms de Newport.

—Excelente idea, señor Hixon —Felicity bajó la escalinata de su casa y montó en el carruaje.

Siempre se alojaban en aquella posada en sus idas y venidas de Bath. Si Oliver había alquilado un coche y huido con la señorita Greenwood poco después de mediodía, casi con toda seguridad habrían pasado su primera noche en el King's Arms. Allí podrían darle noticias sobre los jóvenes; quizás, incluso, podrían interceptarlos si no se ponían en camino muy temprano.

El cochero trepó trabajosamente al pescante y, un momento después, el elegante carruaje de lady Lyte enfiló la carretera de Bristol. Dentro, Felicity se sonrió en la oscuridad al imaginar la cara de pasmo de Thorn cuando regresara a Bath al día siguiente con su hermanita a la zaga.

Cuando intentó dejar de imaginarse la cara de Thorn, sin embargo, tropezó con grandes dificultades.

Su recuerdo la atormentaba. Thorn apareciendo, desastrado, en la puerta de su alcoba en busca de su hermana. Thorn cerniéndose sobre ella, desprendiendo un dulce aire de preocupación, cuando volvió en sí tras su ridículo desmayo. Thorn, más enfadado de lo que lo había visto nunca, con las negras cejas fruncidas cual nubarrones en el horizonte. No bien lograba disipar un recuerdo cuando otro ocupaba su lugar.

Quizá fuera una suerte el haberse visto obligada a romper con él tan bruscamente, antes de que la inquietante influencia que ejercía sobre ella se hiciera más fuerte.

Mientras los caballos apretaban el paso, Felicity se ciñó la capa y se acurrucó en un rincón del carruaje. Apoyó la cabeza en la suave tapicería del asiento e intentó dormirse para no pensar en Thorn Greenwood.

Al ver que no lo conseguía, resolvió concentrar sus pensamientos en el único asunto que podía distraerla de todo lo demás.

Su bebé.

Bajo la capa, se pasó una mano por el vientre plano en un gesto al mismo tiempo tierno y ferozmente posesivo. Pese a toda evidencia, todavía le costaba creer que en sus entrañas pudiera estar creciendo un bebé.

¿Cuántas veces, durante los primeros años de su matrimonio, había rezado por que sucediera aquello, sólo para verse defraudada una y otra vez? Entre tanto, la tropa de hijos ilegítimos de Percy crecía sin cesar, cada uno de ellos una ofensa añadida, una prueba de la virilidad de su marido de la que ocuparse y a la que educar con su dinero.

¿Cuántas odiosas «curas» había tenido que soportar por culpa de su esterilidad? A veces sumamente dolorosas, siempre humillantes.

Año tras año había visto cómo la falta de un heredero iba consumiendo a su marido y minando su matrimonio. Hasta que llegó un momento en que ya no pudo mirarlo a la cara porque sabía lo que él estaba pensando. ¿Por qué se había casado con la hija de un comerciante, con cuya fortuna había rellenado las vacías arcas de su aristocrática familia, cuando ella no podía darle un hijo que heredara lo que con tanto sacrificio había intentado restaurar?

Mientras el carruaje atravesaba la plácida campiña de Sommerset, todavía en penumbra, un suspiro y una risa amarga resonaron en su interior, demasiado bajos para que el cochero o el lacayo los oyeran desde el pescante exterior.

¿Quién había sido más ingenuo?, se preguntaba Felicity. ¿Percy o ella? ¿Cómo era posible que ninguno de ellos hubiera sospechado que las queridas de Percy

podían tener otros amantes a los que atribuir la paternidad de sus hijos? Aquellas mujeres le habían engañado para que mantuviera a sus vástagos porque Percy era rico y porque sentía la penosa necesidad de demostrar su virilidad reclamando aquellos hijos como suyos.

Ahora allí estaba ella, embarazada al fin. De un hombre con el que no tenía intención de casarse.

¿Habría consentido Thorn Greenwood en convertirse en su amante si hubiera sospechado que había algún peligro de engendrar un hijo? Felicity sabía la respuesta a esa pregunta, pues el propio Thorn la había formulado cuando ella acudió a él con su escandalosa proposición.

Thorn se había sonrojado y había tartamudeado con una torpeza que a Felicity le había parecido enternecedora en tan consumado caballero. Le había costado dos o tres intentos formular su pregunta en términos lo bastante claros como para que ella comprendiera qué quería decirle.

Ella había estado a punto de abandonar su propósito allí mismo, con tal de no revelar su doloroso pasado. Luego un impulso desconcertante, más profundo que su vergüenza o su compasión por sí misma, la había hecho confesarle la verdad.

—No tiene de qué preocuparse en ese sentido, sir. Mientras estuvimos casados, mi marido tuvo varios hijos. Ninguno de ellos mío —para atajar cualquier expresión de lástima, se había obligado a reír—. Así que ya ve que soy tan libre como un hombre para hacer mi voluntad.

Quizás aquellas palabras habían tentado al destino a tomarle el pelo. Pero ella sería la última en reír. Su dinero y su viudedad le permitían disfrutar de los placeres de la maternidad sin el estorbo de un marido.

Su conciencia protestó cuando pensó en Thorn Greenwood como en un estorbo, pero Felicity hizo oídos sordos. Aunque hubiera estado dispuesta a correr el riesgo de casarse otra vez para salvar su honor, hubiera calibrado la valía de su marido con un rasero bien distinto al que había utilizado para buscarse un amante. Y Thorn estaría al final de su lista de candidatos.

—Quizá debería haber traído a Hetty, al fin y al cabo —gruñó para sí misma—. Por lo menos su cháchara me habría impedido pensar en ese hombre.

Intentó de nuevo expulsar a Thorn de sus pensamientos. Se concentró en hacer planes para su bebé y para ella en cuanto el enojoso asunto de su sobrino y la señorita Greenwood estuviera resuelto.

Primero, se retiraría al campo. A un lugar apacible y de clima benigno. Muy lejos de Bath y de la casa solariega de la familia Lyte en Staffordshire. Tal vez en algún paraje de Kent. Aunque…

¿No tenía Thorn una casa de campo en Kent? Felicity rebuscó en su memoria, pero no logró recordarlo. ¿Habían hablado de ello alguna vez?

No. Rara vez hablaban, como no fuera de trivialidades, quizá por miedo a que la conversación estrechara sus lazos.

—Ya estás pensando otra vez en él —se reprendió.

Si quería saber dónde tenía su casa de campo, podía preguntárselo a Ivy en el camino de regreso a Bath.

Una vez resuelto ese extremo, se puso a imaginar la casa tranquila y acogedora que pensaba organizar para su pequeña familia de sólo dos miembros. Apenas se dio cuenta de que su aliento iba adquiriendo la suave cadencia del traqueteo del carruaje.

Un rato después se despertó ligeramente al sentir que cambiaba la velocidad de la marcha. Se dijo, medio dormida, que debían de estar pasando por las calles empedradas de Bristol y volvió adormirse.

La siguiente vez que se despertó lo hizo repentinamente, desorientada y aturdida, cuando el carruaje frenó bruscamente y ella salió despedida hacia el asiento de enfrente. Fuera las sombras envolvían aún el paisaje. ¿Cuánto tiempo llevaba dormida? ¿Dónde estaban?

El carruaje se detuvo por completo y fuera se oyeron los relinchos inquietos de los caballos. Felicity volvió a sentarse y estiró el brazo para tocar con los nudillos en el techo y pedirle cuentas al señor Hixon. Pero lo que oyó fuera hizo que su mano quedara suspendida en el aire y que su estómago se encogiera.

—¡Poneos en pie y bajad!

¿Les estaría gastando alguien una broma de mal gusto?, se preguntó Felicity mientras recogía su bolso del suelo y lo escondía entre los pliegues de su capa. Los salteadores de caminos eran cosa del siglo anterior.

¿O acaso los viajeros se habían vuelto más cautos y ya no se aventuraban por los caminos después de anochecer? La advertencia de Thorn resonó en sus oídos. «Será un viaje arduo, quizás incluso peligroso».

Había estado tan ansiosa por distanciarse de él y le habían exasperado tanto sus intentos de tomar las riendas de la situación… Pero ¿qué esperaba? A fin de cuentas, Thorn Greenwood era un hombre, no un perrillo faldero.

—Déjanos pasar —gritó el cochero—. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Tú qué crees? —contestó una voz de hombre, y a continuación se oyó una risotada que a Felicity le puso los pelos de punta—. Un coche tan bonito irá cargado de plata, ¿eh? Vamos a echar una ojeada.

Felicity se acurrucó en el rincón más alejado de la puerta mientras oía desmontar a un jinete y unos pasos que se acercaban.

—Tengo una pistola cargada y no me da miedo usarla —le gritó el bandido a quien pudiera haber dentro del carruaje.

Felicity rebuscó a tientas en su bolso y sacó varios billetes del fajo que llevaba dentro. Aunque el pulso le atronaba los oídos, se lanzó hacia la puerta del carruaje y la abrió.

—Toma —le tiró el bolso a la oscura silueta del bandido—. Llévate esto y déjanos seguir nuestro camino. Tengo que estar en Gloucester cuando amanezca. Mi madre está muy enferma.

Si aquella nefanda criatura tenía corazón, aquella historia, junto con su buena disposición a cooperar, tal vez impidiera que siguiera molestándola.

O tal vez no.

—Lo lamento mucho, señora —contestó el bandido. Sacudió el bolso. Varias guineas tintinearon en el fondo—. Gracias por el regalito. Pero no tenga tanta prisa en marcharse. Sus caballos parecen un poco cansados.

Dio un paso hacia ella y Felicity se retiró al fondo del carruaje.

—Me pregunto si es tan bonita como parece —una mano enguantada se extendió hacia ella.

—No soy nada bonita y además… —balbució Felicity, intentando buscar algo que decir—. ¡Tengo el sarampión!

Oyó un golpe seco y el bandido irrumpió en el carruaje. El grito que llevaba varios minutos conteniendo escapó de su garganta.

Capítulo 4

Thorn Greenwood se removió en su silla. Llevaba varias horas cabalgando por una sucesión de estrechos caminos rurales que bordeaban Bristol a fin de alcanzar la carretera que corría entre aquel populoso puerto y la ciudad de Gloucester, unas treinta millas al norte.

Una angustiosa sensación de urgencia le atenazaba las entrañas mientras espoleaba al brioso caballo que le había prestado St. Just.

Un áspero viento del oeste procedente de la desembocadura del Severn fustigaba la crin del caballo y amenazaba con arrancarle el sombrero. Se lo apretó con fuerza y siguió cabalgando.

—No debí permitir que saliera de Bath sin mí —masculló en voz alta.

La luna llena pendía baja en el cielo, proyectando una luz pálida y fantasmal sobre el páramo y la negra cinta de la carretera que lo atravesaba zigzagueando.

Thorn iba escudriñando la oscuridad, intentando distinguir algún indicio del carruaje de Felicity.

¿Habría alcanzado la carretera antes que ella? ¿O acaso Felicity le llevaba varias millas de ventaja?

No tuvo que sopesar por mucho tiempo la respuesta, pues justo entonces su caballo alcanzó la cresta de un leve promontorio. Desde allí pudo distinguir una lucecita que oscilaba no muy lejos, y rezó para que fuera la del carruaje de Felicity.

Un suspiro de alivio asomó a sus labios. Un instante después, dejó escapar un gemido. La luz había dejado de moverse bruscamente.

Eso podía significar muchas cosas, pero en ese momento a Thorn sólo se le ocurría una. Encorvándose sobre la silla, espoleó al caballo, temiendo llegar demasiado tarde. Su corazón resonaba más fuerte que el golpeteo de los cascos del caballo sobre la carretera.

En cuanto se hubo acercado lo suficiente, reconoció el coche de Felicity. Pero la llama de satisfacción que ardió dentro de él se apagó al instante al ver que un hombre se disponía a entrar en el carruaje.

Un hombre que se tapaba la parte de abajo de la cara con un pañuelo blanco.

Al acercarse al carruaje, Thorn tiró de las riendas y se abalanzó sobre el intruso. Los dos cayeron dentro del carruaje al tiempo que un grito de mujer atravesaba la oscuridad.

El hombre quedó tendido, inerme, bajo él, y Thorn comprendió que había perdido el sentido. Para asegurarse, buscó a tientas por el suelo del carruaje hasta que encontró la pistola del bandido.

—¡Apártese de mí! —gritó Felicity—. Apártese, ¿me oye?

Thorn luchó por decirle que todo iba bien. Pero al abalanzarse sobre el bandido se había quedado sin aliento. Incapaz de articular palabra, se levantó a duras penas y le tendió los brazos a Felicity, pero ella gritó de nuevo al tiempo que le propinaba una violenta patada en la tripa. Thorn se dobló con un gemido de dolor.

Cayó hacia delante, se tropezó con el bandido inconsciente y aterrizó en el asiento, delante de Felicity. Antes de que pudiera recobrar el aliento ella se abalanzó sobre él y empezó a arañarlo y a golpearlo con violencia. Thorn se echó hacia atrás y levantó las manos para intentar defenderle.

—¡Felicity! —gimió.

Ella no se detuvo. Por el contrario, sus golpes se hicieron más fuertes y rápidos.

—Felicity, soy Thorn —la agarró por las muñecas y la zarandeó con fuerza—. Ya estás a salvo.

Ella se quedó parada un momento.

—¿Thorn? ¿Eres tú de verdad?

—¿Conoces a alguien más lo bastante tonto como para perseguirte por medio condado a estas horas de la noche?

—Thorn… —musitó ella otra vez. Luego, con la misma pasión con que lo había golpeado, se lanzó a sus brazos, sollozando.

—Tranquila, tranquila —Thorn la abrazó y frotó las patillas contra su pelo mientras intentaba sofocar una oleada de deseo que amenazaba con dar al traste con su templanza.

Aquel incidente había hecho arder su sangre como un juego amoroso: el contacto físico, las pasiones enardecidas, el corazón palpitante y los jadeos.

Y ahora, abrazar a Felicity mientras ella lloraba; sentir sus cálidas nalgas sobre los muslos, con sólo una fina barrera de muselina y ante entre la piel de ambos.

En ese momento, Thorn habría cambiado todo cuando poseía por que se hallaran de nuevo en la alcoba de Felicity, en lugar de en una carretera, dentro de un gélido carruaje y en compañía de un bandido aturdido que empezaba a removerse.

—¿Se… señor Greenwood? —inquirió una vocecilla trémula desde la puerta abierta del carruaje—. ¿Es usted, señor? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Está herida lady Lyte, señor? —preguntó una voz más grave.

—Ha sufrido una fuerte impresión, pero creo que por lo demás está bastante bien —la idea de lo que podía haberle ocurrido a Felicity afiló su tono—. Y no gracias a ustedes.

—Tenía una pistola, señor —protestó el joven lacayo.

El cochero no ofreció excusa alguna, pero su voz sonó compungida.

—¿Hay algo que podamos hacer ahora, señor Greenwood?

El salteador gruñó e intentó sentarse. Thorn, que tenía el pie apoyado entre sus omóplatos, lo forzó a tumbarse de nuevo.

—Busquen un trozo de cuerda para atar a este bribón —les ordenó al cochero y al lacayo.

—Muy bien, señor Greenwood.

—Átenlo a su caballo, si lo encuentran, o al mío, si no —añadió Thorn—. Luego aten el caballo al carruaje. Lo entregaremos a las autoridades en el primer pueblo al que lleguemos. De momento, creo que será mejor que sigamos nuestro camino lo más aprisa posible, por si hay merodeando por aquí otros de su ralea.

El cochero y el lacayo buscaron rápidamente una cuerda con la que atar al bandido, que parecía demasiado aturdido para oponer resistencia.

Cuando el carruaje reemprendió la marcha hacia el norte, Felicity había dejado de llorar y apenas sollozaba ya. Aun así, no hizo esfuerzo alguno por separarse de Thorn. Él se deleitaba ávidamente en su olor y su contacto, consciente de cuánto la había echado de menos en el corto espacio de tiempo que habían estado separados.

¿La habría hecho cambiar de parecer el hecho de que él se hubiera tomado tantas molestias para acudir en su rescate?, se preguntaba mientras la estrechaba entre sus brazos.

Por más que intentaba no dejarse engañar por aquella vana esperanza, no lo conseguía.

Felicity debía apartar a Thorn, decirle que saliera del carruaje o, al menos, reprenderle por haberle dado un susto de muerte. Pero mientras el carruaje avanzaba velozmente hacia Newport, se sintió incapaz de hacer nada.

Le quedaban muchos años por delante privada del calor y el firme consuelo del abrazo de Thorn Greenwood. De momento, necesitaba que la abrazara mucho más de lo que había necesitado cualquier otra cosa en mucho tiempo. Y lady Felicity Lyte no estaba acostumbrada a negarse nada de cuanto necesitaba.

No recordaba haber pasado nunca tanto miedo. Se le aceleró el corazón en el pecho y empezó a temblar.

—Ya está, ya está —Thorn le acarició el brazo. ¿Eran imaginaciones suyas o le había dado un beso en la coronilla?—. ¿Estás bien, Felicity? ¿O me precipité al decirles a tus criados que estabas ilesa? —la tierna preocupación que irradiaba su voz empapaba el corazón de Felicity como un cálido ungüento.

—No, tenías razón, sólo he sufrido una fuerte impresión —sollozó—. ¿Tienes un pañuelo que pueda estropear?

Habría odiado a cualquiera que la hubiera visto deshacerse en un llanto histérico. Quizás odiara a Thorn por ello a la fría luz del día, cuando pudiera ver hasta qué punto su flaqueza la había menoscabado ante sus ojos. Pero, de momento, se permitiría el peligroso lujo de apoyarse en un hombre.

—¿Un pañuelo? —Thorn la apartó un poco para abrirse el gabán y buscar en el bolsillo de su chaleco—. Creo que sí —le puso en la mano el pañuelo de hilo doblado—. Aquí tienes.

—Gracias —logró decir Felicity. El suave roce de las manos de Thorn había hecho erizarse su piel.

Se enjugó los ojos y se alegró de que, para cuando Thorn pudiera verla claramente, los estragos de sus lágrimas se hubieran borrado ya.

Si ello era vanidad, que lo fuera. No podía aportar que un hombre atractivo la viera en aquel estado.

Mientras se sonaba la nariz, enmascarada por la oscuridad, la asaltó una idea.

—¿Tú estás bien, Thorn? Te lanzaste sobre ese hombre y luego… luego te golpeé. Lo siento mucho. No sé qué me pasó.

—Sólo intentabas defenderte —Thorn se echó a reír—. Y lo hiciste muy bien, por cierto. Pero creo que no he sufrido ningún daño irreparable.

Unos cuantos golpes suyos no le habrían causado ningún daño, por supuesto. Pero si aquel odioso bandido hubiera logrado disparar… Felicity jamás habría podido perdonarse si Thorn hubiera resultado herido por su culpa.

—¿Y bien? —preguntó, preparándose para la reprimenda que seguramente merecía.

—¿Y bien… qué? —él parecía sinceramente desconcertado.

—La bronca que has estado ensayando desde que saliste de Bath —Felicity se sonó la nariz de nuevo—. ¿Qué hay de ella?

—Ah, eso —Thorn se echó a reír con sorna y un instante después bostezó—. Me la reservo para mañana. Por ahora, creo que lo mejor será que durmamos un rato, si podemos.

El pobrecillo debía de estar agotado después de pasarse la noche buscando a su hermana y persiguiéndola a ella.

—Usted siempre tan sensato, señor Greenwood —Felicity hizo un intento poco convincente de apartarse de su regazo—. Sin duda descansarás mejor sin la carga de una mujer llorosa aplastándote.

A ella también le vendría bien separarse un poco de él. Bastante difícil resultaba ya mantener a raya el arrepentimiento sin necesidad de que sus brazos le recordaran lo que pronto perdería para siempre.

—No eres ninguna carga —Thorn volvió a abrazarla con suave insistencia—. Además, dormiré mejor sabiendo que estás a salvo.

—En ese caso… —Felicity se recostó contra él—, será un placer quedarme donde estoy.

Más que un placer, de hecho. Pero eso no se atrevía a decírselo.

—Thorn…

—¿Sí? —ya parecía medio dormido.

No debía incordiarlo con preguntas, se dijo Felicity, pero le gustaba tanto oír su voz…

—¿De dónde sacaste el caballo para venir en mi busca?

—De St. Just —Thorn se dio unas palmaditas en el bolsillo—. También tengo dinero. Lo gané en una partida de cartas.

Felicity no se habría sorprendido más si le hubiera confesado que había robado el dinero.

—Creía que nunca jugabas.

—Nunca había jugado, hasta esta noche —su voz sonaba pastosa y soñolienta, como Felicity había oído tantas veces durante las semanas anteriores después de hacer el amor—. No sé nada de cartas. Puede que me ayudara el hecho de ser el único jugador sobrio que había en la fiesta.

—Puede que fuera la suerte del principiante —Felicity levantó la mano y le acarició las patillas con los nudillos, a pesar de que sabía que no debía hacerlo.

—Puede —musitó él como si aquel fuera el más dulce cumplido.

Luego, antes de que ella pudiera apartar la mano, él ladeó la cabeza y frotó la mejilla contra su mano en un casto gesto de ternura que hizo que a Felicity se le formara un nudo en la garganta.

—¿Cómo lograste meterte en una de esas ruinosas partidas a las que juega Weston St. Just? —preguntó con esfuerzo.

Thorn volvió a levantar la cabeza.

—No soy del todo pobre, ¿sabes?

Su fortuna… o más bien su falta de ella. Felicity lamentó su pregunta, pero al mismo tiempo sintió una punzada de irritación. ¿Cuántos años había estado pasando de puntillas sobre el asunto de la pobreza de su marido?

Por lo menos Thorn Greenwood se estaba esforzando por sacar adelante a su familia. Y por medios más honorables que casarse con la primera heredera disponible.

—Yo no he dicho que fueras pobre. Pero casi nadie lleva encima una fuerte suma de dinero en plena noche, eso es todo.

Thorn no contestó enseguida. ¿Se había quedado dormido?, se preguntó Felicity, ¿o estaba demasiado ofendido para contestar?

—Tengo un reloj antiguo y un sello —dijo al fin como si confesara un crimen—. St. Just logró convencer a los demás jugadores de que valían algo.

Su confesión tocó a Felicity en un punto flaco. Conocía muy bien el reloj y el anillo a los que él había aludido. Ignoraba cuánto habría pagado por ellos un joyero. Sin embargo, eran de incalculable valor para Thorn, pues servían para recordarle su pertenencia a una antigua familia de alcurnia.

A pesar de su riqueza y del título por el que había pagado tan alto precio, Felicity sabía que mucha gente la despreciaba aún por ser la hija de un comerciante adinerado, conveniente sólo como amante de un caballero respetable como Thorn Greenwood, pero jamás como esposa.

Semejante unión daría mucho que hablar. Y los caballeros respetables aborrecían ser la comidilla de chismosos como Weston St. Just.

Los brazos de Thorn se aflojaron un poco y su aliento se hizo lento y rítmico. Mientras intentaba hacerse a la idea de que al día siguiente tendría que distanciarse de él, Felicity cobró conciencia de que aquella partida de cartas significaba otra cosa.

Thorn se había tomado muchas molestias por ella. Primero, se había jugado sus posesiones más preciadas; luego, había cabalgado en plena noche para dar alcance a su carruaje; y, por fin, había arriesgado su vida para rescatarla del peligro. Thorn Greenwood no era hombre dado a la palabrería, pero sus actos hablaban con elocuencia de lo que sentía por ella.

Percy Lyte nunca la había valorado más allá de considerarla una fuente de ingresos y herederos. Y, cuando se había mostrado incapaz de darle esto último, el desprecio apenas velado de su marido había erosionado algo vital dentro de ella. Algo que el cariño honesto e incondicional de Thorn prometía restañar.

Él había dejado a un lado su natural prudencia y se había embarcado en aquella partida de cartas pensando en su bien, se dijo mientras el primer asomo del alba doraba las hermosas facciones de Thorn. Ella, por su parte, tendría que domeñar sus impulsos si no quería que la empujaran a apostar temerariamente por Thorn Greenwood, arriesgándose a perder mucho más de lo que podía permitirse.

Thorn se despertó con tal sobresalto que Felicity se habría caído al suelo de no ser porque tenía los brazos firmemente trabados alrededor de su cuello.

Pero el sobresalto logró despertarla de su sueño.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó—. ¿Has soñado con ese odioso bandido?

—Eh… algo así —Thorn luchó por sofocar el miedo que agitaba su pecho.

Apenas podía recordar su sueño, a pesar de que un instante antes le había parecido sumamente real.

Estaba jugando a una extraña partida de cartas en la que las apuestas eran cada vez más altas. Hasta que ya no podía seguir apostando sin verse arruinado. El miedo y la temeridad batallaban dentro de él cuando por fin ponía sobre la mesa sus cartas, todas ella de corazones. Pero los naipes se convertían súbitamente en diminutos billetes de banco y, mientras el ganador recogía sus ganancias, Thorn se daba cuenta de que había arriesgado su honor y su corazón. Y había perdido.

—¿Dónde crees que estamos? —intentó apaciguar su respiración mientras se soltaba de Felicity.

La implacable luz del día tenía algo que le hacía imposible seguir abrazándola, ni siquiera en el interior del carruaje. Por más que lo deseara.

Felicity intentó en vano sofocar un bostezo mientras miraba por la ventanilla. Parecía tan deseosa como él de romper su embarazoso abrazo. Quizá Thorn había imaginado la melancólica calidez de su voz la noche anterior y el delicioso roce de sus dedos sobre sus patillas.

—Estamos llegando a un puente pequeño —dijo—. Creo que Newport queda al otro lado, y tengo buenas razones para creer que allí encontraremos a Oliver e Ivy.

Mientras le hablaba a Thorn de su costumbre de pararse en aquel pueblo en sus idas y venidas de Bath, se sentó en el asiento de enfrente.

—¿Sabes qué hora es?

Él sacó su venerable reloj del bolsillo y lo miró.

—Las siete pasadas —sacudió la cabeza—. El pobre cochero y el lacayo estarán agotados, por no hablar de los caballos.

—Espero que encontremos a Oliver y a tu hermana antes de que se despierten —Felicity miró por la ventanilla, ignorando la mirada fija de Thorn. O quizá evitándola—. Así podremos tomarnos un día de descanso antes de volver tranquilamente a Bath.

Thorn asintió con la cabeza y masculló vagamente una palabra de asentimiento, aunque con escasa convicción.

Naturalmente, deseaba recuperar a su díscola hermana antes de que se deshonrara sin remedio. Pero eso significaría volver a separarse de Felicity. Esta vez, para siempre.

Y, a pesar de aquel sueño perturbador, le costaba alegrarse de ello.

Capítulo 5

Seis horas después de abandonar Bath, el carruaje de lady Lyte se detuvo delante de una posada de aspecto próspero, bajo un letrero adornado con un antiguo escudo real.

Felicity se obligó a mirar a Thorn Greenwood mientras intentaba hablar con naturalidad.

—Seguramente Oliver y tu hermana no se habrán puesto en camino aún.

Estaba profundamente avergonzada por haber perdido los nervios la noche anterior; por haber chillado como una lunática cuando Thorn y el bandido irrumpieron en el carruaje, y por haber vapuleado a Thorn hasta casi matarlo. Y, por si eso fuera poco, se había humillado luego echándose a llorar y abrazándose a él como una chiquilla asustada.

Que él lo hubiera aguantado todo con tan buen talante debería hacer que se sintiera mejor…, pero no era así.

Si sus treinta y tantos años habían enseñado algo a Felicity Lyte era que una mujer debía estar preparada para cuidar de sí misma y enfrentarse al mundo. En nadie más podía confiar en ese aspecto. Y menos aún en alguien que llevara pantalones.

No podía permitir que Thorn Greenwood la convenciera de lo contrario.

En el asiento de enfrente, Thorn se desperezó mientras se reía con sorna.

—Si el joven Armitage logra levantar a mi hermana de la cama a una hora razonable, es mejor tipo de lo que creía —de pronto frunció el ceño—. Tu sobrino habrá pedido habitaciones separadas, espero.

Por alguna razón, aquella pregunta arañó los nervios a flor de piel de Felicity.

—Desde luego que sí —replicó—. Mi sobrino es un joven honorable. El hecho de que sea lo bastante estúpido como para huir a Escocia con tu hermana no significa que haya puesto en entredicho su virtud. A fin de cuentas, ella no es una rica heredera, ni él un cazadotes.

Durante más de medio siglo, la Ley Matrimonial de lord Harwick había puesto trabas a las bodas entre hombres de pocos escrúpulos e ingenuas jovencitas de fortuna. Algunas, sin embargo, se arriesgaban a emprender el largo camino hacia Escocia, donde las menores de edad todavía podían casarse sin consentimiento de su familia. Más de un bellaco sin principios tomaba además la precaución de despojar a la joven dama de su virginidad durante el viaje.

Thorn miró a Felicity con enojo.

—¿Estás acusando a mi hermana de perseguir a tu sobrino por su dinero?

—No sería la primera.

No bien habían salido aquellas palabras de sus labios cuando Felicity deseó haberse mordido la lengua. Ivy Greenwood podía ser caprichosa e imprudente. Pero, con todo, parecía una muchacha bondadosa y desprovista de afectación, no como las avariciosas criaturas que habían perseguido a Oliver durante sus últimas temporadas en Bath.

Si encontraban a los jóvenes enamorados en la posada de King's Arms, y Felicity estaba segura de que así sería, quizá Thorn y ella no volvieran a verse. Quizá, si discutían y se despedían enfadados, la separación fuera menos penosa para ambos.

Felicity deseó poder convencerse de ello, pero temía que la mirada herida de los expresivos ojos de Thorn atormentara sus noches de insomnio durante años.

—Madame, le sorprendería saber cuántos hombres y mujeres se enamoran sin pensar en el dinero —dijo él en un tono de serena resignación, que hirió aún más a Felicity.

—Cuando no hay dinero de por medio, quizá —replicó ácidamente, sin poder contenerse.

Thorn no se inmutó, pero algo en su firme mirada convenció a Felicity de que acababa de rebajarse ante sus ojos.

En ese mismo momento, el joven lacayo abrió la puerta del carruaje.

Thorn recogió su sombrero, que había dejado en el asiento, a su lado, y se preparó para desmontar.

—Acabemos con esto de una vez, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —Felicity dejó que la ayudara a bajar del carruaje, consciente de que el casto contacto de su mano sería probablemente el último.

Una vez en tierra, se obligó a apartar la mano y entró en el King's Arms, dejando que Thorn la siguiera o no, según se le antojara.

El espacioso vestíbulo estaba repleto de viajeros ansiosos por partir temprano. Felicity miró a su alrededor buscando a Oliver y a Ivy entre el gentío, pero no los vio.

Reconoció a la mujer del posadero, que se abría paso entre los viajeros llevando una bandeja con el desayuno de algún huésped que no saldría de su habitación hasta una hora más civilizada.

¿Habría en la bandeja, bajo la tiesa servilleta blanca, un plato de huevos con manteca y arenque ahumado?, se preguntó Felicity. Oliver insistía en desayunar pescado y huevos por la mañana porque, según decía, aquella dieta matutina estimulaba su intelecto.

Felicity se preguntó de nuevo cómo habría llegado a comprometerse un estudioso tan frío y distante como Oliver Armitage con una muchachita tan voluble como Ivy Greenwood. Fuera como fuese, tenía intención de sacar a su sobrino de aquel lío. Aunque ello significara amenazar con desheredarlo.

El posadero apareció para darles la cuenta a los huéspedes que se iban.

En cuanto vio a Felicity, dejó a los demás huéspedes y se acercó a saludarla con una exagerada reverencia.

—¡Lady Lyte! Es un placer, como siempre, señora. No esperábamos verla por aquí hasta dentro de un par de semanas. Me temo que sus habitaciones de siempre estarán ocupadas hasta pasado mañana, pero haremos cuanto podamos por acomodarla lo mejor posible. Precisamente le decía anoche al señor Armitage que su llegada era todavía mejor recibida por ser tan repentina.

—¡Así que está aquí! —aturdida por el alivio, Felicity apenas logró refrenarse para no darle un abrazo al fastidioso soldado retirado—. Si tuviera la amabilidad de llevarnos a la habitación del señor Armitage, necesito hablar con él urgentemente.

La sonrisa del posadero se desvaneció.

—Debe de haber algún error, madame. El señor Armitage y su encantadora esposa cenaron aquí anoche, pero después se marcharon a Gloucester a pasar la noche.

Felicity sintió que, detrás de ella, Thorn se sobresaltaba al oír la palabra «esposa», aunque no dijo nada.

—¿A Gloucester? —repitió ella—. ¿Está seguro?

—Sí, señora. El señor Armitage lo dijo bien claro. Recuerdo que pensé que era muy tarde para que se pusieran en camino y que confiaba en que encontraran sitio en alguna posada cuando llegaran allí —miró a los demás huéspedes, que parecían impacientes por irse—. Si me disculpa un momento, señora…

Felicity intentó disimular su desaliento.

—Desde luego —cuando el posadero se alejó, se volvió hacia Thorn—. ¿Gloucester? ¿Por qué tendrá tanta prisa Oliver? Siempre nos paramos en el King's Arms cuando vamos camino de Trentwell.

—Yo diría que la razón es bastante obvia, ¿no crees? —replicó Thorn—. Quieren llegar a Gretna cuanto antes. Además, Armitage es un tipo listo. Sin duda habrá pensado que, si salías en su busca, éste sería el primer sitio donde lo buscarías.

¿Cómo podía Thorn Greenwood estar tan tranquilo cuando el mundo de Felicity se había vuelto del revés? Había tenido tantas esperanzas de encontrar allí a Oliver y atajar aquel enojoso asunto…

De pronto sintió una arcada.

—Si seguimos adelante, puede que lleguemos a Gloucester antes de que se pongan en camino.

—Está a más de quince millas —Thorn sacudió la cabeza—. No llegaríamos hasta mediodía. Y ni siquiera Ivy duerme tanto.

Si hubiera podido ponerles las manos encima a su sobrino y a la señorita Greenwood, Felicity los habría estrangulado a los dos. Lo último que quería en ese momento era tener que perseguirlos por todo el país.

—Además —Thorn señaló hacia la ventana, a través de la cual Felicity veía su carruaje—, no podemos volver a ponernos en marcha enseguida. Necesitamos caballos de refresco y tu pobre cochero y el lacayo necesitan descansar un poco. Y luego está el pequeño inconveniente del ladrón. Tenemos que entregarlo a las autoridades y presentar una denuncia.

¿Acaso el mundo entero se había propuesto conspirar contra ella?, se preguntó Felicity mientras empezaban a sudarle las manos y el estómago se le revolvía por momentos. Si no lo hubiera vaciado del todo la noche anterior, habría vomitado violentamente delante de todos aquellos desconocidos.

Y, peor aún, delante de Thorn Greenwood.

Le estaría bien empleado si la dejaba allí, se dijo Thorn, enojado. Con las ganancias que le había reportado la partida de cartas de la noche anterior, quizá pudiera perseguir al joven Armitage y a su hermana por sus propios medios, dejando que Felicity Lyte se las apañara como pudiera.

Después de rescatarla del salteador de caminos habían seguido unas horas muy dulces, pero desde entonces lady Lyte le había dejado bien claro que no quería ni sus consejos, ni su ayuda, ni su compañía. ¿Por qué no se desentendía de ella, como haría cualquier hombre en su sano juicio?

Hasta hacía poco, Thorn se había enorgullecido de ser un tipo sensato. Luego había mirado los incomparables ojos verdes de Felicity Lyte y se había perdido.

En ese mismo momento, aquellos ojos verdes y vibrantes parecían algo desvaídos y su tez sonrosada había adquirido un tono blancuzco y gélido.

—¿Qué te ocurre, querida? —Thorn agarró sus manos heladas—. Tienes un aspecto espantoso.

—Y usted tiene mucho que aprender sobre galantería, señor Greenwood —Felicity apartó las manos y lo miró como si deseara abofetearlo—. Claro que tengo un aspecto espantoso. ¿Cómo no voy a tenerlo? Me despiertan de un profundo sueño para echarme al campo en plena noche. Me ataca un salteador de caminos. Y ahora tengo que perseguir por toda Inglaterra a ese desagradecido de mi sobrino. Seguramente rompería un espejo si me mirara en él.

Los otros huéspedes de la posada los miraban extrañados. Había pocas cosas que Thorn aborreciera más que ser objeto de la curiosidad ajena. Condujo a Felicity hasta un pequeño reservado de la habitación junto a la escalera principal.

—No era eso lo que quería decir, y lo sabes. Estás tan encantadora como siempre. Sólo que pareces exhausta… o enferma —antes de que ella pudiera replicar, levantó las manos fingiéndose rendido—. Reconozco que hay buenas razones para ello. Por una vez, refrena tu lengua y escúchame. Necesitas descansar y comer, igual que tus sirvientes y los caballos. Hablaré con el posadero. Luego, mientras tú te recuperas del viaje, yo buscaré a alguien a quien entregar a ese bandido.

Como por milagro, Felicity no le interrumpió ni una sola vez. Aguardó hasta que hubo acabado para preguntar:

—¿Qué sugieres que hagamos después?

Thorn intentó disimular su sorpresa. Esperaba mayor resistencia por su parte.

—Ya hablaremos luego. Para decidir nuestro siguiente paso.

—Muy bien.

—¿Lo dices en serio?

Sus ojos verdes chisporrotearon de nuevo, prendiendo una llama en el corazón de Thorn.

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Acaso crees que te llevo la contraria sólo por diversión?

—Claro que no —mintió Thorn—. Lo que quería decir es que… —¿qué podía decir que no le hundiera más en aquel atolladero?—. Da igual.

Los otros huéspedes, que ya habían pagado su cuenta, partieron al fin en medio de una algarabía. En cuanto se hubieron marchado, Thorn se acercó al posadero.

—Tendremos que seguir camino antes de que anochezca, pero entre tanto lady Lyte, su cochero y su lacayo necesitan habitaciones para descansar.

Los ojos del posadero se iluminaron.

—Siempre es un placer servir a lady Lyte, señor.

—También hay que atender a los caballos.

—Me aseguraré de que los mozos se esfuercen especialmente con ellos, señor…

—Greenwood. Hawthorn Greenwood —Thorn se acorazó contra la mirada entrometida del posadero—. Soy un viejo amigo de lady Lyte. La… eh… esposa de su sobrino es mi hermana.

—¿De veras, señor? —el posadero sonrió como solía hacer la gente cuando hablaba de Ivy—. Una muchacha encantadora. Aunque, si hubiera estado en mi mano, yo no la habría elegido para un joven tan serio y docto como el señor Armitage. Pero el amor suele darse entre opuestos, ¿no le parece, señor?

—Puede que sí —¿explicaba aquello sus sentimientos hacia Felicity?, se preguntó Thorn—. ¿No mencionarían por casualidad mi hermana o el señor Armitage dónde pensaban alojarse al llegar a Gloucester?

La sonrisa del posadero se hizo un poco más amplia.

—Pues, a decir verdad, señor, me pidieron que les recomendara algún lugar donde pudieran dispensarles una cálida bienvenida incluso a hora tan tardía.

—¿Y lo hizo usted? —Thorn intentó no parecer muy ansioso por obtener aquella información.

—Desde luego, señor Greenwood. Un primo de mi esposa tiene una posada en la parte vieja de la ciudad, entre la catedral y el palacio del conde. No recibe tanta gente como las grandes casas de postas de las carreteras de Londres y Bristol. Le dije

al señor Armitage que sería raro que no encontraran cama allí, por muy tarde que fuera.

—Le agradezco que les aconsejara —Thorn sacó un chelín de las ganancias de su partida de cartas. Se lo ofreció al posadero, que hizo amago de rechazarlo antes de guardárselo en el bolsillo.

—Voy a enseñarles sus habitaciones a lady Lyte y a sus sirvientes, señor Greenwood.

—Una cosa más, si no es molestia.

—Sí, señor, ¿qué se le ofrece?

—Tuvimos un pequeño contratiempo en la carretera de Bristol. Un salteador de caminos.

—¡Por vida mía, señor! —el posadero puso unos ojos como platos—. Espero que nadie resultara herido. Ese bribón lleva toda la primavera armando follón. No son los primeros a quienes molesta.

—Espero que seamos los últimos —Thorn señaló con la cabeza hacia la puerta—. Lo hemos traído con nosotros para que rinda cuentas ante el juez. ¿Dónde podría entregarlo a las autoridades?

—Yo que usted lo llevaría a Berkeley, señor Greenwood —el posadero señaló con el pulgar hacia el noreste—. Creo que allí se harán cargo de él y le agradecerán que lo haya prendido.

Mientras el posadero se alejaba, Thorn regresó con Felicity, que se había dejado caer en una silla cercana. No le dijo que tenía mal aspecto, pero sintió una punzada de culpa. Ella habría dormido mejor tumbada en el asiento del carruaje, frente a él, y no acurrucada en su regazo.

Se agachó ante ella y tomó una de sus manos. La tenía más caliente que hacía un rato, pero no mucho más.

—El posadero dice que en Berkeley se harán cargo de ese ladrón. ¿Estarás bien hasta que vuelva?

—Desde luego que sí —Felicity se sentó más derecha—. No soy una niña, ni una vieja y decrépita viuda, señor Greenwood. No necesito un guardián. Por mí, puede ir a llevar a esa horrible criatura a Londres, si quiere. Puedo arreglármelas perfectamente yo sola.

¡Qué desfachatez! Desdeñar su preocupación por ella como si pintara tan poco en su vida como su cochero o su lacayo.

Thorn se levantó de un salto.

—¿Tan bien como te las apañaste anoche en el páramo?

Felicity le lanzó una mirada furiosa.

—Ah, aquí está por fin el sermón que me tenías reservado desde anoche. Dudo que vaya a saberme menos amargo recalentado para el desayuno.

Thorn nunca había visto aquel desagradable lado de su carácter durante el tiempo que habían pasado juntos. Se maldijo para sus adentros. Había sido un necio por caer bajo el hechizo de su encanto, su ingenio y su pasión. Cualquier hombre sensato habría adivinado que a una rosa tan bella no podían faltarle las espinas.

—Anoche te merecías una buena reprimenda —Thorn intentó ahuyentar el recuerdo de su dulce abrazo—. Intenté mostrarme magnánimo en la creencia de que habías aprendido la lección en términos mucho más duros que cualquier palabra que yo pudiera haber empleado.

Felicity se levantó bruscamente. El color parecía haber vuelto a su rostro.

—Serás pomposo y… ¿Cómo te atreves a reprenderme como si fuera una de esas bobas de tus hermanas?

—Mis hermanas tienen más sentido común que… —Thorn se interrumpió al ver que otra partida de viajeros entraba en el vestíbulo de la posada. Bajó la voz, aunque su enfado no había remitido—. Retomaremos en privado esta conversación cuando regrese de Berkeley. Entre tanto, sugiero que descanses y comas algo.

—Ya te he dicho que soy muy capaz de cuidar de mí misma.

Si se quedaba allí un segundo más, acabaría zarandeándola. O peor aún: la cercanía de Felicity y aquel pequeño rifirrafe quizás acabaran impulsándolo a tomarla en sus brazos y a besarla tan apasionadamente que el incidente sería durante años la comidilla del King's Arms.

Mientras Thorn Greenwood daba media vuelta y se alejaba, Felicity luchaba por sofocar el tumulto de emociones que se había apoderado de ella.

¿Cómo podía haber acogido a aquel hombre en su cama noche tras noche sin llegar a intuir su verdadero carácter? Lo había creído amable, apacible y gentil, incapaz de exigirle más de lo que ella podía ofrecerle y de causarle molestia alguna.

Por eso, en parte, lo había elegido como amante entre cierto número de candidatos en apariencia más idóneos. ¿Cómo iba a adivinar que los suaves modales del señor Greenwood ocultaban una voluntad de hierro que la enojaba de manera insoportable al tiempo que suscitaba en ella una admiración entregada a regañadientes?

Lo único que detestaba más que el hecho de que le dieran órdenes y la avasallaran, era que la manipularan.

Quizá la estúpida escapada de Oliver tuviera algo de bueno, si le había abierto los ojos a aquellos aspectos del temperamento de Thorn Greenwood que había pasado por alto o ignorado a sabiendas. Ahora podía arrojarlo de su vida sin remordimientos.

Miró por la ventana y vio al ladrón. Al verlo a la luz del día, se dio cuenta de que era poco más que un niño. Estaba maniatado y sujeto con una cuerda al pomo de la silla. Parecía estar suplicándole a Thorn que no lo entregara.

Felicity sintió una punzada de compasión. Casi con toda seguridad el muchacho sería colgado por sus pequeños delitos, surgidos, quizá, de la inconsciencia juvenil. La misma inconsciencia que la había empujado a ella a casarse con Percy Lyte a esa edad.

Al menos ella había sobrevivido a su error de juventud y había aprendido la lección. Felicity se obligó a apartar la mirada. Se sobresaltó al ver al posadero rondando por allí.

—Tenemos lista su habitación, lady Lyte —el hombre señaló la escalera—. No es gran cosa, pero está en la parte de atrás y es muy tranquila. Si quería descansar, allí no le molestará el ruido de la carretera.

—Gracias, señor Mobley —Felicity sofocó un bostezo—. Me vendrá bien una siesta.

Ya antes de salir de Bath el día anterior se hallaba sumamente cansada. Ahora apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Un caballero muy amable, el señor Greenwood —comentó el posadero mientras la conducía escaleras arriba—. Estará usted encantada de recibirlo en el seno de la familia, sin duda.

—¿En el seno de la familia? —¿tanto se le notaba lo que sentía por Thorn?

—Sí, señora. Como su sobrino de usted se ha casado con su hermana… —el posadero la miró con una sonrisa sagaz—. ¿Concertaron el señor Greenwood y usted la boda, por casualidad?

Felicity tuvo que contener la risa.

—Muy al contrario, señor Mobley. El posadero no la entendió, o fingió no entenderla.

—¿Una boda por amor, entonces? No me sorprende. Se notaba porque ella estaba pendiente de cada palabra del señor Armitage.

¿Igual que ella en otro tiempo había estado pendiente de cada palabra de Percy Lyte? Aquella idea le hizo dar un respingo, y al mismo tiempo preguntarse qué podía haber visto la vivaracha señorita Greenwood en un joven tan taciturno como su sobrino, aparte del dinero que debía heredar.

—Ya estamos aquí, señora —el posadero se detuvo ante la última puerta del pasillo y la abrió—. ¿Quiere que mande a mi mujer con la bandeja del desayuno?

En ese preciso momento el olor a comida subió por las escaleras, poniendo en pie de guerra al estómago de Felicity.

—Con té y rosquillas me bastará. Nunca duermo bien si como mucho.

—Té y rosquillas —el posadero se sonrió y sacudió la cabeza—. Mi mujer no se alimentaba de otra cosa cuando estaba encinta —al darse cuenta de lo que había dicho, el pobre hombre se puso rojo como un tomate—. Té y rosquillas. Té y rosquillas, desde luego. Haré que se lo suban enseguida, señora. Haga el favor de llamar si necesita alguna otra cosa.

—Estoy segura de que estaré muy cómoda, señor Mobley, como siempre —Felicity se sentía sólo algo menos azorada que el posadero. Entró en la habitación resistiendo a duras penas el impulso de cerrar de un portazo—. No quería decir nada —musitó para sí misma al tumbarse en la cama—. Es imposible que lo haya notado.

Aunque sabía que era cierto, el comentario espontáneo del posadero la había puesto nerviosa. En cierto sentido, hacía que de pronto su estado le pareciera más real.

Un bebé estaba creciendo en su vientre; el hijo que tanto había deseado y que había creído no poder tener. En cierto modo, aquello era aún mejor que haber tenido un hijo de Percy, pues su hijo o hija no llevaría sobre sus hombros la carga de las ambiciones dinásticas de la familia Lyte. Sería suyo y sólo suyo, para criarlo y darle su cariño. Para nutrirlo y protegerlo.

Las intensas y contradictorias emociones de los días anteriores dejaron gradualmente de atenazarla mientras se imaginaba con un niño pequeño, lanzando al agua un barquito de juguete, o con una niñita sobre sus rodillas, tocando un dueto en el pianoforte. Por fin conocería el gozo incomparable de la infancia que no había experimentado durante su propia juventud.

Entonces el bebé de sus sueños volvió su dulce rostro hacia ella y la miró con los tiernos y serios ojos de Thorn Greenwood.

Capítulo 6

Felicity pestañeó y abrió lentamente los ojos.

Sentado junto a la puerta, Thorn intentaba mantenerse despierto. Había entrado con sigilo en la habitación del King's Arms un rato antes para decirle a Felicity que había vuelto de Berkeley y que pronto debían partir hacia Gloucester.

Al verla profundamente dormida, no se había atrevido a despertarla; se había sentado en la única silla de la modesta alcoba y se había deleitado contemplándola.

Ella abrió los ojos y lo miró.

Con la primera neblina del despertar, su mirada se fijó en Thorn con la promesa de mil primaveras brillándole en las pupilas. En ese instante, un bulbo seco y marchito, profundamente enterrado en el barro del pragmático corazón de Thorn, se abrió y de él surgió un tallo verde y fino que luchó por estirarse hacia el calor del sol.

De no haber estado él mismo medio dormido, Thorn habría comprendido que aquella dulce mirada era un error, una ilusión pasajera demasiado dulce para perdurar. Como todo lo demás en su romance con Felicity Lyte.

Un instante después, Felicity abrió mucho los ojos y se sentó en la cama profiriendo un gemido de sorpresa.

—¿Qué haces tú aquí? —se llevó una mano al pecho—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado?

Su tono, afilado por la hostilidad o el miedo, cercenó la delicada sensación que había empezado a florecer dentro de Thorn.

Podría haber replicado con aspereza, pero estaba demasiado cansado.

—No te alarmes. Sólo te estaba mirando mientras dormías. No llevo aquí más de media hora. Iba a despertarte, pero parecías tan a gusto que no he querido molestarte.

Olvidó mencionar cuánto le había costado resistirse al deseo de tenderse a su lado en la estrecha cama. Si Felicity lo hubiera encontrado allí al despertar, quizá le hubiera roto los tímpanos.

Pero tal vez hubiera valido la pena.

Su suave respuesta pareció disipar la ira de Felicity, que se frotó los ojos y se estiro, ciñéndose bien el corpiño de muselina del traje de viaje. Thorn sintió un cosquilleo en las manos al recordar el tacto de su cuerpo desnudo.

Levantó la mano para aflojarse la corbata, que de pronto parecía apretarle.

Felicity clavó en él una mirada a medio camino entre la dulce expresión de su despertar y el dardo esmeralda que le había lanzado al espabilarse del todo.

—¿Conseguiste deshacerte como es debido de ese ladronzuelo?

—En cierto modo —Thorn se preparó para capear el temporal—. Supongo que lo viste. Apenas tenía edad de afeitarse. Ni siquiera llevaba la pistola cargada.

—¿Lo dejaste ir? —Felicity se frotó los ojos con más fuerza y miró a Thorn como si se preguntara si estaba aún soñando.

—Por supuesto que no —¿cómo podía imaginar que hubiera hecho tal cosa?—. Ese estúpido muchacho había cometido delitos muy serios, robando y asustando a la gente. Pero, de todas formas, no tuve valor para dejar que lo colgaran por ello.

—¿Qué hiciste?

—El regimiento local estaba reclutando en Berkeley esta semana. Le di a elegir entre entregarlo al juez o alistarse en la infantería de Su Majestad. Necesitarán todos los hombres que puedan conseguir si el general Wellington quiere pararle los pies de una vez por todas a ese rufián de Bonaparte. El muchacho tuvo el buen sentido de elegir el ejército.

Felicity se levantó de la cama de un salto y corrió hacia Thorn. Él se preparó para defenderse de nuevo.

Pero, en lugar del golpe que esperaba, ella le echó los brazos al cuello y le dio en los labios un beso muy distinto a todos cuantos le había dado antes.

Sus otros besos habían sido siempre apasionados. Este tenía, en cambio, un curioso aire de inocencia bajo el cual Thorn creía intuir un sentimiento más hondo.

Un dulce calor lo recorrió de pies a cabeza, como si acabara de beberse una copa de luz del sol destilada.

Cuando Felicity lo soltó al fin, parecía casi tan asombrada como él. Thorn recuperó el aliento lo bastante como para preguntar:

—¿Se puede saber por qué has hecho eso?

—Ha sido… —ella depositó un leve beso sobre su frente— … por ser tan sabio y compasivo.

De haber sido la mitad de sabio de lo que Felicity parecía creer, Thorn habría refrenado su lengua. Pero algo en aquel beso logró liberar la pregunta que latía en su corazón desde hacía unos días.

Acarició las manos de Felicity con la punta de los dedos.

—Si soy tan maravilloso, ¿por qué te libraste de mí tan repente?

Felicity dio un respingo como si la hubiera abofeteado, y de pronto pareció más vulnerable de lo que Thorn la había visto nunca. La mezcla de cansancio y arrepentimiento que brillaba en sus ojos casi le dio ganas de no haber hablado.

Pero tenía que saberlo, y tal vez aquella fuera su única oportunidad de conseguir una respuesta sincera.

—Creía que teníamos un acuerdo. Todo parecía ir muy bien. Luego, de pronto, recibí tu carta poniéndole fin a todo. ¿No merezco al menos una explicación?

—Mereces más que eso, mi querido Thorn, pero no puedo dártela —a ella le tembló la voz. Apretó los labios y respiró hondo varias veces antes de continuar—. Mi decisión no tuvo nada que ver con ninguna falta tuya. Debí cuidarme de dejártelo claro en mi carta.

Su tono de tierna piedad enojó a Thorn.

—No soy un niño, Felicity. No hace falta que me mientas para no herir mis sentimientos.

—¡Hombres! —replicó ella con idéntica vehemencia—. Sois todos iguales. Os creéis el centro del universo.

—Si el problema no soy yo ¿cuál es, entonces? —Thorn levantó las manos—. Tú misma reconoces que merezco una explicación, así que dame una que tenga sentido.

Felicity se quedó mirándolo un momento sin decir nada. A Thorn casi se le había agotado la paciencia cuando dijo por fin:

—Muy bien. Puede que el problema seas tú, aunque no por las razones que imaginas. ¿Has pensado alguna vez que quizá te hubiera tomado demasiado cariño durante el tiempo que hemos estado juntos?

De haber estado de pie, Thorn se habría tambaleado sobre sus talones. Naturalmente, no había considerado aquella posibilidad. Y quizá no la habría creído ni siquiera en ese momento, de no ser por la expresión de los ojos de Felicity y por el eco delicioso del beso que aún le cosquilleaba en los labios.

—No entiendo. ¿Por qué es eso un… problema?

Felicity sacudió la cabeza, visiblemente exasperada.

—Puede que no sea usted tan sabio como pensaba, señor Greenwood. Dime, ¿cómo te sentiste el otro día, cuando recibiste mi carta?

—Bueno, yo… —balbució Thorn. No estaba acostumbrado a reflexionar sobre sus sentimientos, y mucho a menos a traducirlos en palabras. Cuanto más hondas sus emociones, más difícil le resultaba expresarlas adecuadamente.

—¿Te sentiste… feliz? —insistió Felicity, como una institutriz impaciente que simplificara su pregunta para un alumno irremediablemente obtuso.

Thorn frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Puede que no lo creas —la voz de Felicity se convirtió en un susurro—, pero más infeliz aún me sentía yo al escribir esa misiva.

A pesar de que Thorn sentía la tentación de poner en duda sus palabras, el tono melancólico de su voz lo persuadió de que eran ciertas.

Felicity se acercó a la única ventana de la alcoba y se quedó mirando el verde valle de Berkeley.

—Pero no tenía elección. Si separarnos ahora nos hace infelices, imagina cuánto sufriríamos dentro de un mes si siguiéramos como antes.

Dicho así, tenía cierto sentido, aunque Thorn no quisiera admitirlo en voz alta.

De hecho, mientras el sol de mediodía entraba por la ventana, tiñendo de oro el exquisito perfil de Felicity y bruñendo las hebras castañas de su cabello, se descubrió preguntándose por qué tenían que separarse alguna vez.

¿La creería Thorn?, se preguntaba Felicity mientras contemplaba el suave y verde paisaje que se extendía, ondulante, hacia la desembocadura del Severn.

¿Por qué no iba a creerla? Todo lo que le había dicho era cierto.

Había sufrido al escribir aquella carta poniendo fin a su aventura. A pesar de sus esfuerzos por restarle importancia a su relación, había llegado a querer mucho más de lo que esperaba a aquel amante tan formal y reticente.

Y cuanto más tiempo pasara en su compañía, más difícil les sería a ambos decirse adiós.

Sin embargo, Thorn Greenwood no era ningún tonto. A decir verdad, no alardeaba de sagacidad o de ingenio, pero sus opiniones eran siempre juiciosas, honestas y abiertas al cambio. Aunque no podía esperarse de él que comentara todo cuanto ocurría a su alrededor, nada escapaba a su vigilante mirada.

Si ella le daba tiempo para pensar, quizá se diera cuenta de que le estaba ocultando algo…, algo de importancia.

Recordándose lo que estaba en juego, Felicity respiró hondo y cuadró los hombros. Más adelante tendría tiempo de mirar atrás con arrepentimiento. Ahora debía actuar con decisión para salvaguardar su porvenir.

—Así que ya lo sabes —se volvió hacia Thorn—. Los dos tenemos suficiente sentido común y experiencia para darnos cuenta de que una relación romántica es imposible. Mi sobrino y tu hermana son demasiado jóvenes para comprender lo mal que podría acabar para ambos esta escapada. No puedo consentir que sigan alejándose de nosotros si quiero alcanzarlos antes de que lleguen a Escocia. Ahora que hemos descansado, debo salir en su busca de inmediato.

—Estoy de acuerdo —Thorn se puso en pie con movimientos bruscos y envarados que delataban su profundo cansancio—. Conociendo a mi hermana, dudo que Oliver y ella hayan podido salir temprano de Gloucester, de modo que ya hemos acortado un buen trecho la distancia que nos separa de ellos. Con un poco de suerte y buen tiempo, podremos alcanzarlos antes de que crucen Hereford.

—No vamos a ir juntos a ninguna parte —Felicity se reprendió por no haber tenido la precaución de alquilar caballos de refresco para partir hacia Gloucester mientras Thorn iba a entregar al bandido a las autoridades—. Por favor, compórtate con sensatez y regresa a Bath en cuanto hayas dormido un poco. Tengo intención de proseguir el viaje yo sola.

—No eres la más indicada para hablar de sensatez —Thorn se pasó las manos por el pelo—. ¿Es que lo de anoche no te sirvió de escarmiento? Si insistes en perseguir a Ivy y Oliver, me necesitas a tu lado.

¿Cómo era posible que el mismo hombre pudiera suscitar en ella tal anhelo y al mismo tiempo la sacara de sus casillas? Sus sentimientos encontrados hacia Thorn la descentraban cuando más necesitaba hallarse en pleno dominio de sí misma.

—Claro que lo de anoche me sirvió de escarmiento —replicó—. Aunque no creo que haya extraído la misma moraleja que tú. En el futuro, tendré cuidado de no viajar de noche por carreteras desiertas. Cuando lleguemos a Gloucester, buscaré un armero y compraré armas para Ned y el señor Hixon. ¿Satisfecho?

—No —la ira de Thorn, que ardía lentamente, cobró fuerza—. Hay muchos peligros en la carretera del norte contra los que un par de pistolas no te servirán de nada. Tormentas, riadas, problemas con el carruaje y los caballos… Tu lacayo es sólo un muchacho, y para colmo enclenque. Y tu cochero no está precisamente en la flor de la edad —sacudió la cabeza; su arrebato de ira se había agotado—. No entiendo por qué te opones a que te acompañe.

Un vacío se abrió en la boca del estómago de Felicity. No podía permitir que Thorn se detuviera a reflexionar sobre ese asunto.

Antes de que lograra balbucir una respuesta, la expresión de Thorn se suavizó un poco más. Una sonrisa tímida levantó la comisura de sus labios.

—¿Acaso no he demostrado ser útil en momentos de apuro?

—Claro que sí, pero…

Thorn dio un rápido paso hacia ella y apoyó los dedos sobre sus labios. Aquel gesto por sí solo no silenció a Felicity. Pero el recuerdo que evocaba de sus suaves caricias sobre sus pechos y entre sus muslos hizo que la boca se le quedara seca y que su aliento se atascara en su garganta.

—Vamos, vamos, milady, no estropee el cumplido con un miserable «pero» —Thorn habló con calma y convicción mientras la miraba fijamente—. Voy a ir y no puedes hacer nada para impedírmelo. Tengo un caballo y dinero para pagarme el viaje. Juro que no te molestaré, pero estaré ahí para ayudarte si llega el caso —apartó los dedos de sus labios—. Ahora, ¿podemos comportarnos como adultos, en lugar de como dos niños que anduvieran siempre peleándose? Los dos tenemos el mismo propósito, y lo conseguiremos mucho antes si unimos nuestras fuerzas que si perdemos el tiempo discutiendo.

El hecho de que tuviera razón no logró congraciarlo con Felicity. Claro, que ella no quería que nada la congraciara con Thorn Greenwood. Aquel hombre ya había echado raíces demasiado profundas en sus afectos.

—Muy bien —exhaló un suspiro desganado—. Supongo que no nos hará ningún mal declarar una tregua hasta que encontremos a tu hermana y a Oliver.

Felicity esperaba con todo su corazón que no tardaran mucho en encontrarlos.

Una lenta sonrisa floreció en los labios de Thorn, iluminando sus facciones fuertes y solemnes.

—No pongas esa cara de pena, entonces. No será tan malo como crees, te doy mi palabra.

Felicity lo miró con incredulidad. Cada hora que pasaba en compañía de Thorn ponía en mayor peligro su corazón y su futuro.

—Serán un par de días como máximo —Thorn acarició su barbilla—. Luego te librarás de mí. Entre tanto, te doy mi palabra de que me portaré bien.

Felicity intentó que no se le fuera la vista hacia la cama que había tras ellos. Se esforzó aún más para no acariciar las patillas de Thorn y hacerle saber de ese modo cuánto deseaba yacer bajo él una última vez.

No era el comportamiento de Thorn durante los días siguientes lo que la preocupaba.

Era el suyo propio.

Capítulo 7

—¿Estás segura de que no quieres comer nada antes de que nos pongamos en camino de nuevo? —le preguntó Thorn a Felicity cuando se disponían a salir del King's Arms.

Ella sacudió la cabeza con cierta energía.

—Me comí un enorme desayuno esta mañana, mientras tú estabas en Berkeley. Pero ¿y tú? No has comido nada hoy, ni has dormido desde hace quién sabe cuánto tiempo.

¿Iba a sugerirle que se quedara allí a dormir un rato y que se encontraran luego en Droitwich o Bromsgrove? Thorn no tenía intención de morder el anzuelo.

—Me las apañaré —masculló.

Dejó a un lado su orgullo el tiempo justo para que Felicity le pagara la cuenta al posadero. Al fin y al cabo, él sólo había ocupado una silla en una de las habitaciones para verla dormir, y quizá llegara el momento en que necesitara hasta el último penique de su pequeño botín.

Unos instantes después, mientras el joven lacayo se hacía cargo de la maleta de Felicity, Thorn la ayudó a montar en el carruaje. Una vez hubo cerrado la puerta, montó en el caballo que le había prestado Weston St. Just.

La puerta se abrió de nuevo y Felicity dijo:

—¿Por qué no atas el caballo al carruaje o dejas que Ned vaya en él? Así podrás dormir un poco aquí por el camino.

¿Por qué de pronto se ofrecía a compartir con él su carruaje?

—Ya te he dicho que me las apañaré.

Si lograba ignorar su irresistible compañía el tiempo necesario para quedarse dormido, su olor atormentaría sus sueños. Además, había prometido comportarse. Y, estando a solas con ella en el carruaje, tal vez le resultara difícil cumplir su promesa.

—Como quieras —Felicity se llevó una mano al sombrero verde oscuro que tanto realzaba sus hermosos ojos—. Pero avísame si cambias de idea. No sabía que fuera usted tan terco, señor Greenwood.

Él intentó en vano sofocar una sonrisa.

—Supongo que eso nos convierte en una pareja bien avenida, lady Lyte.

Thorn chasqueó la lengua para espolear a su caballo, tiró un poco de las riendas y enfiló la carretera de Gloucester. Tras él, oyó cerrarse de golpe la puerta del carruaje. Los arneses tintinearon y los cascos resonaron en el camino cuando los caballos empezaron a moverse.

El carruaje cobró velocidad poco a poco hasta ponerse junto a Thorn. De ese modo pasaron la hermosa tarde de primavera, avanzando por una carretera

construida por los romanos y que corría entre las bellas colinas de Cotswold y las amplias llanuras del río Severn, el cual fluía hacia el oeste, rumbo al océano.

Mientras cabalgaba, Thorn procuraba no mirar la ventanilla del carruaje de lady Lyte. Y no le resultaba fácil, sobre todo después de que, en cierta ocasión, la sorprendiera mirándolo.

Por un instante sus ojos se encontraron, se escudriñaron y se acariciaron. Un extraño estremecimiento recorrió a Thorn. No pudo evitar sentir que en aquel instante habían intercambiado algo mucho más íntimo que durante sus encuentros en el lecho.

Podrían haber seguido encerrados en aquel abrazo silencioso e invisible de no ser por la repentina aparición de una barrera de peaje. Thorn apartó a duras penas la mirada de Felicity y desmontó para pagar el portazgo.

Mientras hacía entrega de las monedas preguntó:

—Supongo que no se habrá fijado en un coche de alquiler que tuvo que pasar anoche por aquí llevando a una pareja de recién casados. Se acordaría de la novia si la hubiera visto. Una muchacha muy bonita, con el pelo rizado y rojizo.

—Claro que sí, señor —contestó el hombre que guardaba la barrera—. Una criatura encantadora. Y muy simpática. Creo que podría encantar a los pájaros de los árboles si se lo propusiera.

—En efecto —Thorn sintió una especie de orgullo paternal—. Por lo que dice, parece mi hermana.

Tenía buenas razones para saberlo. ¿Cuántas veces, durante su infancia, había hecho Ivy alguna travesura y se había librado del castigo con una mirada que mezclaba el arrepentimiento con una impúdica alegría?

Su hermano siempre se había sentido incapaz de resistirse a aquella mirada.

El encargado de la barrera frunció el ceño.

—Pero han pasado por aquí esta mañana, no anoche.

—¿Está seguro?

—Sí, señor. Tenían algunos problemas con el carruaje, así que se pararon aquí un buen rato. El joven caballero tardó unas tres horas en repararlo.

—¿De veras? —Thorn le dio al hombre un chelín de más—. Le agradezco la información. ¿Cuánto tiempo hace que se fueron?

El hombre consultó un destartalado reloj de bolsillo.

—Yo diría que hará también cosa de tres horas. Un poco menos, quizá, pero no más. Espero que no se hayan metido en ningún lío, señor.

—¿En un lío? No, no, nada de eso. Tengo que darles una noticia que querrán oír lo antes posible. Una buena noticia.

—Con eso no tardarán mucho en alcanzarlos, señor —el hombre señaló el carruaje de Felicity—. Aunque el joven caballero intentó reparar el coche, cuando se marcharon no iban muy deprisa.

Thorn le dio las gracias de nuevo y volvió a toda prisa al carruaje, llevando a su montura de las riendas.

—Cuánto has tardado —Felicity le lanzó una mirada incisiva—. ¿De qué estabas hablando con ese hombre? Pareces muy satisfecho de ti mismo.

—A decir verdad, estaba informándome sobre mi hermana y tu sobrino —Thorn intentó no parecer tan satisfecho…, sin conseguirlo. Tampoco pudo resistirse a la tentación de alardear un poco—. Si hubieras venido sin mí, no te habrías enterado de esto.

Le explicó en pocas palabras cuanto le había contado el encargado del portazgo.

Felicity lo escuchó en silencio, levantando poco a poco una ceja. Cuando Thorn acabó, sonrió dulcemente y preguntó:

—¿Quieres decir que ya los habríamos alcanzado si no nos hubiéramos parado en Newport esta mañana?

—Yo… es decir… —mientras Thorn balbucía, ceñudo, Felicity se echó a reír.

Él había oído otras veces su risa, desde luego, pero nunca así. Era una risa más cálida, más firme y sumamente contagiosa.

Quizá la falta de sueño le estaba aturdiendo, o quizá sentía simplemente la necesidad de reírse un poco de sí mismo después de habérselo tomado todo tan en serio durante años. Fuera cual fuese la razón, se echó a reír cada vez con más ganas, hasta que casi no pudo respirar.

—Supongo que ahora estamos en paz —logró decir al fin—. ¿Qué te parece si nos ponemos de acuerdo sobre qué hacer a continuación?

—Hay poco que pensar, ¿no crees? —Felicity se enjugó una lágrima de risa—. Si estamos tan cerca de ellos, sólo tenemos que apretar el paso hasta que los alcancemos.

Thorn asintió con la cabeza.

—En eso no pienso llevarte la contraria.

—Pero es muy extraño…

—¿El qué?

—Si Oliver y tu hermana salieron del King's Arms anoche camino de Gloucester… —Felicity miró hacia Newport como si esperara encontrar en la carretera alguna respuesta—, ¿por qué han tardado toda la noche en llegar aquí?

—Buena pregunta —Thorn se reprendió por no haberlo pensado antes—. Puede que tuvieran problemas con el coche. ¿O crees que pasaron la noche en Newport y sobornaron al posadero para que nos informara mal?

Felicity se encogió de hombros.

—Supongo que podremos satisfacer nuestra curiosidad en cuanto les demos alcance. Ahora, por última vez, ¿puedo persuadirte para que hagas el resto del camino en el carruaje, conmigo? Un par de horas más juntos no van a hacernos daño…, sobre todo, si estás profundamente dormido.

Thorn negó con la cabeza, a pesar de que le tentaba la idea.

—Dormiré a pierna suelta en cuanto recupere a mi hermana. Hasta entonces, iremos más deprisa si voy delante pagando el peaje, abriendo puertas y cosas así.

La mirada desilusionada de Felicity estuvo a punto de hacerle capitular, pero su tono seco lo sacó de su error.

—Muy bien, entonces. Si estás seguro…

Quizá hubiera malinterpretado aquella mirada y ella le había hecho el ofrecimiento por cortesía.

Thorn montó en su caballo.

—Esto empieza a parecerse a la caza del zorro.

Felicity se echó a reír.

—Ojalá tuviéramos una buena jauría para seguir el rastro de nuestra presa.

Con esas, cerró la puerta del carruaje y emprendieron de nuevo la marcha a buen paso por la carretera de Gloucester.

Mientras el sol iba cayendo tras las colinas de Gales, hacia el oeste, Thorn se fue sumiendo en una profunda meditación acerca de sí mismo, de Felicity y de su futuro juntos.

Si tenían alguno.

¿En qué estaría pensando tan serio?, se preguntaba Felicity cuando lo veía por la ventanilla del carruaje. ¿Estaría lamentando, quizá, su empeño de parar en Newport?

Aunque le agradaba tener razón, Felicity no se arrepentía de haber descansado un rato. La siesta y el ligero desayuno la habían revigorizado. De hecho, hacía días que no se sentía tan bien.

Había oído decir que, cuando una mujer estaba embarazada, la fase de los mareos no duraba mucho tiempo. ¿La habría dejado ya atrás? Si así era, seguramente pudiera permitirse retomar su aventura con Thorn Greenwood y dejar que siguiera su curso natural hasta el final de la temporada sin miedo a que él la sorprendiera vomitando y adivinara la causa de su malestar.

La idea de volver con Thorn hizo asomar una fugaz sonrisa a sus labios mientras admiraba su aristocrático perfil. Desde la última vez que lo había recibido en su cama, los días se le hacían muchísimo más largos. De pronto se sorprendió anhelando sus caricias como las mujeres en su estado solían anhelar extrañas comidas.

Mientras el carruaje recorría las últimas millas de la carretera costera que discurría entre Bristol y Gloucester y el sol primaveral lanzaba sombras cada vez más

alargadas, Felicity contemplaba a Thorn Greenwood con ojos cada vez más ávidos. Se sentía deslizarse de nuevo hasta aquella tibia noche de marzo en que se hicieron amantes.

En aquel momento, no se había percatado de su falta de experiencia, aunque quizá debería haberlo hecho. A diferencia de ella, Thorn nunca se había casado, y no era hombre inclinado a encuentros pasajeros con el bello sexo. Pensándolo bien, a Felicity la maravillaba que con ella hubiera hecho una excepción.

Para su sorpresa, su falta de experiencia había resultado conmovedora… e incluso excitante.

A fin de cuentas, su difunto marido había sido un amante muy hábil. Lo cual significaba que había perfeccionado su técnica amorosa con una larga lista de mujeres. Resultaba un cambio refrescante el hecho de dejarse besar y amar por un hombre para el que su cuerpo parecía ser un raro tesoro y el acto amoroso un sublime ritual.

De manera muy sutil, ella había aleccionado a su inexperto amante en el arte del placer. Thorn había demostrado ser un alumno muy aplicado. La certeza de que tenía pocos ejemplos con que compararla la había hecho sentirse libre para explorar nuevos placeres amatorios… con resultados sumamente gratificantes.

Se le humedeció la boca al recordar cómo el resplandor de las velas acariciaba el cuerpo desnudo de Thorn y prendía cálidos reflejos en su pelo revuelto.

Ah, el delicioso repertorio de caricias que habían cultivado… Algunas, ligeras como la brisa de una noche de verano entras las hojas, excitaban el deseo de Felicity hasta que el ansia la hacía temblar. Otras, lentas, profundas y sensuales como un cálido ungüento, hacían arder lentamente su pasión. Y otras, feroces y apasionadas, provocaban en ella una tempestad que amenazaba con consumirla.

Thorn Greenwood podía excitarla sin tocarla siquiera con un dedo, pensó Felicity mientras el galope de su corazón superaba al del caballo. Su aliento salía en jadeos leves y cálidos, y se removió un poco en el asiento, que oscilaba suavemente.

No lamentaría prolongar su relación con él un poco más. De hecho, cuando hubieran alcanzado a Oliver e Ivy, quizá Thorn y ella pudieran mantener un breve encuentro en alguna posada de Gloucester antes de emprender el camino de regreso a Bath.

Pero, mientras la idea la hacía estremecerse de deseo, las palabras que le había dicho a Thorn en el King's Arms retornaron para atormentarla.

«Si separarnos ahora nos hace infelices, imagina cuánto sufriríamos dentro de un mes».

Para ella, valía la pena arriesgarse a sufrir a cambio de la promesa del placer. Pero ¿y para Thorn?

Al escribirle aquella carta, no se le había ocurrido pensar que quizá su separación fuera dolorosa para él. Salvo, quizás, por la pérdida de la gratificación física.

Sin embargo, desde el momento en que él había irrumpido en su casa hacía dos noches, su conducta había revelado sentimientos mucho más hondos; sentimientos que iban más allá de la pérdida del placer carnal o incluso de la vanidad herida. Al insinuar que quizá se había encariñado demasiado con él, Felicity había percibido un eco de ese sentimiento bajo su habitual máscara de digna compostura. ¿Estaría él de acuerdo en retomar su relación cuando a ella se le antojara a pesar de que lo había herido ya una vez?

Era todo tan complicado y tan perturbador…

Felicity sintió el escozor de las lágrimas en los ojos y se despreció por ello. Desde el momento en que había invitado a Thorn Greenwood a su lecho, sus emociones no habían dejado de hacerse más hondas y encontradas. Y lo peor de todo era que ya no lograba dominarlas por completo. Quizá lo más conveniente fuera apartarse de él de una vez por todas antes de que se complicaran más las cosas…, por más que deseara a Thorn.

Porque lo deseaba muchísimo.

Thorn despertó sobresaltado y se espabiló por completo tras haber caído en un duermevela peligroso. El cansancio, unido al ritmo adormecedor del caballo, lo invitaba al sueño. Cada vez le resultaba más difícil resistirse, al tiempo que su mente cansada se sumía en profundas reflexiones.

Había estado pensando en Felicity y en las razones, todas ellas prudentes y lógicas, que había para que sólo pudieran ser amantes pasajeros.

La fortuna de Felicity, por ejemplo. Muchos hombres habrían considerado su riqueza una poderosa razón para casarse con ella, pero a Thorn aquella idea le producía horror. Se había prometido a sí mismo no casarse hasta que sus dos hermanas estuvieran bien situadas y él hubiera restablecido la posición de los Greenwood gracias a sus esfuerzos.

Le espantaba pensar en lo que dirían las malas lenguas si un hombre de tan escasos medios se casaba con una mujer tan rica. Una boda semejante lo convertiría a ojos de los demás en un explotador sin escrúpulos y a ella en un ser patético que se rebajaba a comprar un marido. Esto último estaba tan lejos de la verdad que daba risa, aunque Thorn no se sentía muy inclinado a reír.

Felicity y él eran personas orgullosas a su modo. No deseaban exponerse a las humillantes habladurías de la gente.

Que él supiera, lady Lyte no tenía interés alguno en volver a casarse, ni falta que le hacía. Tenía un título y una inmensa fortuna de la cual conservaría el control en tanto permaneciera soltera. Si quería un hijo, se vería obligada a adoptarlo, se casara o no.

Y, si deseaba la compañía de un hombre, podía sencillamente tomar un amante. Una mujer de su ingenio y su belleza tendría todo un plantel de candidatos donde elegir.

Aquella idea hizo que Thorn cerrara con fuerza las manos sobre las riendas y tragara saliva. ¿Qué haría si Felicity lo abandonaba por otro? Por un hombre más

joven y apuesto, provisto de un encanto ligero y frívolo que la divirtiera. Un hombre lo bastante listo como para darse por satisfecho con lo que ella le ofrecía en el lecho sin desear nada más.

Por otra parte, ¿a qué se debía que de pronto se le hubiera metido en la cabeza la ridícula idea de casarse?, se preguntaba. Aunque fuera tan rico como Craso y Felicity estuviera ansiosa por casarse con él, jamás lo haría. Cuando le llegara el momento de casarse, buscaría una esposa capaz de darle hijos, cosa que lady Lyte no podía hacer.

De lo contrario, Barnhill, su amada casa solariega, pasaría a manos de algún odioso primo lejano. Por nada del mundo consentiría que eso llegara a suceder. El deber no se lo permitía, y él se conducía desde siempre conforme a su deber.

Con un sobresalto cobró de nuevo conciencia de sí mismo y de cuanto lo rodeaba. Respiró hondo y sacudió la cabeza para despejarse. Pensó un momento en decirle al cochero que parara el carruaje y en aceptar el ofrecimiento de Felicity de sentarse dentro. Pero desestimó la idea casi tan rápidamente como se había formado en su cabeza.

De un modo u otro muy pronto alcanzarían a Ivy y al joven Armitage. Si no les daban alcance en el camino, sin duda los encontrarían pasando la noche en Gloucester. Después él podría rendirse al sueño con la serena convicción de haber cumplido con su deber.

¿Qué era eso que había allí delante, en el camino? ¿Otro carruaje?

Sus sentidos se aguzaron, a pesar de que, acosado por el cansancio, se sentía extrañamente alejado de sí mismo. La carretera describía una amplia curva hacia el noroeste. Thorn levantó la mano para protegerse los ojos del resplandor del ocaso.

¡Era un carruaje!

Miró el coche de Felicity y la descubrió observándolo. Su belleza lo asombró de nuevo, como si hiciera meses que no la veía.

—¡Creo que los veo! —gritó.

Felicity ladeó la cabeza y le lanzó una mirada perpleja.

—¡Allí delante! —Thorn señaló con el índice el otro carruaje—. ¡Creo que son Oliver e Ivy! —ella abrió mucho los ojos y levantó las cejas. Thorn señaló de nuevo—. ¡Me adelantaré a ver si son ellos!

Espoleó al caballo con las rodillas y el animal partió al galope. Yarda tras yarda, comenzaron a acercarse al otro coche.

Thorn empezó a ensayar de cabeza lo que le diría a su hermana. Por de pronto, la haría comprender el disparate que había cometido y la angustia que le había causado. ¡Si Ivy creía que podría conseguir su perdón con uno de sus mohines de arrepentimiento, estaba muy equivocada!

Estaba claro que al caballo de St. Just le gustaba galopar, pues, cuanto más se acercaban al carruaje, más corría. Un instante después, Thorn vería claramente quién llevaba el carruaje.

Su impetuosa hermana pequeña no sería la única que probara el agudo filo de su ira. Thorn tenía unas cuantas preguntas que hacerle a Oliver Armitage. A fin de cuentas, el joven era un científico. ¿No podría haber vaticinado las consecuencias de su huida a Gretna con la joven señorita Greenwood? ¿Acaso no preveía el amargo error que supondría casarse con una muchacha con un temperamento tan veleidoso como el de Ivy?

Con un poco de suerte, el viaje en los estrechos confines del coche les habría demostrado lo poco que se convenían el uno al otro. Tal vez ambos se sintieran aliviados porque alguien los salvara de aquella insensatez.

Al situarse junto al coche, Thorn miró hacia la ventanilla, confiando en ver a su hermana.

Pero el semblante empolvado de una mujer mayor le devolvió una mirada de enojo. La señora le hizo señas de que se alejara y masculló algunas palabras que, por suerte, Thorn no pudo oír.

Sintiendo una punzada de decepción, Thorn se dispuso a refrenar su montura y regresar para informar a Felicity de su error.

Apartó la mirada del coche justo a tiempo para ver que un estrecho puente de piedra aparecía ante él. Por fortuna, el caballo también lo vio.

Antes de que a Thorn le diera a tiempo a pensar en tirar de las riendas, el caballo viró hacia la derecha y se lanzó por una empinada ladera que daba al ancho cauce de un riachuelo. El agua detuvo de inmediato el avance del animal, pero no el de su jinete.

Thorn sintió que salía despedido de la silla y volaba sobre el cuello del caballo describiendo un elevado arco. Agitó en vano los brazos, buscando algo a lo que aferrarse, pero sólo encontró aire.

El agua se levantó para recibirlo, y el aire escapó de su pecho un instante antes de que un estallido de dolor lo sumiera en el sueño al que tanto le había costado resistirse.

Capítulo 8

El carruaje redujo bruscamente la marcha, empujando a Felicity hacia el respaldo del asiento. Fuera se oían los relinchos de los caballos y los gritos del señor Hixon. Se apartaron de la carretera y el carruaje avanzó un trecho por un campo arado. Zarandeada de un lado a otro en el interior del carruaje como un dado en un cubilete, Felicity chillaba.

¿Qué estaría pasando?

Al cabo de unos momentos de confusión que parecieron eternos, el carruaje se detuvo por fin. Mientras intentaba recobrarse de su aturdimiento, Felicity oyó que el cochero y el lacayo bajaban a toda prisa del pescante. Sus voces se alejaron rápidamente.

¿Por qué no habían acudido de inmediato a ver si estaba herida?

Mascullando en voz baja sobre la falta de consideración de los hombres, Felicity abrió la puerta del carruaje y bajó a tierra firme, a pesar de que aún le temblaban las piernas. Miró a su alrededor en busca de Ned o el señor Hixon y de algún indicio sobre lo que estaba ocurriendo.

No veía a sus criados por ninguna parte, a pesar de que oía sus voces y el fragor de un río. Se quedó mirando un momento el estrecho puente de piedra que se alzaba no muy lejos de allí.

De pronto recordó aquel lugar de sus viajes entre Bath y su casa de Staffordshire. Bajo el puente corría un riachuelo profundo cuyas aguas bajaban con ímpetu desde las colinas de Cotswold como si estuvieran ansiosas por fundirse con el caudaloso Severn.

El miedo se hinchó de pronto en su pecho hasta que pareció ahogar el latido de su corazón y el movimiento de sus pulmones. Corrió a trompicones hacia la orilla. Al alcanzarla, vio que el caballo de Thorn subía laboriosamente por el abrupto talud, sacudiéndose el agua de las crines. Abajo, en el riachuelo, Ned y el señor Hixon estaban sumergidos hasta el pecho.

Pero ¿dónde estaba Thorn?

El temor que la había atenazado al asaltarla el ladrón la noche anterior había sido una mera punzada comparado con la angustia que se apoderó de ella en ese instante. ¡Cuánto odiaba hallarse a su merced!

En ese instante, el joven lacayo se sumergió de cabeza en el agua. Un momento después volvió a aparecer llevando alrededor de los hombros el brazo de Thorn. La cabeza de Thorn emergió, echada hacia atrás, oscilando sobre la superficie agitada del agua.

Felicity se llevó una mano a la boca.

El señor Hixon agarró del otro brazo a Thorn. Luego el lacayo y él echaron a andar trabajosamente hacia la orilla, arrastrando el cuerpo inerme de Thorn.

Felicity tenía que hacer algo para ayudar.

Intentando contener su angustia, corrió al carruaje y sacó las mantas que se usaban para protegerse del frío cuando se viajaba en invierno. Alcanzó de nuevo la orilla en el instante en que el cochero y el lacayo atravesaban el último trecho, lastrados por el peso de sus ropas empapadas y del hombre al que habían rescatado.

—¿Está… está vivo? —preguntó.

El cochero, demasiado cansado para hablar, asintió con la cabeza, boqueando como una enorme carpa que un pescador hubiera sacado a tierra tras una ardua lucha. Haciendo un último esfuerzo, el lacayo y él subieron a Thorn por el alud de la orilla y se dejaron caer a ambos lados de él, jadeando penosamente.

—¿Está seguro? —insistió Felicity sin poder evitarlo.

Mientras envolvía al joven Ned con una de las mantas, el chico se esforzó por contestar.

—Sí… señora. Pero… ha tragado… mucha agua… mientras intentábamos… traerlo… a la orilla.

Thorn permanecía muy quieto, tumbado allí donde le habían depositado sus salvadores.

—Thorn, ¿puedes oírme?

Felicity le echó otra manta sobre los hombros y le pasó una mano por la mejilla. Las patillas, de un color algo más claro que su cabello, suavizaban el ángulo afilado de su mandíbula. Ahora parecían mucho más oscuras, y estaban llenas de gotitas de agua. Bajo ellas, su piel parecía espantosamente fría.

—¿Thorn? —la voz de Felicity se hizo más insistente mientras lo zarandeaba por los hombros.

Entonces, como si fuera la única respuesta para la que le quedaban fuerzas, Thorn arrojó un chorro de agua por la boca. Comenzó a toser y a jadear, intentando respirar. De pronto, Felicity se sintió como si ella también pudiera respirar de nuevo. Cuando una brisa le heló las mejillas, comprendió que las tenía humedecidas por las lágrimas.

Apartó el pelo de la cara de Thorn con dedos trémulos y miró al señor Hixon. El rostro del cochero iba perdiendo poco a poco su alarmante color rojo y su amplio pecho ya no se estremecía cada vez que respiraba.

—¿Ha visto qué ha ocurrido? —le preguntó Felicity.

—Sí, señora —el señor Hixon se arrebujó un poco más en la manta, pero, ya fuera por el efecto del agua helada o por la impresión, empezaron a castañetearle los dientes—. El se… señor Greenwood salió como un lo…loco detrás del coche que iba delante de nosotros. Fue como si ni siquiera viera el puente. El caballo giró de golpe y sal…saltó la orilla. Lo que pasó después no lo vi, porque es…estaba intentando parar el carruaje para ir en su auxilio.

El otro coche, ¡claro! Con la impresión, Felicity se había olvidado de él por completo. ¿Irían Ivy y Oliver en él? ¿Estaba tan distraído Thorn intentando detenerlos que no había visto que se acercaban al puente?

Thorn dejó escapar un débil gemido, pero no abrió los ojos. A Felicity, aquél le pareció uno de los sonidos más dulces que había oído nunca.

Miró al señor Hixon y a Ned.

—Lo que han hecho ha sido verdaderamente heroico. No sé cómo darles las gracias, pero me aseguraré de que sean recompensados por ello.

El cochero esbozó una sonrisa desganada mientras seguía tiritando.

—No le diré que no, señora, pero me alegra haber podido ayudar al señor Greenwood. Es un buen hombre, lady Lyte.

El joven lacayo asintió con la cabeza y Felicity se puso colorada.

Naturalmente, era consciente de que sus sirvientes estaban al tanto de las visitas de Thorn a su casa de Bath. Pero, al oír a uno de ellos referirse a su relación, aunque fuera indirectamente, se sintió avergonzada.

—En efecto —cambió de tema bruscamente—. Bueno, ahora debemos llegar a algún lugar caliente y seco antes de que se ponga del todo el sol. Y al señor Greenwood tiene que verlo un médico enseguida. ¿Podrá usted conducir, señor Hixon?

—Sí, señora.

—Bien —dijo Felicity—. ¿Llevan los dos una librea de repuesto en el carruaje? —ellos asintieron rápidamente—. Entonces, vayan a cambiarse de ropa, por Dios —les ordenó—. Así podremos ponernos en camino inmediatamente.

A Ned no hizo falta que se lo dijera dos veces. Apenas habían salido las palabras de la boca de Felicity cuando el muchacho salió corriendo hacia el carruaje.

El cochero se demoró un poco más.

—Le pido disculpas, señora, pero a menudo, cuando el viaje es largo, llevo encima un poquitín de licor para sacudirme el frío. Si pudiera hacer beber al señor Greenwood una gota o dos, quizá se reanimara un poco.

—Excelente idea —Felicity se contuvo a duras penas para no decirle que a ella también le sentaría bien «un poquitín» de licor—. Dígale a Ned que lo traiga en cuanto se haya cambiado de ropa. Ahora váyase antes de que pesque un resfriado.

—Sí, señora —el señor Hixon se quitó la manta de viaje que llevaba sobre los hombros y tapó con ella a Thorn antes de encaminarse a toda prisa hacia el carruaje.

Los sirvientes de Felicity regresaron tan raudamente que parecían dos bregados actores que se hubieran cambiado de traje entre dos escenas. Felicity se percató de su apresuramiento y tomó nota de él. Pero, al mismo tiempo, cada segundo parecía estirarse y estirarse, tensando cada vez más sus nervios.

Aunque había seguido acariciando la mejilla de Thorn y llamándolo por su nombre, él no había abierto aún los ojos. La frialdad de su piel y su palidez grisácea la alarmaban. Pero lo que la alarmaba más aún era un recuerdo.

Su difunto marido nunca había recobrado la consciencia tras caerse de un caballo.

El agua fría y negra se lo había tragado.

Thorn no sabía si iba subiendo hacia la superficie o si se hundía hacia la nada. Intentó concentrarse y hacer acopio de fuerzas, pero su ingenio y su vigor lo habían abandonado, agotados por el frío denso que abotargaba su espíritu y amenazaba con chuparle la vida misma.

Quizá fuera un necio por oponer resistencia cuando no tenía nada con lo que resistir… salvo su voluntad. Quizá debiera rendirse y acabar de una vez.

Luego, como desde una gran distancia, oyó una sola palabra susurrada por una voz que fortaleció su corazón. Aquella palabra era su nombre.

No lograba evocar la imagen de quien susurraba, ni podía darle nombre. Pero aquella voz de mujer pendía en las negras y letárgicas profundidades que lo apresaban como un finísimo hilo de oro. Apenas lograba aprehender aquella idea, pero sabía que, si la seguía, aquella delgada hebra lo llevaría de vuelta a sí mismo.

Temiendo que un hilo tan delicado se rompiera o se desvaneciera al tocarlo, se agarró a él con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Thorn… Thorn… —aquella voz vibraba como la mágica tonada de un arpa encantada—. Vuelve, amor mío. Despierta.

¡Una caricia!

Había olvidado que pudiera haber otras sensaciones, más allá del frío, el aturdimiento y el cansancio. De pronto sentía un dolor que, de alguna forma, definía los márgenes de su cuerpo y que suscitaba en él el deseo de retornar a aquel bendito abotargamiento.

Pero sentía también otra cosa. Algo que le inducía a afrontar el dolor: la cálida y tierna caricia de una mano de mujer sobre su cara y entre su pelo.

Los recuerdos afluyeron a su memoria como una reluciente cascada: una sedosa cabellera dorada diseminada sobre un mullido almohadón blanco y un pecho redondeado y pálido; labios y pezones como un dulce y rojo vino de Madeira; una hendidura salobre y resbaladiza que…

¿Qué era aquello? ¿Su cuerpo podía sentir calor, además de frío? ¿Placer, además de dolor?

Intentó moverse, alcanzar a aquella mujer. Abrir un ojo para verla de nuevo. Pero su cuerpo se negaba a obedecer. Permanecía atrapado entre las zarpas crueles del frío del que su espíritu apenas había logrado liberarse.

Algo cálido y blando, cuyo olor percibió, rozó su mejilla.

—¿Me oyes, Thorn?

Esta vez, el susurro parecía tan próximo que se preguntó si sería fruto de su imaginación. Luego sintió de nuevo aquella caricia y comprendió que sólo podían ser sus labios.

¿Le haría volver en sí aquel beso?, se preguntó Thorn.

De pequeño, su madre solía contarle historias de princesas a las que despertaba de un sueño parecido a la muerte el beso del verdadero amor. «Así que ya ves, mi pequeña flor de espino, el amor es una fuerza muy poderosa, si tenemos el valor de usarla».

Hacía años que no pensaba en aquellos cuentos, ni tampoco en su madre de manera tan íntima, por miedo a que su recuerdo agitara otros capaces de llenar su corazón de un sufrimiento semejante al que atravesaba en ese instante su cuerpo quebrantado.

De pronto veía con claridad el rostro de su madre, tan parecido al de su hermana, pero desprovisto de la leve sombra de tristeza que había acompañado a Rosemary hasta hacía muy poco tiempo. Había también en aquella cara algunos rasgos de Ivy. Todo su encanto, sin su exasperante volubilidad.

¿Había también algo de sí mismo allí? Esperaba que sí, del mismo modo que esperaba haber cultivado las cualidades que había heredado de su madre.

Una inmensa oleada de cansancio se abatió sobre él. Parecía prometerle una vía de escape, si desplegaba sus velas y dejaba que lo arrastrara lejos.

De nuevo le llegó la voz de su madre con sobrecogedora claridad. «Tengo que irme, mi queridísimo niño».

Él había sabido que no se refería a la playa, a Bournemouth, ni a tomar las aguas en Bath, donde su maltrecha salud sólo había encontrado alivio pasajero. No quería que ella hablara de irse. Quería seguir fingiendo que ella pronto se pondría bien, aunque apenas recordaba una época en que no hubiera estado enferma.

«Me siento mucho más tranquila sabiendo que tú cuidarás de tus hermanas por mí. Sobre todo, de la pequeña. No será fácil para ella, pobre chiquitina».

Él había sentido el fuerte deseo de negarse. Quizá, si declinaba cualquier responsabilidad sobre Rosemary e Ivy, su madre no podría marcharse. O, al menos, lucharía con más ímpetu para quedarse con ellos.

Había querido preguntarle por qué echaba sobre sus frágiles hombros de muchacho la carga del porvenir de sus hermanas, en lugar de encomendársela a su padre, a pesar de que conocía tan bien como ella la respuesta.

Pero siempre había sido un niño responsable, de modo que no se negó. Ni siquiera puso reparos. Tampoco se entregó al llanto, aunque tenía la impresión de que las lágrimas aliviarían el nudo de temor y tristeza que se había alojado en su vientre.

Desde aquel día, había hecho cuanto estaba en su poder para convertir a sus hermanas en la clase de jovencitas de las que su madre se habría sentido orgullosa. Y

para verlas felices. Cuando Rosemary se había casado al fin con su viejo amigo, Merritt Temple, Thorn había sentido que se quitaba de encima la mitad del peso de aquella abrumadora responsabilidad.

Si fracasaba en su intento de rescatar a Ivy de aquel disparate romántico, sus sacrificios no habrían servido de nada.

Así pues, siguió luchando, a pesar de que hubiera preferido rendirse, y se aferró a los restos maltrechos de su conciencia con tenaz persistencia.

La voz que oyó a continuación pertenecía a un hombre; a un torturador, evidentemente.

—No tiene nada roto, que yo vea —dijo su torturador en tono jocoso mientras le pinchaba y lo manoseaba—. Tampoco está muy magullado, gracias al agua fría.

—¡Déjeme en paz! —gruñó Thorn con voz áspera, al tiempo que se apartaba de aquellos dedos punzantes.

Al menos su cuerpo volvía a obedecerlo. ¿Se abrirían sus ojos si se esforzaba?

¡Sí!

Esperaba ver un trecho de orilla o quizá el interior del carruaje de lady Lyte y se sobresaltó al hallarse en un habitación iluminada por la luz de las velas. ¿Estaba de veras consciente, o seguía delirando?

El dueño de aquella voz se echó a reír y siguió pinchándole en las costillas.

—Sí. Ya me parecía a mí que eso lo despertaría.

—¡Aparte el maldito dedo! —Thorn lo apartó de un manotazo y procuró fijar la vista en la persona que hablaba—. ¡Si no quiere que se lo arranque!

—Parece que de cabeza está intacto —canturreó aquella voz.

Los ojos de Thorn se decidieron a cooperar. Al menos, eso le pareció. El hombre que vio de pie junto a su cama, un tipo bajito y recio, de nariz ganchuda y anticuada peluca, parecía una persona de carne y hueso y no un producto de su excitada imaginación.

El hombre le acercó una mano a la cara.

—¿Cuántos dedos ve?

—Tres —Thorn resistió el deseo de mordérselos—. Ahora, ¿haría el favor de dejarme en paz?

—Ya casi he acabado mi examen, señor, si me permite unos instantes más.

—Que sea rápido —gruñó Thorn—. Lo que tenga no mejorará con sus pinchazos. Si quiere hacer algo útil, tráigame algo de beber. Estoy sediento.

Lo cual resultaba extraño, pensó, puesto que lo último que recordaba era haberse caído al río.

—¿Algo de beber? —el hombre sopesó su petición, se giró a medias hacia alguien que había tras él y asintió con la cabeza—. No creo que le siente mal. Sus órganos vitales no parecen haber sufrido daño alguno.

—Menos mal —Felicity asomó la cabeza por detrás del hombre y le lanzó a Thorn una sonrisa tranquilizadora, a pesar de que alrededor de sus ojos había leves sombras de preocupación—. ¿Qué clase de bebida recomienda, doctor? ¿Vino?

El médico hizo un gesto desdeñoso.

—No, nada de bebidas alcohólicas, haciendo tan poco que ha vuelto en sí. Puede que el café lo espabile un poco.

—Iré a pedirlo —Felicity desapareció del campo de visión de Thorn, muy reducido por los gruesos postes y los pesados cortinajes de la cama en la que yacía.

Cuando el médico volvió a inclinarse hacia él, Thorn dio un respingo. Pero esta vez el hombre sólo le apretó la muñeca, que le dolía menos que otras partes del cuerpo.

—Estése quieto mientras le tomo el pulso —con la otra mano, el médico consultó un reloj suspendido de una cadena que abarcaba por entero su ancha cintura.

Al cabo de unos segundos, soltó el brazo de Thorn.

—Lo que sospechaba. Mucho mejor.

Felicity regresó junto al médico.

—Eso es estupendo.

El médico asintió con la cabeza.

—Tiene una constitución muy fuerte. Creo que se repondrá rápidamente. Dígame, señor Greenwood, ¿qué es lo último que recuerda antes de despertarse y hallarse aquí?

Thorn abrió la boca para contestar y luego titubeó.

Una vez había conocido a un tipo que estuvo inconsciente un tiempo tras darse un fuerte golpe en la cabeza. Al despertar, no recordaba lo sucedido durante los días anteriores al accidente.

Los médicos advirtieron a su familia y amigos que no hablaran de esos días ni intentaran forzarlo a recordar.

Thorn no pudo evitar preguntarse qué pasaría si decía no recordar los días anteriores. Felicity lo miraba con preocupación. Quizá estaría dispuesta a fingir que no había puesto fin a su aventura, durante un tiempo al menos.

Pero eso significaría también fingir que no recordaba la fuga de Ivy, lo cual les daría a su hermana y al joven Armitage tiempo de sobra para llegar a Gretna y regresar.

Además, no tenía valor para engañar a Felicity.

—Recuerdo que caí al agua —reconoció—. Después de eso, todo es un borrón hasta que desperté hace un momento.

Felicity apartó al médico, se sentó al borde de la cama y tomó su mano.

—El coche al que ibas persiguiendo, ¿viste quién iba dentro? ¿Eran Ivy y Oliver?

Aunque detestaba la idea de decepcionarla, Thorn negó con la cabeza.

—Era una mujer mayor. Espero no haberla asustado mucho, persiguiendo de esa manera su coche.

Felicity hizo una mueca.

—Ay, Señor.

Las implicaciones de lo que acababa de decir dejaron pasmado a Thorn. Tenía la vaga convicción, más nebulosa que un recuerdo, de que debía encontrar y rescatar a su hermana… de sí misma. Fracasar significaría traicionar la confianza que su madre moribunda había depositado en él.

—¡Ivy! —se sentó con esfuerzo, a pesar de que todos los músculos de su cuerpo protestaron—. ¿Estamos en Gloucester? ¡Tengo que ir a buscarla!

Su cama giró y se ladeó en una dirección mientras la habitación parecía girar y ladearse en dirección contraria.

—Tranquilo, tranquilo —Felicity lo empujó suavemente hasta que quedó de nuevo apoyado sobre la almohada. Él apenas pudo resistirse—. Ya que lo preguntas, estamos justo a las afueras de Gloucester —Felicity hablaba con voz suave y tranquilizadora mientras le apartaba el pelo de la frente—. Le ordené al señor Hixon parar en la primera posada que encontráramos. Este lugar no estaba lejos. Por suerte, resultó ser un establecimiento muy digno.

—Estoy seguro de ello —Thorn apoyó las manos para sujetarse e intentó levantarse de nuevo—. Pero no puedo quedarme disfrutando de sus comodidades mientras mi hermana está al alcance de mi mano.

Felicity le lanzó una mirada que parecía advertirle que, cuanto menos dijera de Ivy y de Oliver delante de otros, tanto mejor.

—¿Qué propones que hagamos? Si no puedes ni sentarte en la cama, no hay muchas probabilidades de que puedas sostenerte a caballo, ¿no?

Aunque Thorn intentaba concentrarse, las ideas parecían revolotear dentro de su cráneo y salir de su boca por voluntad propia.

—El caballo de St. Just…, ¿qué ha sido de él?

Su pregunta pareció dejar pasmada a Felicity.

—Se… mojó. El pobre animal está mucho mejor que tú, te lo aseguro.

—Puede que yo estuviera mucho mejor si ese pobre animal no se hubiera apartado del puente en su momento.

Antes de que Felicity pudiera contestar, sonó un golpe en la puerta y ella se levantó de un salto, como si se alegrara de la interrupción.

Thorn miró con recelo al médico. Si empezaba a pincharle otra vez, quizá lo estrangulara.

Tal vez su cara denotara sus intenciones, porque el médico se alejó un poco de la cama y se puso a guardar las cosas en su maletín.

Thorn cerró los ojos y procuró que sus pensamientos no se desmandaran. Tenía algo importante en que pensar, si lograba recordar qué era.

¡Ivy! En ella era en quien debía concentrarse.

Seguramente Armitage y ella iban a pasar la noche en Gloucester, casi con toda probabilidad en la posada que les había recomendado el propietario del King's Arms. Thorn debía ir en su busca inmediatamente.

Volvió a apoyar las manos en la cama para levantarse. Luego se fue incorporando poco a poco para mantener a raya el mareo, a pesar de que los músculos de su abdomen protestaban dolorosamente. Esta vez logró levantar la cabeza sin que empezara a darle vueltas la habitación.

Al cabo de un momento durante el cual se oyeron unos bisbiseos, la puerta volvió a cerrarse y Felicity apareció de nuevo en su campo de visión, llevando una bandeja cargada con un montoncito de emparedados y un par de tazas humeantes. El rico aroma del café, ligeramente amargo, invadió la alcoba.

Al mirar la cama, Felicity se sobresaltó y estuvo a punto de soltar la bandeja.

—Por el amor de Dios, Thorn, ¡túmbate! Necesitas descansar para restablecerte.

—Ya tendré tiempo de descansar cuando recupere a mi hermana —masculló él entre dientes mientras se preparaba para descolgar las piernas por el borde de la cama—. Estoy seguro de que van a pasar la noche en Gloucester. Cuanto antes la encuentre, mejor… para todos.

Felicity dejó la bandeja sobre una mesita, junto a la cama, y lo miró con enojo.

—Podemos discutirlo cuando hayas tomado algo de alimento. Si Ivy está en Gloucester, no se moverá de aquí hasta mañana.

Thorn no podía explicar adecuadamente el renovado ímpetu que lo empujaba a encontrar a su hermana, ni siquiera ante sí mismo. ¿Cómo iba a explicárselo a Felicity? Apretó los labios y ya se disponía a retirar la colcha cuando, de pronto, se percató de que estaba desnudo.

Al darse cuenta, estuvo a punto de caer de nuevo sobre las almohadas.

Entre tanto, Felicity había abierto su bolso y sacado algún dinero para pagar al médico. La paga pareció satisfacer a éste, pues le dio las gracias muy efusivamente.

—Usted ocúpese del señor Greenwood, señora, que yo encontraré solo la salida. No dude en mandar a buscarme si empeora su estado.

—Gracias, doctor —Felicity tomó una taza de café de la bandeja y la acercó a la cama—. Ha sido usted de gran ayuda.

Thorn logró guardarse su opinión al respecto.

Bebió un sorbo de la taza que Felicity le acercó a los labios, confiando en que le devolviera las fuerzas y lo ayudara a espabilarse.

El médico recogió su sombrero y su maletín y se dirigió a la puerta.

—Se recuperará mucho antes si reposa un día o dos, señor Greenwood —desapareció de la vista de Thorn. La puerta se abrió con un chirrido—. Le sugiero que descanse y deje que su encantadora esposa cuide de usted.

Un chorro de café salió despedido de la boca de Thorn y salpicó las sábanas.

Capítulo 9

—¿Esposa? —balbució en cuanto la puerta se hubo cerrado—. ¿Qué más ha ocurrido mientras he estado inconsciente?

¡Oh, cielos! Felicity estalló en una carcajada. Estaba tan contenta porque Thorn hubiera vuelto en sí que se sentía aturdida. Había luchado por mantenerse seria mientras el médico estaba en la habitación. Ahora, la ridícula sospecha de Thorn la hizo perder los nervios. Dejó la taza sobre la bandeja antes de que se derramara por el suelo.

A pesar de que lloraba y se sacudía de risa, le molestaba que Thorn la creyera capaz de tal cosa. Y más aún que la idea de tenerla por esposa pareciera causarle tal desmayo.

—Te recuerdo… —dijo, intentando refrenarse—, que todavía estamos muy lejos de Gretna Green… —¡aquello era absurdo!—, donde podría llevarte, inconsciente, ante un herrero y hacer que el señor Hixon te moviera la cabeza arriba y abajo para dar tu consentimiento.

Hablaba muy deprisa, entre una nueva oleada de carcajadas. No podía evitarlo. Era capaz de imaginarse con toda viveza aquella escena.

Thorn la miró como si creyera haber caído en manos de una loca.

—Entonces, ¿por qué ha dicho el médico que eras mi esposa?

—¿Qué querías que le dijera? —Felicity se recobró lentamente—. ¿Qué podía decirle a todo el mundo? En la posada sólo había una alcoba libre, y estaba claro que necesitabas que alguien cuidara de ti esta noche. No quería causar un escándalo que llegara hasta Bath.

—Podrías haber dicho que eras mi hermana.

Felicity se quedó pasmada.

—Yo… supongo que sí —reconoció—. Pero no se me ocurrió.

No era la hermana de nadie, así que no se le había ocurrido fingir que lo era. Por otra parte, no podía imaginarse ligada a Thorn Greenwood de tan casta manera.

—Además, ¿qué derecho tienes a cuestionar lo que hice en un momento de crisis? —Felicity se irguió y levantó el mentón—. Estás vivo, ¿no?

Su repentino paso de la defensa al ataque pareció pillar a Thorn por sorpresa.

—Pues… sí, obviamente.

—Estás despierto, aunque no parezcas del todo en tu sano juicio —Felicity no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer—. No tienes nada que no se cure con un par de días de reposo. Yo diría que mis criados y yo te hemos atendido bien. Pero ¿acaso me lo agradeces? —Thorn pareció compungido. Felicity contestó a su propia pregunta—. No. En vez de agradecérmelo, te empeñas en recorrer toda la ciudad a

caballo cuando apenas acabas de volver en ti. Y luego pones en duda mi inocente artimaña de fingirme tu esposa por una noche.

—Lo siento —Thorn se ciñó la sábana manchada de café alrededor de la cintura—. No quería parecer desagradecido. Pero es que eso de que seas mi esposa me pilló por sorpresa. En cuanto a lo demás, sólo quiero encontrar a mi hermana mientras tenga oportunidad. ¿No estás tú igual de ansiosa por recuperar a tu sobrino y hacer entrar en razón a ese mentecato?

—Desde luego, pero… —pero más aún le preocupaba el bienestar de Thorn.

Lo cual era una idiotez, teniendo en cuenta que debía cortar todo lazo con él.

—Desde luego —Thorn le tendió la mano y, por un instante, Felicity creyó que la estaba invitando a tumbarse con él en la cama—. Ahora, sé una buena esposa y tráele a tu pobre marido su camisa y sus calzas.

—Ojalá pudiera —contestó ella con vengativo regodeo—, pero te caíste al río, ¿recuerdas? Tu ropa estaba empapada, y tan fría que me sorprende que ya hayas entrado en calor. Me estremezco al pensar en qué estado te encontrarías ahora si no te las hubiéramos quitado en cuanto te trajimos aquí.

—¿Quiénes? —el semblante de Thorn adquirió un tono bilioso.

—Ned y yo —contestó Felicity—, mientras el señor Hixon iba a buscar al doctor. Como la mayoría de los lacayos, ese muchacho tiene mucha experiencia ayudando a desvestir a caballeros incapaces de desvestirse solos —igual que ella, pensó Felicity, aunque no se lo dijo. Señaló hacia la chimenea, que probablemente Thorn no podía ver desde la cama—. Tu ropa se está secando frente al fuego, pero todavía les queda un buen rato. Con suerte podrás ponértela por la mañana.

—No me importa que esté mojada —Thorn apartó la colcha y se giró para poner los pies en el suelo—. Tráela aquí.

—¡No quiero! —Felicity se dijo que era el calor del fuego y no la visión del espléndido cuerpo desnudo de Thorn lo que la hacía sonrojarse como una virgen—. Pillarás un resfriado de muerte si andas por ahí con la ropa mojada, con el frío que hace.

Una expresión feroz cubrió el semblante, casi siempre apacible, de Thorn.

—Entonces iré yo por ella.

Felicity se interpuso entre la chimenea y la cama.

—Da un paso más y tiro tu ropa al fuego.

—Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado, mujer? —la cara de Thorn se contrajo en una mueca de dolor cuando se puso en pie—. No eres mi madre, por todos los santos. Ni siquiera quieres ser mi amante. Así que no intentes mimarme.

Thorn intentó dar un paso, pero le fallaron las piernas. Se tambaleó hacia Felicity, que, haciendo acopio de fuerzas, consiguió empujarlo de nuevo hacia la cama. En el último instante, él la agarró de la cintura y la hizo caer sobre sí.

La indignación que Felicity intentó reunir se derritió como granizo de verano sobre una roca tostada por el sol.

Una desconcertante sensación de plenitud se apoderó de ella mientras el latido de su corazón se mezclaba con el de Thorn hasta formar un único palpito. El miedo que la había paralizado desde el momento en que vio a sus sirvientes arrastrar a Thorn hasta la orilla comenzó a fundirse al fin, calentado por el roce del cuerpo robusto y lleno de vida de Thorn.

Una parte de él, aún más robusta y llena de vida que el resto.

La innegable evidencia de su deseo la hizo aferrarse a él a pesar de que la razón la urgía a apartarse.

Quizá hubiera actuado mal desde el principio. En lugar de intentar obligar a Thorn a guardar cama, ¿no debería haberlo seducido para que no se levantara?

Levantó lentamente la mirada hacia él y rozó con la mano una de sus patillas.

—¿Te gustaría que volviera a ser tu amante, sólo por una noche? —preguntó con un susurro aterciopelado. No sólo para tentar a Thorn, sino porque temía que se le quebrara la voz si hablaba más alto.

Después de lo que había ocurrido entre ellos, ¿qué pasaría si Thorn la rechazaba?

¿Había dicho de verdad Felicity lo que Thorn creía haber oído, o le estaba jugando una mala pasada su imaginación?

Aunque ella hubiera hecho la proposición seriamente, ¿podía poner él en riesgo la futura felicidad de su hermana sólo para satisfacer un deseo pasajero?

—Claro que me gustaría —contestó de mala gana—. Es evidente, ¿no? Lo que no entiendo es por qué de pronto estás dispuesta a permitir que Ivy y tu sobrino se escapen, ahora que están al alcance de nuestra mano.

Un destello de culpabilidad ensombreció la fiera intensidad de la mirada de Felicity.

—No quiero que se escapen, pero tampoco quiero poner en peligro tu salud sólo para impedir que mi sobrino cometa una estupidez.

Para ella, Thorn era algo más que un mero instrumento para satisfacer sus deseos. Curiosamente, aquella certeza aumentó el deseo físico que Thorn sentía por ella. ¿Tan malo sería anteponer por una vez sus propias necesidades a su deber para con los otros?

Tras pensar un momento, las sutiles arrugas de la frente de Felicity desaparecieron. Sus ojos brillaron como una lejana pradera de trébol cubierta de rocío al amanecer.

—¿Y si les digo a mis criados que busquen en las posadas de la ciudad? —dijo apresuradamente—. Cuando encuentren a mi sobrino y a tu hermana, uno de ellos

puede montar guardia toda la noche y luego traer a Oliver y a Ivy aquí tan pronto se levanten.

Su plan tentaba a Thorn casi tanto como las voluptuosas curvas de su cuerpo, que se adivinaban bajo el vestido de muselina.

Los ojos brillantes de Felicity parecían lanzarle un desafío.

—Si hago eso, ¿te comportarás como el hombre sensato que eres y te quedarás aquí, en la cama?

Con el delicioso peso de su cuerpo sobre él, Thorn Greenwood no se había sentido menos sensato en toda su vida.

—Aquí, en la cama… ¿contigo?

—Conmigo.

Él ladeó la cara para apoderarse de sus labios, de modo que su beso contestara a la pregunta de Felicity. Cuando sus bocas se encontraron, una extraña energía lo embargó, oscura y densa como el café que ella le había ofrecido, y con un punto de amargura que sólo conseguía aumentar su potencia. Thorn no sabía si ello aliviaba su dolor o si sólo hacía que dejara de importarle.

En cualquier caso, se sentía agradecido.

—Es usted dura de pelar, lady Lyte —musitó antes de empezar a chupar su carnoso labio inferior.

Ella no respondió; inhaló bruscamente y dejó escapar un largo suspiro.

Thorn percibía un cambio en su relación. Aunque lady Lyte lo había invitado a ser su amante, hasta esa noche él se había acercado a ella como un sirviente o como un suplicante que hiciera una ofrenda de placer con la esperanza de obtener sus favores.

Aunque sólo fuera por una última noche, saborearía el elixir embriagador de su maestría amorosa.

Tras probar de nuevo la dulce boca de Felicity, le recordó:

—¿No convendría que fueras a despachar al cochero y al lacayo antes de que se acuesten?

—Ah…, sí, sí, claro.

Parecía casi tan aturdida como él al volver en sí. Cuando se apartó con evidente desgana y se acercó a la chimenea parecían flaquearle las piernas.

—¿Qué haces? —preguntó Thorn.

Ella recogió sus pantalones y los sacudió.

—Me llevo esto para asegurarme de que no te escabulles mientras estoy fuera.

Thorn volvió a deslizarse bajo la manta manchada de café y se rió sin convicción.

—¿Es que ya no le basta con mi palabra de honor, lady Lyte?

Mientras se dirigía a la puerta, Felicity miró desde detrás de uno de los gruesos postes del pie de la cama.

—Sospecho que, bajo tan recto orgullo y tanta virtud caballeresca, tal vez tenga usted una chispa de picardía, señor Greenwood —sacudió un dedo hacia él—. No pienso arriesgarme a que no esté aquí cuando vuelva.

Thorn se llevó una mano al corazón.

—Juro que no me moveré más allá de ir a por un emparedado.

—Será mejor que comas algo —Felicity intentó poner una expresión de candorosa preocupación, pero en sus ojos danzaba un destello de malicia—. Para recobrar tus… fuerzas.

—Y tú será mejor que te vayas —Thorn entornó los ojos y compuso una mirada amenazante completamente ajena a su carácter—, antes de que te meta otra vez en la cama y mande a paseo a mi hermana y a tu sobrino.

Felicity sacudió la cabeza y se echó a reír mientras se acercaba a la puerta.

Thorn no hablaba en serio, por supuesto, aunque en parte deseaba tomarse más a la ligera sus responsabilidades.

—No tardes más de lo debido, Felicity.

Ella miró hacia atrás.

—Ni un segundo más. Te lo prometo.

Felicity subió corriendo las escaleras de atrás tras ordenar a sus sirvientes que buscaran a Oliver e Ivy.

Su premura nacía en parte de su ansiedad. El recuerdo de que Thorn la esperaba desnudo en la habitación apresuraba su paso. Él la había sorprendido con sus réplicas juguetonas, y ella apenas podía contener el deseo de descubrir qué otras sorpresas le deparaba la noche.

Pero había otra razón para sus prisas, aunque odiara admitirlo incluso ante sí misma. Las dudas le mordían los talones como un grupo de esos horribles perrillos de incesante y agudo ladrido que algunas viudas conocidas suyas tenían como mascotas.

Retomar su aventura con Thorn les haría mucho más difícil separarse después. De los dos, para su asombro, a Felicity le preocupaba más Thorn que ella misma. A fin de cuentas, ella iba a tener un hijo al que amar y cuidar.

Pero ¿qué le quedaría a Thorn?

—Señora Greenwood… —dijo tras ella una voz de mujer.

Felicity tardó un momento en darse cuenta de que se habían dirigido a ella con un apellido que no tenía esperanzas de llegar a llevar nunca.

—¿Necesitan su marido o usted algo más, señora? —preguntó la mujer.

Su marido. Aquella palabra despertó en su corazón una extraña mezcla de sentimientos. Toda la amargura y las humillaciones que formaban el legado podrido de su matrimonio giraban como un vendaval alrededor del frágil tallo de la confianza y el afecto que sentía por Thorn.

Miró hacia atrás y vio a la muchacha que les había llevado la bandeja a la habitación.

—Tenemos todo lo que necesitamos, gracias.

—¿Hay que lavar la ropa del caballero, señora?

Felicity siguió su mirada y se percató de que llevaba aún en la mano los pantalones de Thorn.

—Eh… no…, gracias —esperaba que sus balbuceos y su sonrojo no despertaran las sospechas de la muchacha—. Me he dado cuenta de que… había un botón que… colgaba de un solo hilo. Así que le bajaba los pantalones a mi lacayo para que lo cosiera. Antes de entrar a nuestro servicio era aprendiz de sastre, así que es diestro con la aguja.

¿Qué era una mentirijilla más comparada con la torre de embustes que había erigido ya?, se preguntó al sentir una insidiosa punzada de mala conciencia. Si seguía así, casi igualaría la cantidad de mentiras que le habían contado a ella a lo largo de su vida.

—Muy bien, señora —el anodino semblante de la muchacha no denotaba duda alguna—. Si necesita alguna cosa más, llámenos. Espero que pasen una buena noche, señora.

Felicity se sonrojó más aún.

—Estoy segura de que así será.

Eso, al menos, era cierto.

Por si acaso la muchacha la seguía con la mirada, Felicity se obligó a caminar con paso tranquilo al recorrer el pasillo camino de su alcoba. Entró y cerró rápidamente, dándoles con la puerta en las narices a las pequeñas dudas que la atormentaban.

La habitación estaba más a oscuras que antes, bañada únicamente por el fulgor rosado del fuego.

—Cuando te dije que te dieras prisa, no me refería a que te agotaras corriendo por toda la posada —la voz dulce y profunda de Thorn le llegó desde la cama como un brazo fuerte pero tierno que la envolviera en un abrazo.

Felicity corrió el cerrojo. Luego puso los pantalones húmedos de Thorn frente a la chimenea, removió las brasas y echó otro leño al fuego.

—No has comido ni un solo emparedado —señaló con la cabeza la mesita.

¿Qué tenía Thorn Greenwood que la impulsaba a ocuparse de él como no tenía necesidad de hacerlo una mujer con un ejército de sirvientes a su disposición?

—He pensado que sería más agradable compartirlos. Además, me tiemblan un poco las manos. ¿Te parecería muy niño si te pidiera que me dieras uno? —una extraña alegría burbujeaba en las palabras de Thorn.

—Muy, muy niño —bromeó ella, y eligió dos triángulos de pan con jamón del plato—. Igual que cuando ayer yo me senté en tus rodillas en el carruaje y me puse a llorar como una Magdalena. No sé por qué no podemos darnos ese gusto de cuando en cuando.

Se quitó los escarpines, se subió a la cama y le ofreció uno de los emparedados a Thorn mientras ella le daba un mordisco al otro.

Thorn asintió con la cabeza, complacido.

—Una actitud muy sabia, querida mía.

Le lanzó una mirada tan cálida como las brasas del fuego, sazonada con provocativas chispas doradas. Al dar un mordisco al emparedado que le ofrecía ella, su labio inferior le rozó los dedos, y Felicity sintió que un delicioso estremecimiento le subía por el brazo, llegando hasta la garganta y bajando luego hasta sus pechos.

A duras penas consiguió tragarse lo que tenía en la boca sin atragantarse.

—Hacen unos emparedados muy buenos aquí, ¿verdad?

El pan era fresco y tierno, el jamón sabroso y cortado en generosas lonchas, aderezadas con una pizca de mostaza picante. Pero el deleite de la compañía de Thorn y la perspectiva de pasar con él una noche distinta a cuantas habían compartido hasta entonces era el condimento más apetecible de todos.

—Mmm… —Thorn asintió con la cabeza mientras tragaba un bocado—. Los mejores que he probado.

Le quitó a Felicity de la mano el resto de su emparedado e hizo rechinar los dientes, de modo que Felicity chilló y rompió a reír.

—Debes de tener mucha hambre —ella tomó dos emparedados más de la bandeja.

Cuando volvió a sentarse a su lado en la cama, Thorn se inclinó hacia ella. Pero, en lugar de darle un mordisco al emparedado, como Felicity esperaba, le besó el cuello. Todas las fibras sensibles del cuerpo de Felicity parecieron agruparse en la pequeña porción de piel sobre la que se movía su boca.

Sus labios comenzaron a subir dulce y lentamente. Primero, la lengua se deslizaba, cálida y húmeda, sobre la delicada piel; luego, sus labios la chupaban despacio, con ternura, formando un húmedo sello. Justo cuando Felicity creía que sus huesos empezaban a derretirse, Thorn se aventuró a darle un levísimo mordisco, provocándole un delicioso estremecimiento.

Cuando por fin llegó a la oreja, le susurró:

—Un hambre feroz.

Felicity tuvo que tragar dos veces antes de que algún sonido saliera de su árida garganta.

—Yo también.

Acordándose de pronto de los dos emparedados que llevaba en la mano, vio que los había estrujado hasta convertirlos en una masa muy poco apetitosa.

Pero ¿qué importaba? Los tiró al suelo. No era de eso de lo que tenía hambre. Y dudaba que Thorn los echara de menos.

Le echó los brazos al cuello y buscó sus labios.

Se encontraron casi con salvaje urgencia, mientras las manos de Thorn se abrían paso hasta su pelo y empezaban a quitarle las horquillas que sujetaban su moño. Era cierto que le temblaban las manos. Pero ello no parecía estorbar sus movimientos.

La cabellera de Felicity cayó suelta sobre su espalda y sus hombros. Su cuerpo también ansiaba liberarse. Deseaba ofrecerse a las manos ávidas y los labios de Thorn.

Él pareció percibir lo que quería, pues desabrochó con cierta torpeza la hilera de botoncitos de la espalda de su vestido mientras seguía besándola. Con la lengua la obligó a abrir los labios y saboreó luego su boca con un ímpetu que nunca antes había demostrado.

Con cada caricia, con cada beso, con cada suspiro compartido, Thorn Greenwood conseguía que Felicity lo deseara con un fervor que la asustaba y la excitaba casi a partes iguales. Dentro de ella crecía un ansia que devoraba codiciosamente cada migaja de placer que él le ofrecía. Y que se dejaba devorar, a su vez.

Y sin embargo…

—¿Tenemos que ir tan deprisa? —preguntó ella con un susurro jadeante mientras Thorn tiraba de las mangas cortas de su vestido desabrochado y empezaba a besarle el cuello—. No hay necesidad de apresurarse. Tenemos toda la noche por delante.

—Oh, sí que hay necesidad, milady —él frotó con la mejilla el canalillo de sus pechos—. Esta necesidad —condujo su mano a lo largo de su vientre plano, hasta cerrarla sobre su miembro.

Felicity no recordaba haberlo tocado nunca, ni a él ni a ningún otro hombre, de aquella forma. Ello la llenaba de una arrebatadora sensación de poder.

—Y ésta —mientras dejaba que lo tocara, Thorn metió la mano por debajo de su vestido. Antes de que ella pudiera adivinar qué se proponía, hundió la mano entre sus muslos, hasta alcanzar la húmeda y cálida bienvenida que lo aguardaba.

—Sí, pero… —Felicity cerró los párpados y sintió el húmedo ardor de las lágrimas. No podía luchar contra las demandas de su propio cuerpo, aunque atormentaran su corazón—. Pero entonces se acabará —dijo en un suspiro.

Con una risa apenas audible, tan reconfortante como el suave repiqueteo de la lluvia en una ventana, Thorn sacudió la cabeza.

—Entonces… —dijo con un delicioso susurro mientras la tumbaba sobre la cama y le bajaba el corpiño para dejar al descubierto sus pechos —… no habrá hecho más que empezar.

Felicity exhaló un gemido de comprensión seguido por un ronroneo anhelante.

Demasiado impaciente para desvestirla del todo, Thorn le levantó la falda hasta la cintura. Le separó las piernas, que todavía llevaba enfundadas en las medias, y la penetró en una cumbre de placer que condujo a Felicity al borde de la dicha y la mantuvo suspendida allí.

Capítulo 10

Thorn tuvo la sensación de haber vuelto a saltar sobre una empinada orilla y experimentó la maravilla de volar por un instante antes de hacerse pedazos y perder toda noción de sí mismo. Sólo que esta vez el placer y la pasión ocuparon el lugar del miedo y el dolor.

Permaneció sumido en aquellas oscuras y salobres profundidades mucho tiempo, o eso le pareció, sintiéndose más libre de las exigencias de la vida de lo que podía recordar. Nada podía incitarlo a regresar a la consciencia…, salvo la dulce perspectiva de hacerle de nuevo el amor a Felicity.

Esta vez, lentamente.

Al sentir sus labios sobre la barbilla, en la que empezaba a asomar la barba, abrió los ojos. No podía perder un solo instante de aquella noche sin deleitarse en su belleza.

—He de decir que tiene usted una fabulosa capacidad de recuperación, sir —ella le lanzó una sonrisa maliciosa mientras se quitaba el vestido y las medias y los tiraba al pie de la cama—. ¿Quién diría que hace apenas una hora casi no tenías fuerzas para sostener un emparedado?

Thorn no podía dejar pasar tal muestra de impudicia sin exigir como castigo un beso.

—Habría que estar muerto para no mejorar bajo sus tiernos cuidados, milady —Thorn posó la mano sobre su pecho y comenzó a pasar el pulgar sobre su pezón rosado—. En cuanto a mi recuperación…, todavía no has visto nada.

Ella lo miró a través de sus pestañas finas y oscuras.

—Viniendo de cualquier otro hombre, yo llamaría a eso una fanfarronada, pero usted es el hombre menos fanfarrón que he conocido nunca, señor Greenwood.

—Tengo muchas razones para ser modesto —contestó él, sólo a medias en broma.

La leve luz del fuego doraba el semblante de Felicity, que de pronto había adquirido una expresión fiera y ardiente.

—Muchas razones para estar orgulloso, querrás decir. No hay una sola persona que te conozca que no hable de ti con respeto. Hasta Weston St. Just, que no estima a casi nadie.

Respetable y aburrido. Thorn sentía aplastándolo el pesado lastre de las convenciones y el decoro. Había escapado temporalmente a ellos para gozar con Felicity, pero era absurdo pensar en abandonarlos por completo. Sin su reputación, ¿qué sería de él?

—Aunque sólo sea de eso, deberías estar orgulloso de tus hermanas —insistió Felicity—. Ivy me dijo una vez que prácticamente las criaste tú solo.

—Nos criamos los unos a los otros —Thorn se tumbó de espaldas, suspirando, con la cabeza de Felicity apoyada sobre el hueco de su hombro—. Son buenas chicas, las dos. Tienes razón. Estoy orgulloso de ellas, aunque cómo sean no es mérito mío —soltó una risa desganada—. ¿Ves? No tengo remedio. ¿Qué clase de hombre habla de sus hermanas mientras está tumbado en la cama en brazos de su bella amante, después de haberle hecho el amor y estando dispuesto a hacérselo de nuevo?

Por última vez.

Thorn apretó los labios para aprisionar aquellas tristes palabras. ¿Por qué nunca se permitía vivir el momento en lugar de darle vueltas al pasado o de preocuparse por el futuro?

No estaba seguro de cómo esperaba que reaccionara Felicity. Lo que no esperaba era que deslizara la mano por su mejilla en una lenta caricia.

—Un hombre muy bueno, diría yo. Ojalá a mí me hubiera criado gente dispuesta a anteponer mi bienestar a sus propias ambiciones.

Thorn sabía que Felicity no pretendía reprocharle su conducta, pues había hecho todo lo posible por impedir que saliera en busca de Ivy y Oliver, como él pensaba hacer. Pero sus palabras le escocieron igualmente.

Cierto, se había sentido un poco mareado al volver en sí. Pero se le había pasado rápidamente. Si hubiera insistido, como debería, Felicity no habría podido retenerlo contra su voluntad. Pero había querido pasar aquella última noche con ella, y se había mostrado dispuesto a sacrificar la futura felicidad de su hermana para satisfacer sus deseos.

Avergonzado, tardó un momento en comprender el significado de lo que acababa de decirle Felicity.

Por un acuerdo tácito, nunca habían hablado de su pasado. Sabiendo que aquel breve reencuentro pronto tocaría a su fin, Thorn se sintió de pronto deseoso de conocer cuanto pudiera sobre la vida de Felicity Lyte.

¿De dónde era? ¿Cómo era su familia? ¿Cuáles eran sus temores y sus sueños? ¿Qué experiencias habían hecho de ella la mujer apasionada y fascinante que era?

—¿Cuántos años tenías? —se pasó un mechón de su pelo oscuro y lustroso entre el pulgar y el índice, deleitándose en su suave textura.

Ella no contestó enseguida. Thorn se preguntó si debía formular su pregunta más claramente, o seguir cumpliendo su acuerdo tácito de no hablar del pasado.

—Trece —dijo al fin ella en un susurro—, cuando mi madre murió. Apenas me acuerdo de mi padre. Yo no tenía un hermano mayor que se hiciera cargo de mí, y mi abuelo estaba siempre fuera, amasando dinero.

—Podría haber sido peor —dijo Thorn—. El viejo podría haber estado siempre fuera, perdiendo dinero, como mi padre.

—Eso es cierto —levantó la mirada hacia él. Su mirada no expresaba ni piedad ni reproche, como esperaba Thorn—. Ojalá hubiera tenido alguien sensato a mi lado

para decírmelo en aquella época. Quizá así me hubiera sido más fácil aceptar filosóficamente mi buena suerte.

—Lo siento, Felicity, no quería…

—Sé lo que querías decir, Thorn —no parecía resentida, cosa que Thorn agradecía—. Sin duda había montones de chicas que se hubieran cambiado por mí. Pero dudo que entre ellas estuvieran tus hermanas —apartó la mirada, pero no sin que antes Thorn creyera ver un leve velo de lágrimas en sus ojos—. El dinero está muy bien, pero hay mucho de verdad en ese viejo refrán que dice que la felicidad no se puede comprar.

—Puede que eso fuera lo que intentaba hacer mi padre cuando murió mi madre —murmuró Thorn para sí mismo.

Por primera vez desde que era muy pequeño, pensó sin rencor en su padre, aquel hombre casi siempre ausente y cada vez más desesperado. Ello le resultaba extraño y, sin embargo, liberador.

Felicity pareció no haberle oído.

—Mi abuelo me dejó al cuidado de una serie de brutales institutrices empeñadas en convertirme en una mema.

Thorn apretó la mejilla contra su coronilla.

—Me alegro de que fracasaran estrepitosamente.

—Te aseguro que me hicieron la vida imposible en el intento, con todas sus reglas, sus sermones y sus castigos.

La quejosa amargura de Felicity hizo que Thorn sintiera lástima por la muchacha enérgica y vivaz que sin duda había sido.

—Aunque tu hermana no es la clase de esposa que necesita Oliver, su vivacidad dice mucho de ti. Habrás sentido la tentación de despojarla de ella, de hacerla más respetable, menos proclive a avergonzarte.

—De vez en cuando —admitió Thorn, conmovido por sus palabras de aprobación—, aunque no fue tan difícil. Siempre le he envidiado a Ivy su energía. Quién sabe, puede que se me haya pegado un poco su temeridad —puso dos dedos bajo la cara de Felicity y se la levantó para darle un beso—. Me pregunto, por ejemplo, ¿qué dirían mis muy dignos conocidos si pudieran verme ahora?

—Sin duda les daríamos de qué hablar durante una semana —una risa maliciosa escapó de los labios de Felicity—. Puede que incluso dos.

Las comisuras de la boca de Thorn se curvaron hacia arriba. Ninguna mujer le había alegrado nunca como Felicity con una sola mirada o una palabra. Ninguna mujer había causado nunca una tormenta de pasión en su apacible corazón como lo hacía ella.

El cálido viento de esa tempestad se levantó de nuevo en su interior.

—En ese caso, ¿no crees que es nuestro deber darles algo de lo que de verdad merezca la pena hablar?

—¿Hablas en serio? —Felicity deslizó la mano sobre su flanco desnudo—. ¿Qué tienes en mente, mi querido y respetable caballero?

A pesar de que Thorn procuraba no tomarse en serio sus réplicas ingeniosas, la palabra «querido» aún acariciaba sus oídos como cálido terciopelo líquido.

—Tú eres mucho más imaginativa que yo —repuso él—. ¿Tienes alguna sugerencia?

Ella deslizó una mirada ardiente por su pecho y sus hombros. La luz mortecina del fuego lanzaba sombras vagas sobre su cara y agitaba las verdes ascuas de deseo de las profundidades de sus ojos.

—Creo que ya te has esforzado suficiente por una noche —le dio un suave empujón en el hombro, tumbándolo de nuevo de espaldas.

Antes de que él pudiera protestar, Felicity se apoyó en un codo y se inclinó sobre él. Su mano comenzó a deslizarse seductoramente por sus hombros, a lo largo de su pecho, hasta su vientre plano y más abajo.

Thorn dejó escapar un gemido de excitación.

Felicity contestó con una risa gutural.

—Sé que has prometido hacerme el amor de nuevo… y despacio. Pero creo que deberías conservar tus energías mientras yo satisfago a ambos.

Siguió acariciándolo, pasando la mano como si tocara en un pianoforte una fugaz y delicada escala. Sus labios permanecían suspendidos sobre él, maduros y dulces como la tentación.

—Deja que sea tu ama.

—Será un placer —musitó él.

Su cabello oscuro cayó hacia delante, formando alrededor de sus caras un sedoso velo.

—Será un placer —prometió ella. Felicity cumplió con creces su palabra.

Usando no sólo las manos y la boca, sino todo su cuerpo, lo condujo una y otra vez hasta la cima del placer. Pero siempre se retiraba en el último momento y empezaba de nuevo su delicioso ascenso.

Por fin le dio la bienvenida en su salobre santuario antes de que él se derrumbara y empezara a suplicarle, favor que Thorn le agradeció. No había imaginado que excitarlo a él pudiera enardecerla a ella de aquel modo. Apenas se habían unido cuando ella pronunció su nombre en un gemido y su cuerpo se contrajo en dulces espasmos, lanzando a Thorn hacia el éxtasis.

Él fue recobrándose de su aturdimiento con una mezcla de ansiedad y desgana. Estaba ansioso por abrazar a Felicity hasta que llegara la mañana. Y sentía menos deseos que nunca de dejarla marchar.

Desde el momento en que ella lo había retado a ser su amante, Thorn había empezado a admirar a aquella mujer impetuosa y enérgica que se negaba a aceptar las rígidas convenciones sociales. En ese sentido, Felicity y él eran como la noche y el

día, y aunque ello le hacía sufrir a veces, estar con ella le hacía sentirse como no se había sentido con nadie más.

La idea de perderla se cernía sobre el horizonte de su vida como esos días en que el sol desaparecía del cielo y no volvía a brillar.

Los obstáculos que se interponían entre ellos eran muchos y no admitían fácil solución. Pero él había superado muchos otros obstáculos, tanto al criar a sus hermanas como al intentar recuperar la fortuna de su familia. Todo lo que valía la pena exigía esfuerzo y sacrificio.

Y Felicity Lyte merecía la pena.

Sus virtudes, la paciencia y la persistencia, tan aburridas, le habían sido de gran provecho muchas veces, se dijo, y así volvería a ser.

Por alguna razón, sabía que la clave de su futuro juntos se hallaba enterrada en el pasado de Felicity. Pero ¿podría buscarla sin ahuyentar a Felicity?

Con la cabeza apoyada sobre el pecho de Thorn, cuyo corazón parecía cantarle una nana al oído, Felicity nunca se había sentido más segura, ni más libre. La fortaleza y la serena constancia de su amante le ofrecían un apoyo seguro desde el que echarse a volar.

Esa noche, por ejemplo. Ella nunca había asumido un papel tan activo en el amor, nunca había dejado de lado su propia satisfacción para buscar el placer del otro. El resultado la había catapultado hasta alturas que nunca antes había alcanzado; la había hecho girar y deslizarse entre las estrellas.

Quizá fuera natural que su encuentro más placentero con un hombre fuera a ser también el último. Por más que intentaba que el pesar no estropeara aquel dulce instante de paz, un leve escalofrío se apoderó de ella, como si una esquirla de hielo se le clavara en el corazón.

Atento siempre a sus deseos, Thorn tiró de la manta para taparla. Si hubiera sabido que ni una montaña de mantas habría podido sustituir el calor de su abrazo ni el dulce timbre de su voz…

—¿Alguna vez has intentado comprar la felicidad, Felicity?

La pregunta de Thorn, aunque hecha con la mayor delicadeza, hizo que ella se encogiera por dentro. A pesar de que deseaba despacharla con un comentario irónico, no podía.

Quizá la atmósfera íntima de aquel instante la sedujo, o quizá el secreto que le estaba ocultando a Thorn requería toda su discreción y dejaba expuestas otras zonas.

Soltó una risa desganada y algo áspera.

—¿Cómo crees que aprendí hasta qué punto es un disparate intentar comprarla? Tras la muerte de mi abuelo, compré el marido más apuesto y noble que podía adquirirse con dinero. Creía estar comprando también mi libertad. Pero la libertad resultó ser tan esquiva como la dicha.

Si Thorn hubiera dicho algo, ella habría encontrado un modo de cambiar de tema. Pero su silencio, cargado de comprensión, no podía pasarse por alto.

Las palabras brotaron de ella como la sangre de una pequeña herida.

—Tenía la ridícula idea de que al casarme conseguiría escapar de las personas que intentaban dominarme: las institutrices, los albaceas, los parientes codiciosos… Y entonces conocí a mi suegra —se estremeció—. Aquella mujer era como todas mis institutrices juntas. Nunca perdía ocasión de insinuar que mi sucia riqueza burguesa rebajaba a su linaje. Mientras tanto, su hijo se gastaba mi dinero a mansalva para que Trentwell no se cayera a pedazos a nuestro alrededor.

—¡El muy sinvergüenza! —exclamó Thorn, indignado.

Qué fácil sería convencerse de que su corazón estaba a salvo en manos de Thorn, porque no se parecía en nada a su difunto marido.

Pero ya la habían engañado antes, se recordó.

—Oh, Percy era bastante amable al principio, y hasta me defendía delante de su madre. Yo me esforzaba por ser una buena esposa. Mucho más de lo que me había esforzado antes por nada —su voz se fue haciendo más suave, hasta que apenas se oía a sí misma por encima del suave crepitar de las ascuas mortecinas del fuego—. Pero no sirvió de nada, porque fracasé en mi principal deber como esposa.

Ninguna palabra, ningún sonido delató la reacción de Thorn a cuanto le había dicho. Pero Felicity la sintió de todos modos. Si alguien podía comprender la humillación que suponía fracasar en el deber, era él.

—Mi suegra encontraba gran placer en dejar claro que no se había equivocado conmigo. Hasta que se dio cuenta de lo que eso significaba para su preciado linaje —aquello, más que cualquier otra cosa, había contribuido a su rápido declive. Pero Felicity no se alegraba de ello—. Entonces Percy dejó de ponerse de mi lado —sacudió la cabeza despacio, profundamente apesadumbrada—. Si hubiera sabido que…

—¿Qué?

Aquella pregunta la sacó bruscamente de la ensoñación en la que había caído.

Sus entrañas parecían una extraña máquina en marcha; su corazón doliente agitaba su estómago y estrujaba sus pulmones. ¿Necesitaba alguna prueba más de que, cuando estaba con Thorn Greenwood, no podía fiarse de sí misma?

Su apacible compasión seducía su espíritu cansado del mismo modo que sus tiernas caricias seducían su cuerpo anhelante.

Quería en parte cambiar de tema o besarlo de nuevo. Cualquier cosa que la rescatara de las aguas traicioneras en las que se había metido. Si no rompía con él limpiamente, y pronto, tal vez acabara contándole lo del bebé. Y después, conociendo el sentido del deber de Thorn, jamás podría librarse de él.

—Si hubiera sabido que la viudedad es el estado más ventajoso para una mujer rica… —no se atrevía a mirarlo a la cara mientras pronunciaba aquel amargo

dictamen—. Una viuda puede seguir disfrutando de todos los placeres del matrimonio sin perder su independencia.

Thorn dio un respingo. Felicity no tuvo que verlo para darse cuenta.

Endureció su corazón contra la piedad que amenazaba con hacerla vulnerable. Thorn se merecía un pequeño aguijonazo, a fin de cuentas, por haber despertado todos aquellos recuerdos y haberle hecho sentir aquel dolor de nuevo.

Se preparó para su réplica. Así tendría un motivo para deshacerse de él e ir a averiguar cómo les había ido a sus sirvientes en el desempeño de su misión. Cuando llegara la mañana y se separaran de una vez por todas, quizá tuviera de ese modo menos remordimientos. No era probable, pero quizá…

Thorn, sin embargo, la rodeó con un brazo mientras con la otra mano le acariciaba el pelo.

—No es extrañar, corazón mío —suspiró —que te rebeles contra cualquiera que intente dictar tus actos.

Felicity se quedó sin habla. Le producía una extraña alegría sentirse tan comprendida. Y le daba también un poco de miedo.

—Con razón te resistes a dejar en manos de otros el control incluso de los aspectos más insignificantes de tu vida —murmuró Thorn—. Aunque ello signifique tener que emprender un viaje incómodo en busca de tu sobrino, cuando yo de buen grado habría venido en tu lugar.

Aunque Felicity ansiaba rendirse a su tierno asedio, no podía hacerlo. Thorn era demasiado perspicaz ¿Qué otros secretos podría sonsacarle si lo intentaba? ¿Y cómo podía estar ella segura de que nunca usaría lo que sabía de sus flaquezas contra ella?

—Con razón te has contentado con aventuras pasajeras —musitó él como si pensara en voz alta—, en lugar de someterte a la tiranía de un marido.

—¿Cómo te atreves, Thorn Greenwood? —Felicity se desasió de su abrazo; sus ojos brillaban ferozmente—. ¿Cómo te atreves a juzgarme o a tenerme lástima?

—Pero, querida mía, no pretendía…

Parecía tan dolido y desconcertado que Felicity tuvo que hacer un arduo esfuerzo para no arrojarse en sus brazos con la absurda esperanza de que él arreglara todo cuanto había salido mal en su vida. Otra parte de su ser, en cambio, le guardaba rencor por haber corrido el velo de color de rosa de los engaños que se infligía a sí misma.

—¡Bah, ahórrate tus discursos! —agarró su vestido y sus medias, que colgaban alrededor de un poste de la cama—. Las aventuras pasajeras pueden ser casi tan aburridas como el matrimonio cuando duran demasiado. Y los amantes pueden ser tan déspotas como un marido cuando se niegan a guardar una distancia razonable.

Thorn se incorporó sobre las almohadas.

—Sólo intentaba decir que te entiendo y que me preocupo por ti. ¿Tan mal te parece?

Felicity se metió tras el biombo que había en un rincón de la habitación.

—¿Te he pedido yo alguna vez que me comprendas? —gritó, más para impedir que Thorn siguiera llenando sus oídos con declaraciones sencillas y sinceras sobre sus sentimientos que por otra cosa—. ¿Te he pedido alguna vez…? —un sollozo cerró su garganta—. ¿Te he pedido que te preocupes por mí?

Vio un jarro lleno de agua junto al lavabo y llenó la jofaina. Quizás el ruido del agua al caer se llevara la respuesta de Thorn. Felicity no oyó nada más procedente de la cama.

Mojó un paño en el agua fría y comenzó a restregarse el cuerpo para quitarse el leve olor almizclado de su encuentro amoroso. A pesar del resplandor rosado del fuego, su piel adquirió un tono azulado al erizarse.

Agradeció, sin embargo, el frío. Quizá lograra enfriar su deseo febril y devolverle el sentido común.

Al echar mano del vestido, levantó la mirada y vio a Thorn de pie junto al biombo, desnudo como Adán. Al ver su alta y fibrosa figura la embargó un calor sofocante. Aunque sentía el deseo de deleitarse en la visión de su cuerpo, se obligó a levantar la mirada, medio temerosa, medio ansiosa por encarar la rabia que esperaba ver reflejada en su rostro.

Lo que encontró, sin embargo, escapaba a su comprensión. ¿Era una ira serena y gélida? ¿Era silenciosa angustia? ¿Amarga decepción? ¿O un poco de esas tres cosas y de otra que la afectaba mucho más de lo que quería admitir?

Thorn la miró fijamente a los ojos, formulándole en silencio una pregunta que ella no podía contestar y buscando una respuesta que Felicity sabía no podía darle.

—Ya te dije una vez que no elegimos a quienes se preocupan por nosotros —no parecía enfadado, exactamente. Pero sí decidido—. No te estoy pidiendo nada, Felicity, y nunca te quitaré nada. Pero no puedes mandar sobre mi corazón, ni yo sobre el tuyo.

Tenía todo el derecho a enfadarse con ella, se dijo Felicity al tiempo que sentía una oleada de vergüenza. Todo el derecho a quitarle el inapreciable regalo que ella fingía desdeñar. Durante toda su vida, la gente se había alejado de ella cuando no podía hacer o ser lo que querían.

¿Por qué iba a ser distinto Thorn Greenwood?

Porque era distinto, le susurraba su corazón. Porque no daba ni demostraba amor fácilmente. Pero, una vez entregados, sus afectos eran tan constantes como la tierra: en barbecho en ciertas estaciones, pero siempre listos para florecer de nuevo.

En ese momento, no había nada que Felicity deseara más que arrojarse en sus brazos y aceptar lo que él le ofrecía.

Salvo, quizá, vomitar.

La náusea que se apoderó súbitamente de ella hacía que las anteriores quedaran reducidas a nada en comparación. No atreviéndose a hablar, se puso el vestido precipitadamente y pasó junto a Thorn dándole un empujón.

Salió de la habitación. Corrió por el pasillo, bajó un tramo de escaleras y atravesó la puerta de atrás.

Fuera estaba tan oscuro que apenas distinguía vagas formas y sombras, pero sabía que estaba cerca de los establos. El olor a estiércol de caballo la golpeó con un mazazo, y comenzó a vomitar, oleada tras oleada, hasta que pareció imposible que dentro de ella quedara algo más que un perfecto vacío.

Un vacío tan perfecto como había sido su vida antes de que Thorn Greenwood empezara a llenarla a su apacible modo.

Quizá, pensó mientras tiritaba en la oscuridad, necesitaba reconsiderar sus planes para el futuro, planes en los que no tenía cabida un hombre, y menos aún el padre de su hijo.

Pero, primero, tenía que poner cierta distancia entre ellos para poder pensar claramente y tomar una decisión sin verse influida por los demás. A fin de cuentas, había mucho en juego. No sólo su propio bienestar, sino también el de su bebé. No podía permitirse el lujo de perder la cabeza por culpa de las contradictorias emociones que Thorn despertaba en ella.

Y tampoco podía arriesgarse a que él descubriera lo del bebé y se sintiera en el deber de casarse con ella. Si había algo que pudiera marchitar la constancia de sus sentimientos hacia ella, era precisamente eso.

Ella se merecía algo mejor. Y también su hijo. Y Thorn.

Por el bien de todos, debía encontrar a Oliver y después retirarse un tiempo para reflexionar y sopesar sus alternativas. Si, al final, resolvía jugarse el corazón con Thorn Greenwood, sabría dónde encontrarlo.

Oyó unos pasos que se acercaban apresuradamente y apenas tuvo tiempo para erguirse antes de que Thorn cruzara la puerta.

—Felicity… —la agarró con fuerza y abrió las piernas para impedir que se cayeran ambos—, ¿qué haces aquí fuera? ¿Por qué has salido corriendo así?

Ella lo empujó hacia la casa rápidamente, antes de que notara el olor agrio del vómito.

—¿Qué haces tú con esa ropa puesta? Todavía está mojada.

Él se echó a reír.

—Me ha parecido preferible arriesgarme a pillar un resfriado que causar un escándalo paseándome por los pasillos desnudo —su tono se volvió serio de nuevo—. Vuelve a la habitación. Entrarás en calor. Tienes que vestirte como es debido. Prometo no molestarte. Me iré de la habitación, si quieres.

—Thorn, yo…

Mientras buscaba palabras para justificar su comportamiento, Felicity oyó más pasos. Fuera, esta vez, acompañados por un suave murmullo de voces.

Voces que reconocía.

—Señor Hixon, Ned, ¿son ustedes? —inquirió al abrirse la puerta.

Un juramento sobresaltado.

—Dios santo, señora, qué susto me ha dado —susurró el cochero—. ¿Estaba esperándonos? ¿Y ése de ahí es el señor Greenwood?

Felicity replicó a sus preguntas con otra.

—¿Han encontrado a la señorita Greenwood y al señor Armitage? ¿Dónde se alojan? Podemos ir de inmediato.

Tras vacilar un momento, el señor Hixon exhaló un suspiro cansino.

—Hemos estado en todas las posadas de Gloucester, señora.

—Dos veces —añadió Ned con voz quejosa.

El cochero apenas tuvo que agregar:

—No hay ni rastro de ellos, señora.

Felicity ya lo había adivinado.

¿Qué iba a hacer ahora?

Capítulo 11

—¿No están aquí? —repitió Felicity, aturdida. Se tambaleó hacia Thorn, que la agarró por la cintura y la sujetó con fuerza.

Como hermano responsable encargado de proteger a su hermana de sus propios impulsos descarriados, Thorn sabía que debía alarmarlo la noticia de que Ivy y Oliver no estaban en Gloucester.

Pero mientras permanecía parado en el pasillo en penumbra de la posada, hablando en susurros con Felicity y sus sirvientes, luchaba por di simular la alegría que le causaba el saber que tendrían que proseguir el viaje juntos. Era consciente de que, en cuanto encontraran a Oliver y a su hermana, lady Lyte desaparecería de su vida con la misma presteza y brusquedad con que había entrado en ella.

De momento no lograba conciliar sus deberes para con su familia con la irrefrenable pasión que había echado raíces en su corazón. Y, si lograba deshacer aquel lío, dudaba de sus capacidades para conquistar a Felicity, como no fuera para mantener con él una relación pasajera y clandestina. Lo único que sabía a ciencia cierta era que debía intentar ambas cosas y que no debía separarse de ella si quería tener esperanzas de triunfar en su empeño.

El cochero carraspeó. Thorn tuvo la sensación de que se disponía a darles otra mala noticia.

—En el último sitio donde preguntamos, señora…

—Por segunda vez —puntualizó el lacayo, por si acaso había alguna duda sobre su diligencia.

El cochero prosiguió como si no hubiera notado la interrupción.

—En la casa de postas principal, señora, uno de los posaderos nos dijo que una dama y un caballero habían llegado sobre la hora de la cena y habían alquilado un coche nuevo para cambiar el que llevaban, que estaba averiado.

—¿Les dijo ese posadero qué camino llevaban? —preguntó Felicity. Thorn la sentía temblar.

—No, señora, sólo que se fueron en cuanto estuvo listo el coche. Dijo también que el joven caballero le echó un buen vistazo antes de partir.

—¿Dónde habrán ido? —musitó Felicity para sí misma—. ¿Qué voy a hacer ahora?

Felicity lo necesitaba.

Aquella idea suscitó en Thorn una extraña energía vital, estremecimientos, pesares, fatigas y dudas.

—No podemos hacer nada hasta dentro de unas horas. Así que vamos a asegurarnos de aprovechar bien ese tiempo —se dirigió a los sirvientes—. Vayan a dormir un poco mientras puedan. Gracias por sus esfuerzos. Lo han hecho muy bien.

Ellos vacilaron, esperando quizá que su señora diera otras órdenes.

Pero Felicity no dijo nada.

Mientras el cochero y el lacayo se alejaban arrastrando los pies por el pasillo, camino del cuartito donde se les había alojado, Thorn les dijo suavemente:

—Y gracias por salvarme la vida hoy, con su valentía y su presteza.

—Me alegra que estuviéramos a mano para ayudar, señor —el cochero sofocó un bostezo—. Buenas noches, señor. Buenas noches, señora.

Felicity no se movió ni dijo nada mientras los pasos de sus criados se alejaban por el corredor a oscuras.

Al oír que una puerta se abría y se cerraba a lo lejos, Thorn la llevó hacia las escaleras.

—Vamos a la cama. A dormir, esta vez —añadió, anticipándose a sus protestas—. Y a pensar qué vamos a hacer mañana.

Felicity no contestó, aunque tal vez asintiera con la cabeza. En cualquier caso, no se resistió cuando Thorn se quitó la chaqueta y se la echó sobre los hombros. Sin decir palabra, subieron por las escaleras a oscuras y volvieron a su alcoba.

Mientras Thorn avivaba el fuego y volvía a poner a secar su ropa frente a la chimenea, Felicity se retiró tras el biombo y salió al cabo de un rato vestida con un camisón y el pelo recogido en una trenza.

Lanzó una mirada cansina hacia la cama, donde Thorn yacía arropado hasta el pecho. Él dio unas palmadas sobre el hueco que había a su lado, sobre el colchón.

—Ven aquí. Te doy mi palabra de caballero de que te dejaré en paz.

Ella se acercó con paso vacilante. Aquel sumiso silencio no era propio de su temperamento. Y aunque Thorn lo prefería a un tormentoso choque de voluntades, su repentino cambio de humor no dejaba de inquietarlo.

—Aunque me encantaría disfrutar de tus favores de nuevo, me temo que me has dejado exhausto por esta noche, querida mía —Thorn hizo una mueca burlona, y Felicity le recompensó con una levísima sonrisa mientras se tumbaba en la cama.

Él la arropó e intentó no dar un respingo al sentir en la pierna el contacto de sus pies helados.

—Ahora mismo sólo sirvo para abrazarte hasta que entres en calor.

Una chispa de su temperamento acostumbrado regresó de pronto.

—No subestimes un servicio tan valioso.

Se volvió de espaldas a él, pero cuando Thorn la abrazó, no puso reparos ni se apartó.

En justicia, él debía ofrecerse a proseguir la persecución por su cuenta, se dijo Thorn mientras posaba la mejilla sobre el pelo de Felicity. Quizá, habiendo probado ya las molestias del viaje, ella se sintiera inclinada a aceptar. Sobre todo ahora, que

parecía probable que tuvieran que seguir a la esquiva pareja de muchachos hasta Gretna Green.

Quizá por primera vez en su vida, Thorn no se resistía a seguir el curso de acción que le dictaba su sentido del deber. Aquella situación lo alarmaba y lo llenaba de euforia en igual medida.

Felicity se decía que no debía disfrutar de la novedad de dormir en brazos de Thorn, ni regodearse en la reconfortante idea de despertarse a su lado. Pero era inútil.

No estaba acostumbrada a negarse a sí misma. Muy al contrario. Quizás el dinero no pudiera comprar la felicidad, pero podía comprar la independencia y el placer. Hasta hacía poco, se había contentado con esas cosas.

—Supongo que deberíamos decidir cómo proceder —el dulce murmullo de la voz de Thorn sonó en su oído, casi tan cerca como sus propios pensamientos.

La absurda pero turbadora idea de que Thorn pudiera oír las desconcertantes ideas que zumbaban en su cabeza afiló el tono de Felicity.

—Confieso que no sé qué hacer. Si no supiera que es imposible, pensaría que esos dos jovenzuelos intentan darnos esquinazo a propósito.

Quizá simplemente debiera lavarse las manos en lo que se refería a Oliver Armitage. Dejarle un poco de dinero, pero expulsarlo de su vida cuando desapareciera para criar a su bebé. A fin de cuentas, no eran parientes consanguíneos.

Thorn exhaló un suspiro, seguido por una risa suave.

—Sin duda será por influencia de mi hermana. No recuerdo ni una sola vez en que Ivy haya hecho lo que se esperaba de ella. A estas alturas, tu pobre sobrino seguramente estará rezando para que alguien acuda a impedir que se case con esa cabeza loca. Oliver parece el sueño de cualquier niñera: un muchacho constante y metódico en sus costumbres desde la misma cuna.

—Puede que tengas razón —a pesar de que intentaba sofocarla, una pequeña sonrisa se formó en la comisura de sus labios—. Me cuesta imaginarme a Oliver de niño. Incluso cuando lo conocí, siendo ya un colegial, parecía demasiado serio y maduro para su edad.

De alguna manera, aquel muchacho callado y falto de atenciones se había ido abriendo paso hasta su corazón. Un lugar que tal vez hubiera permanecido cerrado para un chico más alegre y bullicioso. Ahora no podía desentenderse de él, por más molestias que le causara.

—Recuerdo que Percy trajo a Oliver a Trentwell en sus primeras vacaciones después de que nos casáramos —lo recordaba vivamente—. Yo notaba que el pobre chiquillo era feliz allí, aunque no parecía muy acostumbrado a esa sensación. Era como si le gustara, pero no se fiara de ella.

—Entonces, ¿el joven Armitage era… sobrino de tu marido?

Felicity asintió con la cabeza.

—El hijo de su hermana. Sus padres estaban en la India y mandaron al chico a estudiar aquí. Luego su padre murió en una de esas espantosas guerras coloniales y su madre falleció en un naufragio en el viaje de regreso a Inglaterra.

—No lo sabía —dijo Thorn—. Pobre muchacho. Mi cuñado, Merritt Temple, estaba en una situación parecida cuando lo conocí en el colegio. Tenía poco dinero y ninguna familia. Yo lo invitaba a pasar los veranos con nosotros en Barnhill porque no tenía dónde ir.

Aquella mención casual a su generosidad hacia un condiscípulo poco afortunado convenció a Felicity de que Thorn se habría tomado más interés por el bienestar de Oliver que el propio tío del muchacho.

—Mi suegra no le hacía mucho caso a Oliver —esa fue una de las primeras cosas que la atrajeron de aquel niño tan estudioso—, porque la hermana de Percy se había casado en contra de sus deseos. Creo que el padre del chico no tenía fortuna alguna de la que mereciera hablarse —sacudió la cabeza—. Esa mujer nunca estaba contenta. El padre de Oliver no le convenía porque no tenía suficiente dinero, y yo tenía demasiado… o quizá de la clase equivocada.

—Parece que habría hecho buenas migas con mi padre —aunque Thorn intentó infundir a sus palabras un tono ligero, Felicity percibió un filo de indignación en su voz—. El pobre Merritt se enamoró de mi hermana Rosemary durante esos veranos en Barnhill. Cuando mi padre se dio cuenta, convenció a mi hermana de que rechazara las atenciones de Merritt, a pesar de que era evidente que ella lo quería muchísimo.

Rosemary debía de ser como su hermano, pensó Felicity: demasiado responsable para negarse.

El tono de Thorn se hizo más amargo.

—En aquella época, yo creía que mi padre sólo intentaba velar por la futura felicidad de mi hermana. Después empecé a sospechar que abrigaba la ambición de que Rosemary cazara a un marido rico que lo salvara de sus deudas.

—¿Qué pasó al final? —Felicity se volvió hacia él sin pensarlo—. Has dicho que era tu cuñado.

Thorn la estrechó entre sus brazos.

—Podría decirse que el destino les dio una segunda oportunidad que los dos tuvieron el buen sentido de aprovechar…, gracias a un empujoncito que les dimos Ivy y yo —sofocó un bostezo—. Ha sido una de las grandes alegrías de mi vida ver a mi hermana feliz de nuevo.

No debía de haber sido fácil para Rosemary Greenwood y su esposo volver a encontrarse, pensó Felicity mientras se deleitaba en el tierno abrazo de Thorn, y se preguntó por qué la felicidad de dos desconocidos le importaba tanto.

Un joven orgulloso desdeñado por su primer amor y una mujer que tenía que haber dudado de su voluntad de perdonarla. Sin embargo, habían vuelto a unirse en un final feliz… o en un principio dichoso.

¿Les estaría ofreciendo el destino a Thorn y a ella una oportunidad semejante?, se preguntó mientras el ritmo cada vez más lento de la respiración de Thorn la iba sumiendo en el sueño.

Si pudiera disponer de un poco de tiempo y distancia para reflexionar, lejos de la dulce pero turbadora presencia de Thorn, quizá lograra aclarar sus sentimientos. Una semana o dos en Trentwell, quizá, cuando se hubiera resuelto aquel asunto de Oliver e Ivy…

—¡Trentwell! ¡Claro! —se sentó bruscamente, y su cabeza estuvo a punto de chocar con la de Thorn.

—¿Qué ocurre, querida? —él se levantó sobre las almohadas y la enlazó con el brazo.

—Nada —le aseguró ella—. Acabo de descubrir dónde podemos encontrar a Oliver y a tu hermana. En Trentwell. Estoy segura de que Oliver no es capaz de pasar tan cerca sin pararse allí.

—¿Ah, sí? Bien —Thorn no parecía tan complacido como ella esperaba. Quizá todavía estuviera aturdido por haberse despertado tan bruscamente—. ¿Y dónde queda Trentwell? ¿Cuándo podemos llegar allí?

—Está en Staffordshire —Felicity repasó de memoria sus viajes entre Bath y Trentwell—. Si mañana salimos temprano y nos damos prisa, puede que lleguemos antes de que anochezca.

La idea de comer en su propia mesa y dormir en su cama la atraía enormemente.

—Los hemos perdido en Newport y en Gloucester —Thorn volvió a apoyarse en las almohadas—. Esperemos que a la tercera vaya la vencida.

—Ya saben lo que se dice: a la tercera va la vencida —Thorn procuró infundir confianza a sus palabras mientras miraba al cochero y al lacayo de Felicity, no mucho después de que amaneciera.

—En efecto, señor —el señor Hixon y Ned se miraron—. Así que ¿tenemos que llegar hoy a Trentwell, señor Greenwood?

Thorn se obligó a ignorar los signos de cansancio de sus semblantes y asintió con la cabeza.

—Sólo pararemos para cambiar de caballos. Aprovecharemos para comer y descansar un poco cuando paremos.

—Entonces creo que será mejor que nos pongamos en camino, señor —el señor Hixon se puso su tricornio—. Hay mucho camino de aquí a Trentwell.

—Tiene usted razón —dijo Thorn—. Soy consciente de que no han dormido mucho esta noche.

Felicity salió de la posada en ese momento. Había dormido poco y tenía mala cara. Pero al menos ellos podrían descansar un poco en el carruaje.

—Le sustituiré encantado a las riendas un rato esta tarde —prosiguió Thorn—. Así Ned y usted podrán dormir al menos unos minutos.

—Es usted muy amable, señor, pero no podría consentirlo. Me las arreglaré.

—Tonterías, hombre —Thorn ignoró la mirada que le lanzó Felicity—. Todos hemos visto lo que ocurre cuando se maneja un caballo sin haber descansado. Estoy seguro de que lady Lyte no querrá que su hermoso carruaje acabe en medio de un río.

—Bueno, claro que no… —balbució Felicity.

Thorn sonrió.

—¿Lo ve? Eso es prácticamente una orden de su señora. Ned y usted nos harán un favor ocupando nuestro lugar en el carruaje para que a nosotros nos dé un poco el aire fresco y el sol.

—Bueno, dicho así, señor… —el cochero subió al pescante mientras Ned sostenía la puerta abierta para que entraran Thorn y Felicity.

Habían recorrido más de una milla de la carretera de Tewkesbury cuando Felicity preguntó al fin:

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? ¡Ofrecerte a cambiarle el sitio al cochero para que pueda dormir durante un viaje! ¡Nunca he oído nada tan ridículo!

—¿Qué tiene de ridículo? Esos hombres me salvaron la vida, Felicity. El hecho de que sean criados no significa que no merezcan consideración.

Consciente de que estaba subiendo la voz, Thorn se preguntó por qué aquello le importaba tanto y comprendió que no se trataba únicamente del cochero y el lacayo. Se trataba de ver a las personas tal y como eran, y no por lo que poseían o por cómo se ganaban la vida.

La miró a los ojos e hizo un esfuerzo por hablar con calma.

—Cuando ya no puedes permitirte tener tantos criados a tu servicio, aprendes a apreciar todo lo que hacían por ti. ¿Qué mal puede hacernos viajar unas cuantas millas en el pescante en un hermoso día de primavera?

Tal vez otra dama hubiera desdeñado aquella idea, pero Felicity pareció tomar en consideración lo que acababa de decirle.

—Supongo que no será muy distinto a pasear en faetón por Sydney Gardens.

Un rayo de sol penetró por la ventanilla del carruaje en ese instante, y las diminutas motas de polvo brillaron como copos de oro. Un rayo de esperanza se agitó en el corazón de Thorn y tiñó la cálida sonrisa que le dedicó a Felicity.

—¡Estupendo! Será una delicia, ya lo verás. Ella levantó una de sus finas cejas con expresión escéptica.

—Muy bien, entonces. Con una condición —Thorn levantó las cejas, a su vez—. Quiero que me hables más de Barnhill —dijo Felicity—. Sobre tu infancia allí con tus hermanas y sobre los veranos con Merritt Temple.

—Menuda condición —Thorn se recostó en un rincón del asiento y estiró las piernas—. Te lo contaré todo, aunque te advierto que no soy tan buen narrador como Ivy.

—Eso no es todo —Felicity se acomodó en el asiento, frente a él, y apoyó los pies sobre sus botas de montar—. Quiero que me hables del noviazgo de tu hermana y de su marido. Por ejemplo, ¿qué clase de empujoncito les disteis Ivy y tú hacia el altar?

—Muy bien, también te contaré todo eso —su petición agitó una curiosa imagen en la cabeza de Thorn. Antes de que tuviera ocasión de pensarlo mejor, se oyó decir—. ¿Seré como la novia del sultán en Las mil y una noches? ¿Mientras siga divirtiéndote con mis historias, me dejarás quedarme a tu lado?

La expresión que se apoderó del semblante de Felicity le hizo desear poder retirar aquella broma que tan cerca estaba de sus verdaderos sentimientos. Los ojos de ella parecían albergar una mezcla de desconfianza y melancólico anhelo. ¿O acaso no era más que un reflejo de sus propias y confusas emociones?

Antes de que le diera tiempo a balbucir una disculpa, ella le lanzó una sonrisa coqueta.

—Nunca se sabe. Puede que sí.

Su respuesta hizo bullir los pensamientos de Thorn, aunque quizá se estaba engañando y Felicity sólo había querido hacer una pequeña broma.

Sin embargo, no pudo evitar que una sonrisa se extendiera por su cara.

—Entonces será mejor que empiece, ¿no crees? Mmm, ¿qué puedo decirte sobre Barnhill? Es una casa muy antigua, pero no muy grande, me temo. Los Greenwood han vivido allí desde tiempo inmemorial. Muy cerca hay un gran bosque de hayas, que es seguramente de donde procede el apellido de la familia —si seguía así, acabaría durmiendo a Felicity, en lugar de animarla a seguir en su compañía. Rebuscó en su memoria curiosidades sobre Barnhill que pudieran despertar su interés—. Un arroyo que desemboca en el Ouse atraviesa la finca. Cuando Merritt venía a pasar los veranos con nosotros, íbamos a pescar y a nadar allí. Una vez, Ivy convenció a Rosemary para ir a espiarnos. Para ver si nos metíamos en el agua con pantalones.

—¿Y era así? —un destello vivaz brilló en los ojos de Felicity.

—¡Claro que no! —contestó Thorn—. Pero Rosemary pagó cara su curiosidad, porque se tropezó, cayó rodando por la colina y acabó en el agua —se echó a reír—. Si conocieras a mi hermana, sobre todo como era entonces… —sacudió la cabeza—. Es muy guapa y elegante. Y muy consciente de su dignidad. ¡Ojalá la hubieras visto rodando por la colina y cayendo al agua!

—¡Pobrecilla! —exclamó Felicity mientras las risas de Thorn cobraban fuerza—. ¿Se hizo daño?

—Sólo en la vanidad —Thorn recobró el aliento—. Pero fue terrible para ella. Todo su pelo, perfectamente rizado, empapado y enmarañado alrededor de la cara, y el vestido arruinado. Fue un milagro que Merritt y yo no nos ahogáramos. Nos reímos tanto, que nos caíamos sin parar al agua. Rosemary salió con la nariz muy alta y estuvo una semana sin dirigirnos la palabra.

—Yo habría estado dos —dijo Felicity, aunque parecía más divertida que indignada—. ¿Qué más hacíais para entreteneros en verano, además de chapotear desnudos en el arroyo y reíros de las desgracias de tu pobre hermana?

—Déjame pensar. Cuando el viento estaba en calma, jugábamos a la raqueta. Ivy y yo jugábamos contra Merritt y Rosemary. A veces preparábamos la merienda y nos íbamos a recoger bayas. Los días de lluvia jugábamos interminables partidas de cartas y ajedrez, o cada uno se sentaba con un libro en el cuarto de estar y leía los mejores pasajes a los demás en voz alta —Thorn salió de su ensimismamiento con un sobresalto—. Suena tedioso, ¿verdad?

Felicity sacudió la cabeza.

—En absoluto. Yo habría dado cualquier cosa por vivir así cuando era pequeña. Dime, ¿alguna vez ibais a fiestas?

—Muy de tarde en tarde, cuando las chicas nos convencían para acompañarlas al baile de Lathbury. Y recuerdo que una vez sir Edward Faversham dio una gran fiesta en Heartease.

—¿Heartease?

—Una gran mansión, no muy lejos de Barnhill. Cuando sir Edward murió, la casa pasó a un pariente lejano que la puso en venta.

Su voz se apagó. A pesar de que le había hecho feliz que Merritt Temple comprara Heartease, le había dolido que la casa saliera del seno de la familia Faversham.

¿Ocurriría lo mismo con Barnhill algún día si no tenía hijos?

Capítulo 12

—Hay algo que no entiendo —dijo Felicity un rato después de que Thorn y ella hubieran ocupado el lugar del cochero en el pescante—. ¿Cómo es que tu cuñado pudo comprar una casa tan grande como Heartease? Creía que habías dicho que no tenía dinero.

—No lo tenía cuando era joven —Thorn mantenía la mirada fija en los caballos y en la carretera—. Al menos, no mucho. Lo justo para pagarse la universidad y comprar un puesto modesto en el ejército. Sin embargo, mi viejo amigo regresó de España con el general Wellington convertido en un héroe. Y, como resultado de su fama, llamó la atención de…

El titubeo de Thorn dejó atónita a Felicity.

—¿De una mujer rica? ¿Tu amigo se casó con una heredera? —Thorn asintió con la cabeza—. Es una lástima —se le encogió el estómago—. Me estaba gustando el señor Temple… hasta ahora.

—Merritt no se casó con ella por dinero, si es eso lo que imaginas —las manos de Thorn se crisparon sobre las riendas—. La quería… o eso pensaba él. Al principio.

Un coche del Correo Real pasó de largo, armando un gran estrépito. Debía de ir con retraso, porque el cochero, ataviado con su librea marrón, no le daba descanso al látigo. Los dos jóvenes que ocupaban las plazas más baratas de fuera del vehículo miraron con curiosidad a Felicity, sentada en el pescante de su carruaje. Ella resistió a duras penas las ganas de sacarles la lengua como una niña.

El coche correo se alejó por fin lo suficiente como para que Felicity volviera a oír su propia voz.

—Deduzco que la primera señora Temple no estuvo a la altura de las expectativas de tu amigo.

Cuando el amor moría, ninguna suma de dinero podía salvar un matrimonio. A diferencia de la primera esposa de Merritt Temple, ella al menos había sobrevivido a su matrimonio y había conseguido la libertad.

La idea de haberse ido a la tumba sin que su marido la llorara y de que Percy hubiera utilizado su dinero para atraer a otra esposa la sacaba de sus casillas.

Siguieron cabalgando un rato en silencio, hasta que Thorn dijo al fin:

—La verdad es que fue Merritt quien no cumplió las expectativas de su esposa. Nunca ha dicho una sola palabra en contra de la primera señora Temple delante de mí, pero a Rosemary se le ha escapado algo alguna vez. Y, conociendo a mi amigo, imagino cómo debió de ser su primer matrimonio.

—¿Y cómo debió de ser, según tú? —preguntó Felicity en un tono más afilado de lo que pretendía.

Thorn se encogió de hombros y la miró un momento de soslayo.

—Ella creía haberlo comprado. Por su fama, supongo, y quizá por su apostura. Para haber sido un niño tal mal alimentado, Merritt se ha convertido en un hombre muy apuesto. Seguramente su esposa creía que tenía derecho a darle órdenes como a un criado o como a un perrillo faldero.

Si Thorn se hubiera girado y la hubiera golpeado con el látigo, Felicity no se habría sorprendido más. Ella nunca había tratado a Percy como la esposa de Merritt Temple lo había tratado a él. ¿O sí?

¿Creía Thorn que lo trataría así si cometía la estupidez de casarse con ella?

Felicity se ciñó la capa y se quedó mirando la campiña de las Midlands, donde se confundían los límites de los condados de Shrop, Worcester y Stafford.

—Tal desigualdad de fortunas puede crear graves tensiones en un matrimonio.

¿Intentaba excusar sus pasadas acciones o advertirle a Thorn y a sí misma contra sus peligrosas fantasías? Felicity lo ignoraba.

Los hombros de Thorn se hundieron un poco… ¿o eran imaginaciones suyas?

—Merritt le dijo lo mismo a Rosemary cuando regresó a Lathbury con su hijo, después de la muerte de su esposa —aquellas palabras dieron paso a una risa irónica—. El pobrecillo estuvo a punto de arruinar sus posibilidades con mi hermana en ese mismo momento. Ignoraba hasta qué punto había menguado nuestra riqueza durante los años anteriores, y Rosemary era demasiado orgullosa para decírselo. Cuando por fin lo descubrió, Merritt se puso en lo peor: pensó que Rose le había ocultado la verdad a propósito y que lo perseguía por la fortuna que había heredado.

—¡Qué espanto! —Felicity sintió lástima por Merritt y Rosemary. En su lugar, ella habría pensado lo mismo.

—Mal asunto, guardar secretos —dijo Thorn—. Sobre todo a quienes amamos. Lo que intentamos ocultar siempre acaba saliendo a la luz en el peor momento. Y luego las cosas son diez veces más difíciles que antes.

Felicity pareció quedarse de pronto sin aire. Por un momento temió caerse del carruaje.

¿Cómo reaccionaría Thorn si descubría el secreto que se esforzaba por ocultarle?

No era difícil de adivinar. La odiaría por no habérselo dicho, pero aun así insistiría en casarse con ella… por su sentido de la responsabilidad y el deber. Como fundamentos para una unión duradera, aquéllos eran tan inadecuados como el intercambio de riqueza por fama o títulos nobiliarios que ella misma y Merritt Temple habían soportado en sus primeros matrimonios.

Debió de tambalearse o de mostrar algún sutil signo de angustia, pues Thorn tomó las riendas con la mano izquierda y le rodeó los hombros con el brazo derecho.

—¿Ocurre algo? —la sostuvo con fuerza—. Sé que, con la altura y el movimiento, uno puede marearse. ¿Quieres que pare y que le diga al cochero que vuelva a subir?

—Estoy bien —dijo Felicity, confiando en parecer sincera—. Sólo estaba pensando en lo terrible que tuvo que ser todo eso para el señor Temple y tu hermana. ¿Cómo se resolvieron las cosas al final?

—A decir verdad, yo tuve parte en el asunto —Thorn tiró de las riendas para refrenar a los caballos mientras se acercaban a una aldea—. Es lo más malévolo que he hecho en toda mi vida —parecía conmovedoramente pagado de sí mismo—. Sabía que ni Merritt ni Rosemary podían soportar la más ligera sospecha de que ella quería casarse con él por su dinero, así que le sugerí a Merritt que fingiera haber perdido su dinero en una inversión desafortunada.

—Qué mala idea —una semana antes, Felicity no le habría creído capaz de urdir semejante plan. Pero desde la noche en que apareció en su casa en busca de Ivy, Thorn Greenwood había demostrado ser un nombre con muchos recursos—. ¿Tu hermana se lo creyó?

—¿Por qué iba a dudarlo, después de lo que le había pasado a mi padre? —Thorn la miró de reojo—. Tal y como yo esperaba, la artimaña de Merritt no logró debilitar lo que Rosemary sentía por él. Se casaron poco después y desde entonces son felices. Yo me moriría de envidia si no fuera porque los quiero mucho a los dos.

La melancólica voz de Thorn parecía el eco de un anhelo que roía el corazón de Felicity.

—¿Qué dijo Rosemary cuando descubrió que su marido le había mentido sobre el dinero? —preguntó Felicity—. ¿No era eso tan grave como el que ella le ocultara la situación en que se hallaba tu familia?

—Puede que sí —él se quedó pensando un momento—. Puede que Rosemary llegara a la conclusión de que el embuste de Merritt los dejaba en tablas. Creo que lo perdonó enseguida —la dócil sonrisa de Thorn se tornó maliciosa—. O quizá fuera que Merritt le dijo la verdad cuando acababa de hacerle el amor en su noche de bodas.

—¿De veras? —Felicity se descubrió riendo, aunque al mismo tiempo la recorrió un estremecimiento de inquietud. ¿Habría algo que no fuera capaz de perdonarle a Thorn si se lo pedía durante aquellos instantes de cálida indolencia que seguían a sus encuentros amorosos? Preguntó sólo a medias en broma—. ¿Y si yo te dijera a ti que he perdido mi fortuna?

Thorn recibió la pregunta con una carcajada. Pero, al cabo de un momento de reflexión, su respuesta sonó solemne y sincera.

—Te diría lo que Rosemary le dijo a Merritt y con la misma sinceridad. No me importaría.

Era fácil decirlo, dadas las circunstancias. ¡Pero cuánto ansiaba Felicity creerlo!

—Espera —dijo Thorn—. Permíteme corregirme. Sí me importaría. Te preferiría sin una gran fortuna. Porque así estarías segura de que mis sentimientos son sinceros. Y nadie podría decir que te quería por tu dinero, ni que habías comprado un marido.

Thorn hacía que la desgracia de perder su fortuna sonara casi atrayente. Sólo que también significaría perder la independencia que tanto le había costado ganar.

—¿Y si te dijera que no soy estéril, que soy perfectamente capaz de tener hijos? —en el instante en que aquellas palabras salieron de sus labios, Felicity deseó poderlas retirar—. ¿Te importaría eso?

Contuvo el aliento mientras aguardaba la respuesta de Thorn.

—Ojalá pudiera decirte lo contrario, querida mía —él la apretó un momento y luego la soltó para sujetar mejor las riendas—. Pero me temo que eso sí me importa.

Felicity tuvo la sensación de que su corazón caía bajo las ruedas del carruaje y quedaba incrustado en la tierra del camino.

Aun dejando a un lado la desagradable cuestión de su dinero, jamás podría casarse con un hombre que la valoraba únicamente como una yegua en la que engendrar su prole.

Ni siquiera aunque un hijo suyo estuviera creciendo en su vientre en ese mismo momento.

Le había hecho daño.

Con Felicity no era fácil decirlo, porque no hacía mohines, ni se enfurruñaba. Adoptó, por el contrario, una máscara burlona y siguió hablando con ironía de sus mutuos conocidos de Bath. Thorn podría haber pensado que estaba hablando con Weston St. Just.

Al principio de la tarde, se habían parado en Wolverhampton para ocuparse de los caballos, después de lo cual el señor Hixon y el joven lacayo regresaron a sus puestos con mejor cara. Thorn y Felicity habían regresado al interior del carruaje para recorrer el último tramo hasta Trentwell.

Thorn había empezado a relatarle otra historia acerca de las travesuras que Rosemary, Ivy, Merritt y él perpetraban durante sus veranos en Barnhill, pero Felicity se había apresurado a dirigir la conversación hacia Bath.

Thorn no podía sacudirse la sensación de que intentaba mantenerlo a distancia tras haber cometido el error de permitir que se acercara demasiado a ella.

Aquel sutil rechazo le escoció al principio, a pesar de que los ácidos comentarios de Felicity le hacían reír.

Poco a poco, sin embargo, comenzó a prestar menos atención a sus palabras y se limitó a asentir con un gesto de la cabeza o a reír cuando Felicity parecía esperarlo. Entre tanto, se deleitaba en el brillo de sus ojos y en el hermoso lustre de su pelo negro. En el modo en que ladeaba la cabeza cuando hablaba y la elegancia con que sus ademanes acompañaban sus palabras.

Todas esas cosas habían generado en él una j dulce familiaridad que había ido creciendo con el paso de las semanas. Pero le producían también una dulce tristeza

cuando cobraba conciencia de que tal vez pronto no serían más que un recuerdo esquivo que escaparía a su memoria cuanto más se esforzara por retenerlo.

Una semana atrás, quizá, la actuación de Felicity habría logrado engañarlo. Pero el tiempo y las confidencias que habían compartido desde el inicio de aquel viaje le habían ofrecido otra visión de ella. Lo que él había dicho acerca de su incapacidad para tener hijos le había dolido. Ahora, Felicity intentaba crear una cortina de humo para cubrir su retirada. No podía permitirle que se acercara de nuevo lo suficiente como para descargar otro golpe.

«¿He hecho mal diciéndote la verdad?», quería preguntarle Thorn.

Quizá otro hombre la hubiera reconfortado contestándole con una evasiva diplomática o con una mentira. Pero a él nunca se le había dado bien mentir. Además, Felicity le importaba demasiado como para ofrecerle otra cosa que no fuera la verdad.

Él quería tener hijos. No para utilizarlos como peones dinásticos, ni para que llevaran el nombre de la familia, sino para criarlos y amarlos. Para enriquecer su vida cotidiana con aquel milagro.

Como le había pasado con sus hermanas cuando eran pequeños, sólo que mejor. Porque esta vez él asumiría la responsabilidad desde el momento en que nacieran, e incluso antes, en lugar de verse cargado con ella por otros. Estaría preparado para educarlos y ofrecerles consejo cuando lo necesitaran, no preocupado intentando madurar.

Si fuera posible cambiar el dinero de Felicity por la oportunidad de tener hijos con ella, Thorn sabía que lo haría sin pensárselo siquiera. Pero, por desgracia, algunas cosas en la vida eran tan preciosas que no podían comprarse.

Y ésa era una de ellas.

—A mí me parece una historia muy divertida —la voz de Felicity lo sacó de su ensimismamiento—. Puede que la haya contado mal.

—En absoluto —Thorn intentó recordar de qué le había estado hablando—. Tienes un modo muy ingenioso de contar las cosas.

—Cualquiera lo diría, por la cara de pena que tienes —la expresión de su rostro y su tono ligero denotaban que estaba bromeando, pero había alrededor de sus ojos una tensión que sugería lo contrario.

Thorn se encogió de hombros.

—Yo no tengo tu talento para disimular mis verdaderos sentimientos, querida mía.

—¿Disimular? —sus ojos se agradaron mientras su sonrisa se volvía tensa—. No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Claro que la tienes —Thorn se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas—. Aunque quizá sea poco galante por mi parte mencionarlo. Yo no diría que estoy apenado, sino arrepentido, quizá.

—Ah, el arrepentimiento —Felicity se mordió un momento el labio inferior. Y durante ese instante su máscara se resquebrajó como la cáscara de un huevo y se desplomó—. ¿Quién no lo sufre?

—¿Te arrepientes tú de haber tomado como amante a un tipo aburrido y pobre que se resiste a alejarse de ti y que no sabe cuándo una aventura pasajera ha durado demasiado? —Thorn repitió sin tono de recriminación las palabras aceradas que ella le había lanzado la noche anterior como una curiosa oferta de paz.

Ella se esforzó por reparar su máscara. Pero tal vez la mirada suave y firme de Thorn la convenciera de que era absurdo, de que él ya la había visto desmoronarse.

—Jamás me arrepentiré de lo que hemos compartido, Thorn —Felicity posó su mano sobre la de él—. Pero sí me arrepiento de lo que te dije anoche. Y lamento muchísimo haberte dado la impresión de que ya no quiero estar contigo.

Su mano se cerró sobre la de él en una trémula caricia y Thorn comprendió, llevado por una intuición, que a ella le costaba tanto decir la verdad como a él decir una mentira.

—No te reprocharía que te arrepintieras de haberte enredado con una heredera caprichosa y mimada, demasiado egoísta para ocuparse de los sentimientos de los demás.

—Egoísta, no —Thorn sacudió la cabeza—. Con necesidad de protegerse, quizá.

—¿Eso crees? —ella le lanzó una mirada blanda y vulnerable, y Thorn sintió de pronto el deseo de estrecharla en sus brazos—. Supongo que es posible. Desde que tengo uso de razón he sentido la necesidad de protegerme —su voz se convirtió en un susurro, como si lo que decía la asustara—. A menudo de las personas más próximas a mí.

—De mí no tienes que protegerte, Felicity.

Ella se apartó bruscamente y dejó escapar una breve risa que a Thorn le recordó al viento del invierno entre las ramas de los árboles cargadas de carámbanos de hielo.

—De ti más que de nadie, Thorn Greenwood. Tú me entiendes demasiado bien, así que me es más difícil defenderme de ti, e insistes en hacer que te tenga más afecto cada día que pasa.

Thorn no lo había creído nunca con la certidumbre que en ese momento echó raíces en su corazón. Aquella certeza lo hizo tambalearse y lo dejó si habla.

—No me arrepiento del tiempo que hemos pasado juntos —dijo Felicity como si aquellas palabras la llenaran de gozo y la aterrorizaran a un tiempo—. Pero temo llegar a lamentarlo si no tengo cuidado.

Antes de que Thorn pudiera decir nada, el carruaje aminoró la marcha y giró bruscamente hacia la derecha.

—Debe de ser la carretera de Trentwell —Felicity adoptó de nuevo con evidente esfuerzo las encantadoras maneras de lady Lyte—. Creo que dentro de media hora estaremos allí —miró por la ventanilla, quizá para distraerse o para reponerse—. ¿Ves ese bosque? Forma parte de Cannock Chase. Percy solía ir a cazar allí.

Thorn miró distraídamente en dirección al extenso bosque. Intentó recordar un comentario que Weston St. Just le había hecho poco tiempo después de presentarle a Felicity. Algo acerca de que su marido se había matado mientras montaba a caballo o cazaba. ¿Habría muerto Percy allí, en Cannock Chase?

—Estoy deseando dormir en mi cama esta noche —Felicity se estiró y bostezó—. Y disfrutar de las comodidades de una casa bien administrada.

—Sí, por supuesto —Thorn no se hacía ilusiones: sabía que ni la cama más lujosa del reino podría ofrecerle las horas de paz que había disfrutado la noche anterior en aquella pequeña posada a las afueras de Gloucester.

A menos que pudiera estrechar de nuevo a Felicity en sus brazos…, lo cual no parecía probable.

—Tu hermana y tú podéis quedaros un par de días antes de regresar a Bath —Felicity no apartaba los ojos de Cannock Chase—. Y puedes elegir el carruaje que quieras de la cochera para el viaje de vuelta.

Quería librarse de él, y cuanto antes mejor. Thorn procuró recordar lo que Felicity le había dicho hacía apenas unos momentos: que necesitaba protegerse del creciente afecto que sentía por él.

Hallándose frente a aquella mujer bella y distante que hablaba con tanto desparpajo de su inminente separación, le costaba menos creer que, sencillamente, Felicity se había cansado de su compañía.

—¿Tu sobrino y tú también vais a regresar a Bath? —preguntó—. Nos ahorraríamos molestias si viajáramos juntos.

Felicity arrugó la nariz en un gesto de fastidio.

—Me temo que resultaría muy violento. Además, la temporada está a punto de acabar. Creo que me quedaré en Trentwell.

Estaba claro que no quería correr el riesgo de tropezarse con él en Sydney Gardens o en los salones de la Upper Assembly durante las semanas siguientes.

Thorn hizo un esfuerzo por disimular su desaliento.

—En ese caso, si encontramos a Ivy y a tu sobrino en Trentwell, creo que lo mejor para todos será que nos marchemos de inmediato. Seguramente podríamos estar en Wolverhampton al anochecer.

¿Eran imaginaciones suyas, o Felicity se había puesto pálida de repente?

Thorn se sintió impelido a explicarse.

—Teniendo en cuenta cómo nos han dado esquinazo una y otra vez, no me extrañaría que escaparan de Trentwell en plena noche, si Ivy y yo nos quedamos.

—Comprendo.

—Gracias por ofrecernos un carruaje —en realidad, le ponía enfermo verse obligado a aceptar sus muestras de caridad—. Pero preferiría alquilar el coche que han traído Ivy y Oliver. Puede que nosotros tampoco regresemos a Bath, sino que volvamos directamente a Lathbury, a casa. Será mejor que Ivy esté bajo la mirada

atenta de Rosemary, y hay menos probabilidades de que en Bath se desaten las habladurías si no vuelve allí. Ojos que no ven, corazón que no siente, y todo eso.

—Muy sensato por tu parte —la expresión de Felicity se suavizó—. Como siempre.

A pesar de que sabía que lo había dicho amablemente, Thorn dio un respingo. Deseaba en parte dejar a un lado su prudencia, su respetabilidad y todas esas tediosas virtudes. Pero ¿se atrevía a correr el riesgo de convertirse en un hombre parecido a su padre?

Eso jamás.

—No es muy sensato hablar como si hubiéramos encontrado ya a Ivy y Oliver en Trentwell —Thorn sabía que parecía severo y pedante, pero no le importaba—. Deberíamos pensar qué haremos si no han llegado o si han estado allí y se han ido ya.

En el fondo de su corazón floreció una leve esperanza. Si Felicity y él se veían obligados a proseguir su viaje, quizá todos los obstáculos que se interponían entre ellos fueran desapareciendo como por ensalmo con cada milla que recorrieran en su camino hacia el norte.

—Eso no es posible —las palabras de Felicity repitieron como un eco el amargo veredicto de la propia razón de Thorn. Entonces se dio cuenta de que estaba hablando de Oliver e Ivy—. Tienen que estar allí. Oliver no pasaría tan cerca de Trentwell sin pararse. Supongo que estarán tan deseosos como nosotros de descansar y comer como es debido. Más incluso, si han estado viajando de noche y alojándose en posadas de mala muerte.

—Espero que tengas razón —mintió Thorn.

A pesar de los contratiempos, las molestias y el ajetreo de los tres días anteriores, prefería afrontar más días como aquéllos a decirle adiós a Felicity y salir de su vida para siempre.

Oliver Armitage era un muchacho inteligente. Si sospechaba que los estaban persiguiendo, como sin duda debía sospecharlo, la casa solariega de su tía sería el último lugar donde se arriesgara a parar.

Eso se decía Thorn cuando vislumbró a lo lejos la majestuosa mansión de piedra gris, rodeada de inmensos robles. El carruaje aminoró la marcha y tomó una larga y amplia avenida bordeada a ambos lados por hileras de olmos semejantes a centinelas.

Con razón sir Percy Lyte había tenido que casarse con una de las más ricas herederas del país para mantener en buen estado aquella casa, pensó Thorn mientras contemplaba los jardines, perfectamente cuidados, y la fuente de mármol de la glorieta de entrada.

Al detenerse suavemente el carruaje ante el pórtico de ocho columnas de la casa, se dio cuenta de que estaba boquiabierto.

Cerró la boca con tal fuerza que le rechinaron los dientes.

Un lacayo de mediana edad, provisto de peluca y librea, abrió la puerta del carruaje.

—Lady Lyte, qué agradable sorpresa, señora.

—Gracias, Dunstan —Felicity despachó el saludo del criado agitando grácilmente una mano enguantada—. Dígame, ¿ha visto a mi sobrino por aquí?

«¡No, no, no!». Aquella palabra redoblaba con insistencia dentro del cráneo de Thorn. Seguía aferrándose a la ridícula ilusión de que unos días más en compañía de Felicity cambiarían las cosas.

—¿Al señorito Oliver? —preguntó el lacayo con una alegría que sonó a oídos de Thorn como el aldabonazo que anunciaba la muerte de sus necias esperanzas—. Llegó esta misma mañana con una joven, señora. Creo que están dando un paseo por el jardín con el señorito Rupert.

—Excelente —contestó Felicity mientras el lacayo la ayudaba a bajar del carruaje—. Estábamos deseando alcanzarlos.

La leve crispación de su voz desmentía el aparente desenfado de su respuesta. O quizá sólo fueran imaginaciones de Thorn.

Sin esperar la ayuda de los sirvientes de lady Lyte, Thorn bajó del carruaje y se acercó a la hermosa fuente de mármol. Allí fingió observar los tres cisnes tallados en piedra cuyos picos vertían gráciles arcos de agua.

A diferencia de Felicity, él necesitaba algún tiempo para componer una máscara de alegre indiferencia tras la cual ocultar su desesperación.

Capítulo 13

Por un instante, las palabras del lacayo se resistieron a cobrar sentido para Felicity. Había abrigado la esperanza de encontrar allí a Oliver y a Ivy. Se había advertido repetidamente que debía distanciarse de Thorn Greenwood mientras aún pudiera hacerlo.

Pero, aun así, la noticia de que su sobrino y la hermana de Thorn estaban paseando por los jardines de Trentwell no le produjo ni la satisfacción ni el alivio que esperaba.

—Avíseme en cuanto el señorito Oliver y la señorita Greenwood regresen a casa, Dunstan. Y dígale al caballerizo que mi sobrino no debe sacar ningún caballo sin mi permiso.

—¿Ni siquiera los del coche de alquiler en el que llegó, señora?

—Sobre todo esos —Felicity miró a su alrededor buscando a Thorn y lo descubrió contemplando la fuente de los cisnes—. Quiero que se me avise si mi sobrino intenta hacer algo parecido.

—Muy bien, señora —Dunstan se alejó aprisa para transmitir sus órdenes.

—Lady Lyte, señora —dijo Ned desde el otro lado del carruaje—, ¿llevo dentro su equipaje?

Una agria réplica acudió a los labios de Felicity. Claro que debía llevar dentro su equipaje. Aunque no hubiera encontrado a Oliver en Trentwell, no partiría en su busca sin haber disfrutado al menos de dos buenas comidas y de una buena noche de sueño.

Antes de que ella pudiera contestar, el joven lacayo sofocó un bostezo.

Las palabras de Thorn resonaron en la cabeza de Felicity tan claramente como si estuviera a su lado, repitiéndoselas.

«El hecho de que sean tus criados no significa que no merezcan consideración».

Y, más tarde, hablando de Merritt Temple: «Su esposa pensó seguramente que tenía derecho a darle órdenes como si fuera un criado».

Felicity levantó la mirada y encontró a Ned aguardando pacientemente sus órdenes.

—Quisiera que llevara dentro mi maleta, gracias —dijo—. Después, el señor Hixon y usted pueden ir a la cocina y decirle a la cocinera que quiero que les prepare una cena opípara.

El cochero y el lacayo se miraron sonrientes.

—Muy bien, señora —contestaron a coro.

Felicity inclinó la cabeza, se alejó del carruaje y se acercó tranquilamente a la fuente.

—Son bonitos, ¿verdad? —mantenía los ojos fijos en los tres cisnes del centro de la fuente—. El bisabuelo de Percy hizo venir a un famoso escultor desde Italia para tallarlos.

—Están muy bien hechos, desde luego —dijo Thorn algo distraído, como si estuviera pensando en otra cosa.

El deseo de captar por entero su atención se apoderó de Felicity.

—El escultor tardó mucho tiempo en hacerlos —dijo forzando un tono alegre y animado, muy alejado de lo que sentía—. Se demoró tanto que el bisabuelo de Percy amenazó con no pagarle alegando que llevaba tanto tiempo viviendo a su costa que había igualado ya el monto de sus servicios. Al menos ésa es la historia que me contaron la primera vez que vine a Trentwell.

No pudo evitar mirar a Thorn para ver si le estaba prestando atención. Se animó al ver que él la miraba fijamente.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó él—. ¿Acabó el escultor su trabajo?

—Se fue a la mañana siguiente —dijo Felicity, deleitándose en el jugoso final de su relato—. Y la hija mayor del dueño de la casa se marchó con él.

—Vaya, vaya —Thorn hizo una mueca irónica—. Había oído que hay personas que pagan grandes sumas de dinero por obras de arte, pero una hija… Eso es un tesoro.

Felicity podía imaginárselo todo. La dama y su amante encontrándose clandestinamente en los jardines. Había docenas de lugares en los extensos terrenos de Trentwell que podían servir como escenario para encuentros románticos.

A pesar de sí misma, comenzó a imaginarse a Thorn y a sí misma haciendo el amor en alguno de esos lugares.

—Vamos dentro —su ansiedad por ahuyentar aquellas imágenes afiló su tono—. Podemos tomar un refrigerio mientras esperamos a que Oliver e Ivy regresen de su paseo por el jardín.

Nuevas imágenes asaltaron su cabeza. La tía-abuela de Percy retorciéndose las manos a medida que se acercaba el día de la partida de su amante. Quizás el escultor le había suplicado que se fuera con él. Qué dividida se habría sentido, teniendo que elegir entre abandonar a su familia y una vida de privilegios y abrazar un porvenir incierto, pero libre, con el extranjero del que se había enamorado.

—Bueno, lady Lyte, ¿entramos?

Felicity salió de su ensimismamiento y vio a Thorn varios pasos por delante de ella.

—Sí, claro —pasó a su lado a toda prisa en el mismo instante en que una gota de lluvia le caía en el cuello—. Será mejor que entremos antes de que empiece a llover.

Cruzaron la glorieta y subieron por la ancha escalinata de mármol hasta la entrada principal.

Felicity se quitó la capa y los guantes y se los dio al lacayo que esperaba en el espacioso recibidor oval.

—¿Quiere que mande a alguno de los jardineros en busca del señorito Oliver y de su acompañante, señora?

Felicity sabía que debía dar la orden. Pero se resistía a poner fin a sus últimos instantes a solas con Thorn.

—No hace falta armar tanto alboroto. Estoy segura de que regresarán en cuanto empiece a llover.

El lacayo asintió con la cabeza.

—¿Se le ofrece algo a la señora?

—Pues sí. Llévenos el té al señor Greenwood y a mí al salón Raja, por favor.

—¿El señor Greenwood? —murmuró el lacayo.

—Sí, el señor Greenwood es el hermano de la joven con la que ha venido mi sobrino —contestó Felicity en tono altanero—. Por cierto, dígale a la cocinera que se asegure de que la bandeja esté bien surtida. Estoy hambrienta y sospecho que el señor Greenwood también lo está.

Cuando el criado se retiró tras hacer una reverencia, Felicity se volvió hacia Thorn, que estaba mirando a su alrededor con asombro y cierto desaliento. Lo mismo había sentido ella al llegar por primera vez a Trentwell tras casarse con Percy.

Paseó la mirada entre la enorme escalera y un imponente retrato del primer lord Lyte que miraba con cara de pocos amigos a todo aquél que entraba en la casa.

—Impone un poco, ¿verdad?

—Y es enorme, además —Thorn tragó saliva—. Heartease siempre me había parecido una casa muy grande, pero casi parece la caseta del guarda de Trentwell. En cuanto a la pobre Barnhill, aquí cabrían media docena y todavía sobraría espacio.

—Ése parece un tamaño mucho más razonable —Felicity lo condujo hacia la galería sur—. No estoy segura de que alguien posea en realidad una casa de estas dimensiones. La casa los posee a ellos.

A ella, Trentwell no iba a poseerla por mucho más tiempo. En cuanto zanjaran aquel asunto con Oliver e Ivy, buscaría un comprador para aquella elegante monstruosidad y se compraría una casa bonita y acogedora en el campo para criar a su hijo. Una casa muy lejos de la de Thorn en el condado de Buckingham.

—¿Qué es eso del salón Raja? —preguntó Thorn mientras recorrían una larga galería acristalada en la que había colgados numerosos retratos de los Lyte.

Felicity se detuvo ante unas puertas abiertas.

—Esto es el salón Raja. El bisabuelo de Percy hizo su fortuna en la Compañía de las Indias Orientales. Más tarde se dedicó a importar toda clase de curiosidades de la India.

Por eso había decidido tomar el té allí. El salón en sí mismo ofrecía innumerables temas de conversación e impediría que se dieran entre ellos esos tensos silencios que pedían a gritos ser llenados con palabras que no estaba dispuesta a pronunciar.

Thorn le siguió la corriente y se puso a pasear por el exótico salón, haciendo preguntas amables e impersonales sobre las pieles de tigre que colgaban del respaldo del sillón de palisandro y acerca del esbelto armario de teca con elaborada taracea de ébano, que guardaba estatuillas de marfil representando elefantes y diosas de múltiples brazos.

—¿Y esa cesta del rincón? —preguntó por fin—. La trama del mimbre es muy intrincada, pero parece un objeto muy humilde comparado con todos estos tesoros.

—¡Ah, eso! —Felicity, que había empezado a relajarse, se echó a reír. Estaba tan enfrascada en la conversación que casi había olvidado que Thorn pronto saldría de su vida para siempre—. Dicen que el bisabuelo de Percy guardó ahí una serpiente durante años, hasta que mordió a uno de los criados que le daban de comer.

Thorn dio un paso atrás, con los ojos como platos.

—Para ser mucho más reciente que Barnhill, esta casa guarda un sinfín de historias pintorescas.

Antes de que Felicity pudiera relatarle alguna más, entró un lacayo llevando la bandeja del té. La depositó sobre una mesa baja formada por una losa redonda de mármol marrón que descansaba sobre cuatro patas de elefante hechas de terracota.

A Felicity se le hizo la boca agua al sentir el aroma reconfortante del té y el bizcocho.

A través de las puertas abiertas del salón, distinguió una ráfaga de movimiento en la galería sur. Parecía un joven que hubiera pasado a toda prisa.

Sin perder un instante, Felicity pasó junto al criado y llamó a la persona que pasaba por la galería.

—¡Oliver! Ven aquí de inmediato, por favor. El señor Greenwood y yo tenemos que hablar contigo.

El joven se paró en seco y giró sobre las punteras de sus botas de montar.

Felicity se quedó mirándolo un momento. No reconocía aquel rostro, que no pertenecía a su sobrino. Entonces se dio cuenta de que estaba herido. Tenía tres arañazos en la mejilla y una hinchazón en el otro lado de la cara, como si tuviera un flemón. El joven llevaba la mano doblada de un modo que sugería que también la tenía herida.

—¿Rupert Norbury?

Felicity nunca había visto tan desarrapado al más importuno de los hijos ilegítimos de su marido. Hijos cuyas madres decían que eran de Percy, puntualizó Felicity para sus adentros.

—¿Qué le ha pasado? ¿Y qué está haciendo en Trentwell? Se suponía que estaba en Irlanda.

Desde que, de niño, lo había sorprendido merodeando por la finca y se había dado cuenta de quién era, Felicity nunca había visto a Rupert Norbury tan vapuleado.

—Ah, lady Lyte, ¿qué la trae por el campo tan pronto? —su intento de hacerse el desentendido duró poco. La mirada fija de Felicity, que esperaba una respuesta, pareció acobardarlo—. ¿Qué qué me ha pasado? —hizo una mueca—. Ah, esto. Una diferencia de opiniones con un caballo.

Felicity sintió a Thorn a su espalda un momento antes de que él hablara.

—¿Tienen garras los caballos en Staffordshire? —preguntó con sorna—. Si es así, intentaré evitar los establos.

El joven frunció más aún el ceño.

—Me arañé con unas ramas mientras montaba —masculló, levantando la mano buena para taparse los arañazos de la mejilla.

Había estado haciendo de las suyas, como siempre. Felicity lo veía tan claramente como la roja hinchazón de su dedo índice. Peleándose con alguno de los mozos, quizá. O propasándose con alguna criada, más probablemente.

A pesar de las emociones contradictorias que le provocaba su situación, Felicity sabía que debía alegrarle el hecho de expulsar de Trentwell a aquel odioso cachorro de una vez por todas. Pero lo primero era lo primero…

—¿Ha visto a Oliver Armitage y a la joven que ha venido con él desde Bath?

El muchacho parecía ansioso por dejar de hablar de sus heridas.

—Pues sí. Oliver dijo que iba a enseñarle el viejo palomar y el jardín silvestre —señaló con la cabeza los altos ventanales de la galería y el extenso parque que se extendía más allá—. No creo que vuelvan antes de la cena.

Contra toda lógica, Felicity se animó. Se volvió a medias hacia Thorn.

—Oliver habrá pensado que hemos abandonado la búsqueda y regresado a Bath. Cuando regresen, será demasiado tarde para que Ivy y tú os pongáis en camino —Thorn contestó con un ruido gutural de sonido ambiguo—. No tienes que preocuparte, Ivy y Oliver no huirán esta noche —por el rabillo del ojo, Felicity vio que Rupert se escabullía—. Pondré guardias armados en las puertas de sus habitaciones, si es necesario. Te mereces al menos una buena noche de descanso antes de partir. Por la mañana podréis emprender el camino.

Ella también emprendería un nuevo camino por la mañana. Pero, por más que intentaba hacer acopio de entusiasmo, no lo conseguía.

Mientras veía alejarse al vapuleado muchacho por la galería, Thorn intentó sofocar la oleada de emoción que iba cobrando fuerza dentro de él y amenazaba con entrar en erupción si no le daba alguna salida.

—¿Quién es ese mequetrefe? —preguntó, temiendo a medias la respuesta que iba a recibir—. ¿Y por qué anda por aquí como por su casa?

Thorn percibió con desagrado una nota de celos en su propia voz.

Felicity se volvió hacia él. Sus ojos refulgían como relámpagos de verano.

—¿Con qué derecho me interroga en tono tan perentorio, señor?

Con ninguno en absoluto, se dijo Thorn. Ése era el problema.

Por el rabillo del ojo vio que el joven lacayo que les había llevado la bandeja del té salía discretamente del salón y se alejaba por la galería.

Thorn bajó la voz.

—Con el mismo derecho con el que te seguí desde Bath. El derecho que me da lo que siento por ti.

La expresión de Felicity se suavizó, y por un instante Thorn temió que se echara a llorar. Si eso ocurría, tal vez él completara su humillación haciendo lo mismo.

Se aferró a su enojo como a un salvavidas. ¿Qué le importaba hacer enfadar a Felicity? Ella lo había rechazado ya una vez, y pronto saldría de su vida para siempre.

Punzando el aire con el dedo índice, señaló hacia el lugar por donde se había alejado el joven.

—Un cachorro como ése sólo te traerá problemas.

—¡Serás hipócrita! —Felicity pasó a su lado y volvió a entrar en el salón.

Él la siguió y cerró la puerta. El extraño salón, con sus cortinajes de color escarlata y sus estatuas de pechos desnudos, no contribuyó a aplacar su ira.

Felicity se detuvo junto a la chimenea. Tenía una expresión fiera, aunque al mismo tiempo extrañamente vulnerable. Y estaba tan hermosa que Thorn sufrió de nuevo al imaginársela en brazos de otro hombre.

—¿Cómo te atreves a cuestionar con quién me relaciono —parecía dispuesta a arrojarle una de las figurillas que adornaban la repisa de la chimenea—, cuando estás dispuesto a casarte con una virgen de buena familia y mejillas sonrosadas con la que engendrar niños que hereden tu inexistente fortuna?

—¿Y qué quieres que haga? —Thorn se acercó a ella, pero Felicity no se movió—. ¿Renunciar a la posibilidad de ser feliz y pasar el resto de mi vida sufriendo por ti? Soy un tipo práctico y nada romántico, Felicity. Ya lo sabes. Toda mi vida he intentado sacar el mayor provecho de las cartas que me repartió el destino, y volveré a hacerlo.

Le escocía la conciencia, sin embargo, cuando se imaginaba a su pobre esposa y a sus hijos, que arrastrarían el injusto lastre de consolar a su padre por la gran desilusión que le había deparado su suerte.

Quizás fuera hora de dejar a un lado la resignación y la prudencia. Hora de jugarse el corazón y el orgullo y de luchar ferozmente por sus deseos.

Felicity levantó la mirada hacia él; la armadura de su indignación se había resquebrajado.

—Haces que parezca tan… triste.

Thorn cayó de rodillas al oír aquella palabra.

—La vida sin ti será triste, Felicity. Ahora que he visto Trentwell, comprendo por qué nunca podrás confiar en que un hombre te valore únicamente por tus encantos, por considerables que sean.

Ella contestó con una desganada inclinación de cabeza que hizo que Thorn la deseara más que nunca. Al principio, Felicity lo había fascinado con su ingenio, su ímpetu y su aplomo.

Pero, ahora que conocía las dudas y la vulnerabilidad que ella tanto se esforzaba por ocultar, su fascinación no había disminuido; por el contrario, se había templado y hecho más profunda. Amaba sus imperfecciones, pues cada una de ellas la hacían más accesible a él.

Felicity no protestó cuando la tomó de las manos. Tenía los dedos húmedos y fríos.

Thorn se quedó sin habla un instante, pero por fin logró decir:

—Sin duda resulta aún más difícil de creer viniendo de un hombre en mi situación, pero es la verdad. Tú me importas, Felicity. No quiero tu casa. Ni tu dinero —le besó la mano—. Sólo quiero tus caricias. Tu voz. Tu sonrisa.

Las comisuras de la boca de Felicity se curvaron hacia arriba, pero sus ojos no se iluminaron en una auténtica sonrisa.

—Mi querido Thorn —murmuró—, sé que no te importa nada mi dinero. Nunca lo he dudado.

Un arrebato inesperado de esperanza impulsó a Thorn a levantarse de nuevo y a buscar su boca para borrar con un beso la leve sonrisa melancólica de Felicity.

Sintió batallar dentro de ella la reticencia y el deseo mientras sus labios se fundían en los suyos, se helaban un instante y volvían luego a fundirse. Envalentonado por la declaración de Felicity, Thorn le lamió el labio inferior como a ella le gustaba. Tras un instante final de vacilación, ella le devolvió el beso con desesperado fervor, como si quisiera devorarlo. La sangre atravesaba rugiendo las venas de Thorn en un ritmo vertiginoso y febril.

Aunque habían hecho el amor dos veces la noche anterior, deseaba a Felicity como si llevaran largo tiempo separados. De no haber sido porque alguien podía sorprenderlos, la habría tumbado sobre una de las pieles de tigre del suelo del salón y la habría seducido allí mismo.

—Por favor, compórtate con sensatez, Thorn —ella apartó la cara y se retiró sin mucha convicción—. No compliques más las cosas. Y no finjas que mi fortuna es lo único que se interpone entre nosotros.

Privado de sus labios, Thorn comenzó a depositar leves besos sobre su cuello.

—Estoy harto de ser sensato —musitó mientras le besaba la oreja—. Quiero que nos sea tan difícil separarnos que seamos capaces de hacer cualquier cosa para seguir juntos. No me importa qué se interponga entre nosotros. No soporto la idea de que haya otro hombre en tu vida. Ni soporto pensar en mi vida sin ti.

Felicity se apartó de él el espacio justo para que sus miradas se encontraran.

En sus ojos brillaban mil primaveras. Sin embargo, Thorn sentía algo más. El embeleso de una niña contemplando una hermosa pero frágil pompa de jabón mecida por la brisa.

Al fin ella se atrevió a romper aquel instante diciendo:

—El joven con el que me has visto hablando en la galería no es quien crees.

Thorn luchó por conservar la compostura.

—¿Quién es, entonces?

Una sombra de dolor ensombreció los rasgos de Felicity.

—La madre de Rupert Norbury era una de las muchas amantes de mi marido.

Thorn se quedó de una pieza.

Recordó que una vez Felicity le había hablado con despreocupación de los hijos ilegítimos de su difunto marido. Pero ver a uno de ellos y percibir el leve eco de la angustia que Felicity había sufrido por su culpa era bien distinto.

—¿Le… le permites vivir aquí?

Felicity asintió con la cabeza desganadamente.

—El señor Norbury parece creer que tiene más derechos sobre Trentwell que yo misma.

—¡Qué desvergüenza! —exclamó Thorn, indignado—. Ese jovenzuelo es una ofensa contra ti.

—Éste es el único hogar que conoce desde hace muchos años. No he tenido valor para privarlo de él —dijo Felicity como si confesara un vicio—. Bajo mi aparente sofisticación, soy una sentimental.

—Le advierto, madame —Thorn le dio un golpecito con el dedo en la nariz—, que no pienso consentir que se ofenda a la mujer que amo.

—La mujer que amas —Felicity paladeó aquellas palabras, y pareció que su sabor le resultaba muy dulce—. Es sin duda una criatura afortunada.

—Ni la mitad de afortunada que yo, si ella me correspondiera.

—Pues ella teme corresponderle, señor Greenwood —un suave suspiro escapó de los exquisitos labios de Felicity—. Pero teme además muchas otras cosas. Puede que no te interese su dinero, pero habría quien diría lo contrario. ¿Puede un hombre honorable como tú soportar el saberse objeto de habladurías? —Thorn dio un respingo sin poder evitarlo—. ¿Lo ves? —Felicity le acarició la mejilla—. Yo sentiría lo mismo si las malas lenguas comenzaran a decir que la rica heredera se ha comprado otro marido.

Thorn sacudió la cabeza enérgicamente.

—Nadie con un poco de sentido común creería que una mujer de tu belleza y encanto necesita comprarse un marido.

El dulce comienzo de una sonrisa sincera iluminó el rostro de Felicity con un suave resplandor rosado.

—Y nadie en su sano juicio te creería capaz de semejante deshonor.

—En ese caso —repuso Thorn—, ¿qué nos importa lo que digan los necios?

Se acercó para besarla, pero Felicity se apartó.

—Está todavía la cuestión de los hijos, querido mío. No finjas que puedes olvidarte de eso tan fácilmente.

—No, no puedo —Thorn no había sopesado conscientemente su decisión, pero el problema había ido madurando en su corazón. Ahora sabía qué debía hacer—. No niego que quiero tener hijos. Creo que sería un buen padre. Sin embargo, comparado con la idea de perderte para siempre… creo que hasta eso importa poco.

Felicity se quedó mirándolo fijamente. Parpadeaba con fuerza para que no se le empañaran los ojos.

—¿Qué… qué estás diciendo, Thorn?

¿Qué más podía decir?

—Sé que ésas no son las únicas cosas que se interponen entre nosotros. Pero, si sopesamos cada una, como he hecho yo, creo que la balanza seguirá inclinándose a nuestro favor —hincó una rodilla en el suelo—. No permitas que nos separemos, Felicity. Por favor, di que te casarás conmigo.

Mientras el silencio se extendía entre ellos, Thorn vio cómo el cariño y la fe batallaban con la duda y la desconfianza por la posesión del corazón de Felicity.

¿Por qué había hablado con tan poco arte? ¿Qué mujer que se respetara a sí misma aceptaría una proposición semejante, y más aún una mujer que tenía razones para dudar de cualquier oferta de matrimonio?

En ese momento, Thorn habría dado cualquier cosa por poseer la labia de Weston St. Just, aunque fuera sólo durante cinco minutos; el tiempo justo de formular la pregunta más importante de su vida con persuasiva elocuencia.

Mientras intentaba en vano fortalecer su espíritu ante la posibilidad de que ella lo rechazara, Felicity le dio su respuesta.

La segunda palabra más bella de la lengua inglesa:

—Quizá.

Capítulo 14

Quizá.

El suave y seductor eco de su respuesta a la inesperada declaración de Thorn recorrió a Felicity, haciendo sonar una música embriagadora en su corazón, en su mente, a lo largo de sus venas.

Quizá Thorn la hubiera hechizado.

No pretendía darle falsas esperanzas. Pensaba contestar con un firme no. Pero sus palabras le habían sonado tan razonables, su voz tan sincera… El fulgor apasionado de su mirada y el tierno ardor de sus caricias habían obrado una extraña magia sobre ella. Una magia demasiado poderosa para resistirse a ella.

De no haber logrado sobreponerse a base de fuerza de voluntad en el último momento, la respuesta habría sido sí.

El semblante de Thorn bastaba para impedir que aplastara sus esperanzas.

—Me contentaré con un quizá —dijo él suavemente mientras intentaba esbozar una sonrisa, como si temiera que cualquier signo de avidez la paciera cambiar de idea. Sin embargo, no pudo evitar añadir—. Por ahora.

Felicity sabía que, si le daba pie, la besaría. Pero, una vez empezara, ella no tendría fuerzas Dará detenerlo.

—¡El té! —exclamó de pronto—. Deberíamos tornarlo antes de que se enfríe.

Thorn miró la bandeja.

—No hemos comido muy bien desde que salimos de Bath, ¿verdad?

—Sí, y debemos ponerle remedio a eso —Felicity lo llevó hacia el sofá.

El ritual de servir el té quizá le ofreciera la oportunidad de recobrar la compostura. Sería inútil hablar de asuntos serios mientras comían bizcocho y bebían té, cuando a un comentario cargado de significado podía responderse ofreciendo un trozo de tarta o preguntando cuántos terrones de azúcar quería Thorn.

Felicity echó mano de la tetera como si fuera un salvavidas y ella estuviera perdida en medio de un mar tempestuoso.

Le tembló un poco la mano al servir el líquido caliente y ambarino.

—¿Leche o limón?

—Antes sólo tomaba leche —dijo Thorn con ana intensidad poco acorde con un comentario tan prosaico.

La curiosidad impulsó a Felicity a levantar la mirada de la bandeja del té y a sostener la mirada irresistible que Thorn había fijado en ella. Estaba hablando de algo más que del té…

—Últimamente, sin embargo, la acidez del limón resulta mucho más de mi agrado.

Felicity sintió un cosquilleo peculiar en los hombros y el cuello.

—Limón —sintió erizarse la carne de su boca como si acabara de darle un mordisco a un limón. Utilizando unas pinzas de plata, puso una rodaja en el té de Thorn—. ¿Miel o azúcar? —preguntó—. Aquí, en Trentwell, tenemos nuestras propias abejas.

—¿Miel de Trentwell? —Thorn pareció saborear una gota en la lengua—. Suena irresistible.

Igual que cada una de las palabras que salían de su boca, se dijo Felicity al tiempo que ponía una medida de densa miel en su taza. Ya fuera hablando del té, deleitándola con historias sobre su familia o pidiéndole que le hiciera un hueco en su vida, Thorn Greenwood la seducía como no la había seducido ningún otro hombre.

Sus dedos se rozaron cuando él tomó la delicada taza que le ofrecía.

Qué ridículo, sentir un temblor por un roce casual, habiendo compartido con aquel hombre su cama durante semanas. Pero allí estaba, de todas formas, destruyendo su dominio de sí misma de un modo que al mismo tiempo la excitaba y le infundía temor.

Una extraña pero potente fantasía se agitó en su cabeza. En ella aparecían Thorn y ella sentados en aquella misma habitación, tomando el té, treinta años después, con una gran familia reunida a su alrededor. La clase de familia que Felicity nunca había conocido pero que había anhelado toda su vida.

No hacía falta mucha imaginación para representarse el pelo encanecido de Thorn, algo escaso en la coronilla. Ni las profundas arrugas que rodearían sus ojos cuando sonriera. Se imaginó a sí misma algo más robusta, y con tantas arrugas y canas como su marido.

Dos cosas no cambiaban en aquel melancólico vislumbre del futuro. Una era el fulgor de afecto de los ojos de Thorn, y la otra la chispa de deseo que saltaba dentro de ella cada vez que se tocaban.

¿Acaso no merecía la pena afrontar los obstáculos que les salieran al paso a cambio de la promesa de un futuro semejante? Como la miel de Trentwell, era una idea tan dulce que resultaba irresistible.

—Come —levantó un plato repleto de emparedados—. Luego te llevaré a dar un paseo por la casa. Así podremos hablar de lo que vamos a decirles a Oliver y a tu hermana cuando regresen.

¿Qué le diría a su sobrino?, se preguntaba Felicity. ¿Podía aconsejarle honestamente que se resistiera al poderoso influjo del amor, cuando ella misma estaba a punto de rendir su corazón?

Thorn señaló con la cabeza la ventana, cuyo cristal golpeaban gruesas gotas de lluvia arrastradas por un áspero viento del suroeste.

—Supongo que lo primero que les diremos será: «id a quitaros esa ropa mojada» —miró a Felicity—. Esperaba que volvieran antes de que empezara a llover. ¿No deberíamos haber mandado a alguien a buscarlos?

Los pensamientos de Felicity ya se habían vuelto en esa dirección. Antes de que Thorn acabara de hablar, tiró del cordón de la campanilla para llamar a un lacayo.

Si Oliver e Ivy le parecían lo bastante contritos y enamorados, resolvió Felicity, quizás intercediera en su favor. Si Thorn consentía que tuvieran un noviazgo como era debido, lejos de las habladurías de Bath, tal vez los jóvenes enamorados pudieran casarse unos meses después en presencia de su familia.

¿Una doble boda, quizá?

Iba a pasar un mal rato cuando tuviera que mostrarse enojado para reprender a su díscola hermana y su enamorado, pensó Thorn un rato después, mientras Felicity le enseñaba la enorme mansión.

De no haber tenido que salir en persecución de la joven pareja, Felicity y él estarían llevando vidas separadas en Bath. Él, con el corazón roto, intentando sin éxito olvidarla, convencido erróneamente de que a ella le importaba un comino.

En un elegante salón, vio su imagen reflejada en un espejo con un marco de filigrana dorada. Apenas reconoció al tipo que lo miraba con una sonrisa bobalicona en la cara.

—No me diga que se está volviendo vanidoso, señor Greenwood —el rostro de Felicity apareció en el espejo, junto al suyo.

Por un instante, Thorn se quedó mirando su reflejo, maravillado. Felicity le lanzó una sonrisa coqueta.

—Parece salido de un cuento de hadas, ¿verdad? —señaló con la cabeza el recargado espejo—. ¿Crees que, si le preguntamos quién es la más bella del reino, no los dirá?

Thorn la rodeó con sus brazos y le dio un beso en el cuello.

—Ya me está mostrando a la más bella.

—Podría acusarte de adulador —Felicity inclinó la cabeza y frotó la mejilla contra su pelo—. Pero me parece que nunca has exagerado la verdad.

—Ni lo hago ahora —se habría sentido perfectamente satisfecho si hubiera podido quedarse allí horas enteras, saciando sus sentidos con la visión, el tacto, el olor, la voz y el sabor de Felicity. En un estado de completa… felicidad.

—¿No había otro espejo mágico? —dijo Felicity, apoyando su mano sobre la mejilla de Thorn—. ¿Uno que te mostraba el deseo más profundo de tu corazón?

—Un objeto notable, este espejo tuyo —Thorn fijó la mirada en el espejo y contempló en él el deseo más profundo de su corazón: ellos dos, juntos—. Cumple las dos cosas.

Mejor aún, pensó, porque aquello no era una ilusión.

—¿Quieres ver la biblioteca? —preguntó Felicity en un tono agudo y jadeante que sacó a Thorn de su embeleso.

Él acercó la boca a su oído mientras seguía contemplando el rostro de Felicity en el espejo.

—¿Hay algún modo de que te convenza de que me enseñes los dormitorios? —susurró—. En una casa tan espléndida, han de ser dignos de verse.

Un delicioso sonrojo se elevó desde el pecho de Felicity, creciendo en intensidad a medida que subía hasta su frente.

—Señor Greenwood, veo que he ejercido una pésima influencia sobre usted.

—¿Y lo lamentas?

El brillo lujurioso de los ojos de ella se mofó de su absurda pregunta.

—En lo más mínimo. Nada me gusta más que una pizca de malicia en un hombre respetable. Sólo espero que no te arrepientas.

—¡Jamás! —a Thorn le gustaba verse a sí mismo reflejado en el espejo, tras ella, con una ceja levantada y una expresión malévola. Por primera vez en su vida, sus rasgos anodinos le parecían casi atractivos—. Ahora, en cuanto a ese recorrido por las habitaciones…

Antes de que Felicity pudiera contestar, el ruido de unos pasos apresurados los sobresaltó, haciéndoles separarse.

—Disculpe la intrusión, señora —el lacayo, que estaba empapado, se quedó parado en la puerta como si temiera llenar de agua la tarima.

Felicity le indicó con un gesto que entrara.

—Supongo que tendrá algo que decir. ¿Han llegado el señorito Oliver y la señorita Greenwood?

El sirviente negó con la cabeza.

—No hay rastro de ellos en los jardines, señora. Hemos buscado por todas partes.

—¿Por todas partes? —preguntó Felicity—. ¿Está seguro? ¿Y en el palomar?

—Fue el primer sitio donde miramos, señora.

—¿Y en la gruta? ¿Y en la pagoda de lady Elizabeth?

El lacayo asintió con la cabeza.

—El señorito Oliver y la señorita no estaban allí, señora. Ni tampoco en la torre oeste. Ni en la granja.

—Pero deben estar en alguna parte. ¿Los ha visto volver alguien a la casa?

—A Dunstan le pareció verlos, señora. Les dije a las doncellas que echaran un vistazo en sus habitaciones cuando fueran a encender el fuego.

—¿Y…?

—No están allí, señora. Y sus bolsas de viaje han desaparecido.

Felicity estuvo a punto de soltar un improperio.

—Di órdenes de que el señorito Oliver no sacara ningún caballo.

—Y no lo ha sacado, señora —le aseguró el lacayo—. Nadie en los establos los ha visto por allí. Sólo han visto al señorito Rupert. Se llevó un coche al pueblo hace un rato.

A Thorn no le gustó cómo sonaba aquello.

—No hace una tarde muy agradable para dar un paseo a caballo. ¿Crees que Norbury habrá ayudado a Oliver y a Ivy a darnos esquinazo otra vez?

Felicity sopesó la pregunta y luego sacudió la cabeza.

—No veo por qué. Oliver y él nunca se han llevado bien.

—Está claro que ese muchacho mintió sobre sus heridas —Thorn se maldijo por no haber llegado al fondo de aquel asunto en su debido momento—. Puede que tuvieran algo que ver con esto.

—Puede —Felicity se mordió el labio inferior y frunció el ceño. Tras pensar un momento. Se volvió hacia el lacayo, que seguía esperando sus órdenes—. Vaya a preguntar en el pueblo. Averigüe si alguien ha visto al señorito Oliver y a la señorita Greenwood y vuelva a informar de inmediato. Si los encuentra, haga lo posible por entretenerlos mientras manda recado aquí.

—Muy bien, señora —el lacayo se marchó.

Thorn abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera decir nada Felicity llamó al joven.

—Póngase ropa seca antes de marcharse.

El muchacho miró hacia atrás y asintió con la cabeza, algo azorado, antes de proseguir su camino.

Felicity hizo una mueca irónica mientras tomaba a Thorn de la mano.

—Si no me ando cuidado, pronto harás que mime a todos mis criados.

—Parece que estamos influyendo el uno obre el otro.

—Puede que sí —su mirada burlona se tornó seria—. Pero no esperes que cambie del todo, querido mío. En el fondo soy una criatura egoísta, y pienso seguir siéndolo.

A Thorn se le pasó por la cabeza recordarle que había cierta diferencia entre ser egoísta y ser bruta, pero decidió no hacerlo. Recordaba lo mucho que se había enfadado ella la última vez que había opinado sobre su carácter.

Le bastaba con reconocer aquella diferencia y actuar en consecuencia. Una vez Felicity comprendiera que podía fiarse de él en todo momento, bajaría la guardia. Y entonces se convertiría en esa mujer cálida y tierna que tan a menudo había vislumbrado tras sus barreras defensivas.

Se encogió de hombros.

—Tampoco creas tú que puedes convertirme en un canalla encantador.

—¿Y por qué iba a querer cometer semejante disparate?

Aunque hablaba en tono burlón, su voz tenía un dulce timbre de sinceridad. El afecto que traslucía su mirada hizo que Thorn se sintiera como si hubiera crecido varios centímetros de golpe.

¿Podría ser que, a su modesta manera, fuera el compañero perfecto para ella?

Thorn y Felicity habían terminado el segundo plato de su cena cuando el lacayo regresó del pueblo. Su expresión hizo comprender a Felicity que no traía buenas noticias.

—Suéltelo ya, hombre. Se han ido, ¿verdad? —la irritación afilaba su voz. Había esperado con anhelo poder pasar un agradable interludio con Thorn en Trentwell, una vez hubieran encontrado a Oliver e Ivy.

El lacayo asintió con desgana.

—Han estado en la posada del Zorro y el Cuervo, señora. Llegué una hora después de que se marcharan. El posadero dice que llegaron a pie y que un rato después fue a recogerlos el señorito Rupert.

Thorn apuró de un trago su copa de vino.

—¿Sabía el posadero qué camino tomaron?

—No, señor. Pensó que el señorito Rupert iba a traerlos de vuelta a Trentwell.

Felicity susurró:

—Ese pequeño sinvergüenza, siempre llevándome la contraria.

—¿Perdón, señora?

Ella le hizo un gesto con la mano.

—Eso es todo, gracias —cuando el lacayo se retiró, Felicity se volvió hacia Thorn—. Son más escurridizos que un par de peces. Debí mandar a los sirvientes a buscarlos en cuanto llegamos. No se me ocurrió que pudieran escabullirse al pueblo a pie y no quería… —al ver que dudaba, Thorn le lanzó una mirada inquisitiva. Felicity se quedó mirando su regazo mientras doblaba y desdoblaba la servilleta—. No quería separarme de ti tan pronto.

Cuando por fin reunió valor para mirar a Thorn a la cara, vio que el placer y la pesadumbre rivalizaban por dominar su semblante.

—Ya somos dos. Yo podría haber recorrido el jardín buscando a Ivy en cuanto supe que estaban aquí. Debí hacerlo, obviamente.

Si, en años venideros, Ivy llegaba a arrepentirse de haberse fugado con Oliver Armitage, Thorn se sentiría responsable porque había seguido sus propias inclinaciones en lugar de cumplir su deber de hermano. A Felicity no le cabía duda alguna de ello.

—¿Qué hacemos ahora? —ella le hizo una seña a la doncella para que retirara los platos.

Thorn refrenó su lengua hasta que la doncella cambió sus platos vacíos por un nuevo manjar y se retiró.

—¿Qué otra cosa podemos hacer, sino retomar la persecución? Puede que las cosas entre tú y yo hayan cambiado, pero esta fuga sigue siendo un disparate.

Tenía razón, por supuesto, pensó Felicity mientras se comía su filete de rodaballo con renovado apetito. Aunque su misión había perdido para ella gran parte de su urgencia desde que casi había resuelto aceptar la proposición de Thorn.

Aun así, no debía desentenderse de la futura felicidad de su sobrino.

—Si prefieres quedarte aquí —dijo Thorn—, mientras yo sigo en su busca…

Su sugerencia tentó a Felicity.

Dormir en su propia cama. Comer los platos de su propia cocina. No estar encerrada en un bamboleante carruaje…

… con Thorn.

Por alguna razón, esa idea hacía que todas las molestias parecieran agradables.

Además, si se quedaba en Trentwell, aquella casa llena de recuerdos amargos, quizá volviera a apoderarse de ella su habitual desconfianza. Quizá cayera presa de toda clase de dudas que no quería pararse a considerar.

—Prefiero ir contigo, si no te importa —antes de que Thorn pudiera contestar, apoyó una mano sobre la suya—. No porque no me fíe de ti. Es sólo que, a pesar de todos los contratiempos, he disfrutado mucho estos últimos días, contigo.

¿Acaso no merecía la pena conservar a su lado a un hombre capaz de hacer eso posible?

Thorn levantó las cejas, como si acabara de descubrir algo sorprendente.

—Yo también he disfrutado. Aunque haya estado a punto de ahogarme.

—Y a pesar de haber sufrido el asalto de un bandido —Felicity se estremeció. Apretó la mano de Thorn antes de soltarla—. Entonces, está decidido. Nos iremos juntos.

—Si insistes —dijo Thorn, que no parecía necesitar mucha persuasión—. Aunque te advierto que estoy harto de perder a Ivy y a Oliver sólo por unos minutos. Sugiero que partamos hacia Carlisle a toda prisa y los esperemos allí.

—¿Una emboscada? —Felicity saboreó la idea—. Sí. Les estaría bien empleado, después de las fatigas que nos han causado. Le diré al señor Hixon que esté preparado a primera hora de la mañana.

Thorn sacudió la cabeza vigorosamente.

—No deberíamos demorarnos. Sólo nos llevan un par de horas de ventaja. Nunca hemos estado tan cerca de ellos —se quedó pensando un momento—. Al menos, que nosotros sepamos. Creo que deberíamos partir en cuanto acabemos de cenar. ¿Podrán preparar un carruaje mientras tanto?

—Posiblemente —Felicity apoyó el tenedor en el borde de su plato—. Pero no es aconsejable. De veras, Thorn, hay veces en que no es tan terrible pensar en uno mismo.

—Pero, si no llegamos a Carlisle y les impedimos cruzar la frontera de Escocia, todos nuestros esfuerzos habrán sido en vano.

Por debajo de la mesa, ella pasó la puntera de su escarpín por su pierna.

—No del todo en vano, espero.

Thorn enrojeció.

Aunque sabía que no debía divertirse tanto provocándolo, Felicity no podía contenerse. Había algo extrañamente conmovedor en un hombre que podía sonrojarse.

—Admito que «en vano» ha sido una expresión desafortunada. Pero sabes lo que quiero decir, Felicity. A menos que estemos dispuestos a hacer lo que sea necesario para detener esta fuga, quizá sea mejor que nos quedemos en Trentwell y nos divirtamos.

Ella bajó la barbilla y le lanzó una mirada malévola y tentadora por entre sus negras pestañas.

—No deberías tentarme de ese modo.

—Felicity… —dijo Thorn con fingida severidad acorde con su mirada.

Si finalmente se decidía a casarse con él, quizá Thorn intentara refrenar sus excesos ocasionales. Pero nunca con excesiva aspereza y siempre por su bien. Siempre honesto y abierto, nunca déspota y manipulador.

Para sorpresa de Felicity, aquella idea encendió en su pecho una sensación inefable. Una sensación tan poco familiar que al principio apenas la reconoció.

¿Sería… seguridad?

Capítulo 15

¿Estaba loco por jugarse su corazón y su futuro con una mujer tan apasionada y terca?, se preguntaba Thorn al día siguiente, mientras el carruaje de Felicity viajaba velozmente hacia el norte, pasando entre las aldeas que se amontonaban a lo largo de los abruptos límites de las landas de Yorkshire.

En contra de su sentido común, se había dejado persuadir por Felicity para pasar la noche en Trentwell antes de proseguir viaje. La muy descarada lo había convencido para quedarse con la velada promesa de hacer el amor en una de las enormes camas de Trentwell. Durante los escasos minutos que ella había tardado en recorrer la galería y llegar hasta su cuarto, sin embargo, Thorn se había quedado tan profundamente dormido que Felicity no había sido capaz de excitarlo con sus caricias.

Lo cual le resultaba inconcebible.

Sin embargo, algo se había filtrado en su espíritu aletargado; su olor, quizá, o el calor de su cuerpo. Esa dulce conciencia de su presencia había mecido y alegrado sus sueños, procurándole el sueño más apacible y reparador que recordaba desde hacía mucho tiempo.

Evidentemente, para ella no lo había sido tanto. Esa mañana, mientras se alejaban de Trentwell y a pesar de que apenas había luz, Thorn había visto que tenía ojeras. Más tarde, cuando avanzaban velozmente por las verdes llanuras de Cheshire, la había visto más de una vez frotándose los ojos o ahogando un bostezo.

Al pasar por la neblinosa extensión de Manchester, Felicity había empezado a dar cabezadas sobre su brazo cada vez con mayor frecuencia y su conversación se había ido apagando poco a poco. Ahora reposaba de nuevo apoyada en él, serena y quieta.

El amor de Thorn, largamente reprimido, afloraba en su corazón al tiempo que las dudas lamían en tenues oleadas los bordes de su determinación. A pesar de lo mucho que lo deseaba, ¿podía un hombre como él tener esperanzas de hacer feliz a una mujer como Felicity? Y, si fracasaba, ¿no serían los dos profundamente infelices?

Thorn no soportaba responder a esas preguntas, de modo que se distrajo contemplando el paisaje. Entre tanto, deseaba que Felicity abriera los ojos, musitara su nombre y ahuyentara todas aquellas dudas, tanto las absurdas como las razonables.

Cielo santo, ¿qué era eso? Thorn se sobresaltó al notar que la mano de Felicity, que había estado apoyada, inerme, sobre su muslo, comenzaba a moverse, produciéndole un ardiente cosquilleo en la entrepierna.

Bajó la mirada hacia ella. Esperaba encontrarla mirándolo con una sonrisita altiva y los ojos rebosantes de lujuriosa malicia. Pero descubrió que seguía dormida, aunque sus ojos parecían moverse sin descanso tras sus párpados cerrados.

¿La habría sorprendido en medio de un sueño ardiente? ¿O se estaba fingiendo dormida para engañarlo?

Sospechando esto último, Thorn deslizó la mano entre la de ella y su propio muslo. Pero no sirvió de mucho. El dulce e insinuante movimiento de sus dedos le daba ganas de apartar todas las barreras que se interponían entre las manos de Felicity y su piel desnuda.

Intentó dominarse y posó la mano de Felicity sobre su propio regazo. Aunque ansiaba en parte posar allí los dedos y darle a Felicity su propia medicina, logró resistirse.

En un esfuerzo por sofocar las llamas de deseo que lo atormentaban, intentó concentrarse en los asuntos más tediosos que podía imaginar: sumar columnas de números, descifrar la diminuta letra de los documentos jurídicos, escuchar absurdos y repetitivos chismorreos en los salones de Bath.

Podía imaginarse lo que dirían las malas lenguas si lo sucedido entre ellos llegaba a oídos de ciertas personas. Por más que intentaba despachar aquellos desvelos con el desdén que merecían, no lo lograba del todo. La vergüenza se iba filtrando en su espíritu, fría y pegajosa.

¿Qué tenía él, a fin de cuentas, aparte de una reputación sin tacha? No disponía de título, ni de riquezas. Debía preservar su buen nombre. No sólo por sí mismo, sino por el bien de su familia.

Sin embargo, cuando la mano de Felicity volvió a provocar su deseo, el decoro quedó en la cuneta como una maleta mal asegurada que cayera del carruaje. Se ladeó para besarla en los labios mientras con la mano buscaba a tientas el contacto de sus senos.

Felicity dejó escapar un gemido de sorpresa y abrió los ojos. Así que, después de todo, estaba dormida.

—Yo… no quería despertarte —¡qué tonto se sentía!—. Pero me has tocado y pensaba que quizás…

Felicity lo salvó de su azoramiento soltando una leve risa tan dulce y densa como una taza de chocolate.

—Por favor, no te disculpes, querido mío. Fuera lo que fuese lo que pensabas, te aseguro que cuenta con mi aprobación.

Entonces dejó a Thorn sin habla desabrochándole los botones del pantalón y deslizando la mano dentro para investigar el efecto que sus caricias habían surtido sobre él.

—Rara vez se despierta una de un sueño tan agradable —murmuró con una voz enronquecida que excitó a Thorn casi tanto como el tacto de su mano —y descubre que es real.

Una vez lo hubo excitado del todo, retiró la mano y se sentó sobre sus rodillas. Comenzó a desabrocharle los botones de la camisa mientras lo besaba con frenesí.

—No… no deberíamos seguir así —protestó él, recuperando por un instante el sentido común, a pesar de que al mismo tiempo seguía acariciando las tentadoras curvas de su cuerpo.

—¿Por qué no? —Felicity le desató el lazo de la corbata—. ¿Se te ocurre algún entretenimiento más divertido para pasar el rato hasta que lleguemos a Preston?

—No —no podía mentirle, ¿no?—. Pero ¿y si alguien nos ve?

—Debes estar de broma —Felicity respiraba agitadamente. Después de besar a Thorn hasta dejarlo sin aliento, murmuró—. Hay muy poca luz y el carruaje va tan deprisa que nadie verá lo que estamos haciendo.

—Pero los criados…

La risa aterciopelada con que ella respondió a sus palabras tenía una pizca de amargura.

—Te aseguro que, tras servir a mi marido tantos años, ninguno de ellos cometería la estupidez de detener el carruaje y abrir la puerta sin previo aviso.

Thorn recordó que todo su servicio había hecho la vista gorda en lo referente a su relación. Nunca se le había ocurrido pensar que quizá estuvieran acostumbrados a tales cosas.

Pero el decoro no era lo único que lo preocupaba.

—Esto es demasiado… No puedo soportarlo… —balbució.

¡Seguramente su cara refulgía en la oscuridad como una brasa roja!

—¿Eso es lo que te preocupa? —Felicity se echó a reír—. Descuida. No tengo la menor intención de que nos excitemos para luego quedarnos insatisfechos.

—Pero en un carruaje…

Ella lo silenció apoyando un dedo sobre sus labios.

—Creo que habrá que empezar a cultivar tu imaginación, amor mío.

Un instante después, Felicity se había subido la falda y se había montado a horcajadas sobre su regazo, apoyando el trasero desnudo, cálido y acogedor, sobre la abertura de sus pantalones. Aunque hubiera podido formular una protesta coherente, Thorn tenía la garganta tan constreñida que no habría conseguido articular palabra.

Ella enlazó los brazos alrededor de su cuello y comenzó a besarle la garganta. Con cada beso debilitaba la resistencia de Thorn. Cuando por fin alcanzó sus labios, él ya no podía pensar en nada, salvo en lo mucho que la deseaba.

No sólo entre sus brazos, sino en su vida.

Su resistencia se esfumó y deslizó una mano bajo las nalgas redondeadas de Felicity. Introdujo la otra entre sus piernas separadas mientras la besaba con un ardor refrenado a lo largo de toda una vida. Cuando la sintió temblar, dejó que ella le bajara los pantalones por las caderas. Felicity exhaló un suspiro trémulo cuando se hundió profundamente en ella.

Con cada zarandeo del coche, Thorn se estremecía en una oleada de placer.

Apoyó los pies en el asiento de enfrente y se abandonó a la carrera más salvaje de su vida.

Una carrera cuyo destino quedaba sólo a una parada del paraíso.

Su difunto esposo había sido un amante hábil y considerado. Felicity era la primera en reconocerlo.

Incluso cuando otras facetas de su matrimonio se habían agriado, durante las noches cada vez más raras en las que Percy acudía a su lecho, nunca habría podido llamarse a engaño creyendo que no la quería sólo por su dinero. En efecto, de no haber sido así, quizá jamás hubiera sentido la necesidad de tomar un amante tras enviudar.

Sin embargo, desde que había trabado una relación íntima con Thorn Greenwood, había descubierto una plenitud mucho más profunda. Era ilógico, pues no había sido una atracción irresistible lo que la había impulsado a elegir a Thorn. Desde su primera noche, había intentado salvaguardar algo de sí misma. Pero, cuanto más se esforzaba en mantener las distancias, más se enamoraba de él.

Ahora, mientras se aferraba a él en el interior en penumbra del carruaje, deliciosamente exhausta, era consciente de que estaba tan enamorada que no podría dar marcha atrás sin quedar destrozada.

Un suspiro escapó de sus labios sin que pudiera evitarlo.

Thorn se removió.

—¿Te ocurre algo, amor mío? Yo… no te he hecho daño, espero.

La besó en los labios con tal ternura que Felicity se avergonzó de sí misma por abrigar la más ligera duda acerca de sus sentimientos.

—¿Hacerme daño? —intentó enmascarar su desasosiego contestando con ligereza—. No, claro que no.

Ni lo haría nunca. Jamás le haría daño, ni la ensañaría, ni la traicionaría.

—Si he tenido que sofocar un grito, ha sido por todo lo contrario.

—Lo mismo podría decir yo —Thorn apretó su mejilla contra el pelo de Felicity e inhaló profundamente—. Temo que me conviertas en un desvergonzado.

Bajo su tono burlón, Felicity creyó sentir una leve nota de auténtica inquietud. Por razones que no alcanzaba a entender, ello la empujó a afirmar:

—Y yo temo que me convertiré en una esclava del deseo que siento por ti.

Por fin había dado voz a su ansiedad. La indefensión que sentía frente a su amor creciente por Thorn Greenwood la inquietaba. Sólo era dueña de su vida desde que había enviudado. Ni siquiera unos instantes de éxtasis como los que acababa de experimentar merecerían precio tan amargo de pagar.

Thorn profirió una risa suave que envolvió su corazón en un cálido abrazo.

—Prometo ser un amo amable contigo, si tú eres un ama amable conmigo.

¿Cómo iba a resistirse a tal proposición? ¿Cómo podía albergar tan absurdos temores cuando Thorn la estrechaba en sus brazos firmes y recios? Tenía que encontrar el modo de compensarlo por dudar de él.

¿Diciéndole lo del bebé, quizá?

No. Aún no se atrevía a eso, a pesar de que adivinaba lo feliz que le haría la noticia.

Una vez Thorn lo supiera, su hijo la ataría a él con más firmeza que los votos nupciales. Aunque la idea de separarse de él la hacía sufrir, la perspectiva de no poder distanciarse de él, o de cualquier otro hombre, todavía la atormentaba.

Pero el bebé también era suyo, protestaba su conciencia. Thorn tenía derecho a saberlo. Tenía derecho a saber que no iba a renunciar a tener hijos al casarse con ella.

Se lo diría. Pero no ese día; no en ese momento. Pronto, sin embargo. Quizá pudiera ser su regalo de bodas para él.

¿Su regalo de bodas?

—Es una lástima —su voz fue ganando convicción con cada palabra sobre ir de Bath a Gretna Green y marcharse sin boda.

—Y todo el dinero que has gastado en posadas y portazgos —dijo Thorn—. Eso sin contar el desgaste del carruaje en un viaje tan largo.

El silencio cayó entre ellos, roto sólo por el ruido amortiguado de los cascos de los caballos que, milla tras milla, iban acercándolos a Escocia. Felicity deseaba que galoparan más aprisa.

Tan aprisa que dejaran atrás sus necias dudas.

—¿Quieres decir lo que creo, Felicity? —Thorn tragó saliva—. ¿O estoy soñando?

Felicity levantó la cara hacia él. No veía más que una sombra en la oscuridad, pero sentía la luz esperanzada de sus ojos.

—¿Cómo estaba soñando yo hace un rato, quieres decir? —preguntó—. ¿Cuándo me desperté y descubrí que mi sueño era real?

—Esos son los mejores sueños…, cuando son buenos.

—¿Quieres que te pellizque? —metió la mano bajo su chaleco abierto y le desabrochó la camisa—. ¿Para que veas que estás despierto?

—¡No, no! —él dio un respingo al sentir su mano, y su cuerpo se agitó en una risa silenciosa—. Acepto tu palabra.

—¿Significa eso que no protestarás si te llevo a rastras delante de un párroco cuando lleguemos a Escocia?

—No diré ni pío —él tomó su cara entre las manos y la atrajo hacia sí para darle un beso profundo y delicioso con el que sellar su trato.

—¿Crees que podremos convencer a Oliver y a tu hermana para que sean nuestros testigos? —le preguntó Felicity a Thorn a la tarde siguiente, mientras el carruaje recorría las últimas millas que los separaban de la ciudad fronteriza de Carlisle—. Después de que les prohibamos casarse, quiero decir.

Thorn se removió en su asiento y flexionó los hombros para aliviar su tensión. Tenía ganas de estirar las piernas, y más ganas aún de dejar atrás aquellos largos días de viaje.

—Seguro que sí —respondió—. Sobre todo. Si les dejamos claro que no pretendemos impedir que se casen. Sólo les pedimos que esperen un poco para estar seguros de que es lo que de verdad quieren —Thorn podía imaginárselo todo—. Estoy seguro de que, si puede elegir, mi hermana preferirá casarse en una bonita iglesia de Lathbury con montones de invitados y un lindo vestido nuevo a casarse deprisa y de mala manera en Gretna Green —al darse cuenta de cómo sonaba aquello, comenzó a balbucir una disculpa—. No es que nosotros vayamos a casarnos de mala manera… es sólo que…

Había algo poco respetable en una huida a Escocia. Olía a cazafortunas. Le había asegurado a Felicity que ella le importaba más que cuanto dijeran las malas lenguas sobre él, y era cierto. Pero eso no significaba que hubiera dejado de preocuparse por su reputación.

—Creo que sé lo que quieres decir —repuso Felicity—. Yo ya tuve una boda con muchos invitados. Pero prefiero una ceremonia discreta y rápida en Gretna Green, contigo.

—Tienes razón, por supuesto, amor mío —pero, con todo, tenía la impresión de que, si Felicity se hubiera sentido orgullosa de su enlace, habría preferido una boda más pública.

Ella pareció adivinar lo que estaba pensando.

—Al menos, tomar parte en nuestra boda les dará a Ivy y a Oliver una excusa válida para haber huido a Gretna. Si la gente está ocupada chismorreando sobre nosotros, nadie hablará de ellos.

Thorn no pudo resistir la tentación de mofarse un poco de ella.

—Eso sí que es un plan generoso.

—Un lapso momentáneo, te lo aseguro.

Aunque dudaba de que ella pudiera verlo, Thorn sacudió la cabeza.

—Si no supiera que eso no es cierto, no merecería casarme contigo.

Una pausa expectante.

—Te mereces a alguien mucho mejor que yo —toda evidencia de burla había abandonado su voz.

Thorn la atrajo hacia sí.

—Vamos, no lo dirás en serio.

—Claro que sí —parecía más una niña quejosa que la mujer impetuosa y enérgica que había conquistado su corazón.

Thorn dudaba de que mucha gente hubiera llegado a ver ese lado de su carácter. Se sentía privilegiado por hallarse entre esos pocos. Por ser, quizás, el único.

—Tonterías. Estás cansada. Los dos lo estamos. Mañana veremos las cosas con mejores ojos. Ya lo verás.

—Tal vez.

—Claro que sí. Podrás quedarte en la cama hasta la hora que quieras mientras yo vigilo los coches que lleguen por la carretera de Londres y se dirijan a Edén Bridge. En cuanto encontremos a Oliver e Ivy, podremos respirar tranquilos.

—Pero ¿y si fallamos? ¿Y si han ido un paso por delante de nosotros todo el tiempo? Eso es o que parece que ha pasado desde que salimos de Bath.

A pesar de que deseaba tranquilizarla, Thorn no podía obviar esa posibilidad.

—No nos angustiemos de antemano. Ya veremos qué hacemos si llega el caso, pero con el estómago lleno y tras dormir a pierna suelta. ¿De acuerdo?

Notó que ella asentía con la cabeza.

—Eres muy sensato. Yo necesito un hombre sensato que me lleve por el buen camino.

—Y yo necesito una mujer excitante como tú rara sacarme de mi cómoda rutina.

—Somos buenos el uno para el otro, ¿verdad, Thorn? —levantó la cara hacia él—. Aunque parezcamos tan distintos.

El dulce calor húmedo de su aliento cosquilleo las patillas de Thorn e hizo que el vello de su nuca se erizara.

—Somos buenos el uno para el otro. Seremos relices juntos.

Sin duda, si infundía a su voz la suficiente convicción, Felicity se convencería de ello… y el también.

Capítulo 16

—¿Algún indicio de ellos, Ned? —preguntó Thorn al salir de la posada de la plaza del mercado de Carlisle, tras una noche de sueño inquieto.

Tantos días viajando hacia el norte en el carruaje de Felicity le habían dejado en el cuerpo una sensación de traqueteo de la que no lograba desprenderse. Se había despertado muchas veces esperando hallarse en la carretera. Una vez despierto, le había costado un arduo esfuerzo volver a dormirse. A pesar de lo que le había dicho a Felicity la noche anterior, le preocupaba fracasar en su tarea.

A fin de cuentas, aquélla era su última oportunidad de interceptar a Ivy y Oliver antes de que llegaran a Gretna Green.

—No pasan muchos carruajes, señor Greenwood —Ned se levantó del banco que había junto a la puerta de la posada. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta y la áspera brisa que soplaba desde Solway Firth había enrojecido su cara—. Un par de carros del mercado y algunos tipos a caballo. Ningún coche en el que pudieran ir el señorito Oliver y su hermana.

Hecho su informe, el joven no logró sofocar un bostezo.

—Me alegra saberlo —Thorn miró hacia la carretera principal que llevaba a Penrith—. Si no nos han pasado, cosa que dudo, lo más probable es que aparezcan hoy. Ahora, ve a tomar un buen desayuno, muchacho, y a descansar un poco. O al revés, lo que te parezca más urgente.

—La cama, primero, señor —el chico se frotó los ojos mientras se dirigía a la puerta—. Buena suerte.

—Gracias, Ned —repuso Thorn—. Y gracias por tu paciencia y discreción. Lady Lyte y yo te estamos muy agradecidos.

—Me alegra servirles de ayuda, señor —contestó el joven lacayo, y bajó la voz al ver pasar a dos hombres que parecían comerciantes de la ciudad—. Sé cómo me sentiría si fuera mi hermana —al alejarse, masculló para sí mismo—. Aunque no si estuviera con el señorito Oliver, claro.

Thorn deseaba poder estar tan seguro.

En las raras ocasiones en que se habían encontrado, Oliver Armitage le había parecido un buen tipo, aunque algo obsesionado con sus estudios. Aun así, el joven debía de tener algo más en la cabeza que libros y experimentos o no habría podido huir a Gretna Green con una muchacha tan vivaz como Ivy.

Por los avatares de los días anteriores, Thorn sabía por experiencia que la pasión podía desatarse entre un hombre y una mujer encerrados juntos durante tantas horas.

Al recordar cómo había hecho el amor con Felicity en el carruaje en la carretera de Preston, sintió que la cara le ardía. Hasta conocer a Felicity Lyte, nunca le había asombrado tanto su propia conducta.

Y aquella sensación no le gustaba.

Quizá pudiera soportar ser blanco de habladurías y hasta aceptar un futuro sin hijos, si ese era el precio que tenía que pagar porque Felicity formara parte permanente de su vida. Pero lo que sentía por ella sacudía hasta los cimientos su espíritu metódico y cauteloso.

En parte, aquel cambio le parecía tan excitante como su carrera salvaje hacia Preston. Pero otra parte de su ser temía perder el dominio de sus actos. ¿Dónde acabaría aquello? Su familia había pagado un alto precio por culpa de la imprudencia de su padre.

Sacudió la cabeza para despejarse y olvidarse de sus preocupaciones respecto a Felicity.

Un pequeño coche, tirado por un par de caballos, se acercaba por la carretera de Londres. Se parecía mucho al que Ivy y su enamorado habían dejado al marcharse de Trentwell.

Thorn salió a la calzada y le hizo señas de que parara.

—¡Pero bueno! —gritó el cochero—, ¿qué es lo que pasa?

Thorn ignoró la pregunta del hombre, se acercó a la puerta del coche y la abrió.

Una joven que no se parecía en absoluto a Ivy dio un chillido y se retiró hacia el fondo del carruaje.

Antes de que Thorn pudiera tartamudear una respuesta, un joven de semblante rubicundo y patillas rubias preguntó con aspereza:

—¿Qué significa esto, señor?

—Les ruego me perdonen —si se hubiera despertado caminando desnudo en plena plaza del mercado, no se habría sentido más humillado—, pensaba que este coche pertenecía a unos amigos míos. Por favor, acepten mis disculpas.

La muchacha estaba a punto de desmayarse. El joven parecía más enfadado de lo que requería el incidente. Thorn comprendió de pronto.

Aquella joven pareja también se dirigía a Gretna.

Seguramente les había dado un susto de muerte; debían de haber pensado que algún pariente de ella los había atrapado en el último momento.

Logró disimular su regocijo y les pidió mil perdones. El joven lo miró con cara de pocos amigos y le dijo al cochero que prosiguiera.

Mientras veía alejarse el coche por la plaza, en dirección al lugar donde la carretera se dividía en tres calles, las campanas de la vecina catedral de Carlisle dieron la hora.

Thorn sacudió la cabeza y masculló para sí mismo:

—Va a ser un día muy largo.

De pronto, una voz demasiado enérgica para hora tan temprana resonó tras él.

—Disculpe, señor. ¿Está esperando a alguien?

Thorn se dio la vuelta y vio que el portero de la posada lo observaba con un inconfundible brillo de avaricia en sus ojillos hundidos.

Se encogió de hombros.

—Pues sí —aunque no tenía por costumbre confiar en extraños, ¿qué podía perder?—. Llevo persiguiendo a mi hermana y a su novio desde Bath. Creo que los pasamos en algún lugar entre Staffordshire y Carlisle. Confiaba en dar con ellos antes de que crucen la frontera.

El hombre asintió con la cabeza como si hubiera oído aquella misma historia todos los días desde hacía años. Y, teniendo en cuenta el lugar donde trabajaba, probablemente así era.

—Yo que usted no pararía a todos los coches que vienen por la carretera de Londres, señor —el portero frunció la boca para expresar su desaprobación—. Podría meterse en algún lío.

—Preferiría evitarlo, si hubiera algún modo —le aseguró Thorn—. Pero no he venido hasta aquí para dejar que pasen a Escocia.

El portero asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿le vendría bien que todos los coches que vayan al norte se paren un momento para que eche una ojeada a los pasajeros?

—Desde luego que sí. ¿Sería posible?

El hombre le lanzó una amplia sonrisa y se tocó un lado de la nariz con el dedo.

—Aquí todos hacen su agosto con el paso a Gretna, caballero. Todo el mundo saca provecho de un modo u otro. Igual que los cocheros que hacen este último tramo del camino desde el sur, ¿comprende usted? Con los años, uno llega a conocerlos.

—Entiendo —contestó Thorn.

—Una seña mía —prosiguió el portero—, y los cocheros se pararán el tiempo suficiente para que les dé una moneda de dos peniques o de cuatro.

—¿Qué habré de proporcionarle yo?

—Veo que me entiende, caballero —el portero le sonrió—. Mientras estén parados, podrá echar un rápido vistazo por la ventanilla para ver si reconoce a alguien. Si no, el coche seguirá adelante sin que nadie se moleste, ni se dé cuenta siquiera.

¿Qué habría dicho el viejo lord Hardwick de haber sabido que su Ley Matrimonial había generado un comercio tan floreciente en el norte?, se preguntó Thorn.

Se habría revuelto en su tumba, sin duda.

—¿Y su estipendio por hacer esa seña, mi buen amigo?

—Sólo una guinea al día —dijo el portero—, además de la mitad de lo que les dé a los cocheros. A la mayoría les parece una ganga.

Thorn puso unos ojos como platos.

—Debe de impedir usted una buena cantidad de fugas.

—Pues sí, caballero, y a mucha honra —su expresión orgullosa lo atestiguaba—. La de la sobrina de un noble, la semana pasada. Y unos días antes la de una rica heredera de Derbyshire.

—Mi hermana no es de tan alto rango —Thorn comenzó a vaciar sus bolsillos—, excepto para mí. Asegurar su futura felicidad bien merece hasta el último penique de esa suma.

Mientras se vaciaba los bolsillos, oyó que un vehículo se acercaba traqueteando a su espalda.

El portero agitó alegremente la mano. El carruaje aminoró la marcha y se detuvo el tiempo suficiente para que el portero tomara de la mano de Thorn una moneda de dos peniques y se la lanzara al cochero.

La puerta del carruaje se abrió el ancho de una rendija y una voz quisquillosa preguntó:

—¿Por qué nos paramos? ¿Qué pasa, cochero?

Dentro del coche, Thorn distinguió a una pareja de ancianos y a una mujer de mediana edad.

El cochero le guiñó un ojo al portero mientras les decía a sus pasajeros:

—Sólo para preguntar cuál es la carretera de Kirkhampton, señora.

—¡Bah! Qué estupidez, pagar a un cochero que no conoce las carreteras —la puerta se cerró de golpe.

El portero dio las indicaciones y el coche siguió su camino.

—Supongo que ninguna de esas damas respondía a la descripción de su hermana, ¿no, señor?

—No —Thorn vertió en la manaza abierta del portero un chorro de monedas de cobre y plata—. Pero me ha ofrecido una excelente demostración de sus servicios —señaló con la cabeza el dinero—. Ese dinero no durará mucho si pasan muchos coches antes de que encuentre a mi hermana. Puedo conseguir más, pero…

¿Aprobaría Felicity semejante dispendio? ¿Y sería aquélla la primera de un sinfín de ocasiones en que se vería obligado a pedirle dinero a su esposa?

Cierto, el patrimonio de Felicity sería considerado suyo por ley una vez se casaran. Pero Thorn sabía que nunca podría considerarlo como tal. Y era consciente de que la disparidad de sus fortunas jamás le permitiría sentirse cómodo.

—¿Le preocupa que la joven pase de largo mientras está fuera? —preguntó el portero—. Descuide, señor. Dígame qué aspecto tiene, y yo me ocuparé de que

cualquier coche en el que viaje una joven parecida se entretenga hasta que vuelva usted.

—Muy bien —Thorn paseó la mirada por la plaza y volvió a fijarla en la carretera de Londres. Sólo se veían carros que iban al mercado—. No creo que le cueste reconocerla. Es la clase de muchacha en la que se fijan siempre los hombres —le hizo al portero una breve descripción.

—Parece una belleza, señor, ya lo creo. Ojalá pudiera decir lo mismo de muchas de las damas que veo pasar hacia Gretna. Esa heredera de Derbyshire, por ejemplo… —el portero hizo una mueca y se estremeció—. Sin duda su bolsa compensaba su cara y su figura.

Aquella broma golpeó a Thorn con la fuerza de un mazazo al pensar que tales cosas podían decirse de Felicity y él.

—Permítame darle un consejo, señor —continuó el portero—, y gratis, además. En cuanto recupere a su hermana, será mejor que la case con un hombre cabal, para que no tenga que verlo otra vez por aquí dentro de seis meses.

—Buen consejo, desde luego —dijo Thorn—. Voy a buscar el dinero antes de que haya más tráfico.

El hombre tenía razón, se dijo mientras subía las escaleras camino de la habitación de Felicity, abriéndose paso entre los huéspedes que se marchaban. Un joven tan serio como Oliver Armitage parecía una elección extraña para una joven tan terca y vivaz como su hermana, pero podría haber sido mucho peor.

Mejor Armitage que uno de esos holgazanes encantadores con los que a menudo temía que acabara Ivy.

—¿Algún indicio de Oliver y tu hermana? —Felicity abrió la puerta sujetándose la bata con una mano.

—Aún no. Si han pasado la noche en Penrith, podrían tardar algún tiempo en llegar —cambió el peso del cuerpo de un pie a otro mientras manoseaba su sombrero—. Siento haberte despertado.

—Ya estaba despierta —mintió ella—. Pensaba vestirme y pedir el desayuno.

—Deberías quedarte durmiendo —Thorn miró la cama—. Intenta recuperar las horas de sueño mientras tengas oportunidad.

¿Y volver al horrible sueño que había tenido? Un sueño en el que ella era un zorro con una hermosa cola roja a la que perseguía una jauría de sabuesos por una estrecha garganta de la que no había escapatoria. No, gracias.

—Ya he dormido suficiente —se acercó a Thorn. Su presencia, su mismo olor, le proporcionaba la sensación de seguridad que necesitaba en ese instante. ¿Cuánto más segura se sentiría cobijada en el santuario de sus brazos?

—Pero podría dejarme persuadir para volver a la cama —pasó un cabo del cinturón de su bata por la manga de la chaqueta de Thorn—, con la compañía adecuada…

Él miró de nuevo la cama con una velada expresión de horror, como si fuera la trampa de la que ella a duras penas había podido escapar en su sueño.

—Un invitación muy… tentadora, pero ahora no puedo. Alguien tiene que vigilar por si llegan Ivy y tu sobrino.

Aunque ella se esforzó por ocultar su desilusión, Thorn pareció percibirla.

Acercó una mano a su cara y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Pronto te estorbaré tanto que te cansarás de mi compañía. Deberías aprovechar esta última oportunidad de tener la cama para ti sola.

Aunque su tono era ligero y suave, a Felicity le pareció que hablaba más en serio de lo que pretendía aparentar.

—Nunca me cansaré de ti, amor mío —ella levantó su mano y apretó la de Thorn contra su mejilla—. Cuanto más te conozco, más te quiero. Si sigo así, acabaré loca de amor.

—Ya somos dos —Thorn se echó a reír—. Y seremos tan empalagosos que pondremos enfermos a nuestros amigos.

Felicity apretó la mano de Thorn. Si pudiera retenerlo a su lado hasta que hubieran pronunciado sus votos nupciales ante un párroco escocés, disipando todos sus recelos con pasión ardiente o cariñosa charla…

—En cuanto regresemos a Bath convertidos en marido y mujer, debemos hacerle una visita a Weston St. Just. Será divertido ver su cara.

Se rieron, imaginándoselo. Thorn se inclinó hacia Felicity y ella levantó la cara hacia él. Sus labios se encontraron en un beso contenido que, aun así, produjo una oleada de deseo cuyas ondas atravesaron la carne de Felicity.

Tras un largo y dulce instante, Thorn se apartó con evidente desgana.

—Debería volver —parecía jadeante, como si hubiera corrido a toda prisa—. A esperar a Ivy y Oliver. Antes de que haya en la puerta una fila de carruajes que llegue hasta Penrith.

Felicity se llevó el dedo índice a los labios.

—Págame una prenda más, y te dejaré marchar.

—¿Una prenda? —Thorn sacudió la cabeza—. Dirás mejor un premio. Un premio que siempre estoy deseoso de ganar.

La besó con mayor ardor, como si el fuego de su pasión consumiera su dominio de sí mismo.

Se apartó de nuevo de ella, esta vez con mayor esfuerzo, como si le costara más energía resistirse.

Sus palabras confirmaron la impresión de Felicity.

—Debo irme. Mientras todavía pueda.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Felicity se apoyó contra la pared y dejó escapar un suspiro trémulo.

Todo saldría bien. Los momentos como aquél valían cualquier precio que tuviera que pagar por ellos.

La puerta se abrió de nuevo bruscamente, y a Felicity le dio un vuelco el corazón. Thorn debía de haber cambiado de idea.

Pero el hombre que entró en la habitación parecía otro. Su fachada de tierna serenidad se había resquebrajado, dejando tras ella una expresión tan angustiada que casi resultaba dolorosa de mirar.

—Surte usted un lamentable efecto sobre mí, milady —Thorn pasó con nerviosismo la mirada por la habitación; miraba a todas partes, menos a ella—. Has hecho que me olvide del motivo por el que vine. Yo… es decir… —titubeó, como si le costara hablar. Por fin, las palabras salieron a borbotones, como el champán de una botella recién descorchada—. Tengo que pedirte algún dinero.

Después hubo más. Una confusa explicación acerca del portero de la posada y unos carruajes…

¿Dinero? ¿Eso era todo?

—Por supuesto, amor mío —Felicity rebuscó entre sus maletas hasta que encontró su bolso—. Toma lo que necesites, por supuesto.

Le lanzó el bolso a Thorn, que parecía más azorado que nunca y que por fin, tras intentar sostener su sombrero y el bolso, dejó caer ambas cosas.

Mientras Felicity lo miraba, dividida entre el regocijo y la exasperación, él logró recoger el sombrero y el bolso y sacar un puñado de monedas grandes.

—Gracias —le devolvió el bolso con tal expresión de vergüenza que se diría que había robado el dinero—. Con esto habrá de sobra. Confío en que la inversión valga la pena. En cuanto encuentre a Ivy y a tu sobrino, los traeré aquí para que hablemos de lo que debe hacerse.

Se puso el sombrero, se guardó el dinero en el bolsillo y volvió a salir.

Felicity pensó en volver a la cama, pero descartó la idea. Sin la compañía de Thorn, no habría nada que mantuviera a raya sus pesadillas.

Además, no quería estar en bata cuando llegara el momento de hablar con Ivy y Oliver. Una apariencia convenientemente digna quizá ayudara a comprender a la joven pareja hasta qué punto habían sido imprudentes sus actos.

A tal fin, la entrevista requería el vestido oscuro que había llevado con ella, resolvió Felicity. Y quizás también el elegante turbante con hebras doradas. Satisfecha con su elección, dejó el bolso sobre la cama y comenzó a sacar las prendas de la maleta.

Se sonrió al recordar cómo había bailado su bolso en manos de Thorn, como si fuera una patata caliente. Sin embargo, otra idea borró la sonrisa de sus labios.

Al día siguiente, a aquella hora de la mañana, Thorn no necesitaría pedirle dinero. Todas sus propiedades serían suyas por ley. Si ella quería o necesitaba dinero, tendría que pedírselo a su marido.

Por primera vez desde su repentino mareo en Gloucester, una fuerte oleada de náuseas se apoderó de ella.

Apenas tuvo tiempo de alcanzar la jofaina.

Capítulo 17

El portero levantó la mano para detener a otro carruaje.

Thorn procuró no hacerse ilusiones. Ni desesperarse.

¿Quién habría imaginado que, a hora tan temprana, una mañana de primavera, habría tanto tráfico en el corazón de aquella ciudad del norte? Gran parte de las personas que pasaban por allí no eran, obviamente, enamorados que se dirigían a la frontera escocesa para casarse a toda prisa en contra de los deseos de sus familias.

Thorn había perdido la cuenta del número de vehículos en los que había mirado, rezando por vislumbrar los rizos rojizos, los ojos de color verde azulado o los encantadores hoyuelos de su hermana. Aparte de cualquier otra consideración, hacía ya varios días que no veía a Ivy y ansiaba saber que estaba sana y salva.

Al frenar el coche, Thorn echó una ojeada a los pasajeros. Una mirada que confiaba pareciera simplemente curiosa.

Sin duda sería alguna respetable matrona escocesa que volvía a casa tras visitar a su hija en el País de los Lagos. O un hombre de negocios que se dirigía a alguna de las prósperas ciudades fronterizas.

Pero Thorn se descubrió mirando boquiabierto la espalda de una muchacha sentada sobre las rodillas de un joven. Parecían unidos en un ardiente abrazo. Thorn enrojeció y apartó la mirada.

Como muchas otras veces esa mañana, el portero lanzó una moneda al cochero y se preparó para indicarle con un gesto que podía seguir su camino.

Justo entonces, Thorn recordó que hacía poco Ivy le había enseñado un sombrero nuevo que se había comprado con un dinero que le había regalado su adinerado cuñado. Aunque Thorn rara vez se fijaba en los adornos de las mujeres, le pareció que el sombrero de Ivy se parecía al de la muchacha del carruaje.

Ello bastó para que, dejando a un lado su pudor, mirara de nuevo.

El joven había apartado la mano de la nuca de la muchacha, y unos rizos rojizos asomaban por debajo del sombrero. Consciente de lo cerca que había estado de perderlos de nuevo, Thorn abrió la puerta del carruaje con más brusquedad de la que pretendía.

Y su saludo se convirtió en un áspero gruñido.

—Le sugiero que aparte las manos de mi hermana, señor Armitage.

Su sobresalto y su cara de estupor cuando se volvieron casi compensaron a Thorn por todo lo que había tenido que soportar desde la noche en que descubrió que Ivy se había ido de Bath.

—¡Thorn! —la muy granuja tuvo la impertinencia de mirarlo como si fuera a él a quien habían sorprendido en falta—. ¿Qué haces tú aquí?

Por suerte para Ivy, su hermano no era hombre inclinado a la violencia. De lo contrario, le habría dado allí mismo una azotaina de la que se habría acordado mucho tiempo.

—Como si no lo supieras —se dispuso a agarrarla del brazo y a sacarla del carruaje—. ¿Es que te has propuesto llenar mi cabeza de canas antes de los cuarenta?

Su indignación pareció despertar al fin cierto sentimiento de vergüenza en su hermana. Empezó a temblarle la barbilla y sus luminosos ojos parecieron listos para derramar un torrente de lágrimas.

—Se lo ruego, no se enfade con su hermana, señor Greenwood —dijo una voz joven y viril. Oliver Armitage salió del coche desdoblando su larguirucha figura y apoyó las manos sobre los hombros de Ivy en un gesto tierno y protector—. La culpa es sólo mía.

El muchacho no podría haber dicho palabras que merecieran más la aprobación de Thorn, quien sin embargo no suavizó la severidad de su tono. Los dos jóvenes tenían que comprender cuántos desvelos les había causado su escapada a Felicity y a él.

—Estoy muy enfadado, Armitage —le lanzó al joven una mirada severa, pero le satisfizo ver que no se acobardaba—. Descuide, a usted también le tocará su parte —miró a uno y a otro, incapaz de adivinar si habían consumado de antemano su futura boda—. Esta jugarreta no me sorprende tratándose de mi hermana, pero creía que usted era más sensato.

Ivy se soltó de su mano y lo miró ceñuda, con una expresión de desafío que Thorn nunca hubiera esperado en ella… hasta ese día.

—No voy a consentir que le hables a mi prometido en ese tono, Thorn. Haz el favor de disculparte inmediatamente.

¡Qué descaro! La pequeña bribona le hacía perseguirla por todo el país y, cuando por fin la encontraba, se comportaba como si no tuviera motivos para estar enfadado con ella.

—Este joven no es tu prometido —gruñó Thorn—, y le hablaré en el tono que…

De pronto notó que su discusión había atraído a los curiosos. No queriendo dar un espectáculo, procuró refrenar su ira.

—¿Lady Lyte está contigo? —preguntó Ivy de pronto.

¿Qué importancia tenía eso? Aun así, Thorn aprovechó la ocasión para proseguir su conversación lejos de miradas curiosas.

—Sí —señaló con la cabeza hacia la posada—. Vamos dentro y veremos qué tiene que deciros.

Le hizo una seña al portero para agradecerle sus servicios, cruzó luego la puerta de la posada y comenzó a subir las escaleras que llevaban al cuarto de Felicity. De vez en cuando miraba hacia atrás para cerciorarse de que Ivy y Oliver lo seguían.

Allí estaban: tomados de las manos y con una cara como si los condujeran al paredón. Como le ocurría a menudo cuando se veía obligado a reprender a su hermana pequeña, la ira de Thorn comenzó a disiparse.

A fin de cuentas, si no hubieran huido juntos, él no estaría a punto de casarse con la mujer que había conquistado su corazón. Ese favor bien merecía un poco de tolerancia, ¿no?

El ruido de pasos subiendo las escaleras le recordó a Felicity la noche en que Thorn irrumpió en su casa de Bath. ¿De veras hacía de eso menos de una semana? Con todo lo ocurrido, parecía que había pasado un mes.

Los pasos se detuvieron junto a su puerta y se oyó una llamada firme, pero suave. No le sorprendió lo más mínimo oír la voz de Thorn.

—Lady Lyte, traigo conmigo a mi hermana y su sobrino. ¿Podemos pasar?

Ella olfateó el aire con la esperanza de que el agua de rosas que había esparcido por la habitación ocultara el olor agrio del vómito. Pronto no importaría que se notara su estado. Pero quería darle la buena noticia a Thorn antes que a nadie, y en el momento y el lugar que ella decidiera.

—Podéis entrar —dijo, y se levantó del sillón que ocupaba junto al fuego.

Thorn abrió la puerta y se apartó para dejar entrar a Oliver e Ivy.

Los jóvenes se presentaron ante ella con las manos unidas. Oliver parecía apesadumbrado, pero decidido, y en cuanto a Ivy…

La muchacha miraba a Felicity con una curiosidad que parecía adivinar mucho más sobre su situación y sus sentimientos de lo que Felicity estaba dispuesta a desvelar. En un esfuerzo por calmarse, Felicity fijó la mirada en Thorn.

Él cerró la puerta y se acercó a ella, de modo que quedaron frente a la joven pareja. Felicity se volvió hacia él y entre ellos se deslizó una mirada de tierna comprensión.

—¡Ha funcionado! —exclamó Ivy, lanzándose hacia ellos—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

¿Se había vuelto loca la hermana de Thorn? Se preguntó Ivy cuando la muchacha la besó en la mejilla y le echó luego los brazos al cuello a Thorn. ¿Qué sabía Ivy? ¿Qué había funcionado?

La explicación llegó en un confuso torrente de palabras.

—Le dije a Oliver que, si veníais juntos en carruaje hasta Escocia, os daríais cuenta de lo mucho que os queréis —Ivy los miró con triunfal alegría—. Y así ha sido, ¿verdad?

Al comprender lo que ocurría, Felicity sintió que una ruda mano atenazaba su estómago. Se desasió del impulsivo abrazo de Felicity, en parte porque temía vomitar sobre el vestido de la joven.

Y también porque no soportaba el contacto de Ivy, ni la cercanía de Thorn. Parecían pulular a su alrededor, imponiéndole su voluntad. Como una jauría de sabuesos persiguiendo a un zorro desesperado.

—¿Quieres decir que lo teníais todo planeado? —preguntó agriamente.

¿Necesitaba preguntarlo siquiera? Debería haberse dado cuenta desde el principio. Aquélla era la única explicación que respondía a todos los interrogantes que la habían mortificado desde la noche en que salió de Bath.

¿Cómo podía haber estado tan ciega? ¿Cómo podía haberse dejado embaucar de esa manera… otra vez?

—¿Tenías alguna intención de casarte con mi sobrino? —preguntó.

—Al principio, no —reconoció Ivy con un alegre gorjeo, y Felicity sintió ganas de zarandearla—. Todo empezó como una estratagema para uniros, pero una cosa llevó a la otra y…

«Una estratagema para uniros». Aquellas palabras resonaron en la cabeza de Felicity como una burla. Le habían tendido una trampa, y ella había caído. ¿Acaso el pasado no le había enseñado nada? ¿O era tan necia que no aprendía?

Miró horrorizada a Thorn. Una muchacha tan atolondrada como Ivy Greenwood no podía haber ideado sola aquella artimaña.

—Tú también estabas metido en esto, ¿verdad? ¿Fue idea tuya?

Algo duro y frío afloró a la mirada de Thorn, confirmando sus sospechas.

Se apartó de él, sólo para encontrarse acorralada contra la chimenea.

—No puedo creer que fuera tan ingenua como para dejarme engatusar de esta manera.

Thorn apartó a su hermana.

—Te juro que sabía tan poco de este asunto como tú —intentó tomarla en sus brazos—. ¿No me creerás capaz de rebajarme hasta ese punto?

Cuan desesperadamente deseaba creerlo y sentirse de nuevo a salvo en sus brazos… Planear un futuro juntos… Pero la seguridad y el futuro que Thorn Greenwood le ofrecía eran mentiras de la peor especie.

—No te acerques —se apartó de él, más temerosa de su propia necesidad de creerlo que de él—. ¡No me toques!

Intentó no delatar su debilidad. Pero, al mirar de Ivy a Thorn, vio las caras de su padre y de las agrias institutrices de su juventud. Al mirar de Thorn a su hermana, vio al mujeriego de su difunto marido y a su altanera madre.

Sólo cuando su mirada fue a posarse en el rostro amado y familiar de Oliver Armitage disminuyó su ansiedad.

—A ti no te culpo de nada de esto, mi querido niño. A los dos nos han utilizado de la manera más abominable —le tendió la mano, suplicante—. Llévame a casa, por favor.

Las finas facciones de su sobrino se contrajeron, como a menudo le sucedía cuando sentía asombro ante algún enigma científico. Pero Felicity vio también algo más. Una dolorosa perplejidad que a veces se apoderaba de él cuando no lograba conciliar dos hechos que parecían correctos y que, sin embargo, se contradecían.

—No te enfades con Ivy —le rogó Oliver a su tía—. Sólo quería haceros felices —miró a Thorn—. Y su hermano no sabía nada, eso te lo aseguro.

Felicity sacudió la cabeza. Para ser un joven tan culto, su sobrino tenía aún muchas cosas que descubrir sobre el mundo y sus engaños.

Antes de que pudiera hacerle comprender, Oliver habló de nuevo en un tono más decidido del que Felicity le había oído usar nunca antes.

—En cualquier caso, no puedo llevarte a casa ahora mismo. Ivy y yo pensamos casarnos —Oliver miró a Thorn—. Antes de que anochezca, si puedo persuadir a su hermano de que nos dé su consentimiento.

Ya era bastante terrible que los Greenwood la hubieran engañado de aquella manera, pero el que hubieran utilizado a su querido Oliver le resultaba intolerable.

Su sobrino le lanzó una sonrisa animosa.

—Sé que todo esto parece una comedia de enredo, pero no tiene importancia, si podemos darle un final feliz. ¿Por qué no venís Thorn y tú con nosotros a Gretna y celebramos una boda doble?

Y pensar que muy poco tiempo antes ella misma había considerado esa posibilidad… Ahora, la idea la ponía enferma.

—¡Estúpido chiquillo! —exclamó—. ¿Es que no ves que Ivy Greenwood es igual que todas las demás, que sólo quiere tu dinero?

Oliver se quedó de una pieza. Pero, aunque lamentaba mostrarse tan áspera con él, Felicity no estaba dispuesta a retirar lo que había dicho. Por su propio bien, aquel muchacho debía entrar en razón.

Oliver recobró la compostura tras echar una rápida mirada a Ivy.

—Aunque todas las evidencias indiquen lo contrario, creo que Ivy me quiere, tía Felicity. Y sé que yo la quiero a ella.

¿Aunque todas las evidencias indicaran lo contrario? Felicity apenas podía creer lo que acababa de oír. ¿Qué científico que se preciara de serlo ignoraría una montaña de pruebas?

Oliver se volvió hacia Thorn.

—¿Consentirá usted que me case con su hermana, señor? Prometo hacer todo cuanto esté en mi poder para hacerla feliz.

¿Estaba en medio de otra pesadilla?, se preguntó Felicity. Ojalá fuera así. Pero la vida parecía empeñada en demostrarle que la desilusión, la frustración y la deslealtad eran la verdadera materia de la vida. La confianza, la seguridad y la dicha no eran más que sueños ridículos.

Ivy Greenwood agarró la mano de Thorn y lo miró con sus bellos ojos.

—Por favor, Thorn, di que sí. No me hagas lo que nuestro padre le hizo a Rosemary al impedirle que se casara con Merritt.

—Bueno… —Thorn vaciló, como esperaba Felicity—, si habéis llegado hasta aquí sin mataros el uno al otro…

Felicity no podía seguir callando por más tiempo.

—¡No puedo creerlo! ¿No me digas que piensas consentir este absurdo capricho, después de todo lo que hemos pasado para detenerlos?

A no ser que sus sospechas fueran ciertas y que todo aquel viaje no hubiera sido más que una conspiración para llevarla al matrimonio.

Mirando a Thorn, le ofreció una última oportunidad de disipar sus dudas.

—Si alguna vez has sentido algo por mí, te opondrás a esta boda y volverás con tu hermana a Barnhill, al lugar que le corresponde.

Por un instante, un destello en la mirada de Thorn le hizo concebir la esperanza de que él aceptara. Pero después ese destello desapareció, y Thorn la miró con tristeza, como si fuera ella quien le había engañado.

—Si sintieras algo por mí, Felicity, no me pedirías que sacrificara la felicidad de mi hermana —rodeó los hombros de Ivy con el brazo y miró a Oliver—. Si estáis empeñados en casaros, yo acompañaré a la novia hasta el altar.

Felicity dio un respingo.

—Ya veo que estáis todos confabulados contra mí.

Sintió en los ojos el pinchazo de cien agujas. Ya fueran lágrimas de furia o de dolor, no les daría a ninguno de los tres la satisfacción de verlas caer.

—Muy bien, pues —intentó que no se le quebrara la voz—. Si insistes en esta locura, Oliver, no me queda más remedio que dejarte sin un penique.

No era más que una amenaza calculada para disuadirlo. Si debía retomar su plan original, cortar sus lazos con Thorn y retirarse al campo para criar a su hijo, sabía que no podía permitirse el lujo de mantener el contacto con su sobrino, si éste se ponía de parte de los Greenwood.

—A ver si eso no te hace cambiar de idea. Aunque Oliver intentó mantener el aplomo, no pudo ocultar un fugaz titubeo a ojos de la mujer que durante tantos años había sido como una madre para él. Ivy parecía haberse quedado de piedra al saber que Oliver perdería sus grandes expectativas si se casaba con ella, lo cual confirmaba las sospechas que Felicity abrigaba sobre ella.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —preguntó la muchacha.

Su tono suplicante y sus maneras dóciles conmovieron a Felicity a pesar de su determinación de resistir. No podía dejarse engañar por las muestras de sentimentalismo que los Greenwood pudieran poner en escena ante ella.

—Tomaos todo el tiempo que queráis —Felicity recogió su chal, sus guantes y su bolso y se dirigió a la puerta—. Esperaré en el carruaje diez minutos. Si Oliver no

ha ido a reunirse conmigo pasado ese tiempo, volveré a Bath sin él y daré instrucciones a mi abogado para que lo borre de mi testamento.

Mientras pronunciaba su ultimátum, mantuvo la vista apartada de Thorn, temerosa del poder que él ejercía sobre su corazón, un poder que tal vez no tuviera escrúpulos en usar.

Cuando lady Lyte cerró con firmeza la puerta tras ella, Thorn intentó aclarar sus ideas. Se sentía casi como si hubiera salido de nuevo disparado del caballo y hubiera caído en un río frío y oscuro.

Había estado galopando hacia un futuro feliz en el que todo encajaba a la perfección. Felicity había aceptado casarse con él. Habían conseguido encontrar a Oliver e Ivy. Luego, sin previo aviso, todo se había derrumbado a su alrededor.

Con una expresión de fría repugnancia, Felicity lo había acusado de conspirar con su hermana para conducirla al matrimonio mediante engaños. Que la mujer a la que amaba pudiera creerlo capaz de conducta tan infame le dolía en lo más profundo del corazón.

Miró a su hermana y a Oliver Armitage y luchó por dar con las palabras que pudieran explicar lo que acababa de ocurrir, porque ellos parecían tan perplejos como él mismo. En parte deseaba darle las gracias a Ivy por lo que había intentado hacer por él, y en parte deseaba que se hubiera ocupado de sus propios asuntos.

Llegó a la conclusión de que estaba demasiado aturdido para decir nada. Ya había perdido un minuto de los diez que lady Lyte le había concedido a su sobrino. Una vez Oliver tomara una decisión, Thorn y su hermana tendrían tiempo rara hablar más adelante, en caso de que pudieran soportarlo.

Sacudiendo la cabeza, exhaló un suspiro, salió de la habitación y bajó las escaleras envuelto en una densa neblina de pesadumbre.

Al pararse en el rellano, fuera de la vista de la sala, oyó la voz de lady Lyte, que estaba pagando al posadero.

—Avise enseguida a mis criados —ordenó ella —y haga bajar mi equipaje. Dígales a los mozos de cuadras que preparen mi carruaje. Debo marcharme enseguida.

Una pequeña suma debió de cambiar de manos, pues Thorn oyó que el posadero transmitía a voces las instrucciones de lady Lyte y que a continuación se oía ruido de pasos.

Se dijo que debía quedarse quieto o salir discretamente por la puerta delantera e ir a dar un paseo por la plaza del mercado hasta que Felicity se hubiera ido. Se decía que suplicarle no serviría de nada, como no fuera para menguar aún más el respeto que sentía por sí mismo.

Por desgracia, los pies no le obedecían. Antes de darse cuenta de lo que ocurría, lo llevaron hasta la mujer con la que, apenas unas horas antes, esperaba casarse.

Una mirada severa bastó para que el posadero se escabullera a toda prisa, dando órdenes a diestro y siniestro.

—Por favor, Felicity —mientras hablaba, Thorn sintió que sus rodillas se envaraban. Ya se había arrodillado ante ella una vez. No volvería a hacerlo—. ¿Por qué no te tomas unos minutos para recapacitar? Tú tienes tanto que perder como todos nosotros. Más, quizá.

Intentaba convencerse de que no perdería nada que hubiera sido realmente suyo. Ni nada que quisiera de verdad.

Pero, cuando la miró a los ojos y vio su belleza, teñida por la rabia y la angustia que atormentaba su mirada, recordó cada rayo de sol que Felicity había llevado a su vida. Cada destello de luz de las estrellas, cada fulgor de velas.

De pronto, sintió el deseo abrumador de agachar la cabeza y llorar por aquella pérdida.

Felicity se apartó de él como si temiera que la golpeara. Al hacerlo, le propinó un golpe mucho más doloroso.

—Déjeme en paz, señor Greenwood —dijo entre dientes. Parecía envarada y tensa—. ¿No me han hecho ya suficiente daño su hermana y usted?

—Yo nunca te haría daño —la prudencia y el sentido del decoro le impidieron alzar la voz—. Y mi hermana sólo es culpable de haber seguido un impulso generoso, aunque desacertado. Ya te dije que imagina ser una casamentera.

—Ah, sí, lady Cupido —las palabras de Felicity destilaban un sutil veneno—. Si no recuerdo mal, Cupido perpetraba toda clase de fechorías entre los dioses y los mortales. Ojalá tu hermana se hubiera ahorrado sus flechas para otra presa.

—Nadie ha hecho que nos enamoráramos, Felicity —¿por qué no se daba cuenta?—. O quizá debería decir que tú hiciste que te quisiera. Y hasta hace poco, creía que yo había hecho que tú también me quisieras. Lo único que han hecho Oliver e Ivy ha sido empujarnos a estar juntos cuando estábamos a punto de huir el uno del otro.

En ese momento, el cochero y el lacayo de Felicity entraron en el vestíbulo. Ned llevaba la librea desabrochada y se iba frotando los ojos.

El señor Hixon miró a Thorn y a su señora con cierta alarma.

—¿Es cierto, señora? ¿Tenemos que irnos enseguida? ¿Algo va mal?

—Todo va mal —contestó Felicity—, aunque ustedes no tienen que preocuparse por eso. Emprenderemos el camino hacia el sur en cuanto estén enganchados los caballos.

Sin volver a dirigirse a Thorn, salió de la habitación seguida por sus sirvientes.

Ned se detuvo en la puerta.

—¿No viene con nosotros, señor Greenwood?

Thorn negó con la cabeza. Aunque no pensaba hablar, se oyó decir:

—Cuide de ella en mi lugar.

—Lo intentaré —contestó el muchacho—. Aunque lady Lyte no me lo pondrá fácil.

Una tenue sonrisa asomó a los labios de Thorn cuando inclinó la cabeza mirando al muchacho.

Desde lejos llegó la voz del señor Hixon llamando al joven lacayo.

Aun así, Ned vaciló.

—Sea lo que sea lo que ha pasado, lo siento, señor. Por usted… y por ella.

Con ésas, salió a toda prisa al tiempo que se abrochaba la casaca.

Aunque no tenía intención de hacerlo, Thorn se descubrió siguiéndolo. Quizás en el último instante Felicity se diera cuenta de lo que podía perder. Sobre todo, si Oliver Armitage se mantenía en sus trece.

Salió de la posada y dobló la esquina del estrecho callejón que llevaba a los establos. En el patio, junto al abrevadero, estaba el hermoso carruaje de lady Lyte. Los mozos acababan de enganchar a los caballos. Otro sirviente bajó corriendo por un tramo de escaleras, llevando el equipaje de lady Lyte, que le alcanzó a Ned, el cual permanecía sentado en el pescante.

Thorn fijó la vista en Felicity, que estaba sentada, tiesa y callada como una estatua de cera, en el interior del coche. Miraba fijamente hacia delante y no mostraba el más leve indicio de haber visto a Thorn.

Él le suplicó en silencio que no permitiera que su doloroso pasado destruyera su futuro.

Tras él, las campanas de la catedral de Carlisle dieron la media hora. El cochero de lady Lyte arreó a los caballos y el carruaje se puso en marcha.

Cuando llegó hasta él, Thorn se apartó de su camino. Vio, sin embargo, que dos lágrimas rodaban lentamente por las mejillas marfileñas de Felicity.

Aquellas lágrimas lo convencieron de que Felicity era consciente de lo que perdía. Pero aferrarse a ello le habría costado más de lo que estaba dispuesta a pagar.

Capítulo 18

Felicity maldijo aquellas dos lágrimas que delataban su flaqueza. Pero no pensaba mostrarse aún más débil enjugándoselas ante la mirada de Thorn. De modo que siguió mirando hacia delante, negándose a admitir su presencia y el perturbador efecto que surtía sobre ella.

Pero, cuando el carruaje hubo dejado atrás la vieja ciudad amurallada que formaba el corazón de Carlisle, y estuvo segura de que Thorn no podía verla, su compostura se fue desmoronando lágrima a lágrima.

Intentaba convencerse de que lloraba por Oliver. El que su sobrino la hubiera abandonado después de tantos años y de todo lo que había hecho por él le dolía profundamente. Y el que le hubiera vuelto la espalda por culpa de una joven a la que conocía desde hacía tan poco tiempo decía muy poco en favor de la capacidad de Felicity para inspirar lealtad a sus seres queridos.

Percy. Thorn. Oliver. ¿Acaso todas las perdonas a las que quería acabarían haciéndole daño?

—Mi hijo, no —se dijo, rodeándose el cuerpo en un feroz abrazo.

No, a no ser que hubiera cometido la estupidez de decirle a Thorn la verdad durante el tiempo que había permanecido bajo su hechizo. De ser así, su hijo se habría convertido en la soga de un constante tira y afloja entre sus padres. Por suerte, había tenido el buen sentido de refrenar su lengua.

El día fue pasando mientras el carruaje avanzaba hacia el sur, a través de un estrecho valle cobijado entre los ríos Edén y Petteril, los cuales atravesaban el viejo bosque de Inglewood.

A ambos lados de la carretera, líneas de muros de piedra gris separaban diminutas parcelas de tierra de labor. A intervalos, un grupo de casuchas blancas, una pequeña iglesia y de «ruando en cuando una casa de postas se arremolinaban formando una aldea. Hacia el este se extendía la joroba gris y desigual del espinazo de Inglaterra, los montes Peninos.

La noche anterior, cuando Thorn y ella habían recorrido el último tramo del camino de Carlisle, estaba tan oscuro que no había podido ver todo aquello. Ahora, el apacible y remoto encanto de aquellos lugares la envolvía, aplacando la rabia turbulenta que agitaba su espíritu.

De pronto, el interior del carruaje le pareció demasiado grande, silencioso y vacío sin la presencia de Thorn.

Y no porque Thorn tuviera un gran presencia. Al menos, no al estilo vivaz, efusivo y frívolo de su amigo Weston St. Just. Thorn Greenwood tenía un carácter semejante al paisaje de la campiña de Cumberland: apacible, sereno y modesto, y sin embargo rico, honesto, fuerte y virtuoso. O eso había creído Felicity.

¿Cómo podía haberlo juzgado tan mal?

¿Lo había juzgado mal?

En su soledad, no podía esconderse de la verdad. Quizá no se había equivocado respecto al carácter de Thorn en los largos y dulces días y noches que habían compartido en su viaje al norte. Lo más probable era que lo hubiera juzgado mal en esos momentos de ofuscación en que los viejos miedos se habían apoderado de ella y una vida entera de amargas sospechas había marchitado el frágil capullo de su confianza en él.

Aunque nadie podía verla, Felicity se tapó la cara con las manos y sus hombros se sacudieron con silenciosos y secos sollozos que la leve humedad de las lágrimas podría haber aliviado, de no ser porque había malgastado todas sus lágrimas por una causa que no valía la pena.

Había creído que no podía haber peor tristeza que la de sufrir el dominio o la traición de los más cercanos a ella. Pero en eso también se había equivocado.

Era un golpe mucho más cruel comprobar que sus defectos se imponían sobre sus escasas virtudes. Y vivir con la amarga convicción de que había traicionado su propia felicidad por una cuestión de orgullo ciego y egoísta.

Sintió una intensa punzada de dolor en el vientre y dejó escapar un gemido. El señor Hixon pareció oírlo, pues el carruaje se detuvo casi al instante.

Un momento después, la puerta se abrió y el joven lacayo asomó la cabeza.

—¿Ocurre algo, lady Lyte?

El dolor había dejado de atenazarla, dejándola débil y temblorosa.

—Nada importante, Ned —intentó decir con tranquilidad.

No podía ponerse enferma en ese momento. Tan lejos de casa, sin nadie que se ocupara de ella, salvo un par de criados.

—En cuanto lleguemos a Trentwell, estaré como una rosa. Ahora sea bueno y dígale al señor Hixon que siga adelante.

El muchacho no la obedeció con la prontitud que lady Lyte esperaba de sus sirvientes.

—Le ruego me disculpe, señora, pero no tiene buena cara.

—Claro que no tengo buena cara —replicó Felicity. Sintió que otra oleada de dolor comenzaba a apoderarse de ella y no quería que el joven fuera testigo de ella—. Tú tampoco, francamente. ¿Cómo vamos a tener buena cara después de un viaje tan largo y con tantas prisas? Deja de fastidiarme de una vez y dile al señor Hixon que se dé prisa en llegar a Trentwell —al ver que él seguía dudando, grito—. ¡Vamos!

Antes de que Ned pudiera obedecer, el dolor la atenazó de nuevo. Decidida a no gritar, Felicity se mordió el labio inferior hasta que sintió el sabor de la sangre, cálido y salobre.

Para su sorpresa, Ned cerró la puerta y el carruaje volvió a ponerse en marcha un momento después.

Pero no por mucho tiempo.

El dolor había disminuido hasta convertirse en una punzada constante y casi soportable cuando el carruaje se detuvo delante de una posada de ladrillo rojo.

—¿Qué significa esto? —preguntó entre dientes cuando el cochero y el lacayo abrieron la puerta.

Ned miraba fijamente sus botas, como si esperara encontrar allí la respuesta a la pregunta de su señora.

—No está usted bien, señora. Necesita descansar, o un médico o… algo. El señor Greenwood me pidió que cuidara de usted, y no pienso defraudarlo.

Quizás el saber que Thorn se preocupaba hasta aquel punto por ella podría haber aliviado a Felicity, pero no fue así. Después de las cosas que le había dicho a él y a su hermana, no se merecía tanta consideración.

A su cochero parecía preocuparle aún más que al joven lacayo la idea de desobedecer sus órdenes, pero aun así apoyó a Ned.

—No debe usted hacer otro viaje tan largo, señora. Puede usted despedirnos a los dos sin contemplaciones cuando se recupere, pero hasta entones, no pensamos movernos ni una milla más.

—Muy bien —estaba demasiado cansada y dolorida como para ponerse a discutir con ellos. Le agradaba la perspectiva de descansar en una cama, aunque fuera en una posada, lejos de casa.

Logró bajar del carruaje, pero después se desplomó en los brazos robustos del señor Hixon.

Tenía que estar perdiendo a su bebé. No podía haber otra explicación para aquel dolor.

Sin embargo, y a pesar de que la pena anegaba su corazón, reconocía que tal vez aquella última pérdida no fuera del todo injusta. Después del modo en que había tratado al joven al que decía querer como a un hijo, de cómo había puesto en duda sus decisiones, amenazado su felicidad e intentado dictar sus actos, lady Lyte se veía obligada a admitir que quizá fuera demasiado egoísta para ser una buena madre.

—Ojalá nuestra madre pudiera verte hoy, querida —Thorn besó la frente de su hermana cuando se disponían a entrar en la pequeña iglesia parroquial de Gretna Green—. Creo que se habría sentido tan orgullosa de ti como lo estoy yo.

La delicada barbilla de Ivy tembló, y su alegre sonrisa se contrajo hasta que pareció tener la mitad de los años que tenía. Como una chiquilla traviesa a la que una diablura se le hubiera ido de las manos.

—Querido hermano, no debes hacerme llorar justo antes de mi boda, aunque estoy segura de que me lo merezco.

Thorn sacó un pañuelo y se lo dio por si acaso.

Ivy se limpió la nariz.

—¡Y pensar que me creía una casamentera! Una insensata, eso es lo que soy. Después de cómo lo he estropeado todo entre lady Lyte y tú, habrías hecho bien en mandarme a Barnhill y encerrarme en el desván hasta que madurara un poco.

—Bueno, bueno —Thorn le levantó la barbilla con un dedo—. ¿Encerrada en el desván en Barnhill? Eso no parece muy duro. ¿Por qué no deportarte a Botany Bay y acabar de una vez?

Ivy esbozó una sonrisa trémula.

—No hace falta que finjas que te lo tomas tan bien. Harás que me sienta peor que si te enfadas conmigo.

—Reconozco que no me hace feliz cómo han acabado las cosas entre Felicity y yo —admitió Thorn—, pero no es culpa tuya. Sé que tenías las mejores intenciones. Si cree que urdimos entre los dos todo este plan para cazarlos a ella y a su sobrino, quizá sea mejor que me haya librado de lady Lyte.

Y quizá, si se repetía a menudo aquellas palabras, acabara por creérselas.

La brisa primaveral agitó los rizos de Ivy y el sol escocés los ungió con un intenso lustre dorado. Sus ojos claros parecían ver en el interior del atormentado corazón de Thorn.

—Yo no lo creo, como no lo creía cuando Oliver y yo nos fuimos de Bath. Y estoy segura de que, en el fondo, lady Lyte no cree ninguna de esas cosas horribles que dijo sobre nosotros.

Thorn sacudió la cabeza y obsequió a su hermana con una sonrisa indulgente.

—Ojalá pudiera compartir tu optimismo, querida mía.

—No se trata únicamente de que desee lo mejor para ti, Thorn —Ivy lo agarró de la mano y miró fijamente sus ojos, como si quisiera obligarlo a compartir su ardiente convicción—. ¿Recuerdas que Merritt acusó a Rosemary de tenderle una trampa cuando descubrió que estábamos arruinados?

—¿Cómo iba a olvidarlo? —aquello había estado a punto de partirlo en dos, viendo cómo su querida hermana y su amigo del alma se hacían infelices el uno al otro.

—Seguramente nunca se hubieran reconciliado de no ser por ti —prosiguió Ivy—, aunque sé que nunca admitirás que hiciste de casamentero.

Thorn adoptó su tono fraternal más severo.

—Si estás pensando en interceder por mí ante lady Lyte, quítatelo de la cabeza, jovencita. No lo consentiré. ¿Me oyes?

—¡Jamás se me ocurriría! —protestó Ivy—. Lady Lyte y tú debéis reconciliaros por vuestros propios medios, Thorn. Sé que podríais si pusierais un poco de vuestra parte —señaló con la cabeza la iglesia donde la esperaba el novio—. Esta última semana he madurado mucho, ¿sabes? Después de las cosas que Oliver me ha contado sobre su tía y sobre él, siento compasión por las personas tan ricas. ¿Cómo pueden saber si alguien las quiere de verdad?

Felicity había creído una vez que él no pretendía hacerse con su fortuna. Thorn recordaba cómo lo había conmovido aquello.

Ivy le apretó con más fuerza la mano. Thorn nunca la había visto tan seria.

—Cuando lady Lyte dijo esas cosas, lo que quería decir era que no creía merecer ser amada por sí misma. No es de ti de quien desconfía, sino de sí misma.

Él abrió la boca para decirle que se estaba dejando llevar por su imaginación romántica.

Pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, un enjambre de recuerdos acudió a su mente. El más vivido de ellos era del día anterior, de cuando iban llegando a Carlisle. Thorn podía oír el murmullo melancólico de Felicity tan claramente como si la tuviera entre sus brazos.

«No soy lo bastante buena para ti».

¿Podría ser cierto lo que decía Ivy? ¿O se estaba aferrando a una vana esperanza porque no tenía valor para afrontar la verdad?

—Debes ir tras ella, Thorn —Ivy le apretaba con tanta fuerza la mano que le hacía daño—. Sé que, en cuanto tenga ocasión de pensar en lo que ha pasado, lady Lyte se dará cuenta de que ha cometido un error. ¿Y qué se puede hacer en un largo viaje en carruaje, aparte de pensar?

¡Si aquella inocente chiquilla supiera! Thorn se puso colorado.

Justo en ese momento, Oliver Armitage apareció en la puerta de la iglesia con una expresión ansiosa en su rostro fino e inteligente.

Ivy lo miró y en sus ojos danzó un brillo malicioso.

—A menos que uno vaya bien acompañado, claro.

Quizás la muy descarada supiera casi tanto como él, pensó Thorn, recordando el abrazo apasionado en que había sorprendido a Oliver y a su hermana esa misma mañana.

Oliver enarcó una ceja mirando a su novia, como si le preguntara de qué se reía mientras él estaba hecho un manojo de nervios.

—Temía que hubieras cambiado de idea y que hubieras convencido a tu hermano para que te llevara de vuelta a casa.

—Eso nunca —la chispa de los ojos de Ivy se convirtió en un dulce fulgor mientras miraba a su futuro marido—. Sólo le estaba dando algunos consejos amorosos a Thorn…, a pesar de que había jurado no volver a jugar a ser Cupido.

—Vamos, entonces, lady Cupido —Thorn apoyó la mano de su hermana sobre su brazo—. No hagamos esperar más a tu prometido.

Oliver volvió a entrar en la iglesia mientras Thorn e Ivy lo seguían con paso más decoroso.

Al llegar a la puerta, Ivy vaciló. Thorn se preguntó por un momento si se estaría arrepintiendo.

Su hermana levantó la mirada hacia él.

—¿Me harías un favor, Thorn…, como regalo de bodas?

¿Cómo había sabido que lamentaba profundamente no tener ningún regalo que ofrecerle en un día tan especial?

—Muy bien, cariño. ¿Qué quieres?

—Ve tras lady Lyte, aunque sólo sea para asegurarte de que llega a salvo a Trentwell. Sé que Oliver está preocupado por ella y que se siente culpable por ir contra sus deseos después de lo bien que se ha portado con él.

¡La muy granujilla!

—¿No deberías pensar en tus amoríos ahora, en vez de mezclarte en los míos?

Ella lo miró con expresión implorante. Una expresión a la que Thorn nunca había podido resistirse.

—No irás a darle un disgusto a tu hermanita el día de su boda, ¿verdad?

Thorn alzó los ojos al cielo y masculló de mala gana:

—Está bien, pero sólo porque tengo miedo de que me tengas discutiendo en la puerta de la iglesia hasta que tu pobre novio se desespere.

Ivy le apretó el brazo y le obsequió con la cálida sonrisa que ponía siempre cuando se salía con la suya.

—No lo lamentarás, te lo prometo. El amor es una fuerza muy poderosa, ¿sabes?, si tenemos valor para usarla, claro.

Thorn sintió un estremecimiento. ¿Dónde había oído aquellas palabras antes?

—Vamos —musitó Ivy, tirando de él—. No quiero hacer esperar al pobre Oliver.

Mientras caminaba hacia el altar, con Ivy del brazo, Thorn miró con agrado la sencilla iglesia escocesa. Oliver e Ivy se habían fugado, pero él había insistido en que una ceremonia cristiana bendijera su unión, no un rito apresurado y furtivo oficiado sobre un yunque por un herrero.

El vicario carraspeó y comenzó a recitar sin apenas mirar su libro de oraciones.

—Hijos míos, nos hemos reunido aquí, ante los ojos de Dios y de estos testigos, para unir a este nombre y esta mujer en santo matrimonio.

Un rato después, cuando se le preguntó si entregaba a su hermana en matrimonio, Thorn contestó que sí con voz firme y confiada. Sin embargo, al entregarle la mano de Ivy a su novio, lo embargó una sensación de melancolía.

Le parecía que había sido ayer cuando había sacado a la pequeña Ivy de la cuna para que le dijera el último adiós a su madre, aunque sabía que la niña no lo recordaría.

Y allí estaba ahora Ivy, pronunciando sus votos nupciales con voz clara y melodiosa. Una bella muchacha, a veces impulsiva y frívola, pero siempre

bondadosa y optimista. Él había hecho cuanto había podido por ella, a pesar de lo inepto que se sentía para la tarea.

Ahora debía confiarla a un joven que parecía asustado y enamorado a partes iguales. Un joven que, a menos que Thorn se equivocara del todo, tenía muy poca experiencia con el bello sexo. Pero, en fin, Ivy había logrado florecer a pesar de la inmadurez de quien le había servido de padre. Un marido tan verde seguramente no le haría ningún mal.

Un dulce calor se aposentó en el fondo de su corazón. Era como si su madre estuviera intentando decirle, del único modo que podía, que aprobaba cómo había educado a su pequeña.

De pronto comprendió dónde había oído el consejo que Ivy le había dado acerca del poder del amor y el valor de usarlo. Había sido mucho tiempo atrás, cuando su madre le contaba cuentos de princesas encantadas a las que rescataba de los hechizos que las mantenían cautivas el beso del verdadero amor.

Felicity era sin duda como una princesa de cuento de hadas. ¿Habría tejido su pasado un hechizo maligno alrededor de su corazón?

Él no era ningún príncipe, sino más bien una rana. ¿Era posible que tuviera fuerzas para romper la maldición de Felicity? Después de la repugnancia que había visto en sus ojos y oído en su voz esa mañana, ¿tendría coraje para intentarlo?

Tal vez, pero primero tenía que cumplir con un último deber fraterno.

Una vez acabaron de firmar el registro matrimonial, mientras Ivy le preguntaba al vicario y su esposa si podían recomendarles alguna buena posada, Thorn se llevó aparte a su flamante cuñado para hablar con él en privado.

—Sé paciente con ella esta noche, muchacho, y trátala con delicadeza.

Podría haber sido peor, suponía. Por lo menos no se había visto de nuevo en el brete de explicarle a su hermana lo que significaba compartir la cama con un hombre. Había necesitado una buena copa de coñac tras su charla fraternal con Rosemary la víspera de su boda.

—Quiero muchísimo a Ivy, señor Greenwood —dijo Oliver—. Le doy mi palabra de que nunca haré nada que pueda lastimarla o causarle temor —el novio se quedó mirando el suelo de la iglesia, por el que restregaba la puntera del zapato, y confesó—. Aquí, entre nosotros, su hermana parece saber más sobre ese asunto que yo.

Thorn intentó sofocar una sonrisa. Por lo visto Rosemary había cumplido mejor que él la tarea de preparar a su hermana pequeña para lo que la aguardaba en su noche de bodas.

—Entonces parece que los dos estáis en buenas manos. Cuando volváis a Inglaterra, podéis instalaros en Barnhill el tiempo que queráis.

Los ojos de Oliver brillaron, llenos de gratitud, como si Thorn acabara de hacerle el mejor regalo de boda del mundo.

—Le prometo que haré cuanto esté en mi poder para asegurarme de que Ivy no se arrepienta nunca de haberse casado conmigo.

—Hazlo, y me sentiré orgulloso de llamarte hermano —Thorn le tendió la mano y Oliver se la estrechó con firmeza—. Ahora debo irme —la mirada de Thorn se dirigió hacia el sur, hacia Solway Firth e Inglaterra, mientras se preguntaba dónde estaría en ese momento la tía de Oliver—. Ivy insiste en que vaya tras Felicity para que me asegure de que no le ocurra nada en el viaje…, aunque tenga que vigilarla desde lejos.

Todavía tenía el caballo de Weston St. Just y el portero de Carlisle le había devuelto dinero suficiente como para pagarse algunas comidas frugales y una cama en la que dormir durante el viaje. Aunque le molestaba gastar el dinero de Felicity, se justificaba pensando que iba a hacerle un servicio, quisiera ella o no.

Ivy apareció junto a Oliver.

—Será mejor que te pongas en camino si quieres alcanzar a lady Lyte —envolvió a su hermano en un fuerte abrazo y le dio un sonoro beso en la mejilla—. Cuídate, Thorn, y no te preocupes por mí —miró con ternura a su marido—. Estoy en buenas manos.

—Sí —sería mejor que no se demorara, se dijo Thorn, o acabaría echándose a llorar—. Compórtate y haz caso de tu marido. Tiene una buena cabeza sobre los hombros, y soy testigo de que has jurado obedecerle.

—¡Hombres! —protestó Ivy con una sonrisa picara que parecía anunciar que obedecería a su marido cuando a ella se le antojara—. ¡Siempre defendiéndose los unos a los otros! Voy a ser la esposa más devota que puedas imaginar.

—Creo que lo serás, cariño —Thorn sofocó una chispa de envidia al pensar en los años felices que se extendían ante Oliver e Ivy—. Bueno, no quiero estorbar más vuestra luna de miel.

Un rato después, iba cabalgando hacia Carlisle, preguntándose cómo era posible que hubiera permitido que Ivy lo engatusara otra vez.

Una cosa era seguir a Felicity desde Bath contra sus deseos expresos. Al menos entonces había podido alegar que actuaba en nombre de los intereses de su hermana, aunque en parte su propósito hubiera sido velar por Felicity. En el fondo de su corazón, quizá había albergado la leve esperanza de una reconciliación…, durante un tiempo, al menos.

Esta vez, por más que intentara justificarse, daría la impresión de que iba persiguiendo a su antigua amante con la esperanza de persuadirla para que le diera una última oportunidad. Cuando, de hecho, no estaba seguro de si se atrevería a aceptar otra oportunidad.

Un hombre prudente sabía cuándo cortar amarras.

Su padre no había sido un hombre prudente; había malgastado su dinero en un esfuerzo desesperado y vano de recuperar su fortuna. Thorn no quería seguir sus pasos.

Su hermana tenía razón al decir que un largo viaje ofrecía tiempo para la reflexión, pensó mientras se dirigía hacia el sur, atravesando el paisaje de austera y tosca belleza de las zonas fronterizas. Demasiado tiempo, quizá, para pensar en el arrepentimiento y el temor, que parecían esperar en cada vuelta del camino, dispuestos a tenderle una emboscada.

¿Sería capaz de encontrar a Felicity? A menos que se detuviera a preguntar por ella en cada posada del camino, corría el riesgo de dejarla atrás sin darse cuenta. Sin embargo, si ella había resuelto viajar a marchas forzadas, cada parada que hiciera lo alejaría de ella.

Quizás eso le ofreciera la excusa perfecta para no hacer lo que le había prometido a su hermana, se dijo al toparse con un carruaje que se dirigía hacia el norte y que estaba parado a un lado de la carretera.

Un lacayo con librea le hizo señas de que parara.

Thorn tiró de las riendas para detener a su montura.

—¿Ocurre algo? ¿Puedo ayudarlos?

—Sí, señor, si es usted tan amable —el joven señaló el carruaje—. Se nos ha roto la rueda de atrás al meterse en la zanja. Hará unas dos millas pasamos por una aldea en la que había un herrero.

Un hombre de mediana edad que parecía ser el cochero salió de detrás del carruaje, con las mangas enrolladas hasta los codos y las manos ennegrecidas.

—Le he dicho que desenganchara un caballo para volver al pueblo y traer ayuda, pero le da miedo montar a un caballo de tiro —el hombre frunció las cejas grises y espesas al mirar con enfado al muchacho—. Hubo un tiempo en que yo era capaz de montar cualquier cosa que tuviera cuatro patas y que soportara mi peso con apenas un trozo de soga como brida. Pero esos tiempos pasaron, me temo.

—En todo caso, me pilla de camino —Thorn se inclinó hacia delante y le tendió su mano al chico—. Dudo que mi caballo note su peso.

Ayudó a subir al joven lacayo tras él y arreó al caballo.

—Muchas gracias por su ayuda, señor —por cómo se agarró a él el muchacho, Thorn comprendió que no se sentía a gusto a caballo de ninguna de las maneras.

—¿Han recorrido hoy mucho camino? —gritó Thorn por encima de su hombro, confiando en distraer al muchacho y en obtener quizá alguna noticia sobre Felicity.

—No mucho, señor —contestó él—. Sólo desde Brough.

Era improbable que se hubieran encontrado con Felicity por el camino, pues el pueblo de Brough quedaba a un par de horas al sur de Penrith, en la ruta hacia Londres.

—Supongo que no habrán visto en la carretera un carruaje muy lujoso desde Penrith aquí —Thorn se oyó describir el carruaje de Felicity hasta los escudos de armas que llevaba pintados en las puertas, aunque sabía perfectamente que era inútil preguntar.

Pero, por inútil que fuera, tenía que conseguir que el lacayo dejara de pensar en la velocidad de su carrera y en la altura que lo separaba del suelo. Y le había hecho una promesa su hermana. Por desagradable que fuera, cumpliría aquella promesa lo mejor que pudiera.

—No, señor…

En fin, no esperaba otra cosa, pero valía la pena intentarlo.

—…, en la carretera, no, señor.

¿Qué? Thorn se sobresaltó, y el caballo sacudió su crin y apretó el paso.

El joven lacayo abandonó toda dignidad y, rodeándole la cintura con los brazos, se aferró a él con todas sus fuerzas.

—E-en u-una posada a-a medio camino entre Penrith y esta zona, señor, cuando paramos a comer algo. Vi ese coche en el patio y me fijé en lo bonito que era.

A pesar de sus recelos, una extraña ansiedad se agitó en el interior de Thorn al pensar que Felicity estaba tan cerca.

—Buena suerte, señor —dijo el joven lacayo al despedirse de Thorn un rato después—. Espero que encuentre a la dama mejor que cuando la dejamos.

—¿Qué ha dicho? —Thorn tiró de las riendas de su caballo bruscamente.

—La dama, señor. La de ese carruaje tan bonito. Oí decir que había tenido que pararse en esa posada porque se había puesto enferma por el camino.

—Maldita sea, muchacho, ¿por qué no me lo ha dicho antes? —una llama de angustia consumió todas las demás emociones que batallaban en el corazón de Thorn.

El joven lacayo tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Pensé que, si lo sabía, haría correr más al caballo, señor.

Lo que decía el muchacho era cierto, y comprensible, pero eso no lo hacía más del gusto de Thorn. Maldiciendo en voz baja, condujo a su montura hacia el sur y le dio a probar la fusta.

Aunque la bestia galopaba como el viento, no podía dejar atrás el negro miedo que perseguía a su jinete.

Capítulo 19

—¿Perderé a mi bebé?

Aunque el dolor había disminuido considerablemente tras una purga suave, Felicity intentaba prepararse para una mala noticia. La vida la había decepcionado tantas veces que no tenía muchas esperanzas.

La posadera, una mujer del norte, alta y huesuda, la tapó con sorprendente delicadeza, pero contestó con voz vigorosa y firme.

—¿Un aborto, quiere decir? No, muchacha, creo que no —se irguió y puso los brazos en jarras—. Y se puede fiar de mí, porque he traído a montones de niños a este mundo. Muchas veces me llaman de Penrith, muchachas de por aquí que se casan con chicos de la ciudad. Siempre quieren que la comadre Merryvale las atienda en el parto.

El peso que oprimía el corazón de Felicity se aligeró un poco.

—Qué suerte he tenido al encontrarla a usted, señora Merryvale. Ha sido muy hábil y muy amable.

No recordaba que la hubieran tratado tan enérgicamente y, sin embargo, de manera tan agradable, salvo en una o dos ocasiones, cuando había bajado la guardia con Thorn.

—Más suerte de la que merece, diría yo —la señora Merryvale frunció el ceño suavemente mientras se atareaba por la habitación, quitando una tetera del fuego y llenando de agua caliente una taza—. ¿Y su marido? ¿Cómo es que la ha dejado hacer un viaje tan largo estando encinta?

—No tengo marido —podía ir acostumbrándose a contar la historia que se vería obligada a relatar durante los años siguientes—. Soy viuda.

Era verdad, contestó a las protestas de su conciencia. No hacía falta que la señora Merryvale supiera cuánto tiempo hacía que había muerto su marido, o que Percy no era el padre del hijo que esperaba. En cierto modo, su separación de Thorn la había hecho sentirse más viuda que la muerte de Percy.

—¡Pobre chiquilla! —exclamó con simpatía la posadera—. Entonces no me extraña que no se haya cuidado como es debido. Pero debe hacerlo, ¿sabe?, por el bien del pequeño que lleva dentro —Felicity asintió con la cabeza obedientemente—. No irá a despedir a Ned, ese muchacho tan simpático, por haber parado aquí, ¿verdad? —preguntó la señora Merryvale.

Sus sirvientes debían de estar muy preocupados, si le habían hablado de ello a la posadera.

Felicity negó con la cabeza. El susto, además de los reveses sentimentales que había sufrido ese día, debían de haberla dejado sin fuerzas… o haber quebrado su terca voluntad, quizá.

—No, no voy a despedirlo ni a él ni al cochero. Se merecen una recompensa por haber cuidado de mí mejor que yo misma.

Sus sirvientes no habían tenido nada que ganar y sí mucho que perder al desafiar su autoridad.

Le costaba digerir la idea de que alguna persona se opusiera a su voluntad y sin embargo lo hiciera por su bien, no por provecho propio. Desde su más tierna infancia había tenido que velar por sus propios intereses, convencida de que nadie más lo haría. Su matrimonio sólo había contribuido a reforzar esa convicción.

¿O quizá había sido víctima de ella?

Ahora, sus relaciones con las dos personas a las que más quería se habían visto también amargadas por aquel convencimiento.

—¿Le duele otra vez, querida? —preguntó la señora Merryvale. Se acercó a la cama llevando la taza que acababa de servir.

—No —Felicity intentó sonreír—. Ese purgante que me ha dado me ha aliviado mucho.

Había aliviado el dolor de su vientre, quizá. Pero el de su corazón se había hecho más intenso. Y ni siquiera una matrona experta como la señora Merryvale tenía remedio para eso. La posadera parecía pensar lo contrario.

—Bébase esto —le puso la taza entre las manos—. Es una tisana de hierbas de mi jardín. No le hará ningún daño ni a usted ni al bebé, pero puede que la alivie. Lo que necesita es descansar, y no lo digo para que se quede más tiempo en esta posada.

Para su sorpresa, Felicity la creía. Bebió despacio de la taza y el sabor le pareció extraño, aunque no desagradable.

La señora Merryvale asintió con la cabeza, complacida.

—Si es usted como todo el mundo, se repondrá mejor bajo su propio techo, querida. Descanse aquí esta noche y mañana por la mañana les diré a sus hombres que ya pueden ponerse en camino —la señaló con un dedo—. Siempre y cuando prometa no correr demasiado. Tiene que pararse a menudo para estirar las piernas y tomar el aire, y parar a cenar antes de que anochezca.

—Se lo prometo —Felicity bebió otro sorbo de aquella extraña tisana, cuyo sabor empezaba a gustarle—. A partir de ahora voy a cuidarme.

La posadera sonrió.

—Claro que sí, querida. Bueno, la dejo para que se acabe su infusión y descanse. Ése es el mejor remedio para casi todos los males, creo yo. Llame si necesita algo, a la hora que sea.

—Gracias, señora Merryvale. Espero no tener que molestarla esta noche, pero quisiera que me hiciera un último favor, si no le importa.

—¿Y cuál es?

—Por favor, dígales a Ned y al señor Hixon que no corro peligro y que tendrán sitio en mi casa mientras ellos quieran.

Su evidente lealtad hacia Thorn le impediría llevarlos con ella cuando se retirara al campo para criar a su bebé, lo cual lamentaba profundamente. Pero, antes de irse, los dejaría bien situados.

La señora Merryvale sonrió.

—Me agradará tanto darles ese recado, muchacha, como a ellos recibirlo, estoy segura. Así que no se preocupe más ni por eso ni por nada.

—Lo intentaré —musitó Felicity mientras la posadera salía de la alcoba.

Ya fuera por la tisana de la señora Merryvale o por su propio cansancio, el caso fue que una extraña paz se apoderó de ella. Aunque no entendía muy bien qué le pasaba, se rindió a aquella sensación y dejó escapar un suspiro de alivio.

Algún tiempo después, el suave ruido de la puerta al abrirse la despertó de su ligero sopor.

Abrió los párpados un poco y miró hacia la puerta, esperando encontrar a la señora Merryvale. Pero vio una figura que le resultaba familiar y que había temido no volver a ver nunca más.

¿Thorn? ¿Sería aquello un dulce sueño provocado por la infusión de hierbas de la señora Merryvale? Si así era, Felicity no quería hacer nada que pudiera disiparlo.

El hombre del sueño no intentó despertarla. Se quedó allí parado, en silencio, observándola. Sin atreverse a abrir más los ojos, pero decidida a no cerrarlos mientras la amada efigie de Thorn estuviera ante su vista, Felicity lo miró con fijeza, viéndolo con una nueva lucidez.

Lo había elegido como su amante por motivos equivocados. Había confundido su consideración con debilidad, su callada constancia con necedad. Había sido ciega a sus muchas virtudes, y cuando ello se había hecho imposible, había luchado, a veces denodadamente, por no enamorarse de él.

¿Qué había visto Thorn en ella que lo había impulsado a tolerar todos sus excesos? Felicity desearía haber podido verse a sí misma a través de sus ojos. ¡Cuánto ansiaba ser la clase de mujer por la que él la había tomado!

Al cabo de un momento, Thorn retrocedió hacia la puerta sin hacer ruido.

—¡Por favor, no te vayas! —ella luchó por incorporarse sobre las almohadas.

Thorn se sobresaltó al oír su voz y se detuvo.

Debía de ser real. Tenía que estar allí.

¿Qué podía decirle para que no se alejara?

—¿Ha-has venido en mi busca?

Mientras decía estas palabras, comprendió que había metido la pata. El semblante de Thorn adquirió una expresión tensa y cautelosa.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —preguntó—. Estos caminos no son seguros, y no sabía si tendrías la prudencia de parar en una posada decente antes de que se hiciera de noche.

Debería haberlo sabido. El brote de esperanza que había aflorado en el corazón de Felicity comenzó a marchitarse. El hecho de que Thorn hubiera ido en su busca no significaba que todavía le importara.

La había acompañado hasta Carlisle, de modo que consideraba su deber escoltarla de nuevo hacia el sur, por más que aborreciera la tarea.

—Me dijeron que estabas enferma —Thorn no pudo ocultar su angustia.

—Ya estoy mucho mejor —dijo Felicity, ansiosa por quitarle importancia al asunto—. Fueron los nervios y el cansancio del viaje.

Si le decía la verdad, que estaba esperando un hijo, Thorn se sentiría obligado a cumplir con su deber, aunque no pudiera olvidar cómo lo había tratado ella.

No podía atarlo de esa forma. Ni condenar a su hijo a vivir en un hogar lleno de velada hostilidad y resentimiento por un lado y amargo arrepentimiento y desesperanza por el otro.

Pero ¿y si…?

¿Cabía la posibilidad de que Thorn la perdonara? ¿De que se reavivara el amor que había sentido por ella?

—¿Y Oliver e Ivy? —preguntó, decidida a que no pensara más en su indisposición.

Qué ironía que la boda que tanto se había esforzado por impedir le ofreciera ahora un puente hacia Thorn.

—Son marido y mujer desde hace unas horas —sus facciones severas se ablandaron un poco al hablar de ellos, y la esperanza volvió a agitar sus bellas alas en el corazón de Felicity—. Insistí en que al menos se casaran delante de un párroco de verdad.

—Te lo agradezco —musitó Felicity. Oliver casado, y ella ni siquiera había estado allí, por culpa de su egoísmo.

Thorn dio un paso hacia la cama, pero con reticencia, como si se sintiera atraído hacia allí contra su voluntad.

—Aunque te cueste creerlo, Oliver quiere a mi hermana, ¿sabes? Y ella a él. Sin duda tendrán algún rifirrafe hasta que se conozcan mejor, pero… —su voz se apagó un instante—. Con el apoyo de sus familias, creo que esas primeras tormentas pasarán y que algún día todos nos daremos cuenta de que su impetuosa decisión fue sabia, a fin de cuentas.

¿Había una nota implorante en su voz cuando hablaba de que Ivy y Oliver necesitaban el apoyo de sus familias? ¿O era sólo un eco de la súplica que entonaba el corazón de Felicity?

—No voy a desheredar a mi sobrino —se sentó muy despacio, como si no quisiera asustar a Thorn. Tampoco quería que le volviera el dolor estando él presente—. Fue una crueldad por mi parte amenazarlo con algo así —Thorn no la

contradijo—. Recuerdo cuánto odiaba que me controlaran los que tenían poder sobre mí —prosiguió ella—. Hoy usé mi poder sobre Oliver para controlarlo.

Gracias al cielo, había llorado hasta quedarse sin lágrimas en la intimidad del carruaje. Si se echaba a llorar en ese momento, delante de Thorn, sabía que ablandaría su tierno corazón. Pero no quería que volviera con ella por compasión.

—Estoy tan avergonzada de cómo me he comportado esta mañana, que no sé si podré volver a mirarme al espejo —bajó la cabeza.

El suave sonido de un paso la hizo levantar la vista. Thorn se había acercado a la cama. Si extendía el brazo, Felicity podría tocar con el dedo índice la pechera de su chaqueta.

Él se puso en cuclillas. Felicity contuvo el aliento. Para sus adentros, rezaba como no había rezado nunca antes.

Las sombras habían empezado a alargarse en aquel ocaso de finales de la primavera. A lo lejos se oía el rumor de los caballos en el establo, ruido de equipajes y la algarabía sofocada del comedor. El interior de la habitación de Felicity permanecía suspendido en un silencio temeroso que parecía suplicarle que lo llenara con el latido ansioso de su corazón.

Si alargaba el brazo, podría rozar las cálidas y suaves patillas de Thorn. Sintió un cosquilleo, como si su brazo tuviera voluntad propia y ansiara levantarse.

Pero, mientras luchaba por dominarse, su lengua la traicionó.

—No sé a cuál de los dos ofendí más hoy, si a Oliver o a Ivy. Supongo que todos me odiáis. Y no os lo reprocho. Yo tampoco siento mucho aprecio por mí misma en este momento —una pregunta afloró a sus labios. No iba dirigida hacia Thorn, sino hacia ella misma—. Me pregunto si alguna vez lo he sentido.

Thorn intentó levantar a su alrededor una muralla de compostura, pues sentía formarse dentro de su ser una gran oleada de emoción que amenazaba con abatirse sobre él y arrastrarlo en su camino.

—Nadie la odia, lady Lyte —se le trabó la lengua al llamarla con tanta formalidad, pero en ese momento no se atrevía a utilizar un nombre más íntimo—. Quítatelo de la cabeza de una vez por todas —intentó disipar la muda tensión que había entre ellos—. Fue Ivy quien me pidió que viniera detrás de ti, aunque asegura que lo sucedido hoy la ha curado para siempre de su manía de casamentera. Yo creo que eso está por ver —el intento de bromear fracasó estrepitosamente.

—Tu hermana es muy generosa, para ser tan joven —musitó Felicity—, por apiadarse de mí después de haberla acusado falsamente de ser una cazafortunas —entonces, ¿por qué el gesto de Ivy la hacía sentirse tan afligida? Exhaló un profundo suspiro—. El hecho de que se haya casado con mi sobrino a pesar de que amenacé con desheredarlo demuestra que quiere a Oliver de verdad. Me apena pensar que estuve a punto de impedirle conocer esa dicha.

—Pero no fue así —Thorn deseaba tomarla en sus brazos, pero no estaba seguro de que su abrazo fuera bien recibido—. En cierto modo, puede que les hayas hecho

un favor. Ahora tu sobrino nunca dudará de que Ivy lo quiere por sí mismo. Y mi hermana sabrá que Oliver estaba dispuesto a renunciar a sus expectativas por ella.

Felicity sacudió la cabeza.

—Cuánto desearía que fuera sólo eso, una estratagema como la que ideasteis para convencer al señor Temple de la sinceridad del afecto de tu hermana.

Una idea asaltó de pronto a Thorn, encendiendo una sonrisa que iluminó su cara de dentro afuera.

—¿Y quién sabrá que no fue sólo eso, si los dos contamos la misma historia? —sus palabras cobraron velocidad y convicción a medida que hablaba—. Podemos decir que sólo intentábamos demostrarnos a nosotros mismos y ante ellos que sus sentimientos eran fuertes y sinceros —se echó a reír con ganas—. Santo cielo, ojalá se me hubiera ocurrido a mí la idea.

Felicity levantó los ojos hacia él. El dolor que vio en ellos enmudeció a Thorn.

Ella se llevó la mano a los labios, quizá para ocultarlos, quizá para detener su temblor.

—¿Harías eso por mí?

Él asintió con la cabeza.

—Y por Oliver e Ivy. Creo que preferirán considerarte una actriz brillante representando un papel que… —Thorn no tuvo valor para acabar la frase. Pero, para su sorpresa, Felicity no se inmutó.

—… que ver nuestras futuras relaciones empañadas por la certeza de que consideraba realmente a mi querido sobrino un tonto y a su amada esposa una cazafortunas.

—Mejor para todos, ¿no crees?

A Thorn rara vez le había parecido tan hermosa, a pesar de que la pena y el cansancio ensombrecían su rostro. El pelo negro le caía sobre los hombros del camisón blanco. Sus pestañas montaban de nuevo guardia delicadamente sobre los secretos de sus ojos. Sus labios le instaban a besarlos hasta que sonriera.

¿Cuántas veces, en los meses anteriores, había acudido a su lecho? A pesar del placer que había encontrado allí, Thorn nunca había confiado del todo en que mereciera un lugar en sus brazos. Saber que Felicity lo había creído capaz de conspirar con su hermana para engañarlos a ella y a su sobrino le hacía sentirse sucio.

Y sin embargo…

Felicity levantó de nuevo la mirada hacia él.

—No he hecho nada para merecer un trato tan generoso de usted, señor.

Thorn se aventuró a mirarla otra vez a los ojos y vio en ellos gratitud, como si ella le debiera una deuda impagable que él hubiera cancelado de pronto.

¿Quién, pues, era el más rico de los dos?

¿Felicity, con su bolsa llena y su vida vacía? ¿O él, con el tesoro que representaba el amor de su familia, que, depositado en su corazón, generaba provechosos intereses?

Seguramente podía permitirse hacerla partícipe de su generosidad.

—Al contrario, lady Lyte —Thorn le tendió la mano—. Me ha procurado usted las semanas más felices de mi vida.

Ella extendió la mano sobre la colcha, pero dudó antes de dársela.

—No me costó nada hacerlo. En realidad, creo que tú me diste mucho más de lo que recibiste.

Él acercó sus dedos a ella.

—Quizá, cuando un hombre y una mujer se entregan libremente el uno al otro, sin pensar en el coste, los dos reciben su recompensa.

Felicity se acercó lentamente, posando su delicada mano sobre la de él.

—¿Podrás perdonarme alguna vez, Thorn?

—¿Me lo estás pidiendo?

—Te lo estoy suplicando.

Él le apretó los dedos antes de que pudiera retirarlos.

—No hace falta que supliques. Creo saber por qué dijiste todas esas cosas esta mañana. Fue por cómo te trataron de pequeña, ¿verdad? Y, después, por cómo te trataron tu marido y su madre.

—Sí, pero no tengo excusa —Felicity levantó la barbilla con expresión desafiante. Quizá quisiera su perdón, pero no quería que la compadeciera—. Tú siempre has sido amable y bueno conmigo. Compararte con esas personas fue un insulto de la peor especie que no te merecías. Y más aún sabiendo cuánto significa para ti tu integridad. Pedirte perdón no me parece suficiente —antes de que Thorn pudiera contestar, se apresuró a añadir, como si temiera su respuesta—: No sé de qué me arrepiento más, si de haberte tratado tan mal o de ignorar tu excelente consejo de reconsiderar mis actos. En cuanto recobré la razón, me di cuenta de lo necia que había sido.

Y esa amarga convicción la había hecho enfermar.

—No puedo fingir que tus acusaciones no me afectaran —Thorn levantó su mano libre y tomó las de Felicity—. Sufriría si de verdad me creyeras capaz de conspirar para tenderte una trampa…

—¡Pero no es así! —Felicity descolgó las piernas por el borde de la cama—. Sólo pensé que las circunstancias encajaban, como en el argumento de una mala comedia —sacudió la cabeza—. Pero cuando intenté ponerte en el papel de villano, no pude hacerlo.

—Lo sé —dijo Thorn—. Sé que tu dinero para mí sólo es un engorro. Sé que quiero vivir contigo, no con tus propiedades. Eso es lo que importa, a la postre. Por eso puedo y quiero perdonarte.

No estaba seguro de qué reacción esperaba de ella. ¿Una lágrima o dos, quizá? Un abrazo habría sido bien recibido. Pero Felicity siguió observándolo desde la cama con una mirada extraña que Thorn no lograba interpretar.

—¿Qu-quieres vivir conmigo? —susurró con tal asombro que una extraña alegría se agitó en el pecho de Thorn—. ¿Todavía?

Una lenta sonrisa distendió los labios de Thorn.

—Pues claro —contestó con el mismo tono que habría empleado para decir si el cielo era azul o si una libra tenía veinte chelines.

Recordaría toda su vida el grito de alegría que dio Felicity al tiempo que le echaba los brazos al cuello, de modo que acabaron los dos en el suelo.

No le bastaba con sus palabras. Felicity necesitaba sentirse rodeada por sus fuertes brazos. Necesitaba que la besara para convencerse de que lo que Thorn sentía por ella no había cambiado.

Todos sus sentidos temblaron, enfebrecidos, pendientes de cualquier señal, por sutil que fuera, que contradijera las palabras de Thorn.

Tumbado en el suelo, Thorn la rodeó con sus brazos y la besó.

Aquel beso parecía distinto a cuantos se habían dado antes. Pero a Felicity le gustó la diferencia; había en él una confianza magistral que la hizo estremecerse y alivió su espíritu afligido.

Había sido perdonada.

Como una lluvia cálida sobre los campos resecos, la energía enriquecedora de aquella sensación tan ajena a ella empapó su corazón.

Su familia nunca la había perdonado por no ser un varón. La familia Lyte nunca la había perdonado por no tener hijos. Y ella, a su vez, nunca había podido perdonar las infidelidades de su esposo. Aunque él nunca se lo había pedido.

Una y otra vez durante su viaje al norte. Thorn había visto el peor lado de su carácter: déspota, desconfiado, inseguro. Sin embargo, había persistido en su amor por ella, incluso cuando ella parecía empeñada en apartarlo de sí.

¿Sentía también Thorn la diferencia en el modo en que reaccionaba ante él? Hasta ese momento, siempre se había reservado parte de su ser, temiendo entregar lo que no podía permitirse perder. Ahora se ofrecía a él completamente, segura de que él aceptaría la suma total de lo que era, incluso aquellas partes que hasta a ella le desagradaban.

¡Oh, el calor de sus manos al acariciar su cuerpo por encima del camisón! ¡La deliciosa energía de sus besos! Ambas cosas aún más dulces porque no esperaba volver a sentirlas nunca.

—Si tuviera imaginación —murmuró Thorn entre besos—, diría que hasta el suelo de madera parece un lecho de plumas mientras te tenga en mis brazos —hizo una exagerada mueca de dolor—. Pero espero que no te ofendas si te digo que tu cama tiene una pinta irresistible después de un largo día de viaje a caballo.

—Claro que no —Felicity se apartó de él, soltando una risa algo débil y temblorosa—. Si dijeras una tontería semejante, pensaría que te has caído del caballo y te has dado un golpe en la cabeza. Vamos —lo agarró de las manos para ayudarlo a levantarse del suelo—. Que ésta sea la primera noche de un nuevo comienzo para nosotros.

—Me gusta cómo suena eso —Thorn se sentó al borde de la cama para quitarse las botas de montar.

Se quitó la chaqueta y siguió luego desabrochándose el chaleco.

Felicity estaba tan distraída pensando en la noche que la esperaba que no oyó que unos pasos se acercaban.

La puerta se abrió un poco y un instante después se abrió del todo, bruscamente, y la posadera irrumpió en la habitación.

—¡Cielo santo! ¿Qué es esto?

Felicity chilló.

La señora Merryvale se abalanzó sobre Thorn y, agarrándolo de la oreja, lo obligó a levantarse.

—¡Maldito bribón! ¡Acosar a señoras indefensas en mi casa!

—¡Ay! —Thorn intentó desasirse—. Se equivoca usted, señora. No estoy acosando a nadie. Ésta es mi… mi mujer.

—Es cierto, señora Merryvale —gritó Felicity, ansiosa por librar a Thorn del castigo de la posadera—. Mi… marido se enteró de que me había puesto enferma y ha venido a buscarme enseguida.

—Me han dado un susto de muerte —la posadera frunció el ceño. Pero no le soltó la oreja a Thorn—. Oí ruido y vine a ver si pasaba algo.

—Gracias por su interés —Felicity tiró de Thorn hacia la cama—. Pero me siento mucho mejor ahora que mi marido está aquí.

—¿Su marido? —masculló la posadera—. Creía que me había dicho que era viuda.

Felicity intentó recordar qué le había dicho exactamente.

—Puede que me entendiera mal.

La señora Merryvale sacudió la cabeza.

—Me extraña. ¿No se acuerda? Le pregunté cómo es que su marido la había dejado viajar por el campo en su estado y…

Felicity se levantó de un salto de la cama y la empujó hacia la puerta sin contemplaciones.

—No sabía lo que decía.

—¿Qué estado? —preguntó Thorn.

Felicity fingió no haberlo oído y siguió parloteando.

—Ya me siento mucho mejor. Se lo juro, este hombre es mi marido, y estamos los dos muy cansados, así que, si no le importa…

—¿Qué estado?

—¡Hombres! —la posadera exhaló un suspiro de exasperación mientras Felicity la conducía a la puerta—. ¿Qué estado va a ser, majadero? Está encinta, por supuesto. Ahora, si tiene un poco de sentido común, no la dejará que vaya por ahí en ese carruaje, o la próxima vez que se ponga enferma lejos de casa, quizá no tenga tanta suerte.

Felicity cerró la puerta detrás de la mujer, sin importarle si le daba un golpe en la espalda.

Ojalá hubiera podido hacer desaparecer la revelación de la señora Merryvale, que pendía en el aire como una nube de oscuro humo.

Capítulo 20

—Por favor, Thorn, puedo explicártelo.

La voz de Felicity pareció llegarle desde muy lejos mientras un enjambre de ideas se agolpaba en su cabeza, gritando todas a un tiempo.

Dio voz a la más insistente de todas.

—¿Encinta?

—Sí.

—¿De mí?

—¡Pues claro!

A Thorn le temblaron las piernas. Por suerte, estaba cerca de la cama y puso sentarse.

Felicity estaba embarazada de él. ¿Cómo era posible?

La cruel verdad lo golpeó como un mazazo, mofándose de él por haberse dejado engañar tan fácilmente.

«Te preguntabas por qué había tomado a un hombre como tú como amante», bramaba, revoleándolo por el lodo. «Pues ahí tienes la respuesta, cretino».

Buscó a tientas sus botas por el suelo.

Felicity se las quitó, igual que le había quitado la vela de las manos aquella noche en Bath, cuando él fue a contarle lo de su hermana y Oliver.

—No pienso dejarte marchar hasta que me des la oportunidad de explicarme, Thorn.

—¿Explicarte? —dijo él soltando una amarga carcajada—. Prefiero no poner a prueba tu capacidad de invención, querida. Me maravilla que, después de una semana, no se te haya agotado.

De pronto, todas las cosas que le habían extrañado en su conducta durante esa semana habían cobrado sentido brutalmente.

—Iba a decírtelo —ella parecía la viva imagen de la sinceridad culpable.

Thorn endureció su crédulo corazón.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo? ¿Cuándo el niño cumpliera un año? ¿O cuando cumpliera diez? ¿O quizás en mi lecho de muerte? —extendió una mano—. ¡Deja de mentirme, maldita sea, y dame las botas!

Ella se puso delante de la puerta y escondió las botas tras su espalda.

—Al principio no pensaba decírtelo.

—Eso sí que parece verdad —Thorn agarró su chaqueta y se puso las mangas—. Después de tragar tantas mentiras, me asombra reconocer aún una verdad cuando la oigo.

Le desagradaba el desdén burlón que oía en su voz. Pero no podía contenerse. Si no escupía el veneno que bullía dentro de él, temía que consumiera su corazón.

—Puede que creas que debería sentirme halagado porque me eligieras como semental para tu potrillo.

Felicity se quedó boquiabierta.

Thorn sintió un placer perverso al ver cómo la afectaba su despliegue de crueldad.

—¿Eso es lo que crees que he hecho? —preguntó ella.

—¿Y qué voy a creer, si no? —una levísima duda se agitó dentro de él, pero Thorn la pisoteó—. Me aseguraste que eras estéril, y está claro que no es así. Tú misma has dicho que pensabas callártelo, y sólo tengo tu palabra de que tenías intención de decírmelo alguna vez.

Y pensar que se había sentido halagado pensando que una mujer como ella pudiera quererlo, cuando no había sido más que un objeto de uso… Al salir de Bath, se había convertido en una carga para ella, y Felicity había intentado aplacarlo con vanos halagos y falsas promesas hasta que pudiera librarse de él.

Felicity no se apartó de la puerta, a pesar de que sus reproches la hacían sufrir.

—Sé que no te he dado motivos para fiarte de mi palabra, Thorn, pero te ruego que me escuches de todos modos. Ahora veo que lo que pensaba hacer era un error, pero en aquel momento me pareció que no tenía elección. Por mal que esté, no es ni la mitad de terrible de lo que te parece ahora. Si me escuchas, estoy segura de que me creerás.

—¡Claro que te creeré, maldita sea! —Thorn se pasó las manos por el pelo—. ¿Acaso no me he tragado todas las mentiras que me has contado? Soy un necio, lady Lyte. Un necio enamorado que se ha dejado llevar de la mano… o más bien de otra parte de su anatomía.

Así era probablemente como su padre había llevado a su familia al borde de la ruina, prestando oído a mentiras que deseaba desesperadamente creer.

La certeza de que había permitido que su corazón dominara su cabeza lo sacudió hasta la médula. Ya no se reconocía. Despreciaba lo que había llegado a ser; lo que Felicity Lyte había hecho de él.

—No voy a quedarme aquí para que me persuadas de lo que quiero creer —se acercó a la puerta—. Puedo pasar sin mis botas si insistes en quedártelas. No hace tanto frío. Cabalgaré descalzo.

Pero ¿cómo iba a quitarla de en medio sin tocarla? ¿Y cómo dejaría de tocarla una vez empezara?

La ira que corría por sus venas como fuego no había disipado el deseo que sentía por ella.

Más bien se alimentaban el uno al otro: dos lados de la peligrosa moneda de la pasión. Había hecho bien en mantenerla lejos de su bolsa hasta entonces.

Sin embargo, nunca se había sentido tan vivo.

Felicity no se acobardó cuando se acercó a ella. Ni siquiera se movió.

—Por más que me odies en este momento, sé que no vas a hacerme daño.

Qué bien conocía sus debilidades, y con cuánta habilidad las manejaba.

—Apártate de mi camino, mujer, o no respondo de mis actos.

Felicity se mantuvo en sus trece.

—Cuando te dije que era estéril, creía que era cierto.

¿Por qué iba a consentir que aquel tal Rupert Norbury viviera en su casa si tenía razones para creer que el joven no era hijo natural de su marido?

La vocecilla insidiosa que resonaba dentro de su cabeza alimentaba la furia de Thorn, pues demostraba hasta qué punto había sido presa fácil de las mentiras de aquella mujer.

La agarró con fuerza de los antebrazos, la levantó en vilo y la apartó de la puerta. Si podía refrenar su deseo unos segundos, lograría alejarse para siempre de su poder de seducción.

Y tal vez sentirse afortunado por haber escapado de sus garras con algunos jirones de su dignidad todavía intactos.

¡Iba a perderlo!

Si lo dejaba marchar, el Thorn Greenwood al que había llegado a conocer durante esa semana desaparecería, endurecido por el decoro, apuñalado en el corazón por sus engaños, enterrado bajo una montaña de sospechas y resentimiento.

«¿No era eso lo que querías?», le susurró la desagradable vocecilla de su egoísmo. «¿Qué Thorn Greenwood se alejara de ti y de tu hijo?».

—¡No! —dejó caer las botas y se agarró a los puños de su chaqueta en cuanto él la soltó.

Por su propio bien, no debía rebajarse y suplicarle de aquel modo. Pero no podía permitir que su hijo se viera privado de un padre semejante. Mejor si…

De pronto, comprendió lo que debía hacer.

—¿Abandonarías a tu hijo en manos de una mujer como yo? —preguntó con voz estrangulada.

—¿Cómo? —Thorn se quedó helado.

Felicity procuró que no le temblara la voz. Si no se dominaba, ahuyentaría a Thorn. Quizás para siempre.

—Confío mucho más en tu juicio que tú, querido mío. Te estoy pidiendo, por el bien de tu hijo, que escuches con el corazón abierto lo que tengo que decir. Si lo haces, te prometo que te daré al niño para que lo eduques cuando nazca.

—Si es otro de tus trucos… —Thorn se desasió de un tirón, pero no se acercó a la puerta.

Felicity sacudió la cabeza.

—Jamás diría una cosa así si no la creyera con todo mi corazón.

Durante un instante que pareció demasiado largo, Thorn no dijo nada, ni se movió.

Al fin recuperó el habla.

—¿Por qué?

—¿Por qué estoy dispuesta a entregarte a mi bebé? —la idea hacía temblar a Felicity—. Porque hoy he demostrado que no puedo ser una buena tía, y mucho menos una madre decente, mientras que tú has demostrado que puedes ser padre y madre a la vez.

Si permanecía de pie un solo momento más, se desmayaría. Y seguramente Thorn la tomaría en sus brazos, como había hecho la noche en que había empezado su viaje a Gretna Green.

Entonces quizá la piedad y el deseo de apoderaran de Thorn, y quizá aceptara lo que le había dicho sin llegar a creerlo de verdad.

Por más que quisiera aferrarse a él, no podía hacerlo a ese precio.

Tenía aún suficiente fuerza en las piernas para llegar a la cama.

—Si aún quieres irte, no haré nada por impedírtelo.

Se tapó con las mantas hasta la barbilla, sabiendo que ni su calor ni las brasas de la chimenea podrían protegerla del frío en que la sumiría la marcha de Thorn.

La oscuridad era casi total, pero al resplandor rosado de las ascuas del fuego Felicity vio que Thorn se agachaba para recoger las botas.

Cuando volvió a erguirse y se acercó a la cama, Felicity tuvo que morderse el labio para no gritar su nombre.

Quizá algo en su ser oyera su súplica muda, pues él se dio la vuelta, se apoyó contra la puerta y se deslizó lentamente hasta el suelo.

—Adelante, habla —susurró con un suspiro cansino—. Pero te advierto que te tomaré la palabra en lo del niño. Cueste lo que cueste.

Ahora que él le había dado la ocasión de explicarse, Felicity apenas se sentía capaz de empezar.

—Sean cuales sean tus dudas, convéncete de una cosa. No te tomé como amante para tener un hijo. Creía lo que te dije la noche en que St. Just nos presentó, que era estéril y por tanto tan libre como cualquier hombre para hacer lo que se me antojara.

—Lo recuerdo.

Felicity también. Si pudiera volver a aquella noche, sabiendo lo que sabía ahora, ¿volvería a tomar a Thorn Greenwood como amante? ¿O se conformaría con pedirle un baile, ahorrándose de ese modo todo lo ocurrido desde entonces?

La respuesta que brotó del fondo de su corazón la sorprendió y al mismo tiempo le infundió temor. ¿Tanto había cambiado durante aquel loco viaje a Gretna?

—Cuando me di cuenta de que estaba embarazada, me quedé tan sorprendida como tú. Debí de preguntarme mil veces cómo era posible, hasta que por fin adiviné la verdad: que las mujeres con las que mi marido me había sido infiel no le eran fieles a él.

Thorn dejó escapar una especie de gruñido, y Felicity comprendió que a él tampoco se le había ocurrido la idea.

—No sé por qué no lo entendí antes, sobre todo teniendo en cuenta que ninguno de los supuestos hijos naturales de Percy se parecía a él, como no fuera en su imaginación.

—Vaya, vaya, vaya, pobre lady Lyte —masculló Thorn—. Todo esos años de matrimonio sin hijos, y tiene que venir a amargarle su alegre viudedad un hijo inoportuno.

Una réplica airada afloró a los labios de Felicity, pero se recordó que la amargura de Thorn era sólo una expresión de su dolor.

—No pensé tal cosa. Estaba loca de alegría. Me sentía agradecida, no sabes hasta qué punto. Creo que fue en ese momento cuando empecé a enamorarme de ti.

—¡Ja! —exclamó Thorn, mofándose de ella—. Debo decir que tienes un modo muy particular de mostrar gratitud y afecto. Esa encantadora nota, por ejemplo, en la que me decías que te ahorrara mi presencia. O el modo en que amenazaste con echarme de tu casa cuando fui a buscar a mi hermana.

—Sé que te traté muy mal, y es lo que más lamento de cuanto he hecho en toda mi vida. Pero ¿qué iba a hacer, Thorn? Si te decía lo del bebé, ¿qué habrías hecho tú?

—Te habría pedido en matrimonio, por supuesto.

—Por supuesto —era un pequeño consuelo saber que en eso al menos no se había equivocado—. Y, mientras tanto, te habrías preguntado si te había mentido sobre mi esterilidad para tenderte una trampa.

—¡Eso jamás!

—¿Jamás? —susurró ella con aire desafiante. Tras quedarse pensando un momento, Thorn reconoció:

—Puede que se me hubiera pasado por la cabeza.

—Ya te dije que no quería volver a casarme y porqué.

—Sí.

—Y tú pareciste comprenderlo incluso mejor que yo misma. ¿Ya no queda en tu corazón ni una migaja de esa comprensión?

—Tal vez —Thorn bajó los hombros como si le hubieran pedido que llevara una carga demasiado pesada—. Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Pensaste tú acaso en mí cuando decidiste echarme de tu vida y criar a nuestro hijo sin que yo lo supiera?

—No —reconoció Felicity—. Al menos, no lo suficiente. Te he dicho una y otra vez que soy una persona egoísta, Thorn. Tú siempre le quitabas importancia o decías entenderme. ¿Qué dijiste una vez, que era un afán de protegerme? Hice lo que creí conveniente para proteger a mi hijo y a mí misma.

—¿De mí?

—De un hombre al que apenas conocía y que entonces sólo era para mí una compañía agradable y un amante considerado.

—¿Me conoces ahora mejor? —clavó la mirada en ella desde el otro lado de la habitación—. ¿Lo bastante como para entregarme a tu hijo a cambio de que te escuche, sin ofrecerte nada a cambio?

—Sé que, si nuestro hijo necesita que lo protejan de alguno de sus padres, es de mí.

¿Empezaba a hacer mella en él? ¿O acaso el cansancio había consumido la energía de su ira y hacía que pareciera más tolerante de lo que se sentía? Al menos ella parecía haber disipado la horrenda sospecha de que lo había utilizado deliberadamente para engendrar un hijo.

Un nimio consuelo, desde luego. Pero Felicity lo aceptaba agradecida.

Si Thorn depusiera la coraza que protegía su corazón… Entonces quizá empleara esa sabiduría especial, que nada tenía que ver con la razón, y la juzgara menos por sus pasadas faltas que por sus promesas de futuro.

Pero, si la juzgaba por un rasero que no fuera el de su generosidad, Felicity sabía que fracasaría en su empeño.

Tal y como auguraba, Thorn descubrió en sí el deseo de creer cada palabra que salía de los labios de Felicity. Y eso era precisamente lo que no debía hacer.

¡Qué rompecabezas! Y él sin fuerzas para resolverlo.

Una cosa tenía que admitir: seguramente Felicity lo conocía mucho mejor después de aquella ajetreada semana que tras su apacible aventura en Bath. Él ciertamente la conocía a ella mucho mejor que cuando habían partido hacia Gretna.

O eso había creído hasta una hora antes.

—Supón que estoy dispuesto a creer lo que me has dicho hasta ahora —se detuvo para bostezar—. ¿Sólo me estabas dando falsas esperanzas desde que salimos de Bath con toda esa cháchara sobre el matrimonio? ¿Cómo puedo estar seguro de que no aprovechaste la inocente artimaña de Ivy como un modo conveniente de librarte de mí?

—¡Toda esa cháchara sobre el matrimonio era cierta! —sus palabras poseían una convicción desesperada.

—Salvo lo de que no podías tener hijos. Cuando pienso en cómo luché por aceptarlo, mientras tú llevabas en tu vientre a mi hijo… —si no hubiera estado tan cansado, quizá se habría ido en ese momento.

—Necesitaba saber que no me querías solamente para que te diera hijos. Si recuerdas lo que te dije sobre mi vida con Percy, quizás lo entiendas.

Quizá, si hubiera dormido bien y tomado un desayuno caliente y varias tazas de café, Thorn hubiera podido repasar todo lo que había pasado entre ellos hasta distinguir la verdad de la mentira. Sin embargo dudaba que pudiera dormir a pierna suelta mientras no resolviera aquel asunto satisfactoriamente.

Felicity le lanzó de pronto un desafío.

—¿Tan distinto es lo que he hecho a lo que hizo tu amigo el señor Temple cuando le dijo a Rosemary que había perdido todo su dinero?

Su pregunta sacó a Thorn de su letargo.

—¡Claro que es distinto! A Rosemary le importaba un comino el dinero de Merritt.

—Mientras que a ti te importaba muchísimo tener hijos —Thorn comprendió por su voz quejumbrosa que estaba al borde de las lágrimas—. Y sin embargo estabas dispuesto a casarte conmigo, aunque pensabas que no podía darte hijos. No imaginas lo que eso significó para mí. Nunca me han querido por mí misma.

Entre el cenagal de verdades y mentiras en que se debatía, Thorn sintió por primera vez algo sólido bajo sus pies. Pero ¿era lo bastante grande para servirle de apoyo?

—Fuiste tú —añadió Felicity —quien dijo que debíamos sopesar cada cosa que se interponía entre nosotros y ponerla en la balanza con la perspectiva de una vida separados. Sé que todo esto pesa en mi contra, Thorn. Demasiado —pareció achicarse bajo la mirada cansada de Thorn, y su voz sonó acongojada y, sin embargo, extrañamente resignada—. Pese a todo encontraste un modo de perdonarme por el modo en que me comporté esta mañana. Te conozco lo suficiente como para saber que no podrás perdonarme esto. Sólo quería que me escucharas. Has sido muy paciente. No quiero retenerte más.

En ese momento, un recuerdo muy antiguo se despertó en la memoria de Thorn mientras todos los demás se sumían en el sueño. Una cita de sus años de colegial. ¿De Pitágoras, quizá? ¿O de Arquímedes? «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo».

Recordó también otras palabras. Palabras que había oído por primera vez hacía mucho tiempo y que su hermana había repetido ese mismo día.

«El amor es una fuerza poderosa, si tenemos el valor de usarla».

Hacía falta valor para decir:

—Me equivoqué.

—¿Qué?

Thorn quiso hacerse la misma pregunta.

De un lugar del fondo de su ser surgió una respuesta que lo sorprendió tanto a él como a ella.

—Me equivoqué al decir que había que sopesar el amor como si fueran coles en un mercado. Tampoco es un balance bancario, con depósitos, reintegros e intereses.

No recordaba haberse levantado, pero de pronto se encontró de pie. Apenas sabía por dónde lo llevaban sus pies.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Felicity con un murmullo que parecía lleno de esperanza y, sin embargo, temeroso.

—El amor es una apuesta a todo o nada —se oyó decir Thorn mientras daba un paso hacia la cama—. Se apuesta más de lo que uno puede permitirse perder —dio otro paso—. Contra toda probabilidad.

Si su padre se hubiera arriesgado a decirle la verdad sobre su situación, quizá hubieran podido trabajar mano a mano para recuperar sus pérdidas. Pero Royce Greenwood se había llevado su vergonzoso secreto a la tumba. ¿Era demasiado orgulloso para confesarles sus errores a sus hijos? ¿O temía que nunca lo perdonaran?

Thorn oyó el susurro de las mantas.

—Eso no parece muy sensato —musitó Felicity, muy cerca de él.

Thorn se encogió de hombros.

—No lo es.

—Después de lo que ha pasado, ¿te atreves a jugarte tu felicidad en una apuesta tan arriesgada?

Felicity parecía desvalida y vulnerable; en nada le recordaba a la dama ingeniosa y segura de sí misma que lo había tomado como amante. Thorn comprendía ahora que su aplomo no era más que una fachada. En la rica tierra de su amor, la verdadera confianza echaría raíces y florecería, disipando la inseguridad que la había llevado a ponerlo a prueba una y otra vez.

Thorn le abrió los brazos.

—Creo que las ganancias merecen la pena… para nosotros y para nuestro hijo.

—Eres demasiado bueno para mí —Felicity se abrazó a él—. Pero lucharé con todas mis fuerzas para hacerte feliz.

Thorn inclinó la cabeza lentamente hasta apoyar la frente en la de ella.

—Déjate ser feliz, amor mío, y me harás feliz a mí.

Ella levantó sus labios hacia él como una flor sedienta hacia la lluvia, y en el fondo de su corazón Thorn comprendió que así sería.

Epílogo

Lathbury, Inglaterra. Febrero de 1816.

—Os aseguro que nunca he visto un bebé tan bueno —Ivy Armitage acariciaba la mejilla sonrosada de su sobrina y tocaya, Ivy Olivia Greenwood—. No ha dicho ni pío en el bautizo. Ni siquiera cuando el vicario le echó el agua fría por la cabecita.

Mientras una suave nevada cubría con su manto la campiña del condado de Buckingham, un alegre fuego crepitaba en la chimenea del salón de Barnhill donde se había reunido la familia Greenwood al completo para el bautismo de la pequeña Olivia.

—¿Has oído eso, Hawthorn? —preguntó Rosemary Temple a su hijito, al que sostenía en brazos—. Tu tía Ivy quiere recordarnos a todos que tú lloraste tanto en tu bautizo que luego estuvieron pitándonos los oídos durante horas.

El niño abrió y cerró sus enormes ojos azules y se rió al ver la mueca que hizo su madre.

Merritt Temple, que le estaba leyendo un cuento a su hijo mayor, hizo una pausa.

—No te rías, granujilla. El vicario no se ha recuperado todavía.

Desde su puesto junto al aparador, donde estaba sirviendo copas de ponche caliente, Thorn Greenwood dijo:

—Es probable que el pobre hombre se jubile si sospecha que pueda haber una horda de pequeños Armitage esperando ante la pila bautismal.

—En efecto —dijo Merritt, y lanzó una mirada inquisitiva a Oliver e Ivy—. ¿Hay alguna posibilidad de que eso ocurra en un futuro cercano?

Oliver no contestó; se limitó a mirar hacia el suelo y sonrojarse.

—¡Aja! —exclamaron Thorn y Merritt al unísono.

—¡Felicidades! —Rosemary se agachó para besar a su hermana en la mejilla—. ¿Cuándo podemos esperar el feliz acontecimiento?

—¡Thorn! —se quejó Ivy—. Me estaba reservando la noticia para daros una sorpresa en el desayuno.

—¿Alguien ha dicho desayuno? —Felicity Greenwood entró como una exhalación en el salón—. Debéis de estar muertos de hambre.

Aunque Ivy había visto a menudo a su cuñada durante el verano y el otoño, seguía sorprendiéndole el cambio que el matrimonio había producido sobre Felicity. Todo en ella parecía haberse suavizado y madurado. El fulgor de la maternidad la había embellecido.

—Vengo a deciros que todo está listo al fin —les dijo Felicity—. Vamos a comer antes de que se enfríe. ¿Y qué es eso que he oído de una sorpresa? No se lo habrás dicho aún, ¿verdad, Thorn?

—No, cariño —Thorn le alcanzó a su esposa una copa de ponche y le pasó otra a Oliver—. Acabo de adivinar que los Armitage pronto vivirán un feliz acontecimiento. Ivy se ha enfadado conmigo por adivinarlo. ¿Te enfadarás tú con ella y tu sobrino por hacerte tía abuela siendo tan joven?

—Claro que no —Felicity tomó a Oliver de la mano y se la apretó—. Y menos aún si le dan a Olivia una primita con la que jugar. Odiaría verla tan sobrepasada en número por los chicos.

—No intentéis despistarnos —Merritt Temple se subió sobre los hombros a su hijo Harry, de tres años—. ¿Qué es lo que no nos has dicho, Thorn? Parece que esta mañana todo el mundo se saca un conejo de la chistera.

Harry se giró y miró a su alrededor.

—Yo no veo ningún conejo, papá. Thorn se echó a reír mientras Merritt intentaba explicarle a su hijo aquella expresión.

—No temáis. Pronto os enteraréis. Pero vamos a comernos el desayuno antes de que se enfríe.

Tres doncellas aparecieron para llevar a los pequeños huéspedes al recién reformado cuarto de los niños de Barnhill. Entre tanto, sus padres, tías y tíos se dirigieron al comedor para deleitarse con los manjares del desayuno, sazonados con risas y agradable charla.

—¿Salmón ahumado, Oliver? —preguntó Merritt mientras se servía una generosa porción—. Dicen que el pescado es bueno para el cerebro. ¿Cómo van tus investigaciones, por cierto? ¿Has hecho algún gran descubrimiento?

Oliver le alcanzó su plato.

—Grande no, pero sí algunos pequeños que se sustentan los unos a los otros, lo cual es muy gratificante. Estoy trabajando en unas aplicaciones industriales para la máquina de vapor que ahorrarán muchas horas de trabajo humano y me rendirán grandes beneficios.

Bajo la mesa, Ivy acarició con el pie la bota de su marido. Cuando él la miró, le lanzó una sonrisa picara.

—A Oliver le intriga el funcionamiento de la máquina de vapor desde que nos fugamos a Gretna.

Aquella seguía siendo una de sus bromas privadas favoritas desde su noche de bodas: Oliver había comparado el acto amoroso con un pistón y un cilindro.

Su marido carraspeó y se ajustó los anteojos. Aunque consiguió mantenerse serio y proseguir su conversación con Merritt, Ivy notó que se esforzaba por disimular una sonrisa. Oliver le lanzó una mirada que parecía advertirla de que le haría pagar su impudicia de manera muy placentera en cuanto llegaran a casa.

Ivy miró a su izquierda y vio que Felicity y Rosemary estaban cuchicheando con las cabezas muy juntas, como dos hermosos reflejos en un espejo, la una morena y la otra rubia. Por lo poco que pudo entender de su conversación, le pareció que conversaba sobre bebés.

Ivy nunca había tenido mucha paciencia con aquel asunto, pero últimamente sus sentimientos a ese respecto habían empezado a cambiar. Sospechaba que darían un brusco vuelco en cuanto tomara a su bebé en brazos.

Al fin, posó la mirada en la cabecera de la mesa, donde encontró a su hermano observando a su familia con orgullo y satisfacción. Un eco de esas emociones se agitó en su corazón. Tres de las parejas más felices del reino se sentaban alrededor de aquella mesa, y ella había ayudado a reunirías.

Cuando las bandejas estuvieron casi vacías y la conversación empezaba a refluir, Rosemary tomó la palabra.

—No nos tengas más sobre ascuas, Thorn. ¿Qué es lo que pensabas decirnos?

Thorn se levantó de su silla.

—No es tan emocionante como la noticia que nos han dado Oliver e Ivy, pero aun así quiero compartirlo con mi familia. He creído que os gustaría saber que por fin he conseguido saldar todas las deudas de nuestro padre y he comenzado a acumular capital propio.

Los Temple y los Armitage se entusiasmaron al oír la noticia. Aunque su hermano siempre le había quitado importancia a su situación delante de ella y de Rosemary, Ivy sabía la gran carga que había supuesto para él.

—Gracias, gracias —respondió Thorn a sus aplausos y felicitaciones—. Todos mis demás conocidos seguramente piensan que le debo mi nueva prosperidad a la fortuna de mi esposa.

Felicity sacudió la cabeza. Nadie que viera la admiración con que contemplaba a su esposo dudaría de que Thorn había triunfado únicamente gracias a sus esfuerzos.

—En realidad —añadió Thorn—, le debo mucho más a su confianza en mis capacidades que a su dinero. Pero, mientras nosotros sepamos la verdad, el resto del mundo que piense lo que quiera.

Thorn tomó asiento de nuevo y Merritt Temple se levantó.

—Creo que esto requiere un brindis. Por mi querido amigo y hermano, que ha perseverado y triunfado en sus negocios. Sólo su brillante éxito al educar a sus dos queridas y deliciosas hermanas eclipsa ese logro.

—¡Por Thorn! —todos bebieron de buen grado.

—Espero que no hayáis vaciado vuestras copas —dijo Felicity, levantándose desde el otro lado de la mesa, frente a su esposo—. Porque yo también quiero hacer un brindis. Bebamos por la maravillosa noticia que nos han dado Oliver e Ivy. Que sean tan felices como los somos Thorn y yo gracias a sus esfuerzos.

Todos bebieron de nuevo por la felicidad de los Armitage con tan alegre disposición como habían brindado por la prosperidad de Thorn.

Ivy intentó refrenar sus lágrimas de dicha mientras decía:

—Con tres matrimonios felices en mi haber, os alegrará saber que pienso retirarme de mis oficios de casamentera para no arriesgarme a estropear mi perfecto historial —mientras su familia se reía y apuraba las copas de ponche, a Ivy se le ocurrió otra idea—. ¡Al menos hasta que la siguiente generación de Greenwood crezca y necesite un empujoncito de su tía, lady Cupido!

Fin